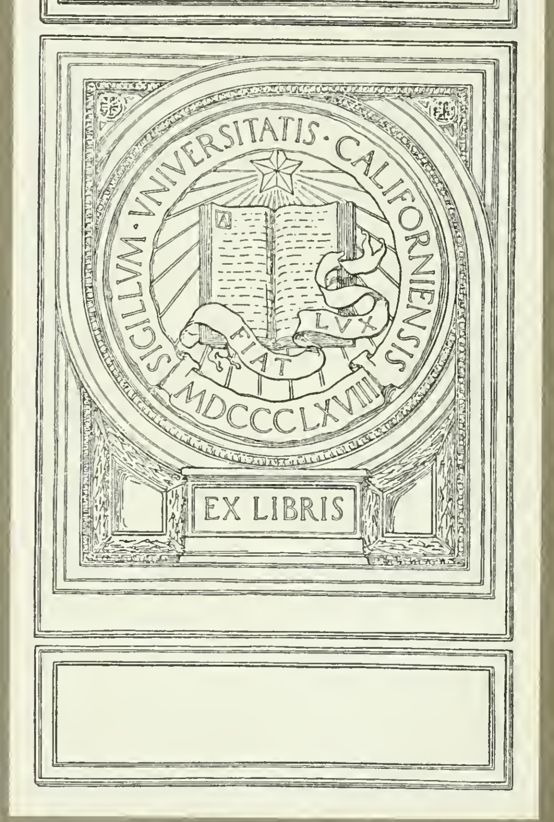

SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
LVX
FIAT
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

Printed in Spain



HISTORIA DE LA PIRATERÍA

MALAYO-MAHOMETANA

EN

MINDANAO

JOLÓ Y BORNEO

POR

D. JOSÉ MONTERO Y VIDAL

COMPRENDE

DESDE EL DESCUBRIMIENTO DE DICHAS ISLAS

HASTA JUNIO DE 1888

TOMO I

MADRID

IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE MANUEL TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Don Evaristo, 8

1888



HISTORIA DE LA PIRATERÍA

MALAYO-MAHOMETANA

EN

MINDANAO, JOLÓ Y BORNEO

HISTORIA DE LA PIRATERÍA

MALAYO—MAHOMETANA

EN

MINDANAO

JOLÓ Y BORNEO

POR

D. JOSÉ MONTERO Y VIDAL

COMPRENDE
DESDE EL DESCUBRIMIENTO DE DICHAS ISLAS
HASTA JUNIO DE 1888

TOMO I

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE MANUEL TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Don Evaristo, 8
1888

ADVERTENCIA.

En vista de la mucha extensión de esta obra, la hemos dividido en dos tomos para su más fácil manejo, sin alterar la numeración. El índice de este volumen se halla al final de la obra.

El tomo segundo comenzará, pues, en el capítulo XXX.

PRÓLOGO.

La historia de las vandálicas correrías, de las depredaciones terribles, de los cruentos asesinatos y horrorosos cautiverios realizados por los piratas malayo-mahometanos de Mindanao, Joló y Borneo, está escrita con sangre en miles de pueblos del Archipiélago filipino.

Más de tres siglos hace que la barbarie y la civilización, la media luna y la cruz, los porta-estandartes de la esclavitud y los redentores de esclavos, vienen sosteniendo allí tremenda batalla.

El Dios de la guerra ha establecido sus reales en aquellas hermosas playas, cuya arena brilla á los rayos del sol con los reflejos rojos que le presta la sangre derramada en cien combates. Aún resuenan en el espacio los ayes de los vencidos mezclados con el grito de victoria de los vencedores; aún el rastro de las llamas presenta convertido en cenizas el caserío de muchos

pueblos; las mieses devastadas; el secular bosque talado, las cottas (fortalezas) destruídas, los cañones clavados, trozos de embarcaciones flotando en los mares y ríos y la soledad que reina en puntos donde antes hubo habitantes, demuestran que el asolador azote de la guerra castiga aquellos territorios, formando sus estragos notable contraste con la espléndida hermosura de la naturaleza, la limpidez del cielo, la exuberancia de vegetación y el fuego de un sol tropical que convida á la existencia. Hoy la discordia agita el corazón de joloanos y mindanaos y aparece mermada su antigua preponderancia; pero aún luchan con furor salvaje por la independencia, sinónima en ellos de la anarquía más completa, del mantenimiento de la esclavitud, del absolutismo más cruel, de la guerra, las piraterías y el exterminio. España no ha podido cumplir todavía en Joló y Mindanao la misión civilizadora que ha realizado en el resto del Archipiélago filipino. Sus esfuerzos, sus sacrificios han sido estériles, ora empleara las armas, ora transigiera celebrando convenios y pactos que una y otra vez ha visto rotos con sin igual descaro.

La pertinacia, el tesón y la rebeldía de los

malayo-mahometanos, ha sobrepujado á todos los esfuerzos y ha hecho ineficaces toda clase de medios.

Ni la derrota les doblega, ni el infortunio les abate, ni la victoria les satisface. La guerra es su elemento; la piratería su única ocupación; la esclavitud su riqueza. Pelean por hacer cautivos: los cautivos labran los campos; reman en sus embarcaciones; les proveen de perlas, á costa las más veces de su vida, aumentan su poder é influencia en proporción á su número, y son en todo tiempo mercancía de segura salida, y por esto jamás han dejado de piratear. Los moro-malayos no reconocen beneficio ni perdonan agravio: son crueles, vengativos, arteros, aleves, traidores y falaces. Cuantas veces, obligados por la fuerza de las armas, han suscrito un pacto, otras tantas han faltado á él, burlando la buena fe del vencedor. Las islas en que ellos habitan constituyeron desde el principio una excepción en la admirable empresa que dió por resultado la incorporación á España del vasto Archipiélago descubierto por Magallanes. Pudo á su muerte el insigne Legazpi dejar bajo el dominio de España la gran isla de Luzón con sus adyacentes y las importantes is-

las de Visayas; mas no las del extremo Sur del Archipiélago, pobladas por esa raza batalladora y fanática, hábil en el manejo de las armas y habituada al robo y la piratería. La religión de Mahoma, extendida entre sus habitantes, hacía imposible el fácil triunfo obtenido por los misioneros sobre los indígenas de las demás del Archipiélago, cuyos moradores eran idólatras, sin creencias arraigadas, ó vivían en el más absoluto indiferentismo religioso.

Ya en 1569 uno de los valientes capitanes que acompañaron en su expedición al gran Legazpi, el maestre de campo Martín de Goiti, sostuvo un porfiado combate en aguas de Cebú contra una escuadrilla de piratas de Borneo y de Joló: desde tan remota fecha apenas ha transcurrido año sin que la marina y el ejército hispano-filipino hayan dejado de medir sus armas con los malayo-mahometanos.

Esta continua lucha ha sido origen de una brillante serie de hazañas, dignas de la época legendaria de los antiguos estados de Grecia y Roma.

La marina y el ejército han enriquecido la historia patria con páginas de gloria que, una vez conocidas, han de servir de admiración á las

edades futuras y de estímulo á la generación presente, librando al país del ominoso yugo sarraceno (1).

Los nombres de Sande, García Guerrero, Gallinato, Travelo, Lugo, Olaso, Chaves, Hurtado de Corcuera, González (Nicolás), Cáceres, Almonte, Fr. Pedro de San Agustín (Padre Capitán), Atienza, Cepeda, Guzmán, Ugalde, Tenorio, P. Alejandro López, Esteybar, Amorrea, Sundilum (indio), Villarreal, Cienfuegos, Padre Santo Tomás de Villanueva, Fr. Antonio de Santa Ana, Muñiz, P. Ducós, Figueroa, Afriano, Gaztambide, Español, Gómez (José), Morgado, Halcón, Oyanguren, Clavería, Urbistondo, Bernáldez, Coballes, Ochoteco, P. Ibáñez, Bibiano, Montero Gay, Bolaño, Malcampo, Madrazo, Carlos Roca, Méndez-Núñez, Ferrater, Pedriñán, Mora, Fernández Bremón, Seriñá, Guichot, Arolas y tantos otros preclaros servidores de la patria, que han mantenido incólume el honor de la bandera española en las lejanas comarcas de Oceanía, tiempo es ya de que figuren en el libro de oro de la historia nacional.

(1) «Sin los cañones de la marina española, las Filipinas obedecerían hoy á los malayo-mahometanos de Joló y de Mindanao.»—(Doctor J. Montano: *Voyage aux Philippines*, 1879-81.)

Si el acierto político en los gobernadores de Filipinas; si los recursos del Erario y el estado social del país, hubieran guardado armonía con el valor de marinos y soldados, seguramente hoy ondearía la bandera española en el Norte de Borneo, y ni en Joló ni en Mindanao hubiese sido necesario el empleo de las armas en los momentos actuales.

La falta de un plan racional y constante y el empeño de convertir al catolicismo á gentes tan apegadas á sus creencias como los sectarios de Mahoma, además de las causas antes apuntadas, han mantenido una situación por todo extremo violenta para Filipinas, consumiendo vidas, tesoros y tiempo, que, invertidos en mejor empleo, hubieran transformado la faz de aquel magnífico país.

España ha prodigado la sangre de sus hijos y los recursos de su Erario en someter, en civilizar, en reprimir la furia insana de aquella raza bárbara y sanguinaria, baldón de la humanidad y verdugo de sus semejantes; ha luchado durante tres siglos por tan altos ideales y en defensa de sus súbditos, reducidos por los moro-malayos á penosa esclavitud; ha combatido para hacer respetar su soberanía, cien veces reconocida y

otras tantas traicionada; y, sin embargo, trataron de disputar á España sus derechos y de enseñorearse de aquellas islas Holanda, Francia é Inglaterra, atreviéndose recientemente esta última potencia y Alemania á negar la soberanía de España sobre Borneo y Joló.

De aquí surgieron graves complicaciones diplomáticas que han tenido por triste desenlace la explícita renuncia de España á sus derechos sobre la parte N. de Borneo, y el ajuste de un Protocolo que ha entregado Joló á la especulación, amplia y sin cortapisas, del comercio extranjero, menoscabando la soberanía de la nación sobre este Archipiélago.

Cuando aún hace pocos años los dignos herederos de Gonzalo de Córdoba y de Cisneros, de Gravina y de Churruca, se batían heróicamente alcanzando señalados triunfos, como los primeros conquistadores de las islas, sobre los piratas malayo-mahometanos, nuestros gobernantes y nuestros diplomáticos desconocían los derechos de España en aquella porción de sus dominios, hacían concesiones inconcebibles y dejaban perder, por negligencia, por abandono, por ignorancia, parte del territorio nacional ganado á costa de tanta vida generosa sacrificada en aras

de la patria, y con los recursos de una parte considerabilísima del Tesoro público.

Nosotros aspiramos á que tantos y tan altos hechos como avaloran la historia de la titánica lucha entre nuestras fuerzas de mar y tierra y los malayo-mahometanos, no queden condenados al olvido: queremos que los Gobiernos y el país salgan de la indiferencia con que han mirado siempre nuestro soberbio imperio de Oceanía, y quisiéramos que el relato circunstanciado y la crítica, aunque severa, imparcial y razonada de los errores cometidos y de las desdichadas negociaciones habidas, sirva de enseñanza para lo futuro en evitación de análogos males. Por esto señalamos la parte de responsabilidad que á cada cual alcanza, que si es misión de la Historia enaltecer al que sobresale consignando en sus eternas páginas los hechos y acciones meritorias de su vida, justo es también condenar á la reprobación de los contemporáneos y de las generaciones venideras al que compromete los altos intereses de la patria, siquiera sea por negligencias ó debilidades, inexcusables en hombres de gobierno.

Profusa y detallada en demasía ha de parecer á muchos en nuestra obra la repetición de ex-

pediciones militares y combates por mar y tierra; pero diremos con un ilustre publicista:

«Harto sensible es para un historiador el tropezar con siglos enteros en que los hombres apenas se ocupaban de otra cosa que de pelear. Lectores y autores tienen que sufrir esa monotonía desconsoladora, si no han de pasarse en claro largos períodos [1].»

Conveniente es de todo punto que se conozca cuanto España ha realizado en Mindanao, Joló y Borneo, para que se comprenda hasta qué extremo es indiscutible su derecho á aquellos territorios, y lo desacertadamente que se ha procedido cediendo á exigencias de naciones que allí nada tenían que ver, ni título ninguno que ostentar en frente de los legítimos de España.

No faltan publicistas, así en lo antiguo como en lo moderno, que se hayan ocupado, con más ó menos extensión y brillantez, de las islas á que se refiere nuestra obra; pero sin desconocer el mérito de determinadas publicaciones, es lo cierto que, ya porque sólo alcanzan á una época corta, como la magnífica Historia del P. Combes, dada á luz en 1667, ya porque sólo relaten

(1) D. Modesto Lafuente: *Historia general de España*. Prólogo, pág. 28.

con la debida extensión un período concreto, como la notable obra de Bernáldez (1857), contienen lagunas inmensas, no tratan los asuntos con la conveniente amplitud y carecen del enlace y la ilación oportuna para el completo conocimiento de los hechos.

Ninguno de los libros relativos á Mindanao y Joló se ocupa de las graves cuestiones internacionales á que antes hemos aludido, principalmente provocadas por la codicia de Inglaterra y el afán de colonias que en estos últimos tiempos se ha desarrollado en Alemania, obediente á la política que para su engrandecimiento material le traza el ilustre estadista que dirige sus destinos. Estos asuntos, tratados con amplitud en nuestra HISTORIA, merecen atento y detenido estudio, porque de él se desprenden enseñanzas que es bueno tener en cuenta para que en lo futuro no se repitan las tristes consecuencias que han producido hasta el presente.

Por las particularidades someramente apuntadas, podemos afirmar sin pretensión, pues tal idea no cabe en nosotros ni sería pertinente, que nuestra obra es hoy la más completa y fundamental para el conocimiento de la geografía, de la estadística, de la etnografía y de la historia

política, administrativa, diplomática, religiosa, militar y natural de las importantes islas de Mindanao, Joló, Borneo, la Paragua y sus adyacentes; la que más detalladamente relata las guerras, expediciones y convenios habidos entre España y los Sultanes moro-malayos de aquellos territorios; la que más se ocupa de los complejos problemas político-sociales que tales asuntos han ocasionado en Filipinas; la que por extenso refiere las negociaciones diplomáticas y Protocolos entre España y varias potencias extranjeras; la que da á conocer los sucesos de carácter político relacionados con el imprudente nombramiento del Sultán Harun, que han creado en Joló una situación de fuerza de funestas consecuencias para nuestra dominación en el Archipiélago, á pesar de las brillantes victorias del bravo brigadier Arolas, que hoy gobierna la región ocupada por España; es nuestra obra, en resumen, la única que da cuenta de la innecesaria, ruinosa y deslucida campaña de Mindanao del general Terrero, inocentemente aplaudida por el Gobierno y reprobada con unanimidad absoluta por cuantos conocen la situación, las necesidades, los intereses del Archipiélago filipino y la política que debe practicarse en aquel país.

Para la redacción de nuestra obra, aparte del conocimiento práctico de la localidad, hemos consultado cuantas publicaciones existen relativas á la materia, y multitud de documentos inéditos, comunicaciones oficiales, datos reservados y antecedentes varios que no pudieron ser conocidos ni tomados en cuenta por los que han escrito acerca de nuestras posesiones oceánicas ni cabían en sus escritos, y que son de todo punto indispensables en una Historia general. Complementan nuestra obra numerosos Apéndices, en que figuran copia textual de los documentos diplomáticos, tratados, capitulaciones, cartas de reyes de España y de sultanes y príncipes de Joló, Mindanao y Tamontaca, testimonios, bandos, informes, actas, Protocolos, etc., etc., que se relacionan con el texto.

Necesario es que los españoles sepamos apreciar, tanto por lo menos como los extranjeros, la joya valiosísima, el imperio poderoso que poseemos en Filipinas.

«Pocos países del mundo, dice un escritor alemán, son peor conocidos y menos visitados que las islas Filipinas; y, sin embargo, ninguno más ameno de recorrer que aquel Archipiélago, tan pródigamente dotado por la naturaleza, que

apenas en otro alguno puede hallarse igual tesoro de objetos desconocidos (1).»

«De todas las colonias fundadas por europeos en lejanas regiones, las Filipinas eran quizá las menos conocidas; y, sin embargo, ¿qué país merecería serlo más? La extensión de este Archipiélago, su numerosa población, la dulzura de su clima, la prodigiosa fertilidad de su suelo, sus inagotables riquezas naturales, el carácter industrioso de los indígenas, todo contribuye á darle una importancia muy especial.

»Mindanao es inmensamente rico en producciones de todas clases, y sobre todo en maderas (2).»

Por nuestra parte, hemos consagrado todos nuestros esfuerzos y desvelos á divulgar en España el conocimiento de nuestras posesiones de Oceanía, para que conociéndolas puedan ser estimadas en su justo valer, deseosos de despertar á la opinión de su letargo é interesarla en favor de aquel país, que bien pudiera ser en lo porvenir la salvación de la Península.

(1) Dr. J. Jagor: *Reisen in den Philippinen.* Berlín, 1873.

(2) *Les Philippines, histoire, géographie, mœurs, agriculture, industrie et commerce des colonies espagnoles dans l'Océanie,* par J. Mallat. París, 1846.

Pero luchamos, desgraciadamente, con lo poco que aquí se lee y con la apatía de los Gobiernos en asuntos de tanta transcendencia para la nación. Nuestras obras, conocidísimas en Alemania, Holanda, Francia, Inglaterra y Portugal (1), han obtenido en España escaso éxito, sin embargo de que la prensa las ha juzgado muy lisonjeramente para nosotros. Aquí las personas

(1) Las principales Revistas científicas del extranjero, especialmente las históricas, geográficas y coloniales, han consagrado á nuestras obras referentes á Filipinas los más lisonjeros juicios críticos, como puede comprobarse repasando sus colecciones de 1886 y 1887.

El sabio profesor alemán F. Blumentritt nos decía, en carta fechada en Leitmeritz (Austria) el 10 de Agosto de 1886, lo que sigue: «Espero con impaciencia la publicación de sus nuevas obras, que sin duda hallarán el mismo aplauso que las anteriores; especialmente en los países alemanes tiene V. muchos admiradores.....

»Yo quiero traducir algunos capítulos de su obra para llamar la atención de los apasionados de geografía sobre su precioso trabajo: no dudo que V. me lo permita.»

En 20 de Abril de 1887, hablándonos de la Sociedad *Koninklijk Instituut voor de Faal-Land en Volkenkunde van Nederlandsch Indie* (Real Instituto para la literatura, etnografía y geografía de las Indias holandesas), nos decía: «Llámole su atención acerca de la sobredicha Sociedad holandesa, que es una reunión de verdaderos sabios. Usted puede contar la satisfacción de que esta Sociedad tuvo la idea de publicar una edición holandesa de su geografía de Filipinas: sólo las pretensiones del Sr. Brill (librero editor) efectuaron que hasta ahora nada se hizo.»

Varios eminentes publicistas alemanes, holandeses y franceses nos han honrado también con cartas en que se revela la atención que consagran á los trabajos relativos á nuestras posesiones de Oceanía, contrastando este interés con el poco aprecio que en España se dedica á tales asuntos.

acaudaladas no compran libros; los políticos ni los compran ni los leen, aunque se los regalen (salvo honrosas excepciones), y los hombres de letras cuentan con que el autor ha de acordarse de ellos para ofrecerles un ejemplar. Dicho se está que con este sistema es muy difícil que una obra pueda influir gran cosa en la opinión del país, y más difícil aún que resarza al autor, no ya de su trabajo intelectual, pero ni siquiera de los gastos que ocasiona. Los Gobiernos, que debieran proteger, además de las letras en general, puesto que el país aún no está en condiciones de hacerlo, todas aquellas publicaciones que por su índole se comprende que carecen de suficiente público, y con especialidad las que tienden á crear opinión en favor de una política colonial que tan conveniente y provechosa es en un país dueño aún de colonias importantísimas, lejos de esto, desdeñan muy mucho el ocuparse del asunto. Los Ministerios más directamente llamados á auxiliar esta clase de publicaciones tampoco lo hacen, no porque en la legislación deje de estar previsto el caso, sino porque en España todo se falsea y desnaturaliza, y esa protección se concede únicamente al favoritismo y la influencia.

Esto no obstante, hoy reincidimos en la publicación de una nueva obra, influídos por el anhelo, superior en nosotros á los desengaños experimentados, de que la opinión se pronuncie en favor de Filipinas; pero séanos permitido lamentarnos de haber empleado algunos años de nuestra vida en escribir estas obras y de haber invertido en ellas un pequeño capital, para no obtener provecho moral ni material alguno, teniendo que contentarnos con el efímero y problemático consuelo de que en lo porvenir se aprecie mejor nuestro buen deseo y sirva de algo el grano de arena que hemos allegado á la obra, por tantos títulos nobilísima, de unir á España y Filipinas en más íntima comunidad de miras, en bien del progreso, de la felicidad y del esplendor de aquella hermosa tierra, cuyo descubrimiento y conquista revela el genio de la España de los siglos XV y XVI.

ISLA DE MINDANAO (1).

Esta espléndida isla, la mayor de Filipinas después de Luzón, y la primera entre todas las del Archipiélago por su magnífica posición geográfica, hállase entre los 5° 36′ y 9° 40′ de latitud Norte, y los 125° 30′ y 130° de longitud Oriental del Meridiano de Madrid. Báñanla por el E. las aguas del Océano Pacífico; tiene por el Norte las islas Visayas; por el O., el mar de Mindoro y la Paragua, Balabac y Borneo; y por el S., el mar de Célebes.

Mindanao mide, según el mapa de Coello, formado por los trabajos de Morata, unas 2.791 leguas cuadradas, y con arreglo al del Depósito Hidrográfico, asciende su área á 2.912.

El *Anuario Estadístico de* 1858, le asigna una longitud, de N. á S., de 447 kilómetros, y de 483 de E. á O., y de superficie 84.730 kilómetros cuadrados, ú 87.680 con las varias isletas que de Mindanao dependen.

El Sr. Montero Gay, refiriéndose á mediciones hechas con arreglo á las últimas determinaciones geográficas, afirma que la superficie total de la isla es de 95.200 kilómetros cuadrados.

(1) De Magin-danao, palabras malayas, que significan: *Magin*, contracción *min*, país, y *danao*, laguna.

Los PP. Buceta y Bravo, en su *Diccionario Geográfico*, calculan la extensión superficial de Mindanao en 3.200 leguas cuadradas (unos 99.450 kilómetros cuadrados), mas puede asegurarse que excede de 100.000. Su figura es irregular, semejándose á un triángulo casi isósceles, y el aspecto de la isla bastante agreste.

Mindanao forma parte de la serie de islas volcánicas que se extienden desde las Curiles y forman el Japón, las Filipinas y las Molucas, hasta Nueva Guinea, siendo para lo futuro un punto importantísimo de natural enlace entre Australia y China.

TEMPERATURA.

A pesar de hallarse tan cerca del Ecuador, la temperatura de Mindanao es muy suave. El termómetro, á la sombra, señala de 18 á 25 grados de Reaumur, por regla general; los vientos procedentes del mar son en ocasiones excesivamente cálidos, y producen laxitud y sofocación; los de tierra, por el contrario, son frescos y refrigerantes. Éstos dominan casi siempre, así como en Borneo.

Las lluvias son frecuentes y copiosas en toda la isla, aumentando por los meses de Octubre y Noviembre.

En la cuenca del río Agusan apenas cesan desde Diciembre á Febrero. En Linao, punto al NE., ha llegado á tres metros el agua caída en un año (1), y las inun-

(1) Según las observaciones hechas el año de 1865 por el P. Juan Ruiz, las cantidades de agua pluvial caida durante él, fué: Enero, 46,08; Febrero, 6,59; Marzo, 5,02; Abril, 13,31; Mayo, 6,80; Junio, 4,27; Julio, 4,46; Agosto, 13,10; Septiembre, 6,24; Octubre, 7,23; Noviembre, 12,41; Diciembre, 16,20.

La cantidad de agua pluvial en las cuatro estaciones, ascendió á 826 líneas en invierno; 302 en primavera; 265 en verano, y 312 en otoño.

daciones suben hasta el piso de las viviendas de los indígenas, y duran á veces veinticinco ó treinta días, por cuya causa no se dedican á la cría de ninguna clase de animales. Los cadáveres de los que sucumben en la inundación aparecen después colgados de los árboles, por falta de tierra seca donde sepultarlos. En cambio, estas avenidas fecundan los campos con el cieno que dejan.

Los temidos huracanes, llamados baguíos, que tan horribles daños causan en los trópicos, sólo se sienten en Mindanao hasta los 8° de latitud en la costa Oriental.

OROGRAFÍA.

El aspecto de los montes de Mindanao revela que esta isla ha sufrido grandes hundimientos y trastornos por la acción de los volcanes. Tres, ó mejor cuatro, son las cordilleras principales que presenta. La primera, que corre de N. á S., arranca de las montañas existentes entre Surigao y Butuan, prolongándose por el S. Su núcleo está en el monte Catalan, á la altura de Banga-banga; de aquí se deprime considerablemente, vuelve á elevarse al S. del puerto de Pujaga y desciende hasta terminar en el cabo de San Agustín. La segunda corre desde los montes de Hingog al O. de la embocadura del Agusan, en el N. de la isla, casi paralela á la primera, inclinándose después al SO. hasta la bahía de Sarangani. Su punto más elevado es hacia el monte Pantadón, de donde salen varios ríos. Dependiente de esta cordillera es la recortada sierra de Blik. La tercera, que es volcánica, enlazada con la anterior, principia cerca del volcán de Apo, y se desarrolla en dirección NO. hasta el istmo de Misamis ó Panguil. Esta y la anterior

son las más bajas. La cuarta se extiende del E. al O. Principia en punta Cauit, atraviesa toda la parte oriental de la isla por el S. de Butuan y de Misamis, uniéndose en el istmo de este nombre con la tercera, formando el alto pico Randaya, y juntas se dirigen hacia el SO. á morir en Zamboanga. Otra rama parte de dicho pico, va al NO. y se sumerge en el mar en punta Maralag. Esta sierra es la mayor de todas. En sus cimas se forman continuas tormentas, y como los ríos que de ella descienden son cortos y pendientes, causan constantes y repentinas inundaciones en las tierras bajas.

VOLCANES.

El volcán *Apo* es el único que hoy existe en ignición, situado á 15 millas O. de la playa del seno de Davao, al S. de la laguna de Maguindanao y á 113 kilómetros de Cottabato. Forma un alto monte, cuya mitad inferior desciende suavemente hasta la playa; pero la superior es muy escarpada, con tajos de 140 á 280 metros, y barrancos profundísimos. Desde la altura de la laguna que existe sobre un extremo del monte, hacia el oriente, es inaccesible su cima, formada de masas negras, perpendiculares, descarnadas y dividida por endiduras tremendas, de las que sale un río de agua caliente y otro de agua fría. El último origina la expresada laguna. En dirección oriental, sobre el pico más SO. hállase el actual cráter, que en tiempo claro se distingue desde el seno de Davao. Los tres picos que constituyen la cima aparecen cubiertos de azufre, que, al salir del volcán, se condensa y precipita insensiblemente en enormes masas, las cuales, perdiendo su nivel, se desgajan de la cúspide y caen por el barranco divisorio de

la laguna y aun por el río. A veces el cráter figura cubierto de nieve; otras semeja el color del oro, y siempre presenta hermosísimo aspecto. Mucho antes de llegar á él se oyen sordos é intermitentes ruidos, que aumentan conforme acorta la distancia, y tan formidables llegan á ser, que parece como que tiembla la tierra y va á sobrevenir una erupción.

El pico del SO., que es el más elevado de los tres en que concluye el volcán, tiene 3.300 metros de altura, según los alemanes Alex-Schadenberg y Otto Koch, que ascendieron á él en 1882.

El gobernador de Davao Sr. Rajal, que subió al Apo con varios expedicionarios en 1880, calcula la altitud del pico del NE. en 3.130 metros.

En el punto culminante de los elevados montes Rangaya, en la sierra de Sugut, á unos 40 kilómetros de Pollok, está el *Macaturin*, que ha tenido grandes erupciones, como en 1865, siendo una de las más violentas la acaecida el 1.° de Noviembre de 1856, que ocultó la luz del sol en Pollok, y llevó las cenizas hasta Zamboanga, distante del volcán 239 kilómetros, siguiéndose una lluvia de piedras incandescentes. En 1871 hubo otra erupción, precursora de los terribles terremotos que destruyeron á Cottabato, Pollok y á cuantos pueblos moros se hallaban á las márgenes del río Grande.

En *Camiguin*, isla al N. de Mindanao, situada entre los 128° 3′ y 128° 7′ de longitud del Meridiano de Madrid, y 9° 4′ y 9° 7′ de latitud N., estalló otro volcán el 30 de Abril de 1871, causando general consternación en toda la comarca.

Principiaron á sentirse temblores desde el 16 de Febrero, aumentando en intensidad hasta el 30 de Abril, que apareció el volcán á unos 300 metros al SO. del

pueblo de Catarmán. A las tres de la tarde comenzó á elevarse una altísima y espesa columna de vapores negros, con fuerte olor de azufre, que inflamándose repentinamente, comunicó el fuego al bosque, el que ardió por completo, ofreciendo el más imponente y magnífico espectáculo.

En un principio, sólo tenía dos metros de altura el cono, que iba vertiendo lava hacia la playa, y adquiriendo altura y extensión, y hoy pasa ya de 420 metros sobre el nivel del mar, al que ha ganado $^3/_4$ de milla de terreno.

Alrededor del seno de Davao existen vestigios de diferentes volcanes. En la isla de Samal, en el fondo del seno, vése todavía el pico desnudo de un volcán, al que sin duda debe la existencia. Entre Hinatuan y Liangan hay una montaña volcánica llamada Deoata. Otra se destaca en medio de la cuenca del Agusan, y algunas más hacia el istmo de Misamis y al SO. de Iligan. La isla de Sarangani es asimismo un volcán apagado, en cuya ladera NNO. se encuentra azufre con abundancia. El *Sarangani* tuvo una gran erupción en 1645. El pico Matutung, que se distingue desde el mar á grande distancia, debe haber sido un volcán.

El *Butulan* es otro monte volcánico al N. de punta Panguitan y al extremo SO. del territorio de Davao.

Sábese del volcán existente en el territorio de Buhayen, situado á 334 kilómetros de Zamboanga, que tuvo su primera erupción el 20 de Enero de 1640, siendo tan tremenda, según crónicas de la época, que trozos inmensos de montaña fueron á caer á más de 11 kilómetros de distancia.

Sus cenizas llegaron hasta las islas Molucas y Borneo, y la oscuridad que produjeron fué tal, que varios buques

que iban con tropas á Ternate, tuvieron que encender luces á las ocho de la mañana.

Cuéntase igualmente que el año de 1834 reventó un volcán en la parte S. de la laguna que hay al NNE. de Pollok. En 1841 acaeció una grande erupción, que no se sabe fijamente si fué de este volcán, y las cenizas llegaron á Joló, sintiéndose sus detonaciones á inmensas distancias, y un fuerte terremoto en toda la isla.

Las grietas que presenta la tierra llenas de materias extrañas, las aguas termales de Mainit, la situación encontrada de las cordilleras, las capas volteadas en varias direcciones, evidencian que el terreno de la grande isla de Mindanao ha sido trastornado por frecuentes y sucesivas erupciones volcánicas y por grandes temblores de tierra.

TERREMOTOS.

La influencia de los volcanes se ha dejado sentir terriblemente en varios distritos de Mindanao, sucediéndose durante muchos días violentos terremotos, que no llegaron á ocasionar daños de consideración, por efecto de las ligeras edificaciones de las localidades respectivas.

En Diciembre de 1871 sufrió Cottabato intensas sacudidas, de tal magnitud y fortaleza, que no quedó una casa en pie, ni aun de las sencillamente construídas de caña. Los terremotos continuaron muchos días, sin intervalo apenas de unos á otros, llegando á contarse hasta cincuenta en veinticuatro horas.

Algunos duraron *quince minutos*. La guarnición y el pueblo tuvieron que refugiarse bajo tiendas de campaña, por quedar destruída la población.

En 1870 hubo en Surigao terribles terremotos.

El 1.° de Julio de dicho año, á las 2^h 55″ de la ma-

drugada, ocurrió un violentísimo temblor de tierra de oscilación, que duró cerca de un minuto, con dirección de N. á S.

En dicho día se sintieron más de cuarenta temblores.

HIDROGRAFÍA.

La generalidad de los ríos de Mindanao son navegables, cerca de la embocadura, para buques pequeños, excepción hecha de los de la costa oriental.

Los principales son, el *Agusan* ó río de Butuan, y el *Pulangui,* ó río Grande. Sus aguas están siempre turbias á causa de las incesantes avenidas que los engruesan. Las orillas anegadizas de varias partes bajas, por donde pasan, forman cenagales y esteros que permiten las comunicaciones en canoas. El Agusan marcha de S. á N. por entre las dos cadenas de montes paralelas de la parte oriental de la isla. Nace al E. del seno de Davao, entre los 7° y 7° 30′ de latitud, y desagua en la ensenada de Butuan, en la costa N., atraviesa casi toda la isla, recorriendo un trayecto de 378 kilómetros. Su corriente no es rápida; tiene fondo suficiente y bastante anchura para la navegación, pero sus aguas arrastran grandes troncos y ramas. Cerca del origen de este río, nace el *Maanat,* navegable en un trayecto de algunas leguas, que corre paralelo á él de S. á N., uniéndosele más allá de Calatagan. Otro, más occidental, el *Hijo,* corre también de S. á N., al principio, cambia después al S., y desemboca en el seno de Davao. Muy bien pudiera abrirse una comunicación entre Manab, que está situado en el punto que retrocede al S., y el sitio donde principia á ser navegable el Maanat.

El Pulangui, ó río Grande, es navegable unos 167

kilómetros, desde su embocadura hasta Matingcahuan. Nace su rama principal en la cordillera que corre de E. á O., en las montañas de Apo; desciende hacia el S., recibe los derrames de la laguna de Buhayen ó Maguindanao; lame los estribos occidentales del monte Apo, y se dirige al O., á desaguar en la bahía Illana, por dos anchos brazos, á la misma latitud, con corta diferencia, de las fuentes del Agusan. Sobre uno de dichos brazos, próximo á su desembocadura, se halla Cottabato. La segunda rama del Pulangui va del SE. al NO., cruzando las dos lagunas de Liguasan y Buluan. Este río no arrastra troncos, como el Agusan, y en él abundan mucho los caimanes.

Según el ilustrado Ingeniero de Montes Sr. Vidal, que lo visitó, el curso del río Grande puede dividirse en las siguientes regiones: 1.ª la *alta*, desde el nacimiento hasta poco más arriba de Matingcahuan, que es desconocida; 2.ª la *media*, de Matingcahuan á la isla de Cabasalan, ó de Santa Isabel, que mide unas 50 millas, 92,50 kilómetros; 3.ª la *baja*, de este último punto hasta el fuerte de Tumbao, 22 millas, 40,70 kilómetros; y 4.ª la *marítima*, hasta la desembocadura, 16 millas, 29,60 kilómetros.

La extensión total del Pulangui no baja de 170 kilómetros.

En las márgenes de este magnífico río hay hermosos valles, susceptibles de las más ricas y variadas producciones, como el arroz, tabaco, café, cacao, caña dulce, maíz, algodón, etc.; y existen diferentes sultanías y dayatos.

Merecen especial mención las sultanías de Matingcahuan, Bagoiqued y Boayan, y los dayatos de Uto, Calocalan y el antiguo de Selangani.

Se cree que la población de la cuenca del río Grande, pasa de 80.000 habitantes.

Son también importantes, aunque menos caudalosos, el *Iligan* y el *Lubungan*.

LAGUNAS.

En Mindanao existen varias lagunas de importancia y evidentes señales de haber habido muchas.

La principal es la de *Lánao* ó *Malanao*, nombre del territorio en que se halla, al S. de Misamis. Desagua en el N. por el río Ninanton, cuya boca está en la bahía de Iligan, innavegable por las cascadas que lo obstruyen y por la rapidez de su corriente. Tanto por esto, como por su gran caudal, las aguas de este río no se mezclan con las del mar hasta fuera de la embocadura. Esta laguna mide 44 kilómetros, y es muy profunda.

Tiene puertos con tres ó cinco brazas de agua y seis islas: la mayor, llamada Nuza, con más de quinientas casas, está en medio de aquélla, y es alta y plana por arriba.

Toda la laguna se halla rodeada de pueblos. Produce más de 15.000 picos de arroz para exportar, y 12.000 de café; conteniendo en su contorno sobre 100.000 almas.

La laguna de *Panguil*, que desagua en la ensenada de Misamis, tiene de extensión de N. á S. 7,50 millas, y 6,25 de E á O.

La laguna de *Sapangan* ó *Mainit*, en Surigao, es profunda, abundante en peces, y muy elevada sobre el nivel del mar. Mide ocho millas de N. á S., y cuatro de E. á O. Desagua por el río Tubay, en la ensenada de Butuan, por un descenso rápido.

En su centro no se halla fondo, suponiéndose que en tiempos antiguos haya sido cráter de algún volcán.

La laguna de *Magindanao* ó de *Buhayen*, existente al NE. de Pollok, háIlase situada al N. del monte Apo y al NO. de Linao. Surte de aguas á la rama principal del río Grande, donde desagua por la parte O., y también al E. en el lago de Linao, que se comunica con el río Butuan. Tiene 16,25 millas de N. á S., y 20,67 de E. á O.

La de *Liguasan*, al SO. de la anterior, y al S. de Cottabato, desemboca al N. en el expresado río Grande, y al SO. en Butuan. Se extiende 10 millas de N. á S., y 8,75 de E. á O.

La de *Buluan*, al SE. de la precedente y al S. del Apo, que también suministra sus aguas al río Grande, tiene 11,25 millas de longitud y 7,50 de latitud. Tanto ésta como aquélla son navegables y abundan en peces.

El lago de *Baguey*, al NE. de Zamboanga, se comunica con el mar por medio de un río caudaloso que tiene su boca marítima en el gran seno de Kamaladan.

NAVEGACIÓN.

La navegación por el S. de la isla es más fácil y segura que por las costas E. y O., á causa de las monzones ó fuertes vientos periódicos del NO. y SO.

A partir de punta Cauit, límite oriental de las provincias de Surigao y Davao, la corriente se dirige al S. hasta el cabo de San Agustín. De aquí, á la costa O. de Coaman, donde principia el seno de Davao, hay marea constante entrante y saliente. En el estrecho de Surigao, la corriente es violenta para el E. y el O., en cuya última dirección es más rápida y duradera, hasta pasa-

da Punta Gorda. La masa de aguas que en la corriente general oceánica del E. al O., se estrella en las costas orientales del Archipiélago, no encuentra bastante salida por los estrechos de San Bernardino, San Juanico y Surigao, y según su mayor ó menor elevación, busca rápidamente su nivel desde Surigao y punta Cauit para el S. hacia el cabo de San Agustín y Sarangani, y por igual razón al N. de San Bernardino, tira para el N. hacia cabo Engaño, aunque obedeciendo á las alteraciones causadas por los temporales. Las corrientes del estrecho de Surigao y parte occidental de Leyte, varían en consonancia con la fuerza de los vientos que reinan en el Pacífico, y observando aquéllos se conoce el estado del tiempo en este mar. Mientras dominan los vientos del primer cuadrante, se dirigen al OE., siendo por lo general más veloces. Durante las tormentas, es tan rápida la corriente desde punta Cauit en dirección S., que á veces alcanza hasta 12 millas por hora. Los vientos que rigen de ordinario, son del NE. y SO. Para navegar de S. á N., en la monzón del NO., hay necesidad de alejarse 30 ó 40 millas de la costa; pues ni aun los vapores de mejor máquina pueden romper las olas.

En la monzón del SO., por el contrario, conviene navegar cerca de la costa.

En Mindanao, la monzón del NO. es más fuerte, constante y tempestuosa que la del SO., cerrando todas las barras y puertos de la costa oriental seis ó siete meses. En el Cabo de San Agustín é islas Sarangani, sopla el viento con violencia durante la monzón del NO. A ciertas horas despide la isla terral fresco, debido á sus bosques y ríos y á la grande humedad que éstos producen. En el N., es más fuerte el terral que en el S.

Desde Noviembre hasta Marzo, dominan los vientos NE.; desde Junio á Setiembre, los del SO.

BAHÍAS, PUERTOS Y ENSENADAS.

El seno más profundo de la isla es el de *Davao,* que tiene 60 millas. Desde el cabo de San Agustín, sale como dos millas al SSO. un bajo de piedra con fondo de una á cuatro brazas. Toda la costa oriental del seno hasta el NNO. de la isla de Sigaboy, aparece llena de bajos. A continuación se hallan un banco de arena y varios arrecifes peligrosos, que terminan en la punta baja de Sumulug, con fondo de una á dos brazas, formando un canal navegable de día, para buques de menor calado. Dentro del pequeño seno que forma la punta alta en que acaba la costa de Sumulug, hay un bajo de piedra; pero desde dicha punta á la de Copiat existe fondo profundo de arena y fango. La costa N., NO. y O. ofrece buenos fondeaderos. En la extremidad del seno el fondo alcanza 40 brazas.

Los senos más importantes, después del de Davao, son el de *Sibuguey,* el de *Dumanquilas* y el de *Butuan*.

Las bahías más cómodas y seguras, según la monzón reinante, son *Macajalar, Iligan, Dapitan* y *Sindangan* en el N.; la extensa bahía *Illana,* en el SO., y las ensenadas *Liangan* y *Bislig,* en la costa oriental.

El mejor puerto de Mindanao es el de *Malalag,* en el seno de Davao, que puede competir con los primeros de Filipinas, por su capacidad, abrigo, buen fondo y aguas excelentes, así como por su fácil acceso en toda estación, y sea el que quiera el viento reinante, aun en medio de tormentas.

La bahía de *Sarangani,* en cuya costa termina Davao

y comienza Cottabato, sólo tiene un fondeadero al SE. próximo al pueblo moro llamado Glan.

Pollok es puerto ancho y seguro, mas de excesivo fondo, ofreciendo el inconveniente de tener la aguada á cuatro millas.

La rada de *Zamboanga* es muy buena, aunque en su fondo de piedra se pierden muchas anclas, pero aún es mejor su *silanga*. En el río Masinlog, tres millas al SE., hay un fondeadero bien abrigado.

La *Caldera* es puerto pequeño y de estrecha entrada, capaz únicamente para buques de poco porte, y muy abrigado.

El de *Santa María*, bastante mayor, está circundado de elevados montes y posee buena aguada.

Cerca de Misamis existe un buen fondeadero.

El puerto de *Nasipit*, situado al SE. de la ensenada de Butuan, es seguro, pero de estrecha y difícil entrada. Los buques pequeños llegan á Butuan.

Bilan Bilan, al ESE. de Surigao, no es mal puerto, aunque pequeño; tiene aguada, está circundado de manglares, y tanto por un camino transitable como por la playa, se puede llegar al pueblo.

En *Cacuait* se fondea bien, mas dificulta la entrada un bajo. En la isla de *Guimamaylan*, tres millas al S. de Cacuait, se halla un excelente puerto con fondo de arena y fango, abrigado de todos los vientos. Las bocas que tiene al N. y S. están también algo obstruídas por otro bajo.

San Juan cuenta un fondeadero regular.

En *Bislig*, llevando práctico, puede fondearse al abrigo de unas islitas próximas.

Pujaga es el mejor entre los puertos de la parte oriental, por su capacidad y buenas entradas, pero se nece-

sita llevar práctico. Unicamente este puerto y el de Surigao ofrecen abrigo á los buques que recorren la costa oriental, cuando reina mal tiempo.

ISTMOS.

La isla de Mindanao está casi dividida en dos partes desiguales por el istmo de Misamis. La oriental es más grande y compacta; la occidental, más pequeña y llena de recortes, acabando en Zamboanga. Este istmo tiene 44 $^1/_2$ kilómetros de mar á mar, desde la embocadura del río Curumatan, al S., hasta la del Marandi, ó Manangan, que desagua en el fondo del seno de Panguil, en el N. y bahía de Iligan.

Cerca del cabo de San Agustín hay otro istmo, entre el fondo del puerto de Pujaga y el seno de Davao, donde los habitantes infieles y cristianos han abierto comunicación, aunque por sendas escabrosas.

REINO MINERAL.

Desde muy antiguo es famosa en el Archipiélago filipino la riqueza mineralógica de Mindanao, por los importantes criaderos auríferos de Misamis y de la antigua provincia de Caraga, cuya explotación, sin embargo de ser bastante activa, hállase circunscrita á los varios lavaderos que existen en Initao, Iponán y Pigtao, pertenecientes al primero de dichos distritos, y en los montes de Canimón, Binutong y Canmahat, inmediatos á la capital de Surigao, principales centros exploradores del oro.

En el territorio de Sibuguey y en Surigao, existen potentes yacimientos carboníferos, sin explotar; el azufre, ya hemos referido con cuánta profusión se halla

alrededor de los volcanes de la isla, y las aguas minerales abundan en Cottabato y otros puntos.

Como Mindanao no ha sido aún explorado en su casi totalidad, se desconoce la verdadera riqueza mineral de su extenso territorio, si bien por lo expuesto puede comprenderse que el subsuelo de esta hermosa isla es riquísimo y le asegura un brillante porvenir.

REINO VEGETAL.

El calor, la humedad y la fertilidad del suelo, hace que la isla de Mindanao esté cubierta de espesísimos bosques. Los montes se ven poblados de corpulentos árboles, entre cuya diversidad de maderas las hay muy estimables, tanto por su firmeza y duración, como por su finura, sobresaliendo el *guijo*, *molave*, *narra*, *ipil*, *malatumbaga*, *lauán*, *camagón*, *camuning*, *mangasinoro*, *palomaría*, *teca*, *pagatpat*, *mangachapuy*, *sibucao*, *bancal*, etc., etc.

El cogon, con otras plantas afines (gramíneas, cyperáceas y algunas juncáceas), el cogon alto ó carrizal, la caña boja, el bejuco y otras enredaderas, forman impenetrables bosques de considerable altura, cuyo paso es casi imposible.

Abunda en Mindanao el cocotero. Este útil árbol es estimadísimo de los moros, quienes han consignado en sus leyes penas rigurosas para quienes los destruyan.

Críase la esbelta palmera *Bonga* y la pimienta *betel* (*Piper*, Betle.), de que se forma el *buyo*. Se da también el café y el cacao y se produce el abacá, el algodonero, el añil, la piña, la caña dulce, etc. La canela (*Laurus cinnamomum*, L.), vegeta espontáneamente en los montes del seno de Sibuguey. El clavero y la nuez moscada, hállanse asimismo en la isla.

El arroz, el maíz, el camote, el *nami*, el *ubi*, el *gabi* y otros productos de índole análoga, se crían abundantemente en todos sus distritos, así como las frutas, y entre ellas el riquísimo *mangostan*, y las raíces alimenticias, gomas y resinas, que tan rico y variado contribuyen á hacer el reino vegetal del Archipiélago filipino.

Es notable el arbusto *Mussænda frondosa* (Fam. Rubiáceas). Los dientes de sus cálices son de un blanco brillante, que le asemejan á plantas cubiertas de nieve.

Merece mencionarse el *lunban*, de cuya semilla extraen mucho aceite.

En resumen: Mindanao no sólo iguala, sino que supera en sus ricos productos vegetales á Luzón, Visayas y demás principales regiones de Filipinas, si bien son menos explotados que en dichos puntos.

REINO ANIMAL.

Mindanao, en cuanto hace relación á la fauna de Filipinas, figura dignamente al lado de las restantes comarcas del país.

Indicaremos, tan sólo, respecto á los mamíferos, que en los bosques de esta isla existen los mejores ejemplares de monos, y en especial de monos blancos *(Macacus philippinensis*, Geoff.) y que merecen fijar la atención el *Caguang (Galeopithecus philippinensis*, Wath), mezcla de mono y de murciélago; la casta de perros de Pollok; el *Porcus babyrussa*, Klein, ó *puerco-ciervo*, que dicen los malayos, y el carabao montaraz, así como el notable mamífero del orden de los cetáceos, llamado *Dujong (Halicore cetácea*, Illig.)

En la clase de aves, además de las bellísimas del orden de las trepadoras ó zigodáctilas, son de admirar el

Calao, género *Buceros*, y sobre todas, el *alcyon salangane*, por su preciado *nido* que fabrica preferentemente en las cavernas de Mindanao é islas inmediatas, y son también notables, aunque no ofrezcan igual utilidad, la preciosa *paloma de puñalada* y las garzas blancas, que pueblan las orillas del río Grande.

Entre los reptiles, es famosa la *Chelonia imbricata*, que da el *carey* ó concha; los caimanes, iguanas y demás saurios que llenan los ríos de la isla; varias especies del género Pitón, de colosal tamaño, con otros ofidios peligrosos como la terrible *dahonpalay*, y entre los batracios, las cantoras ranas.

La clase peces es abundante y variada, figurando en Mindanao casi todas las especies del resto del Archipiélago, distinguiéndose el género *Mugil*, que por acudir al fuego se deja prender de los ictiófogos indígenas.

El grupo de los anillados tiene profusa representación en la isla. Citaremos, entre los insectos, el llamado *ápidos*, porque las tribus idólatras de Mindanao obtienen mucha utilidad de los ricos panales que las abejas elaboran en sus montes; y mencionaremos asimismo los mosquitos, por ser plaga insoportable en algunos puntos de las islas del Sur; la langosta, que devasta sus campos; los cigarrones, cuyo clamoreo es incesante, si bien compensa estas plagas la espléndida aparición en los árboles de los bellísimos *lampiridos* tropicales.

La clase de los *crustáceos* presenta en Mindanao gran número de especies. Otro tanto puede decirse con respecto á los *moluscos*, de las seis clases en que se dividen, siendo de admirar la especie *Avícula margaritífera*, ó madre perla, que cría perlas de belleza suma, muy apreciadas en joyería.

Entre los *zoófitos*, merecen estudio los notables *holo-*

túridos (*balate* de Filipinas ó *trepang* de China), cuya pesca es muy productiva en Mindanao y Joló.

Y por último, nombraremos los *polipos*, y en especial los polipos de polípero de sus dos grupos *Litofitos* y *Ceratofitos*, que abundan mucho en los mares de Mindanao.

POBLACIÓN.

Los habitantes de color de la isla de Mindanao, son *aetas* ó negritos y *malayos*. Los primeros, refractarios á la civilización, huyen de las poblaciones, haciendo vida errante y vagabunda por el interior del país. Los segundos son más susceptibles de sociedad.

Entre los mismos malayos, unos viven en los bosques y son salvajes; otros son mahometanos, y otros cristianos.

Vamos á describir brevemente todas estas razas.

Malayo-Mahometanos.—Habitan éstos hacia el SE. de la isla, entre el istmo de Pujaga y el cabo de San Agustín, á orillas del seno de Davao, en la isla de Samal, en las márgenes del Pulangui, al O. de Malalag, playas del seno de Sarangani, costa S. y SO., hasta el citado río Pulangui, en la costa de la bahía Illana, en la bahía de Sindangan, en la bahía de Iligan y sus inmediaciones, á orillas de la laguna de Buhayén y de los ríos que desaguan en ella, en el interior de la isla al S. de Misamis, y en todos los alrededores de los sitios mencionados, calculándose su número en unos 200.000.

Los moros del Sur de Mindanao son desconfiados, suspicaces y altivos. Dificilmente se consigue que sean precisos en sus conversaciones y que cumplan sus tratos, pues lo eluden con mil subterfugios. La *bichara*, ó conversación, les entretiene agradablemente horas y horas.

Tienen poca afición al trabajo, y mucha pereza.

Por regla general son de pequeña estatura y de miembros endebles. Su color es pardo cobrizo. Usan un pañuelo arrollado á la cabeza, dejando libre la coronilla, y la punta de aquél sobresaliendo por un extremo, al estilo de los naturales del archipiélago malayo; chaquetilla de tela blanca ó de colores oscuros, que apenas llega á la cintura, y en vez de calzones gastan el *patadión,* que les cubre las piernas hasta las rodillas. Llevan faja, y los *dattos* y señores calzan babuchas.

Las mujeres son poco agraciadas; visten un sencillo traje talar sujeto por debajo del pecho.

Hombres y mujeres suelen andar completamente desnudos hasta los diez años.

Su gobierno es patriarcal y despótico. El jefe de familia ejerce autoridad suprema sobre todos los miembros de ella, incluso los de sus sácopes.

Las mujeres pueden también reinar.

Hay *sultanes* y *dattos.* Los primeros ejercen autoridad sobre grandes comarcas, y gobiernan con el consejo de varios dattos, pero no son obedecidos por éstos sino en asuntos de común interés.

El sultán y los dattos tienen sácopes ó súbditos, y esclavos, que son quienes constituyen su principal riqueza, pues cuidan sus haciendas, les surten de perlas, por cuya pesca perecen muchos de ellos prematuramente, y se baten á sus órdenes en las guerras, estando su vida y el honor de sus mujeres é hijas á merced del capricho de su dueño.

La poligamia existe de hecho, pero sólo entre los ricos ó bien acomodados que pueden sostener varias mujeres. Los sultanes y dattos tienen serrallos, si bien no son muy celosos de sus concubinas, ni éstas grandes portentos de belleza.

En cada ranchería hay un *Pandita* ó sacerdote. Su traje y turbante es blanco.

La ocupación del pandita se reduce á leer el Corán, cuyos ejemplares tienen en gran estima. Algunos datan del siglo XVI, constituyendo verdaderas joyas bibliográficas. Casi todos los panditas verifican su peregrinación á la Meca.

El pandita tiene voz y voto cuando el consejo ventila asuntos de interés ó gravedad, y también toma parte activa en campaña.

Entre los sultanes y dattos, los hay bastante inteligentes, supliendo en los más su extraordinaria sagacidad y agudeza á la falta de instrucción sólida.

Son admiradores entusiastas del valor personal.

Algunas rancherías del río Grande viven en constante lucha entre sí.

Respecto á los moros de la parte oriental, transcribiremos las noticias de un misionero jesuita (1), que no dejan de ser curiosas. Dice así:

«Son los moros de este país de un carácter sumamente solapado, hipócritas, traidores, estafadores, suspicaces, cobardes, nada serviciales y pedigüeños hasta la última expresión. Muy obsequiosos de palabra, pero nada cumplidos en la obra, desobedientes y holgazanes, son, por lo tanto, una gran rémora de la reducción en este país. Se muestran tan obstinados á la gracia de Dios y tan aferrados á sus creencias, que es casi moralmente imposible su conversión al cristianismo. Los hombres visten camisa partida, calzones anchos, pañuelo blanco ó colorado en la cabeza, van descalzos como los indios, llevan *cris* á la cintura, su lanza en la

(1) Cartas de los PP. de la Compañía de Jesús de la Misión de Filipinas, 1879.

mano y su tabaquera en las espaldas. Las mujeres visten de blanco. Los Dattos añaden al vestido de los hombres, los botones en la camisa y el pañuelo, que no sueltan de la mano. Los que saben leer se llaman *panditas*, y el maestro de los panditas se denomina *Guru*. Los panditas vienen á ser como los fiscales entre ellos. Al sacerdote le llaman *Sarip*; cuando rezan los panditas, visten una camisa muy larga. El *candulí* sirve de rosario entre ellos. Durante el *sambayang*, tiempo en que celebran su pascua, deben permanecer todos en ayuno riguroso por espacio de siete días, sin comer más que una sola vez á la media noche, hora en que sorprenden dormido á su dios.

»Concluídos los siete días, se purifican tomando un baño general, después del cual celebran el convite de la pascua, comiendo el *poniam* y *sindo* (clases de sopa) hervidas con aceite de coco. Dicho *sambayang* lo celebran en su propio *lañgá*, que es la mezquita ó camarín donde ejecutan sus actos religiosos. Cuentan el tiempo, no como los mandayas, por lunas, sino como los cristianos, por días de la semana; así es que al lunes le llaman *sapto*, al martes *ahat*, y así sucesivamente, hasta el domingo, *isnín*, *sarasa*, *arobaja*, *cammís* y *diammat*. Bautizan á sus hijos con agua rezando conforme su rito, y después de bautizado el niño celebran su convite. Tienen también sus novenas, en cuya función, que dura nueve días, después de haber tocado el *águng* y reunida ya la gente, el pandita corta la cabeza á un pollo, rogando á Dios los libre de calamidades y enfermedades, rezando al tiempo de consumar el sacrificio estas palabras: «*Bismil-la-herrac-man-herra-him.*» Cortada ya la cabeza y colocada sobre el altarcillo debajo de un tizón encendido, adoran á su dios.

»Les está terminantemente prohibido, no digo ya el comer, sino hasta oler la carne de cerdo; desde el momento en que la huelen, creen que van á morir, por cuya razón, cuando se ven obligados á cocer su camote ó morisqueta en olla, la purifican primero, no sea que haya entrado en ella manteca ó carne de cerdo, murmurando durante la purificación las siguientes palabras: «*Al-la omo saling mohammad.*» Les está asimismo vedada la carne de tortuga, mas no los huevos, que los consideran como frutos de las playas. El casamiento entre los moros se verifica del mismo modo que entre los mandayas, con todas las mujeres que tomen; pues rige entre ellos también la poligamia. Tienen cementerios en donde entierran sus muertos, y sobre la sepultura, después de la inhumación del cadáver, colocan un tizón de fuego sobre la cabeza cortada de un gallo. Pagan tributos ó *pagdattos* á sus Dattos respectivos, los cuales lo exigen también á veces de los mismos mandayas, y consiste en la entrega de un *jabol*, un *boloc* y veinte gantas de palay por cada casado. El Datto es entre los moros quien arregla los pleitos de sus sácopes, exigiéndoles por su servicio real por peso. Cuando las diferencias median entre Dattos de distintas jurisdicciones, esas se componen entre los embajadores ó *Tumangun* de los dos Dattos. Cuando no se avienen las partes, y el negocio lo vale, apelan á la guerra. La usura rige de una manera inconcebible entre ellos. Sus costumbres en el arreglo de los pleitos son, poco más ó menos, como las de los mandayas. Lo mismo decimos acerca de su creencia en el canto del Limoco. Su comercio consiste en cera, balate, carey, almáciga, petates y biao. Admiten la moneda, pero está muy en boga la permutación. La escritura, parecida al árabe, es exclusiva de

su ritual. Se circuncidan entre ellos hombres y mujeres, y aun los esclavos y demás de otra ranchería, sean quienes fueren, que hagan vida común con ellos. Las autoridades se componen del *Tuan* ó gobernadorcillo, y su mujer *Dayandayan;* del *Cuano* ó teniente; *Ladiamuda* ó juez primero; *Nacuda* ó juez segundo; *Timuay* ó juez tercero; *Sangalia* ó alguacil; *Baguadato* ó principal ó cabeza, y *Marad-diadinda* ó primogénito de cabeza.»

Las armas de los moros, de que nunca van desprovistos, son: el *campilan*, sable largo de ancha hoja, muy afilada y de puño semejante al yatagán indio, con penacho de pelo; el *cris*, machete corto, de hoja más estrecha, casi siempre flameada, con siete y más ondulaciones, cuyo puño es de marfil ó hueso y madera; puñal de igual forma, y el bolo, las flechas, y las armas de fuego que se proporcionan.

Más al interior de Mindanao existen muchos pequeños estados ó pueblos gobernados por sus respectivos Dattos, sin que reconozcan la supremacía de ningún otro, y careciendo de enlace su régimen feudal, únicamente se unen para defender su independencia.

Los monteses residen en los puntos que median entre mahometanos y cristianos. Forman diversas tribus, con diferentes costumbres y aun dialecto.

Moran los negritos en las laderas del N. de la cordillera oriental, entre Surigao y Butuan, y hacia la parte S., cerca del seno de Davao. En la cordillera central, al O. del Agusan, se hallan también algunas tribus.

Los negritos de Mindanao tienen el cabello lacio, diferenciándose en esto de los individuos de igual raza que existen en Luzón, cuyo cabello es muy ensortijado. Esto dependerá de su mezcla con los malayos desde tiempos antiquísimos. Se calculan en 8.000.

Manobos.—Esta tribu, que puebla la prolongada y espaciosa cuenca del Agusan, es una mezcla de negritos y malayos. Son raquíticos y poco laboriosos. Están en frecuente comunicación con los primeros por la parte de Butuan. Los de la parte S. son algo más civilizados, á causa de su trato con los mandayas y cristianos.

Viven en continua lucha con los *Tagacaolos*, *Bilanes* y *Bagobos*, cuyas mujeres é hijos venden cuando en sus guerras logran aprehenderlos. Son muy prácticos en el mar de Davao y hábiles pescadores. Manejan la flecha admirablemente.

La organización y costumbres de estos idólatras merecen les consagremos algunas líneas.

Varias familias residentes en un punto dado, reconocen como jefe á cierto individuo que designan con el nombre de *Bagani*. Este levanta sobre altos pilotes una casa para sí, donde tiene tantas mujeres como su riqueza consiente, pero solamente una es la legítima esposa, á la cual están subordinadas las demás. Los hijos que sus mujeres le proporcionan, los conserva también á su lado. Sus esclavos cultivan el arroz necesario para su sustento y alguna cantidad además para comerciar, así como el tabaco, el maíz, el camote, los plátanos y la caña de azúcar.

No abonan los terrenos ni labran las tierras. Cuando han recogido una ó dos cosechas, buscan otro lugar fértil, lo desmontan y lo siembran.

Los manobos tienen supersticiones religiosas que no son comunes á los demás *aetas*. Reconocen la existencia de un sér supremo que denominan *Manaug*, y rinden especial veneración á la memoria de sus antepasados, que es lo que llaman *anitos*. Este culto, sin embargo, es inferior al que tributan á otros dioses. El

trueno, por ejemplo, lo consideran como la palabra del rayo, que reverencian bajo la figura de un animal monstruoso. Cuando una chispa eléctrica hiende un árbol, creen que ese animal ha clavado en la tierra uno de sus dientes. Tales juzgan las hachas de pedernal, pertenecientes á épocas prehistóricas, que suelen hallarse enterradas al pie de los árboles. El cocodrilo es para ellos animal sagrado, que simboliza todas las enfermedades, males y desgracias. Pero el dios más digno de respeto, después del *divata* ó *anito* de la cosecha, es el *tagbusán*, dios de la guerra. En Octubre, al recolectar la cosecha, todos los manobos limpian y afilan sus lanzas, crises y puñales, y preparan los escudos. En el instante que el dios de la guerra promete un éxito feliz á la empresa, el *bagani*, ministro de su dios, coge el talismán sagrado y, seguido de sus dependientes, va á lo interior del bosque en busca de sus enemigos. Si los sorprenden dormidos ó descuidados, asesinan á los varones, conservando como esclavos á las hembras y chiquillos. Cuando tienen que luchar cuerpo á cuerpo, el *bagani* es el primero en combatir. Si vence, empuña el acero consagrado, que únicamente puede emplear para este caso; abre el pecho á su contrario é introduce feroz el talismán que lleva pendiente de su cuello, entre la humeante sangre del vencido. Después le extrae el corazón ó el hígado, y come un pedazo en prueba de haber satisfecho su venganza. Tan horrible privilegio corresponde exclusivamente al jefe político-religioso, no siendo lícito al pueblo comer carne humana. Los que tienen que vengar agravios personales, aguardan emboscados á su enemigo, aunque tarde en aportar por aquel sitio semanas enteras, y al aparecer lo hieren con sus larguísimas lanzas. La cabeza de la víctima es después llevada en triunfo

á casa del vencedor. En estas excursiones sacrifican en honor del dios de las batallas algún esclavo de los que llevan en su compañía. Hacen abrir una fosa, y cortan con el hierro sagrado la cabeza de la víctima; los demás esclavos tienen que llenar con tierra la fosa donde queda el cuerpo de su infeliz compañero.

Los *baganis* solían elegir sus concubinas de entre las prisioneras de guerra, proviniendo de éstas la clase de los *tinavas* ó libertos. Sus hijos, esclavos al nacer, son á poco declarados libres, viniendo á formar una clase intermedia entre los magnates y los esclavos. Estos últimos están sentenciados á ser vendidos en castigo de cualquier falta que cometan, ó á ser sacrificados en aras del dios de las batallas.

Los manobos, como se ve, se diferencian bastante de los *aetas,* propiamente dichos, superándoles en civilización por lo que respecta al cultivo de los campos, al culto por sus antepasados y á cierta organización política; pero están supeditados á un ciego fanatismo que les arrastra á sacrificios humanos y á actos repugnantes, propios de caníbales.

Según los padres de la misión de jesuitas, los baganis son asesinos de profesión, y se distinguen en su traje por el número de asesinatos cometidos. Cuando son cinco ó diez los muertos, llevan en la cabeza pañuelo encarnado; de diez á veinte, pañuelo y camisa del mismo color, y de veinte en adelante, pañuelo, camisa y pantalón encarnado.

A cada víctima le cortan un mechón de cabellos, con los que engalanan el borde de su escudo.

Estos crueles salvajes usan coraza de hasta tres dobles de bejuco partido, y con ella defienden el pecho y la espalda. Para dificultar el paso de sus enemigos,

clavan en tierra puntas de caña y preparan, á manera de lazos, unas flechas dentro de arcos, que al pisarlas se disparan y atraviesan por el costado al caminante. Ascenderán á 15.000.

Los *mamanuas* (hombres del bosque), raza mezclada de la costa Este de Mindanao, de color negro muy atezado, habitantes en las inmediaciones del río Butuan, hacen vida muy semejante á la de los manobos, diferenciándose de éstos en que se casan con las mujeres de otras tribus malayas y aun cristianas, que luego se les asimilan, adoptando su mismo género de vida nómada.

Mandayas.—En los confines del territorio ocupado por la tribu que dejamos mencionada, hacia el S., ó sea la parte alta de la cuenca del Agusan, y desde Linao hasta las lagunas de Liguasan y Buluan, por el O. y toda la costa oriental de la isla hasta pasado Bislig, reside la raza de los mandayas, igual á los habitantes del interior de Borneo.

Tienen facciones muy regulares y color más claro que los demás salvajes, presentando rasgos de la raza china. Se dejan crecer el pelo como las mujeres.

Son robustos y más nobles y pacíficos que los *manobos,* aunque van siempre armados y aman la vida errante. Comercian con los cristianos.

Tienen su código legal y penal, basado en sus tradiciones. Domina entre ellos la idolatría, y está permitida la poligamia y la esclavitud.

Practican con gran fervor sus ritos religiosos. Representan á su *divata* ó ídolo por medio de un busto de figura humana, hecho con madera de *bayog*, reservada para este uso, y pintada con la savia de la narra. Por ojos le ponen la encarnada fruta del *macabujay*. Este ídolo tiene sus *bailanes* ó sacerdotisas.

Creen los mandayas en dos principios buenos, ó sean *Mansilatan* y *Badla*, padre é hijo, y en dos principios malos, *Pundagnon* y *Malimbong*, marido y mujer.

En sus enfermedades y desgracias invocan la protección de los principios buenos, y escarnecen á los ídolos de los principios malos.

Su principal sacrificio es el *Bilitic*. Reunidas alrededor del altar del *divata*, el número de *bailanes* que exija el esplendor de la fiesta, conforme á la cantidad que satisfaga el patrón, frente á cuya casa tiene lugar la ceremonia, éste presenta á aquéllas un cebado cerdo, que es depositado en el altar. Las *bailanes*, engalanadas cuanto pueden, lo rodean bailando al compás de la música consagrada al ídolo, cantando á la vez estos versos:

Mi minsad si Mansilatan.

(Bajará del cielo Mansilatan.)

Opud si Badla ñga magadayao mangdunia.

(Luego Badla arreglará la tierra), etc.

Tiemblan después, estremeciéndose de pies á cabeza é inclinándose de uno á otro lado, describen con sus evoluciones varios semicírculos, bailando acompasadamente al son del *guimbao*, especie de tamboril; elevan la mano derecha al sol ó á la luna, según sea de día ó de noche, y piden protección para el organizador del *Bilitic*.

A seguida, la sacerdotisa mayor hiere con su *balarao* (puñalito) al cerdo, sin separarlo del altar, y aplicando los labios á la herida, chupa y bebe la sangre que de ella brota, vivo aún el animal, y á continuación hacen lo mismo las demás *bailanes*.

Repiten los bailes, cantos y estremecimientos; figuran hablar con *Mansilatan*, que aseguran ha bajado del cielo para inspirarlas, y profetizan lo que les ha comunicado, ó sea el anuncio de una buena cosecha, la curación de alguna enfermedad, ó una victoria sobre sus enemigos.

Limpian después el cerdo; ofrecen parte de él al *Divata*, y termina la fiesta con una tremenda orgía.

Por este estilo son los diversos sacrificios que practican.

Las *bailanes* usan ordinariamente un jubón encarnado. En los días de ceremonias se adornan el cuello y el pecho con abalorios, collares de oro y patenas de plata que ellas mismas fabrican y labran; se engalanan la cintura con cascabeles, muelas de cerdo y caimán, y ramos de yerbas olorosas, y las manos y los pies con gruesos anillos de alambre y de taclobos, así como de cierta planta marina de color negro, llamada *sagaysay*.

Respecto de la paloma silvestre *Limoco*, abrigan los *mandayas* diversas supersticiones. Si canta en frente del individuo por el lado izquierdo, conseguirá éste lo que pretenda; si canta por el lado derecho, debe estar prevenido contra sus enemigos; si por el lado derecho de la espalda, enfermará en breve; si por la parte anterior del pecho, es preciso que retroceda al punto, porque le amenaza inminente riesgo; si oye el canto hallándose el individuo al umbral de la puerta de alguna casa, va á ser mordido por un animal dañino; si ocurre estando bajo el tejado, tiene que huir, porque el peligro es inmediato; y si acontece cuando él está entre dos árboles, indica que sus enemigos le preparan una emboscada. Temen los eclipses y temblores, y son víctimas

de grandes supersticiones relativas á brujas, hechiceras, gigantes, enanos, etc., etc.

Entierran los cadáveres en los huecos que forman las peñas del bosque, y juntamente sus armas y escudo y una *banga* ú olla con morisqueta, á fin de que pueda defenderse con las primeras y alimentarse con lo segundo en su viaje. Si se declara una epidemia, abandonan la ranchería y van á establecerse en otro lugar. Se cree excedan de 15.000.

Manguangas.—Ocupan el vasto territorio que existe desde la orilla izquierda del río Agusan hasta Misamis, y desde la costa N. de la isla hasta la laguna de Buhayen. Seméjanse á los manobos, con los que confinan por el E. Son refractarios al trabajo, y muy aficionados al robo de ganados. Habrá unos 14.000.

En las inmediaciones del seno de Davao, hay una tribu mixta de *mandayas* y *manguangas*, enemiga de los moros. Sú número asciende á 7.000.

Guiangas y *Bagobos.*—En las cercanías del volcán de Apo y á orillas del río Pulangui, encuéntranse los *Guiangas* y *Bagobos*, raza cruel y antropófaga. Adoran un dios bajo el nombre de *Busao*, en cuyo honor hacen sacrificios humanos. Estos salvajes feroces se extienden hasta las playas del seno de Davao, muy cerca del río Casilaran y del puerto de Malalag. Son robustos y guerreros. Elaboran tejidos de algodón y de abacá y labran sementeras de arroz. Serán de 10 á 12.000 de cada raza.

Tagacaolos, Sanguiles y Bilanes.—Estas razas moran cerca del volcán de Apo, por el S., en las islas Sarangani y por las grandes laderas del Matutum, hasta la costa SO. de la isla. Son valientes y susceptibles de fácil civilización. Los hombres se agujerean las orejas,

en las que llevan grandes botones de marfil, de los que penden enormes sartas de abalorios.

Los primeros son oriundos de aeta.

Aborrecen los latrocinios y el adulterio, delitos que castigan severamente, y poseen otras cualidades recomendables. Calcúlanse en 25.000.

Tirulayes.—Habitan en las montañas de Tamontaca, y en las que rodean á la bahía Illana. Son más raquíticos y menos inteligentes que los moros. Su traje es incompleto y vario.

Sus mujeres visten con más esmero; algunas usan un sombrero de palma de forma cónica cóncava, de grandes alas; un jubón abrochado por la garganta, dejando al descubierto el pecho; un faldellín hasta la rodilla, y los brazos y piernas desnudas, pero adornadas por infinito número de anillos que chocan y suenan al andar; cinturón de sortijas de hoja de lata, y enormes zarcillos, á cuyo peso se les abre desmesuradámente el pulpejo de la oreja. Los padres y maridos cuidan poco de la honestidad de sus hijas y esposas.

Cultivan arroz, caña dulce, tabaco y otros productos agrícolas. Debe haber sobre 8.000.

Subanos.—Moran éstos por la parte occidental de la isla, desde Misamis hasta Zamboanga, en los distritos intermedios de moros y cristianos. Su color es bastante oscuro. Son de costumbres pacíficas y fáciles de someter, como lo están á los moros del territorio de Sibuguey, á pesar de que su número es treinta veces menor al de los subanos, y no obstante el odio que profesan á aquéllos, lo cual demuestra con cuánto más motivo aceptarían el dominio español.

También existen mezclas de estas diferentes razas.

Conviene mucho favorecer á estas razas contra los

moros y atraerlas por completo de la manera más política y persuasiva, pero enérgica á la vez y sin contemplaciones para nadie, pues en ellas tiene que basarse nuestro predominio en Mindanao sobre los malayo-mahometanos, irreductibles por la diferencia de religión, que ha de dificultar siempre una buena inteligencia con nosotros y muy odiados de los monteses, entre quienes los moros reclutan esclavos, causándoles todo género de vejámenes y daños. Para ello deben estrecharse las distancias entre nuestros establecimientos militares y las rancherías de monteses, á fin de mantener con éstos más frecuente comunicación y trato. Conviene aumentar el número de misioneros y á la vez ir situando destacamentos ó puestos militares escalonados, á partir de Misamis hacia el S., y de Surigao hacia el O., cuyos jefes deberán tener la autoridad civil necesaria para organizar la población sometida, á semejanza de lo practicado, con éxito completo, para la reducción de igorrotes en Tiagan, Lepanto, Bontoc y otros puntos de Luzón. Avanzando siempre dichos establecimientos conforme fuesen agrupándose á ellos los nuevos reducidos, que gustosos preferirán hacerlo así á caer esclavos de los moros, éstos tendrían que asimilarse ó desaparecer.

Los malayo-musulmanes no reconocen más derecho que el de la fuerza; son indómitos en grado sumo y jamás se someterán á ninguna autoridad que no pertenezca á su raza ni se convertirán al cristianismo: los moros samales, los de Joló y Tawi-tawi, que siempre han vivido y medrado del pirateo en las costas filipinas, que todas sus aficiones son las empresas marítimas y que desprecian el cultivo del campo por abrigar la creencia de que ese es oficio de esclavos, que son quienes

se los labran á ellos, y que tienen una independencia y ferocidad salvaje, serán siempre un estorbo invencible para el progreso social de los puntos que ocupan, y no hay que fiar en convenios ni promesas de sumisión y paz, sino hacerles sentir la superioridad de nuestras fuerzas, sometiéndolos ó ahuyentándolos.

De este modo, únicamente, llegaremos á dominar sobre Mindanao y evitaremos costosas guerras para lo futuro. Se supone el número de Subanos en 50.000.

Dialectos.—Hablan estas razas diferentes dialectos, predominando el manobo y el mandaya. En algunos puntos ofrece su lenguaje gran mezcla de malayo, moro y visaya.

DISTRITOS DE MINDANAO.

Por Real decreto de 31 de Julio de 1860, se creó un gobierno general P. M. en la isla de Mindanao y sus adyacentes, á cargo hoy de un brigadier.

Compónese de los seis distritos siguientes:

1.° *Zamboanga*: comprende la parte de la provincia de su nombre, que abraza el seno de Sibuguey y la costa O. de la isla hasta punta Maralag.

2.° *Misamis*, con la isla de Camiguin.

3.° *Surigao*, con el grupo de islas de su nombre, situadas al N. y NE. del distrito.

4.° *Davao*, con la isla de Samal, que está en el seno de aquel nombre, comprende desde Surigao hasta las islas Sarangani, situadas al extremo SO., abrazando en su jurisdicción el puerto Balete y la bahía de Pujaga, sobre la costa E. de Mindanao y al NE. del cabo de San Agustín.

5.° *Cottabato* y Pollok, con la isla de Bongo, en la bahía Illana.

6.° *Basilan*.

Comandancias militares.—*Dapitan*, al N. de Mindanao, desde punta Taglo á la de Sicayap, al O., y la de Silla, al E. *Bislig*, al E. de Mindanao, desde punta Cauit hasta Surigao. De este punto toma la dirección ESO. al interior del distrito hasta el río Suntug, y continúa al N. hasta el pueblo Hijo.

El gobierno de cada uno de los distritos de Mindanao, Surigao y Cottabato, está á cargo de un teniente coronel de ejército, y el de los de Zamboanga, Davao y Basilan, y la comandancia de Dapitan, al de un comandante, respectivamente; la última, depende del gobernador de Misamis.

Zamboanga, Misamis, Surigao y Pollok cuentan juzgados de primera instancia, de entrada. El gobierno de Davao tiene atribuciones judiciales. En la primera de estas provincias sirve el ramo de Hacienda un administrador de Aduanas, y el de Correos un administrador con la categoría de oficial tercero. En las de Misamis, Surigao y Pollok, existen administraciones de Hacienda de cuarta clase. En los distritos restantes desempeñan estos ramos sus respectivos gobernadores.

En todo Mindanao ejercen la parte espiritual los jesuitas, menos en Misamis, Surigao y Bislig, en que también hay recoletos.

ZAMBOANGA.

El distrito de Zamboanga linda al N. con la punta Maralag, del distrito de Misamis; al E., con el de Pollok ó Cottabato; al S., con la isla de Basilan y el Ar-

chipiélago de Joló, y al O., con el mar de Mindanao.

Zamboanga, villa creada en 1636, y que hasta hace algunos años ha sido la capital de Mindanao, está situada sobre la playa, en terreno llano y descubierto, teniendo á su espalda la cordillera Pulungbató. Limítala al NE. el pueblo de Tetuán; al N., el barrio de Santa María, y al O., el de Gusú, la Visita de Dumalón y la Colonia de San Ramón.

Al S. de Zamboanga se encuentran las islas de Santa Cruz; al E., sobre la costa, las de Tigtanan, Malanipa, Sacol y Tumatuta, y la de Olutanga, al SE. del seno de Sibuguey.

Clima.—Templado todo el año, á excepción de los meses de Noviembre á Enero, durante los cuales refresca mucho. El viento O. es muy constante en Zamboanga. Su atmósfera está siempre limpia y despejada. No se sienten baguios ni temporales.

Montes.—La cordillera Pulungbató es la principal, distinguiéndose los montes Paranhuag, Cabigan, Tulungatura, Zas, Tinuba, Tarlin, Malandi y algún otro.

Ríos.—El Nahuan, que nace en la cordillera Pulungbató, surte de agua á la población, á sus arrabales y al pueblo de Tetuán. Pasa por los barrios de Santa María y Tumaga, entra en Tetuán y desagua en Masinlog. Los principales ríos del distrito son el Dumalón, el de San Ramón y el Putalong. Muchos otros cuenta de menos importancia.

Lagos.—El de Baguey, al NE. de la plaza.

Costas.—Tiene 349 millas de costa, desde la punta SO. de Flechas, al E., hasta la punta Maralag, al NO. La bahía Sindangan se encuentra al N. entre las puntas Murciélagos y Banigan, y el seno de Sibuguey, al E., donde se halla el puerto de Banga. Las ensenadas Si-

buco y Cauit están en la costa E., entre las puntas Batalampon y Siocon, y entre ésta ó la de Bulangonan y Dulanguin, el puerto de Santa María. Los de Zamboanga y la Caldera se hallan al S. La costa de éstos es arenosa en toda la parte que da al frente de la población, y llana y algo pedregosa desde Balinasan hasta Putalong. Aunque abierta y combatida por las olas, si reinan el S. y el O., ofrece abrigo para los vientos del N. y del E. La rada tiene buen fondeadero, pero ofrece poca seguridad porque está lleno de piedras. En la costa N. del estrecho puede fondearse sobre 12 á 16 brazas arena, sin acercarse mucho á la playa.

Zamboanga es puerto habilitado para el comercio exterior (1).

En esta villa hay un hospital militar. Cuenta buenas carreteras para comunicarse con los pueblos del distrito.

Población.—Unos 14.500 habitantes. Al N. del puerto de Santa María, existe un pueblo moro que tendrá 2.500 almas. Los zamboangueños son completamente opuestos al trabajo. En la capital no hay medio de proporcionarse un criado. Son bastante viciosos, pero pacíficos y sumisos á la autoridad. Los privilegios que han conquistado por su continua lucha contra los moros, y entre otros la exención de quintas, hace que se consideren superiores á los demás indios. Los naturales de Zamboanga hablan todos, aunque imperfectamente, el español. Su ocupación habitual es el tráfico con los moros; también se dedican algo á la agricultura, desde hace poco tiempo.

(1) El resumen general de los valores del comercio obtenido por esta Aduana durante el año de 1883, fué:

Importación..................	12.740 pesos.
Exportación..................	»

La capital está defendida por una fortaleza llamada del Pilar, y con cuatro baluartes denominados San Francisco, San Felipe, San Fernando y San Luis. La ciudadela se halla cerrada por los baluartes Santa Bárbara y Santa Catalina. La guarnece fuerza de infantería. Zamboanga dista de Manila 561 millas.

MISAMIS.

Provincia al N. de Mindanao, creada en 1622, á la cual pertenecen la isla de Camiguin, al NO. de punta Sipaca, y las de Zelino, Aliguay y Bantequi.

Límites.—Al N. y O., el mar de Visayas; al E., Surigao, y al S., el interior de la isla de Mindanao.

Extensión.—De N. á S., 41,77 kilómetros, y 241,34 de E. á O.

Clima.—Cálido y sumamente húmedo. Los vientos del N., NE. y SO. azotan mucho esta provincia.

Terreno.—Montuoso en general y fértil.

Montes.—La cordillera principal parte de punta Maralag, en dirección al E., hasta unirse con la que separa á Misamis de Davao, encaminándose después al N., hasta morir al O. de punta Divata. En esta cordillera, al S. de Misamis, se hallan los elevados montes Rangaya.

Volcanes.—El de Camiguin, ya descrito.

Ríos.—Cuenta 18, siendo los principales el Lubungan, el Iligan y el Cagayán.

Lagunas.—Las de Panguil y Malanao.

Puertos.—El de punta Sipaca, en la parte N. de Mindanao; el de Quiualang, en la bahía de Iligan, entre Salimbal y Minor; el Maigo, á la entrada de la ensenada de Misamis, y otro entre las puntas Blanca y Maralag.

Costas.—Las de Misamis tienen 240 millas de extensión. Principia en punta Divata y termina en la de Maralag. Divata separa á Misamis de Surigao por el E., y Maralag á Zamboanga por el O.

Minas.—En los ríos Iligan y Cagayán se presenta el oro en aluviones. En Initao, Iponán y Pigtao hay muchos lavaderos. Algunas pepitas extraídas en los dos últimos pesaban unos tres *taeles.*

El oro en polvo que obtienen por lavado de las arenas, excede siempre de 20 quilates.

Agricultura.—Se halla descuidada, pues solamente cultivan unas 24.000 hectáreas, destinadas á abacá, caña dulce, cacao, palay, maíz y varios artículos cuyo producto no baja de 500.000 pesos.

Industria.—Además de la extracción del oro, existe la industria de los tejidos de abacá y algodón. Se calcula que cada mujer de las 1.800 consagradas á este trabajo obtiene una utilidad líquida al año de 80 pesos, ó sean 144.000 en total. En Aluvijid y Balinhasay se dedican á la pesca del balate y á la recolección de *sigais* ó caracolitos *(Cyprea).*

Comercio.—La mayor parte de los productos de Misamis van á Cebú. Algunos, aunque en menor escala, á Manila.

La exportación se compone de los siguientes productos:

Abacá, azúcar, aceite de coco, cacao, canela, cera, cerdos, palay, maíz y sibucao, cuyo total valor no baja de 500.000 pesos fuertes.

El tabaco de varios pueblos del interior es sumamente apreciado, pagándose á elevado precio.

Población.—Unas 90.000 almas. Distínguense los habitantes de este distrito por su cultura, no menos

que por su enemistad hacia los moros, contra los cuales se han batido siempre con bravura.

Iligan y Dapitan son pueblos célebres en la historia de Mindanao, por su valor contra los piratas joloanos. Hacia el N. de Mindanao moran sobre 10.000 *monteses* é igual número de *manobos* en las inmediaciones de Dapitan. Desde Iligan hasta la laguna de Malanao, hay asimismo unos 20.000 moros. La población total de Misamis viene á ser de 120.000 almas.

Misamis es uno de los pueblos más bonitos del Archipiélago. Dista de Manila, vía de Cebú, 431 millas.

SURIGAO.

Esta provincia fué la primera que Magallanes incorporó al dominio de España (1521). En un principio llevó el nombre de Corregimiento de Butuan. Después provincia de Caraga, hasta 1849 en que se la impuso el de Surigao.

Comienza en punta Divata, se extiende al E. hasta punta Banaján y sigue hasta Surigao. El término de la provincia es punta Cauit. Pertenecen á Surigao las islas llamadas Dinagat, Siargao, Bucás, Gipdo, Donadona, Caburao, Argao, Lampungan, Sibunga y General.

Límites.—Confina al O. con Misamis; al N., con las islas Limasagua y Leyte; al NE., con las islas de su nombre; al E., con el mar Pacífico; al S., con el interior de Mindanao, y al N., con Davao y Cottabato.

Extensión.—De N. á S. tiene 124,25 kilómetros, y de E. á O., en la parte máxima, 97,78.

Clima.—Cálido y en exceso húmedo, obedeciendo á los vientos NO. y SO. Llueve mucho y se suelen sentir grandes *baguíos*.

Terreno.—Montuoso, volcánico, á trechos llano, é inculto en gran parte.

Montes.—La cordillera principal parte desde punta Divata, al N., hasta Salacogon, al SE., en lo interior, y desde aquí al NE., hasta Tinabigan, en la costa oriental de Mindanao, donde se une con la de la costa occidental, que sale de Jabonga y termina en punta Banaján, al NO. de la provincia. Los montes más notables son los llamados Canimón, Binutong y Canmahat. El terreno de estos montes lo constituyen pizarras talcosas y serpentina. Entre los productos vegetales de este distrito se distinguen las hermosas cañas blancas para bastones, llamadas de Indias.

Ríos.—El más caudaloso es el Butuan ó Agusan, ya descrito.

Lagunas.—La de Sapangan ó Mainit.

Costas.—Las de Surigao miden 97 millas de extensión al O., 20 al N. y 111 al E., desde punta Divata hasta Cauit. Durante la monzón del NE. se halla cerrada, y desde Octubre á Mayo es muy expuesta la navegación á causa de las gruesas mareas del Pacífico. No es mucho mejor la del SE.

Estrechos.—El de Surigao, al N. de Mindanao y al NE. de la provincia, entre las puntas Banaján al S. y la de Panaon al N., á una distancia de 12 millas, que es el ancho del estrecho. La velocidad de las corrientes en él suele ser de 11 millas por hora.

Comercio.—Existe entre esta provincia y la de Cebú en bastante importancia. El de cabotaje con Manila, consistente en abacá, brea, balate, bejucos para bastones, cacao, cera, cueros y otros varios artículos, se calcula en 150.000 pesos anuales.

Minas.—Existen bastantes lavaderos en diversos pun-

tos de la provincia. En los terrenos calizos de los montes expresados anteriormente, se ve el oro mezclado con piritas de hierro y cobre, galena y blenda.

La producción de oro al año se calcula en 1.800 taeles, ó sean 32.400 pesos, constituyendo su extracción la principal industria de los naturales del país.

Ganadería.—Es escasa y de poca vida, por la excesiva humedad del territorio.

Población.—Sobre 58.000 almas. Los habitantes son dóciles y honrados, pero poco amigos de las faenas campestres. La instrucción pública se halla bastante atrasada. Moran en el interior las castas de los *Aetas, Manobos, Mandayas* y *Bagobos,* cuyo número en este distrito se calcula en 10.200 almas.

Surigao dista de Manila, vía de Cebú, 461 millas.

BISLIG.

Bislig formó parte de la provincia de Nueva Guipúzcoa ó Davao hasta 1858, desde cuya fecha depende de Surigao.

Pertenecen á Bislig las siguientes islas: Arangasa, al S. del puerto Canay; Macangani, al N. de Tandag; Aguiman, al N. de la bocana de la ensenada de Liangan; Tigdos, al N. de la ensenada de Bislig; Masahuran, á la entrada de la anterior, y Pujaga, sobre la punta SO. de Balete.

Límites.— Confina al N. con Surigao; al E., con el Pacífico, y al S. y O., con Davao y con el Cabo de San Agustín.

Extensión.—167,10 kilómetros de N. á S., con 38,09 de E. á O. desde Bislig á la montaña que lo separa de Davao, y 55,70 en la parte más ancha del distrito en

la misma dirección. Desde punta Subug se dirige al SO. del territorio, y de aquí recorre 60,32 kilómetros hasta el pueblo de Hijo.

Clima.—Sano y cálido. Los vientos reinantes son el NE., E. y SO.

Terreno.—Montuoso y quebradizo, con algunas cañadas hacia el interior. La parte más llana, inmediata á la costa, es sumamente fértil y susceptible de todo género de producciones.

Montes.—El Catalan, del que parten otros menos elevados, que cruzan el territorio de Balete y terminan en el Cabo San Agustín. Abundan los productos forestales.

Ríos.—El Tandag, Tago, Tuagan, Mandag, Cateel y Bislig, que desaguan en el mar. El más caudaloso es el Cateel. Su bocana ofrece poca seguridad á las embarcaciones. El Bislig es poco caudaloso, navegable solamente para falúas.

Puertos.—El de Bislig, abierto al NE., de poco fondo, sucio, con 6 bajos de arena y 4 á 6 brazas de fondo, al NO. de la isla Masahuran, y 27 y 50 entre ésta y la punta Sancol. Es bueno sólo para falúas. El de Cateel se encuentra muy combatido por los vientos allí reinantes. El de Tubud, en la ensenada de Caraga, se halla al abrigo de todos los vientos menos del N.

Costas.—Se extienden sobre 140 millas. Desde punta Cauit, baja al S. hasta el pueblo de Tandag; toma al SE.; llega al puerto de Canay, situado al S. de la punta Lalubuyón ó Lambullán, y, al N. de la isla Arangasa, hace rumbo al SO. hasta llegar á la ensenada de Liangan; y desde la punta Bancutin, que es la más saliente, corre al S. la costa, en cuya dirección se halla la ensenada Lamón y los islotes Tigdos y Masahuran.

Entre la última punta y la de Sancó está el pueblo de Bislig. Saliendo de la ensenada, rumbo al S., se encuentran el río Tuagan, el puerto Tambog, las puntas Catarmán, Bagoso y Baganga. Pásanse las puntas Nunucan y Baculing y se llega á la de Sancol, entre la cual y la de Subug está el pueblo y puerto de Caraga. Sigue la costa al SO., y después de pasar las puntas Balugo, Casoman, Yacat y Tabobon, se llega á la ensenada de Mayao, última del distrito, situada entre las puntas Tabobon y Bobon.

Bajos.—El de Canay, de 5 millas de extensión; el de Sanco, con 3,75, y varios entre Tuagan y puerto Catarmán, con 10. Existen algunos más que tienen desde 4 hasta 30 brazas de fondo, según los sitios.

La agricultura, industria, comercio, ganadería y producción es escasa. Los naturales se dedican con preferencia á la explotación del oro.

También la instrucción primaria está atrasadísima.

Población.—(Peninsulares, mestizos, indios y chinos.) Unas 21.100 almas. Además sobre 10.000 infieles de Davao, que se extienden hasta las inmediaciones de Mayao. La capital, Bislig, dista de Manila, vía de Surigao, 619 millas. Está situada á la derecha del río de su nombre. Casi todos los pueblos se hallan sobre la costa. El gobierno lo ejerce un capitán de ejército, dependiente del gobernador de Surigao.

DAVAO.

Conquistó este territorio á los moros en 1848 el intrépido español D. José de Oyanguren, autorizado para hacer la expedición á su coste por el gobierno de Filipinas, recibiendo, por cierto, inicuo pago. Púsole por

nombre Nueva Guipúzcoa, denominación que en 1851 fué injustamente suprimida, recibiendo la de Davao.

Pertenecen á este distrito las islas Samal, Talicud, Pujaga, las Saranganis, Sirangan, Moleron y Lumbal, y los islotes Malipanas y Sigaboy.

Límites.—Al N., Surigao; al NO., Cottabato, en cuya parte intermedia está la laguna Buluan y el territorio llamado Boayen ó Buhayen, y al SE. el mar Pacífico, donde se hallan el puerto Balete y la bahía Pujaga.

Extensión.—Extiéndese desde la punta Bobon, al S. de la ensenada de Mayao, hasta el cabo de San Agustín, unos 48,23 kilómetros; continúa al centro del seno hasta el NO. del pueblo Hijo, sobre 102,09, y de este pueblo al S., en la costa E. del distrito hasta punta Sarangani, 161,53. La parte más ancha en la costa O. tiene 55,70 kilómetros desde punta Gorda al interior.

Clima.—Benigno en general.

Terreno.—Excesivamente montuoso.

Montes.—Los de este distrito tienen asombrosa vegetación. Distínguese el elevado Pabulbungan.

Volcanes.—En los montes de sus inmediaciones se destaca el majestuoso *Apo.*

Ríos.—El de Davao, muy caudaloso, de ancho cauce y de bastante extensión. En embarcaciones pequeñas se navega por él hasta considerable distancia. El Tagun y el Hijo son también caudalosos, y algo menos el Lantug, Quinocot y Sumulog.

Puertos.—Las costas de Davao son muy combatidas por las olas cuando reinan el S. y SO. El fondeadero principal se halla en el canal que forma la playa de Davao con la isla de Samal, pero ofrece poco abrigo en la monzón del SO. El puerto Balete, en la ensenada Pu-

jaga, está resguardado de los vientos N. y S., y el de Glan, con buen fondeadero, de los del S. y SE.

Costas.—La costa E. principia en la punta Tancanan, dirigiéndose al O. hasta el centro del puerto Balete, cuya ensenada es conocida por el nombre de Pujaga, desde donde sigue la costa al S. hasta el cabo de San Agustín, dejando á la derecha la punta Mapandi, el río Cabasuya y las puntas Luban y Mabiga. Una vez doblado el cabo, la costa sigue al N.; pásanse las puntas Cagunhuang, Tacá, Casa-casa y Dumango; se llega á la ensenada Mapanga, al E. de la isla de Samal, y pasando al N. de esta isla, á unas 11,25 millas de punta Bacolod, cambia de dirección al SE. En el centro de la costa, al O. de la referida isla, se halla el pueblo de Davao, al NE. del seno de Casilaran. Continúa la costa casi recta hasta punta Gorda; cambia al SO. hasta llegar á punta Panguitan ó Sarangani, doblada la cual, y después de pasar la punta Lon, la bahía Butalacki ó Engañosa, y la punta Bluff, se llega al fondeadero de Glan, á la entrada de la bahía de Sugud Boyan, en que termina la costa del distrito. Su extensión, desde punta Panguitan al seno de Casilaran, es de 120,64 kilómetros de N. á S., y 50,92 de E. á O. Desde este último punto hasta la barra del río Hijo, al N., 67,28; desde aquí al cabo de San Agustín, al S., 106,72; de éste al puerto Balete, al N., 41,77.

Población.— Unas 1.700 almas. Además de la población expresada, cuya gran mayoría es de indios y una muy escasa de españoles, mestizos y chinos, existen sobre 2.300 moros en las islas Sarangani, y cerca de 16.000 *Guiangas, Bagobos, Calaganes, Tagacaolos* y *Bilanes,* repartidos en diferentes puntos del lado occidental y oriental del seno de Davao é isla de Samal, entre

cuyas razas viven también algunos centenares de moros. Los naturales de Davao están exentos de quintas. Davao dista de Manila 684 millas.

El progreso material de este distrito estriba en las futuras reducciones de monteses y en el establecimiento de comunicaciones más frecuentes con Manila.

COTTABATO.—POLLOK.

Pollok está situado á la entrada del río Pulangui, en la costa O. de la isla de Mindanao, casi frente de la isla Bongo, en la bahía Illana. Su fundación data de 1851. Hoy constituye el quinto distrito de Mindanào, juntamente con el establecimiento militar de Cottabato (castillo de piedra), que ha venido á ser la capital del gobierno general de la isla.

Límites.—Al E., la bahía Illana, con la provincia de Zamboanga; desde punta Flechas, al N., confina con las extensas cordilleras que dividen su extremidad N. de Misamis y Surigao; al E., en el interior, con el distrito de Davao, y al S. y O., con el mar de Mindanao.

Extensión.—De punta Flechas, al N., en el país de los moros Illanos, 51,02 kilómetros, ó sea hasta Tacuran; de aquí hasta los montes de Bislig, 272,93; de punta Bulaluan al S., hasta el N., 228,93, y 181,91 desde Bacud hasta el volcán que se encuentra al NO. de la laguna Manguindanao.

Clima.—El de Cottabato es muy húmedo y malsano. El de Pollok es más benigno.

Terreno.—Montuoso, arcilloso y fangoso. En Cottabato abundan los manglares. El terreno de Pollok es más seco. Llueve mucho y se dejan sentir con frecuencia horribles terremotos. En Diciembre de 1871 y Ene-

ro de 1872 los hubo verdaderamente horribles, según en otro lugar expusimos.

Montes.—Hacia el N. existen los elevados Rangaya, sobresaliendo el pico Macaturin y el monte Apo.

Volcanes.—El Macaturin, el Apo, el Cottabato y el Butulan. Existen indicios de otros varios en el interior.

Ríos.—Desaguan en la bahía Illana los llamados Maisin, Curamalan, Baras, Sugut, Simoy, Grande de Cagayán, Amplajan, Tabuun, Matabul y Graan. El más caudaloso es el Pulangui, de que ya hemos hecho mención.

Lagunas.—Las de Maguindanao, Liguasan y Buluan, ya referidas.

Costas.—Parte de punta Flechas, corre de N. á S. hasta Pollok y continúa á punta Tapian, desciende al SE. y termina en la bahía de Sarangani. La bahía Illana se halla entre punta Flechas y Bamban; desde aquí corre la costa al N. 40° E. hasta el río Grande. A milla y media SE. de la isla Bongo puede fondearse en 10 á 15 brazas. Al EO. con la punta N. de esta isla se halla el puerto de Pollok. Su fondo, á la entrada y en la medianería es de 45 á 30 brazas, y de 20 y 15 junto á la playa del S., al E. del arrecife que rodea la punta.

La isla Bongo hállase situada frente al río Grande de Mindanao, á unas 9 millas. Desde Pollok á punta Flechas ofrece la costa varios puertos, ensenadas y bocanas que están por reconocer, ó sea al N. de la bahía Illana, residencia del Sultanato de Mindanao.

Aguas minerales.—En la falda de la colina de Cottabato brota un manantial caliente y muy sulfuroso, cuya temperatura del agua en la superficie es de 40° centígrados.

Agricultura y producción.—Casi todo el terreno cultivado se encuentra en el territorio que ocupan los moros. El café que cosechan es de excelente calidad. También cultivan cacao y palay. El comercio lo monopolizan los chinos.

En Pollok hay una estación naval, encomendada á un capitán de fragata.

Población.—Unas 1.300 almas, distribuídas en los tres puntos arriba citados. Además, á orillas del río Pulangui, residen los tirulayes, y los illanos al NO.

La capital, Cottabato, dista de Manila, vía de Zamboanga, 676,50 millas; de Pollok, 20 kilómetros; 4,61 de Tamontaca; 85,83 de la laguna Maguindanao, y 60,32 de la de Liguasan.

Cottabato no ha respondido á los fines de su elevación á capital de Mindanao, antes por el contrario, la deficiencia de nuestras autoridades y sus poco prudentes medidas fueron causa de que la numerosa población moro-malaya, que cultivaba sus campos y sostenía activo tráfico de arroz, café, cacao, aves domésticas, frutas, etcétera, haya ido desapareciendo, cuando de seguir otra política de atracción y tolerancia en determinados asuntos, hubiese sucedido todo lo contrario.

Hoy la población civil sólo se compone de algunos deportados y sirvientes y de los falaces mercaderes chinos, que explotan á españoles y moros, fomentan las pasiones de éstos y sus prevenciones contra España, aliándose siempre con nuestros enemigos, aunque secretamente, constituyendo un elemento perjudicial, que sería oportuno reducir á la impotencia, y mejor aún, alejar de aquellos puntos.

BASILAN.

La provincia de la Isabela de Basilan, isla situada hacia la parte O. de Mindanao, se creó en 1851.

Rodean á Basilan cuarenta islas, formando distintos grupos, siendo las principales Teinga, Orejas de liebre, Basaan, Catulub, Pilas, Paluc y Caricuman, situadas al N., NO. y SO.; Bucutua, Belanan, Tongquil, Parol y Balanguingui, al S.; y Canluan, al SE. Todas están habitadas por moros joloanos.

La isla de Pilas, que es la mayor del grupo, se prolonga 16,71 kilómetros de N. á S. Ha sido siempre el abrigo de los piratas. La isla más inmediata á Basilan es la de Malamawi, situada al NO., separándolas un canal de dos tercios escasos de milla.

Parten de Basilan en dirección SO. varios islotes, que forman como una cadena, que enlaza el Archipiélago con Borneo, entre los cuales se halla Joló, Tawi-Tawi, etcétera. Teinga es la más al N. del Archipiélago de Joló.

Límites.—Al N., Zamboanga; al O., el mar de Mindanao; al E., la ensenada de Limao, y al S., Joló.

Extensión.—Tiene 21,27 kilómetros de E. á O., 38,99 de N. á S., y 1.275 kilómetros cuadrados de superficie.

Clima. —Benigno. Los vientos reinantes son Nortes y Sudoestes. A causa de los pantanos de las inmediaciones, se padecen intermitentes desde Setiembre á Diciembre.

Terreno.—El suelo de la isla es accidentado, volcánico, montuoso é inculto en su mayor parte, por temer los naturales las tropelías de los moros.

Montes. — Las montañas son bajas, pedregosas y de admirable vegetación. Abundan las maderas de cons-

trucción y la resina, cera y miel, y se cree que existan grandes criaderos de cobre.

Ríos.—De los montes del S. de la población parte un río, el Maluso, que desagua en la Silanga, al SO. de Basilan, el cual participa del flujo y reflujo de las mareas. Esta Silanga está abrigada de todos los vientos. Su profundidad mínima es de 2 brazas, y la máxima de 20.

Estrechos.—El de Basilan lo forma la extremidad SO. de Zamboanga y la costa N. de la isla de su nombre.

La boca occidental da salida al mar de Mindoro. La oriental da entrada al mar de Célebes. En el centro de este estrecho se hallan las islas de Santa Cruz, pertenecientes al distrito de Zamboanga.

Población. — Unas 800 almas. Casi toda la isla está ocupada por moros llamados *jacanes*, sumamente traicioneros y ladrones. Se dedican á la pesca y al tráfico con los cristianos. No reconocen autoridad ninguna, ni tienen morada fija.

La agricultura, la industria, el comercio y la producción es de escasísima entidad.

La capital, Isabela, está situada en un declive, cubierto de vegetación. En su parte baja es pantanoso, costeándole un río que procede de los montes que se hallan al S. Está resguardada de todos los vientos, menos del SO. Dista de Manila 620 millas; de Zamboanga, 10 $^1/_2$, y de Joló unas 75. Posee un fuerte con cuatro baluartes.

En el pueblo de la Isabela apenas si hay otros edificios que los del Estado. El pueblo no ofrece nada de notable; pero como punto militar es muy importante, y conviene esté bien guarnecido y con marina suficiente para las eventualidades de la guerra.

En Basilan hay estación naval.

La privilegiada isla de Mindanao, por su extenso territorio, por su inmensa riqueza forestal y minera, por sus anchas y caudalosas vías fluviales, por sus muchos y excelentes puertos, y por su magnífica posición geográfica, ofrece grandioso porvenir al engrandecimiento colonial de nuestra patria.

ARCHIPIÉLAGO DE JOLÓ.

El Archipiélago de Joló está formado por una multitud de islas madrepóricas, cuyos principales grupos se denominan Joló, Tawi-Tawi, Tapul, Pangutarang, Tagbabas, Balanguingui, Kecuapoussan y Cagayán de Joló. El último, situado en la extremidad septentrional de Borneo, una parte de esta isla y casi toda la Paragua, es lo que constituye la sultanía de Joló.

Dicho Archipiélago se extiende desde la isla Simisa, al E., hasta las islas Taju, al O., y desde la isla Palapat, al SO., hasta la de Lubigan, al NO.

El grupo de Joló se compone de 19 islas, de las cuales una es regular, cuatro de mediana extensión y las restantes pequeñas.

El grupo de Tawi-Tawi, situado entre Joló y Borneo, asciende á más de cuarenta islas, de las cuales una es bastante grande, catorce regulares, y las demás pequeñas. La de Tawi-Tawi tiene 55'70 kilómetros de longitud, 20 de ancho y 110 millas de circuito. Dista de Joló 55 $^1/_2$ kilómetros. Distínguese en la sierra que la atraviesa el pico Dromedario, de 570 metros. Cuenta una laguna llamada Lanantangang, con siete brazas de fondo.

El 29 de Enero de 1882 ocupó un destacamento de tropas españolas el frontón N.E. de la isla de Bongao,

del grupo de las de Tawi-Tawi, izando en la punta saliente de aquél la bandera nacional.

A raíz de este suceso, fué á Bongao el paulima (gobernador) Amseyne, con sus sácopes de Ubian. Se le invitó á que trasladara su residencia á dicha isla, y así lo verificó con toda su familia y cuarenta súbditos de ambos sexos. El paulima hizo levantar una casa para él, á un extremo de la isla, izando en aquélla la bandera española en señal de adhesión á nuestro país.

El grupo Tapul, consta de diez y nueve islas, de las cuales solamente cuatro son de regular extensión. Tapul se extiende 9,21 kilómetros de N. á S. y 4,60 de E. á O., y su circunferencia llega á 12 $^1/_2$ millas.

La más importante del grupo es la isla de Siasi, con 22 millas de circuito y más de 24 de superficie. En su centro se elevan dos picos de 624 y 334 metros respectivamente, cubiertos de hermosa vegetación.

Los grupos de Pangutarang y Tagbabas, se componen de más de treinta islas bajas, por regla general, nemorosas y de pequeña extensión. Pangutarang tiene 16,65 kilómetros de N. á S., 7,38 de E. á O., en su parte más ancha, y 36 millas de costa.

El grupo de Balanguingui, guarida en otro tiempo de terribles piratas, punto principal de la campaña de 1848, cuenta diez y ocho islas, de las cuales sólo siete alcanzan regular extensión.

La isla de Cagayán de Joló, la mayor de este grupo, situada al N. de Tawi-Tawi, mide 23 millas de ámbito y más de 20 cuadradas de superficie. De E. á O. la atraviesa una cordillera, cuyo pico más alto es el Ledán, de 340 metros. Posee dos notables lagunas, una de agua salada y potable la otra, y un lago también de agua potable.

Joló, que da nombre al Archipiélago, se halla en los 125° 21' longitud y 6° latitud; corre en dirección SO. desde Mindanao á Borneo; tiene 72,15 kilómetros de E. á O., 30,52 de ancho y 840 kilómetros cuadrados de superficie.

Clima.—El de Joló es constante, cálido y húmedo. En Abril, Mayo y Junio, y en Noviembre y Diciembre, llueve mucho. La temperatura es fresca en las costas, y fría y húmeda por las noches en la estación de Nortes. Durante la época de aguas suelen padecerse allí calenturas intermitentes.

Terreno.—Montuoso, accidentado, con escasas llanuras y muy fértil.

Montes.—La isla presenta una cordillera central que corre de N. á E., de la cual parten varias ramificaciones. Sus montañas son bastante encumbradas y de configuración volcánica. La cima del Tumantangis, punto culminante del sistema, se eleva 882 metros, al cual sigue el Babú, de 840 metros.

Ríos.—Su más caudaloso río es el de Maibung, que nace en las vertientes meridionales de la sierra principal; recorre algunas millas, sin gran caudal, y desemboca al S. en el pueblo de su nombre. Cuenta, además, los de Sucbuc, Ticban y Cabuncut, poco importantes.

Puertos.— El de Joló, entre las puntas Dinangapit y Belan, al NO., con 18 á 20 brazas de fondo (1); los de Luban, al SE., y Punungan, al SO.; el seno de Cabuncut, al S.; el de Lugbac, frente á la ranchería de Vinuayo; el de Tuta, al N. del anterior, donde se hallan los pueblos Pandampandan y Batibulan. El fondeadero de Carondong y el seno de Pitogo, entre Sang

(1) Joló es puerto franco desde 1876.

y punta Tandican, al SE. de la isla. Sobre la costa NE. se halla la isla de Kapual, que forma una silanga entre ella y la costa.

Reino vegetal.—Semejante al de Mindanao. Abunda la teca, camuning, molave, narra, mangachapuy, ipil y otras maderas igualmente estimables, así como el cocotero, cabonegro, el burí, la nipa y otras palmas, las gomas, almáciga y toda clase de resinas, las raíces alimenticias y demás productos análogos. En sus pantanos abunda mucho el mangle.

AGRICULTURA, INDUSTRIA Y COMERCIO.

La agricultura en Joló tiene escasa importancia, porque los moros son refractarios á las faenas que requiere, considerándolas indignas de hombres libres. Sin embargo, produce el suelo, cuya fertilidad es grande, excelente café, arroz superior, buen cacao, caña dulce y frutas riquísimas; entre ellas, el delicioso mangostán, siendo susceptible de todos los cultivos tropicales.

La industria no es de mucha monta ni alcanza notable desarrollo entre los joloanos. Tejen, valiéndose del telar primitivo, algunas telas de algodón y abacá, á las cuales dan color por medios análogos á los que emplean los filipinos.

Construyen sus poco complicadas embarcaciones, y fabrican lantacas, falconetas y pequeños morteros. Forjan el hierro con martillos y sobre yunques; le caldean en hogueras alimentadas con carbón vegetal, y se valen de procedimientos antiguos, pero eficaces.

Las herramientas que fabrican, son: el *patú*, escoplo pequeño en forma de hacha, que emplean para cortar y alisar la madera; el *lagut*, cuchillo cortante de punta

muy aguda; el *capá*, hacha ordinaria; el *licut*, gubia; el *zancap*, escoplo común, y el *tucul*, martillo.

Para dar el temple á sus herramientas y armas, usan el agua dulce con hojas de guayabas.

Hacen las vainas de narra ó de lanete, sujetando sus piezas por medio de abrazaderas, caprichosamente tejidas, con tiras delgadas de bejucos.

Pavonan las armas blancas majando en un mortero una porción de hierbas de *olansimán* ó *lancum-lancum*, de donde extraen un jugo ácido, que en frío extienden por poco tiempo sobre la superficie de aquéllas, la cual, después de limpia con aceite de coco, queda con un pavonado azulado oscuro bastante permanente.

El mismo procedimiento emplean para las armas de fuego, siendo el pavón de punto muy negro.

Funden en pequeña cantidad la plata y otros metales.

Fabrican el azúcar cortando la caña en pedazos; la prensan por medio de gruesos maderos y cuecen el zumo al fuego, hasta que ha adquirido la necesaria densidad que lo vacian en moldes de coco, y al enfriarse este caldo se convierte en panes de cogucho de un color oscuro subido, pero de gusto muy agradable.

Por un procedimiento análogo, obtienen del líquido extraído del cabo negro sabrosa miel, muy semejante á la de panal.

Los joloanos sostienen un comercio bastante activo con el establecimiento inglés de Labuán, de donde se proveen de telas, armas, municiones y manufacturas de Europa, á cambio de sus ricos productos naturales, como son la concha, el carey, el balate, los bejucos, la gutapercha, el cacao, el ámbar, las perlas, el alcanfor, los cueros de vacas y de carabaos, el nido y las aletas de

tiburón, productos los dos últimamente citados que los chinos estiman en gran manera y pagan á peso de oro.

Los chinos, que en gran número residen en Joló, y los holandeses é ingleses de Borneo y Singapoore importan también tejidos, opio y armas, recibiendo en cambio pimienta, cera, nácar, oro en polvo, perlas y los demás artículos antes expresados.

En 1838 sostenía el comercio de Manila un activo tráfico con el archipiélago joloano, á donde iban algunos buques mercantes españoles; pero el temor á ser traicionados alejó de allí á nuestros comerciantes.

Joló reune considerable riqueza, pero poco efectiva para España el día que sea dueña en absoluto de todo el archipiélago, pues para obtenerla sería preciso mantener la esclavitud, ó por lo menos sujetar á un trabajo horrible y de fatal término á los indígenas, cosa que seguramente no haríamos, por razones de humanidad.

La riqueza más importante de Joló consiste en la pesca de la concha nácar que se cría en bancos madrepóricos vivos y en mares de corrientes que son las que han de llevar su alimento al molusco que, adherido para siempre á la roca, no puede proporcionárselo por sí mismo.

Para preparar la pesca de perlas, arrastran primeramente por el fondo un aparato hecho con maderas de sus frondosos bosques, cuya dureza iguala á la del hierro, aparato semejante á los rastrillos que usan nuestros campesinos, el cual va unido á la embarcación por una cuerda, y aprovechando los días en que las corrientes son mayores, y por lo tanto el esfuerzo sobre la embarcación, juntamente con el que le imprime la vela y el remo es más poderoso, arrancan con él las conchas y corales en que se enreda. Después colocan multitud

de embarcaciones pequeñas, unas detrás de otras, con la proa frente á la corriente.

Los buzos se ponen en cuclillas sobre la borda, practicando grandes aspiraciones y expulsiones de aire, con objeto de preparar los pulmones para un prolongado reposo y de disponer la caja del cuerpo á que soporte la enorme presión á que van á someterse. Hecho esto, se arrojan todos al agua con el fin de espantar á los tiburones ó animales dañinos que pueda haber en aquel punto, comenzando para ellos el trabajo más penoso que es posible idear. La operación se lleva á cabo á una profundidad que no baja de 40 metros, permaneciendo bajo del agua hasta 55 segundos, trabajo horroroso por las fortísimas presiones que sufren, que según antes manifestamos, hace que los buzos que lo ejecutan vivan poco y padezcan graves enfermedades del pecho.

Transcurrido el tiempo indicado, se les ve aparecer á unos tras otros, llevando un objeto entre los dientes, bajo los sobacos, en las manos y entre los dedos de los pies. En el instante los auxilian los que permanecen en las embarcaciones, pues de no hacerlo así, tienen que soltar, para sostenerse, algunos de los objetos extraídos del fondo del mar.

Excusado es decir que esta ruda tarea la encomiendan tan sólo á los esclavos, debiendo consignar de pasada que, en general, los indígenas bucean admirablemente.

Entre la gran cantidad de perlas que recogen las hay de primera calidad y de mucho valor, blancas y negras, y también ovaladas, que á pesar de no ser de gran tamaño, no bajan allí de 150 pesos una.

Fácil sería que los infelices sujetos á tan duros trabajos escaparan de las garras de sus despiadados amos, aprovechando la ida á aquellos puertos de buques de la

armada; pero no lo hacen, porque sus Dattos, con falaz previsión, los casan desde muy niños con mujeres esclavas de su misma raza; y si alguno se fugara, su mujer y sus hijos serían sacrificados en el acto, indefectiblemente, como ya ha ocurrido.

Más importante aún que la pesca de perlas, si no por su valor intrínseco, por su mayor abundancia y más grande rendimiento, es la concha nácar, que alimenta los mercados de Singapoore y Manila.

Otro artículo de comercio que deja á Joló un estimable producto es el bejuco, que se recoge en cantidad enorme en los terrenos anegadizos de Tawi-Tawi y otras islas.

La aleta y cola de tiburón, que se vende á 66 pesetas el pico (137 $^1/_2$ kilogs.), es asimismo bastante beneficiosa, aunque la pesca está erizada de peligros para los desdichados esclavos; pues tiene que practicarse en pequeñísimas embarcaciones, no sin que el animal deje de luchar porfiadamente antes de rendirse.

El balate de Joló, infusorio repugnante, pero apreciadísimo de los chinos, se tuesta y exporta al Celeste imperio en grandes cantidades, con ventaja infinita para sus vendedores. La pesca del balate ofrece también dificultad suma, por la profundidad á que se verifica.

La exportación de nido á China, aunque en más reducida escala, es muy productiva; pues en el mismo Joló se estima aquel artículo al peso limpio de la plata.

Las transacciones mercantiles se hacen entre los joloanos de una manera originalísima. Su moneda puede decirse que es el *cachagilao*, ó sea la pieza de algodón crudo de siete libras.

El cambio de efectos está tan en boga en Joló como en los pueblos primitivos.

Un pico de concha nácar, por ejemplo, se paga con veinte piezas de tela; de ellas la mitad de *cachagilao* y tres de colores, que representan mayor valor que las otras, aunque su calidad sea la misma.

No quiere esto decir, sin embargo, que desconozcan la moneda.

Su primer moneda fué el *piring*, chapa de cobre, redonda y muy delgada, de las que 1.000 formaban un duro, y el *lacbau*, igual á la anterior, de mayor tamaño y peso, de las que 600 formaban la misma suma, y otra de hierro, en extremo delgada, de las que 5.000 hacían un duro.

Hoy las monedas corrientes son el peso español, la rupia de la India y la *chapeca* china. Mil de éstas valen cinco pesetas.

El movimiento comercial de Joló, durante el año de 1879, según datos de la Memoria publicada por el comandante de la goleta *Sirena*, Sr. Garín, fué como sigue:

EXPORTACIÓN.

	Pesos.
2.500 picos de concha nácar, al precio medio de 32 pesos	80.000
5 id. de concha carey, al id. de 500	2.500
Perlas por valor de	20.000
4.300 picos de balate, al precio medio de 20	86.000
5.000 id. de abacá, al id. de 6	30.000
Alcanfor por valor de	4.000
10 picos de nido blanco, al precio de 150	1.500
150 id. de nido ordinario, al id. de 80	12.000
250 cabanes de cacao, al id. de 25	6.250
80 picos de café, al id de 16	1.280
200 id. de aletas de tiburón, al id. de 30	6.000
300 id. de taclobo, al id. de 10	3.000
TOTAL	252.530

IMPORTACIÓN.

	Pesos.
15.000 cabanes de arroz de 1.ª y 2.ª clase, al precio medio de 4 pesos..................	60.000
2.000 id. de palay, al id. de 1,50............	3.000
25.000 piezas de coco crudo de 40 y 25 varas, al id. de 2...............................	50.000
1.000 id. de id. blanco de 46 varas, al id. de 3..................................	3.000
10.000 id. id. de id. azul de 12 varas, al id. de 1.................................	10.000
30.000 id. de saya corta de 8 varas, al id. de 1,50..............................	45.000
1.000 docenas de pañuelos estampados de algodón, al id. de 1,50.....................	1.500
200 piezas surtidas de tela de seda, al id. de 12................................	2.400
2.500 id. de indiana de 25 varas, al id. de 2,50..................................	6.250
50 fardos de algodón hilado de colores surtidos, al id. de 120.......................	6.000
100 id. de id. crudo tejido (manta coleta), al id. de 100.............................	10.000
500 corjas (ternos) de cajas de moro (baúles de madera pintados), al id. de 3..........	1.500
12 cajas de opio, al id. de 800..............	9.600
500 id. de tabaco de China, al id. de 30......	15.000
Cuadradillos y planchas de hierro y acero, cajas de betel y pebeteras de bronces, útiles de cocina, loza basta, *panocha*, bisutería y comestibles, por valor de..................	20.000
TOTAL......................	243.250

La *chapeca* ordinaria de China es también artículo de comercio, calculándose en 5.000 pesos el importe del cambio de esa pasta por productos indígenas.

El abastecimiento del mercado y la exportación de los productos referidos, se verificó bajo la bandera y por los buques que á continuación expresamos:

NOMBRES.	Toneladas.	Bandera.	Viajes.	Procedencia.	Destino.	Partida.
Vapor Pasig	384	Española.	9	Manila.	Manila.	Escala.
» Paragua	500	Id.	3	Id.	Id.	Id.
» Mariveles	555	Id.	4	Id.	Id.	Id.
» Ormoc	284	Id.	5	Id.	Id.	Id.
» Churruca	398	Id.	3	Id.	Id.	Id.
» Gravina	398	Id.	3	Id.	Id.	Id.
» Far-last	80	Inglesa.	8	Labuán.	Labuán.	Id.
Goleta Mina	100	Alemana.	3	Singapoore.	Singapoore.	Id.
» Perla	250	Española.	1	Hong-Kong.	Manila.	Directa.
» Anastasia	120	Id.	2	Manila.	Id.	Escala.
Pailebot Aviso	16	Id.	9	Zamboanga.	Zamboanga.	Directa.
Balandra Dos Hermanas	16	Id.	10	Id.	Id.	Id.
» Dos Marías	15	Id.	10	Id.	Id.	Id.
» Capricho	15	Id.	8	Id.	Id.	Id.
Lancha Malcampo	70	Id.	4	Id.	Id.	Id.

Ganadería.—El ganado vacuno, que abunda bastante en Joló, anda suelto por los montes, siéndoles fácil internarlo en caso de guerra. Poseen también caballos, carabaos y cabras.

POBLACIÓN.

El islamismo se había ido extendiendo paulatinamente por las islas de Java, Sumatra, Borneo, Célebes y Molucas, hallándose dichos territorios bajo el dominio del califato de Damasco. A la decadencia de éste, emancipados los naturales de las mencionadas islas de toda autoridad, infestaron los mares con sus expediciones piráticas, estableciéndose muchos de ellos en las islas del Sur de Filipinas.

Es curioso lo que con respecto á la llegada de los mahometanos cuenta con toda la poesía y fantasmagoría oriental el *Talasida*, ó crónica histórica de la raza mahometana, existente en los archivos del sultán de Joló. El Sarip Radia Bunsu arribó á Mindanao por el río Masinlog, procedente de Borneo. Reconociendo las inmediaciones del monte Pulungbató, descubrió un camarín ó choza, cuyos moradores huyeron despavoridos á la vista de los extranjeros. El Sarip penetró en el camarín, dejó en él su crís de oro y el *candil* ó faja que ceñía su cintura, en cuya faja hizo tres nudos. Volvióse á la embocadura del río, y al cabo de otros tantos días envió allá á sus principales servidores, quienes regresaron con un *salapá* (1) de oro, que contenía tres *buyos*. La cita estaba aceptada.

Transcurrido aquel término, se dirigió el Sarip con

1 Cajita donde llevan el buyo y el tabaco.

lo más selecto de su gente y la mayor magnificencia al lugar expresado, á donde se presentó á poco Timuay, jefe de los naturales, seguido de brillante comitiva de ancianos y jefes, y en compañía de su hija Nayac, que llevaba ceñida la faja del moro y pendiente de ella el cris.

Tuvieron ambos personajes una amistosa conferencia y concertaron el matrimonio del Sarip y de Nayac, cuyo acto tuvo lugar á seguida, obsequiándose mutuamente en prueba de afecto, él donándole un esclavo, y ella una perrita. Así cuenta el *Talasida* que tuvo origen la dominación de la raza mahometana en Mindanao.

Descartando del anterior relato todo lo que contiene de fantástico, parece indudable que el arribo de los mahometanos á las islas del Sur de Filipinas precedió en muy poco tiempo al de los españoles, siendo casi simultáneo, y asimismo que el Sarip Bunsu fué el primer conductor de la ley de Mahoma en aquella región. La pompa oriental, la novedad de sus doctrinas, el halago de las pasiones, sedujo á los naturales, que vivían envueltos en supersticiones sencillas, sin creencias arraigadas, como el resto de los habitantes del extenso archipiélago descubierto por Magallanes, por cuya razón el régulo de dichos territorios acogió bien al jefe mahometano, asentando paces y amistad mediante la práctica de sus extravagantes ritos y ceremonias. Esta buena inteligencia se afirmó después por el casamiento del Sarip con la hija de Timuay, siendo ello causa de que la religión de Mahoma se extendiera y arraigara en Mindanao y Joló. Otros creen que la propagación del islamismo en tan remota parte del mundo se debe á los comerciantes árabes, que iban á comprar los productos de la tierra para venderlos luego en Venecia.

El docto P. Torrubia atribuye el aumento de los moros al tráfico de los Macasares, y á que los santones de la Meca, saliendo por el estrecho de Moca, van hasta Sumatra, y por este estrecho pasan á las islas del Sur.

Los mahometanos se amalgamaron con los indígenas adoptando muchas de sus costumbres, é inculcándoles, á su vez, sus usos y prácticas religiosas; uniéronse con mujeres del país, y se proporcionaron esclavos que, aumentaran su poder. Constituída cierta confederación fueron afirmando su dominio sobre los dattos, y crearon más tarde una especie de monarquía hereditaria en determinada familia, entre la cual elegían sultán los dattos de aquella raza. A poco variaron de sistema, designando en vida del sultán sus sucesores, bajo los títulos de *Raja-Muda* el heredero inmediato y *Guata-Mansa* el segundo. Apoyábanse en los antiguos dattos, cuya dignidad es también hereditaria, y dejaban en grande libertad á los *Taos-Marayaos*, ó hijosdalgo, clase intermedia entre los dattos y los *sácopes* ó vasallos. Formaron, pues, una confederación feudal, y el jefe era elegido por los primeros.

Hoy el gobierno de la sultanía de Joló es oligárquico. Hállase á cargo de un sultán, con un *Rum-Buchara* ó consejo, compuesto generalmente de quince dattos, especie de diván malayo, que comparte con aquél la autoridad, y cuya preponderancia anula en cierto modo la del sultán, puesto que obedecen los mandatos de éste si son de interés general y beneficiosos para ellos, obrando con entera independencia en sus expediciones piráticas á los pueblos de las islas sometidas á España, donde cometen todo género de tropelías sin preocuparles un ardite los tratados suscritos por el soberano.

Dicho consejo viene á constituir un *Senado* vitalicio, por derecho de herencia, que no electivo.

La organización política de los joloanos establece cierta vigilancia de la conducta del sultán y los dattos, misión encomendada á un *Censor*. Existe también otro dignatario con el título de *Representante*, que vela, aunque con poco éxito, por los derechos del pueblo. En el *Rum-Buchara* el sultán tiene dos votos. El príncipe heredero uno, si vota con su padre, y dos si vota en contra. El sultán puede oponerse á lo que resuelva el *Rum-Buchara*; pero esta facultad es completamente ilusoria, porque casi siempre carece de fuerza para hacer que prevalezca su veto.

La cuestión de guerra ó paz se ventila en una asamblea general de jefes y guerreros, algunos de los cuales pronuncian fogosos discursos que no carecen de elocuencia.

Los *Orancayas* ó principales, llamados á intervenir en determinados asuntos, venden su voto al que mejor se lo paga. Asimismo tiene parte en el gobierno la esposa legítima del sultán difunto, madre, por lo general, del soberano reinante.

El sultán ejerce sobre sus *sácopes* ó súbditos feudales altos y bajos, señorío de vidas, pero carece de la facultad de degradar á ningún dignatario que lo sea por herencia; sólo puede hacerlo con los que él haya ennoblecido.

También corresponde al sultán el señorío de la tierra, heredando á los dattos culpables, si su poder es suficiente para que se obedezca la providencia que contra ellos adopte.

Aunque el sultanato puede considerarse como hereditario, participa á la vez del carácter de electivo, pues-

to que al morir el soberano se reunen los dattos y paulimas con mando, y constituídos en asamblea alrededor del difunto, abren el testamento, siendo lo general que acaten sus cláusulas; pero á veces, cuando la mayoría está de acuerdo, eligen á otro candidato.

Si la división de opiniones es profunda y alguno de los diferentes bandos no tienen preponderancia sobre el resto, colocan el testamento encima del pecho del cadáver y cesa la discordia, respetando todos la voluntad del testador.

En el caso de que una princesa sea elegida sultana, necesita designar para soberano á un datto de la familia reinante en el término de siete días.

Antes de la toma de Joló, el sultán residía ordinariamente en Maibung ó en otro punto del interior; y cuantas veces tuvo que recibir á algún funcionario caracterizado ó representante del Gobierno español, acudía á la población situada á orillas de la playa de Joló, y en la casa más suntuosa celebraba la entrevista.

Las rentas que el sultán reune son crecidísimas.

Los dattos le entregan, en calidad de tributo, una parte de las presas que cogen, con tal que sea bastante poderoso para hacer efectivos sus derechos, porque si es débil, no le dan nada. Percibe un tanto por ciento sobre los artículos que se exportan y se queda con las mejores perlas que pescan. Los dattos, que también tienen derecho de vida y muerte sobre sus sácopes, á los que á su vez heredan en igual forma que el sultán á ellos, son tan arbitrarios con dichos súbditos, que su capricho, aun tratándose de las mujeres é hijas de éstos, no reconoce límites, como ya dijimos al tratar de los magnates de Mindanao, y sin embargo, los respetan ó temen tanto, que jamás atentan contra su vida, su-

friendo resignados todos los vejámenes que les irrogan. Está vedado á los sácopes usar armas y vestidos lujosos sin el consentimiento de sus dueños, quienes se valen de los más valientes y útiles para confiarles la dirección de sus expediciones piráticas ó de sus negocios mercantiles. Estos súbditos, si su dueño los trata mal, pueden acogerse al dominio de otro datto; pero no suelen abusar de este derecho, porque aunque muden de amo, casi nunca mejoran de condición. Ciertos sácopes llegan á sobresalir de tal manera por su valor ó fortuna, que pasan á la clase de *orancayas*, y aun á la de dattos de categoría inferior.

Cuantos prisioneros hacen en sus guerras ó infelices cautivan en sus expediciones á los pueblos hispano-filipinos, quedan esclavos, y son propiedad exclusiva del aprehensor, no pudiendo acogerse al amparo de otro datto. El temor y la costumbre es causa de que miren á su dueño cual á un Dios, y de que le sirvan ciegamente en paz y en guerra, dando por él su vida, que, por otra parte, está siempre á merced de su señor, quien puede impunemente probar en ellos el temple de sus armas, y algunos lo hacen, si su crueldad supera al interés de conservar tan valiosa mercancía. Estimándoseles en consonancia al valor que muestran, son muy sufridos y arrojados en el combate. Bastantes de estos infelices adoptan desde luego la religión mahometana. Otros, la mayoría, viven en una absoluta indiferencia con respecto á las prácticas religiosas.

Debemos añadir que los esclavos lo son por nacimiento, degradación y conquista. El hijo de esclavo ó esclava continúa siéndolo; el libre llega á serlo por obnoxciación voluntaria ó forzada: voluntaria, si se vende á fin de tener lo necesario para la vida ó para sus vicios;

forzada, cuando no hallándose en el caso de pagar una composición, se abandona al arbitrio de los ofendidos ó de aquél que le ha prestado la suma, y cuando es vencido en la guerra ó es arrebatado de su país por piratería.

El poderío de los dattos y aun del sultán mismo depende del mayor ó menor número de esclavos con que cuentan. Por esta causa se dedican con tanto afán á la piratería.

Los cautivos significan para ellos honras, preeminencias, influjo y riquezas. Cuantos más posean, mayor consideración y respetabilidad alcanzan entre sus conciudadanos, y de mayor bienestar material disfrutan, y por esto jamás han cumplido las estipulaciones de paz que forzosamente ajustaron, y por esto quebrantan, así que se consideran fuertes, todos los tratados que hacen.

Los dattos de Joló, como los de Mindanao, menosprecian el trabajo de la tierra. Los cautivos labran sus campos, reman en sus embarcaciones, les proveen de perlas, balate, nidos, aletas de tiburón y demás artículos de comercio, y constituyen en sí mismos importante mercancía.

Como ha dicho un escritor, «sin esclavos no pueden vivir los moros, porque en ellos fundan la base de su riqueza y de su dicha, y acostumbrados á la piratería desde la infancia, y al terrible ejercicio de las armas, miran con fanático desdén el trabajo y lo confían á sus víctimas para vivir en la holganza y entre los placeres sensuales. Su carácter falaz y salvaje no escucha la razón, y se burla de los compromisos más sagrados; y el alma, familiarizada con el crimen, cierra sus puertas á los gritos de la piedad y á las acusaciones de la conciencia..... porque el interés y las costumbres los han

destituído de esos sentimientos hidalgos que distinguen al hombre culto y al inocente salvaje.»

El ilustrado obispo de Nueva Cáceres, D. Fr. Francisco Gainza, en la advertencia á su libro *Memoria y antecedentes de las expediciones de Balanguingui y Joló*, dice: «Ellos (los piratas) han sido el azote incesante de nuestras playas; la plaga más terrible de nuestros pueblos; el mayor obstáculo á nuestras armas, y la grande dificultad del gobierno en todos tiempos. Han asolado los campos, incendiado los pueblos, profanado los templos, cautivado sus ministros, hecho desaparecer poblaciones y provincias; en una palabra, han sido un dique contra el que se estrellaran nuestro ejército y nuestras glorias.»

Los daños que los piratas han irrogado á Filipinas son incalculables. El arzobispo de Manila, en exposición dirigida al rey, decía en 1635 que en el término de treinta años habían cautivado los moros 20.000 indios. En una respuesta fiscal (6 de Octubre de 1751) se expuso al gobierno de Filipinas que los joloanos, en sus continuas correrías de algunos años á dicha fecha, llevaban apresadas 9.000 personas.

El provincial de Recoletos, en informe remitido al gobierno el 6 de Noviembre de 1751, consigna que, desde 1719 hasta 1751, faltaban, sólo en la Paragua, más de 10.000 almas entre cautivos y muertos.

Según dictamen oficial presentado á la junta convocada por el general Aguilar, para ver el modo de reducir la piratería, desde 1778 hasta 1793 se había invertido la enorme suma de 1.519.209 pesos fuertes, en gastos del personal y material destinado á la persecución de los piratas.

Por estos datos, fácil es deducir cuántos cautivos han

hecho y cuánto dinero ha costado á España la guerra interminable de los piratas malayo-mahometanos desde la conquista de Filipinas hasta hoy.

Anualmente vendían en Joló y Borneo y en Macasar y Batavia más de 1.000 esclavos ó cautivos, cambiándolos por armas y efectos de guerra, lo que dió origen á que el rey de España recomendara al de Holanda que prohibiera en sus posesiones tan inmoral tráfico. La presa que más codician es la de los religiosos, porque les reporta un importante rescate.

Del río Larapán, orillas de la laguna de Malanao y del sinnúmero de ensenadas y puertos que hay en sus costas, salen en la época de monzón favorable multitud de embarcaciones.

Consiste su táctica en hacerse á la mar de noche y cautelosamente: vogan con rapidez en dirección á las islas vecinas; se ocultan en los manglares, y en el momento oportuno caen de improviso sobre un pueblo desprevenido é indefenso, donde saquean, matan ó cautivan á cuantos pueden; asaltan las embarcaciones mercantes que sorprenden en calma; aprisionan á su tripulación; apresan ó destruyen el barco, y en seguida dan la vuelta á su país.

Los dattos realizan estas expediciones independientemente con sus sácopes y esclavos, ó unidos á otros, mediante convenio de partir el botín con arreglo á las fuerzas que cada cual saca á campaña. Después distribuyen las presas que hacen ó les corresponden en el reparto entre sus sácopes, conforme á su comportamiento.

Los moros independientes eligen por caudillo al más valeroso, sometiéndose á su dirección en combates, abordajes y golpes de mano; pero terminada la campaña

ú objeto para que se confabularon, vuelven á su antigua independencia. Aterrorizados los pueblos de las Filipinas, construían castillos para su defensa y vigilaban los mares desde atalayas situadas en sus montes, dando la señal de alarma al ver embarcaciones piratas. Los buques mercantes iban provistos de armas, mas á pesar de sus precauciones, sufrían continuamente grandísimos perjuicios.

Los moros construyen sus embarcaciones sin coste alguno, procurándose las maderas necesarias en sus frondosos bosques.

Llámanse aquéllas pancos (1), barangayanes (2), vintas (3), salisipans (4), pilanes (5), lancanes y barotos (6).

El casco de las piraguas del país es de una sola pieza, largo y estrecho. Tanto por su figura, como por el número considerable de remeros que admiten y la habilidad de éstos, las embarcaciones de los moros cortan el agua con rapidez pasmosa, penetrando por los sitios más

(1) Buques hasta de 80 pies de eslora por 18 ó 20 de manga, en cuya composición entra la madera, caña, nipa y bejuco. Los arman llevando á una y otra banda montados en horcones de hierro las falconetas y lantacas, y á popa y proa los cañones, empotrados en fuertes piezas de madera. Las velas suelen ser de petate ó estera de sagouran, envergadas en entenas de caña.

(2) Parecidas á los pancos, pero su eslora no excede de 55 pies ni de 14 su manga.

(3) Tienen unos 11 metros de quilla, $1^1/_2$ de manga y 40 centímetros de puntal, con cubierta volante y batangas.

(4) Lo mismo que los anteriores, pero con un armazón de cañas, levantado por encima de las bordas, en el que colocan remeros y arman sus lantacas.

(5) Son pequeñas y de variadas dimensiones.

(6) Los lancanes y barotos vienen á ser troncos huecos de madera ligera, que llevan á ambos costados unos marcos de caña llamados batangas, para impedir que se vayan á pique.

dificultosos, á causa de su poco calado. En caso necesario se internan entre los mangles, las desarman y transportan á hombros de una parte á otra de la costa, atravesando ríos, montes y barrancos. Las arman de nuevo, haciendo uso del bejuco y de los bambúes á falta de clavos, y van á caer sobre otro pueblo, en busca de mejor fortuna. Merced á estas facilidades, y sin coste apenas, han reunido en brevísimo tiempo poderosas escuadras, tripuladas por 3 ó 4.000 hombres.

Nuestras fuerzas navales, ó sea la llamada marina sutil, se componía, por término medio, de unas 50 lanchas y falúas cañoneras. Esta limitada fuerza tuvo á su cargo, durante dos siglos y medio, la defensa de las dilatadas costas del archipiélago filipino y la vigilancia de sus peligrosos mares. Los buques estaban escasamente dotados de personal y de material. Los sueldos de la oficialidad, tropa y marineros no podían ser más mezquinos: con tantas dificultades y con tan limitados medios, sería injusto pedir resultados superiores á los que obtuvo de continuo la marina sutil en sus innumerables combates, muchos de los cuales fueron verdaderamente heróicos y en alto grado sensibles para los piratas. Pero sus embarcaciones, á causa de su pesadez, no podían dar alcance á las ligerísimas piraguas de los moros ni penetrar entre los escollos y esteros, efecto de su mayor calado, malográndose así las más veces el éxito de sus esfuerzos.

Hasta el segundo tercio de este siglo no hubo apenas en Filipinas vapores mercantes. Las comunicaciones de isla á isla se hacían por buques de vela ó vapores de guerra, tardando mucho y no pudiendo ser frecuentes. De ahí el que los mares quedaran á merced de los piratas.

Las falúas y lanchas cañoneras que poseía la marina sutil, necesitaban de $4^1/_2$ á 6 pies de agua para navegar, y su marcha no pasaba de seis á siete millas con viento largo, y de tres millas escasas al remo, siéndoles imposible contrarrestar las corrientes cuando eran de proa.

Los pancos y vintas de los moros calan $^1/_2$ á 2 pies; andan de siete á ocho millas al remo, y resisten bien la fuerza de las corrientes.

La persecución en tales condiciones era imposible. Los moros atracaban á la costa pasando por escollos y bajos, y tenían tiempo para saquear impunemente los pueblos sin temor á los buques de la marina sutil, que, por punto general, llegaban con retraso á todas partes.

En aquella época, la superioridad de los moros por mar es indiscutible. Esto no obstante, si podían eludir el combate huyendo, lo hacían; pues todo su cuidado se cifraba en poner á salvo sus presas. Si se veían precisados á combatir, peleaban con decisión y arrojo. En caso de apuro, como van casi desnudos, se arrojan al agua y ganan á nado la costa; porque son tan hábiles nadadores que el mar parece su propio elemento. Jamás arredra á los moros el río más caudaloso ni el mar irritado, y con la misma facilidad cruzan un estero que penetran por entre los mangles y malezas.

En los combates navales esquivan presentar el costado de sus buques, dando siempre la proa al enemigo. Hacen algunos disparos para conocer por el sonido la calidad de la artillería contraria al ser contestados; y si se consideran iguales ó superiores en fuerzas, se lanzan al abordaje, arrojando previamente una verdadera nube de dardos.

Los moros no abandonan nunca sus armas, consistentes, además del cris, el campilán, la lanza y el bolo

que usan los de Mindanao, en *fisgas y zumbilines* (1). El temple de todas ellas es excelénte. Muchas hojas de cris muestran preciosos embutidos ó labores formando aguas, trabajadas con tanto primor como en Damasco. El puño de los crises es de madera dura procedente de la raíz del camuning; el de algunos es de marfil, y los de uso del sultán y principales dattos, lo tienen de oro macizo.

Los moros son muy diestros en el manejo del arma blanca, y están dotados de asombrosa agilidad; por lo cual procuran que el combate se verifique siempre con dichas armas.

Para defenderse, usan un escudo circular ó elíptico, de medio cuerpo, ú otro mayor, con que se cubren por completo. Suelen ser de madera, forrados exteriormente de cuero de carabao. De este cuero, que es muy duro, hacen correas y cascos. También gastan cotas de mallas, pero no es lo general.

Al combatir se cubren con su rodela, que sostienen con la mano izquierda, manteniendo extendido y levantado el brazo derecho, con cuya mano sujetan el campilán ó cris: entablada la lucha, que siempre comienzan con impetuosidad y ardor, espían á su contrario, saltan, se encorvan, se agachan, se tiran al suelo, giran en todas direcciones, se yerguen repentinamente, botan como si fueran de goma, y esquivan los golpes del enemigo aprovechando hábilmente sus menores descuidos para herirle. Se apartan, hacen como que huyen, y antes de que pueda darse cuenta de ello, vuelven de pronto y acometen furibundos, lanzando gritos

(1) Dardos ó venablos arrojadizos de dos ó más metros de largo, hechos de palma brava, ó de caña con punta de palma brava ó hierro.

salvajes y haciendo gestos, con el intento de aturdir y amedrentar á su adversario.

El campilán lleva pendiente del puño un llorón de cerda ó pita, el cual pasan, mueven y agitan ante los ojos de su contrario para desvanecerlo, á fin de herirlo mejor. Arrojan las lanzas y fisgas y los zumbilines á gran distancia con un tino admirable.

Traidores en el combate, procuran siempre la manera de atacar lo más ventajosa é impunemente posible. Es fácil vencerles en campo abierto, pero son temibles por sus emboscadas y sorpresas.

También usan armas de fuego de diversos sistemas, incluso de los mejores y más modernos, proveyéndose de ellas en sus excursiones á los pueblos cristianos ó comprándolas á los ingleses en Singapoore y en Labuán (1); pero son menos hábiles en su manejo.

Poseen cañones desde el calibre de 1 hasta el de 24, mostrando especial predilección por alguno de los que defienden sus *cottas* (fortalezas), pues abrigan la supersticiosa creencia de que él solo basta para destruir al enemigo. Se les han cogido culebrinas de 3 y de 4, y otras piezas muy abundantes y usuales entre ellos, llamadas *lantacas*, especie de cañón de 4 á 6 centímetros de calibre, que solamente admiten balas de 1 y de 2. Tienen cureñas muy ligeras de fabricación inglesa. Las que construyen los moros son pesadas, de la forma de las de plaza, con ruedas ó sin ellas, y para moverlas en todos sentidos, se valen de motones ó cuerdas, á semejanza de lo que se practica en los buques de guerra.

Fabrican pólvora y municiones de cobre y reciben de Labuán ó de Singapoore las cápsulas y toda clase de efec-

(1) Pequeña isla sobre la costa septentrional de Borneo.

tos análogos. Acostumbran á cargar las piezas hasta la boca, y cuando carecen de balas emplean piedras, clavos y pedazos de *taclobo*, de concha durísima.

Cuidan conservar los fuegos hasta que el enemigo está cerca, para hacer mejor la puntería y aprovechar los disparos de cañón.

En sus expediciones por tierra no utilizan la artillería, ó á lo sumo llevan falconetas ó lantacas. Estas piezas pequeñas ya hemos dicho que las fabrican ellos.

Son crueles con el vencido y rencorosos ó indiferentes para con el vencedor.

Carecen de caballería, pero no la necesitan, porque el terreno se presta poco para sus evoluciones.

Los pueblos principales están defendidos por *cottas*, cuyas murallas se componen de troncos de árbol estrechamente unidos, y de piedras, tierra y arena. Estos muros resisten toda clase de artillería. La altura de ellos varía de 10 á 15 pies, y su espesor de 5 á 20. Su planta es generalmente de forma de un cuadrilátero con baluartes y pequeños torreones en los salientes.

La organización militar de los joloanos reconoce por base el servicio personal desde los diez y seis á cincuenta años.

Anunciada la guerra, todo hombre libre tiene que cumplir el edicto y marchar á las órdenes de su jefe, armándose y manteniéndose á su costa, y seguido de sus criados y esclavos, á los que debe equipar y mantener.

Los vencedores tienen el derecho de repartirse las tierras y los bienes de los vencidos, cuyas mujeres é hijos, convertidos en esclavos, han de trabajar para sus nuevos amos.

El ilustrado coronel, teniente de navío de primera clase, D. Arturo Garín, comandante de la goleta *Sirena*,

en su Memoria sobre el archipiélago de Joló, fecha en la rada de este punto el 5 de Febrero de 1880, de cuya publicación hemos tomado algunos apuntes, suministra los datos que á continuación ponemos, relativos al número de hombres capaces para la guerra y la designación de los pueblos y rancherías donde habitan.

Grupo de Joló.—Isla Pata: Paulima Icong dispone de 600 hombres distribuídos en los pueblos de: Quiput, residencia del Paulima, sobre la costa NO.; Dandalí, Tandu-ubein y Buligau, id. id. N.; Tipbás, id. id. NE.; Licud y Tundaán, id. id. E.; Minapat y Tumecdá, idem id. SE.; Pirag-Pisag y Cayaguán, id. id. S.; Butá-Butá, id. id. SO.; Seinbanum, Tul-lin y Tungul, id. id. O., y Panpanmataas, Panpanmanalí, Cambují, Ninc-ninc y Canmanchú, en el interior.—Isla Kapual: Olancaya (ú Orancaya) Azulas, de 25 en el de Kapual, sobre la costa S.—Isla Bitinan: Imán Jasún, de 30 en el de Bitinan, id. id. O.—Isla Bujangan: Mandarín Bain, de 10 en el de Tanbanan, id.

Isla Joló: Cuartel del Norte.—Datto Pulá, de 200 en los de Moubou, sobre la costa, y Litayun, en el interior; Datto Asibí, de 200 en el de Taududagmay, id.; Naquib Uton, de 200 entre Bacun, id., y Paticolo, sobre la costa; Majarachdia Dais, de 800 entre los de Igassan y Taglibi, id., y Parang-parang, Tus, Bun-bun, Bunubulung, Tubicbatú, Miñay y Paulayajan, en el interior; Paulima Chanchdali, de 100 en los de Lati, Purrul y Gogay, id.; Jatib Maliki, de 100 en los de Mabusing y Sual, id.; Paduca Mojamad, de 150 en los de Suoc, sobre la costa, y Tutin, en el interior; Majarachdia Nadgurain, de 250 en los de Cansipat y Lum-lum, sobre la costa; Datto Taukian, de 900 en los de Bulansi y Boal, id., y Batú-batú, en el interior; Paduca Abducajal, de 100 en

el de Limaná, id.; Ulancaya Asan, de 900 en los de Baybay y Tandú, id.

Cuartel del centro: Ulancaya Jaman, de 200 en el pueblo Tambac; Majarachdia Abdula, de 400 en el de Lantundulan; Naquib Bausá, de 50 en el de Higan; Iman Alani, de 500 en el de Pitogo.

Cuartel del Sur: Datto Jarim, de 300 en los de Sang y Caroudong, sobre la costa; Mandarín Dapí, de 200 en el de Pandang-pandang, id.; Majarachdia Siuna, de 50 en el de Tubiema, id.; Mandarín Jalaní, de 200 en el de Mabajay, id.; Mandarín Alpat, de 50 en el de Punungan, id.; Ulancaya Bagindá, de 300 en el de Maybung, residencia del sultán, id.; Mandarín Indanan, de 500 en el de Lagassan, id.; Majarachdia Dají, de 900 en los de Tapucan y Asin, en el interior; Mandarín Janarí, de 500 en los de Cabungut y Majala, id.; Mandarín Tabatlan, de 400 en el de Lumapit, id.; Sharib Abdula, de 100 en el de Ipil, id.; Mandarín Pandugá, de 200 en el de Dandulic, id.; Datto Daculá, de 500 en los de Batujabá, id., y Boalo, sobre la costa; Datto Jalón, de 400 en los de Lapá, id., y Luban, en el interior.

Cuartel del Este: Ulancaya Ali, de 50 en el de Lucuban, id.; Paduca Bulá, de 100 en el de Jubucan, id.; Naquib Sajiban, de 100 en el de Dapdinan, id.; Naquib; Assang, de 150 en el de Canliunan, id.; Majarachdia Samjali, de 300 en los de Dan-dan, sobre la costa, y Piagó y Natú, en el interior.

Cuartel del Oeste: Satiá Asit, de 300 en el de Racsáa, id.; Iman Uachdia, de 200 en el de Puc-puc, id.; Mandarín Atay, de 200 en el de Batú-batú, id.; Paulima Mangumá, de 200 en los de Boansá, Tubicdato y Macandá, id.; Mandarín Taajil, de 200 en el de Cilancán, sobre la costa; Ulancaya Tarunan, de 200 en el de Seno-

gan, id.; Datto Unding, de 1.000 en los de Parang, id., y Lunanguitung, Ilud, Launsúa, Suá y Bacud-bacud, en el interior; Mandarín Aubutun, de 800 en los de Banisá-guimba y Aló-guimba, id., y Banisá y Aló, sobre la costa; Salip Mujamat, de 200 en los de Candea, id., y Malimbaya, en el interior. Isla Patian: Mandarín Namlá, de 60 en el de Lijana, sobre la costa del N.; Palcasá Lingán, de 40 en el de Maanduc, id. del NO.

Las islas de Dong-dong, Talian, Bancungan, Suladde, Teomabal, Daumocan y Tamulian, pertenecientes al grupo de Joló, aparecen desiertas.

Grupo Tawi-Tawi.—Isla Ubian: Paulima Daudón, dispone de 80 hombres en el pueblo Bujidayan, sobre la costa N.; Paulima Amsaini, de 40 en el de Sungulan, id. O.—Isla Pomelean: Paulima Amsaine, de 10 en el de Pomelean, id. N.—Isla Tandubas: Paulima Atalat, de 45 en el de Tandubas, id.; Paulima Unga, de 30 en el de Sapá, id. S.—Isla Secubun: Paulima Yain, de 45 en el de Pamasan, id. E.; Naquib Canin, de 25 en el de Licut, id. N.—Isla Latuan: Paulima Yalan, de 30 en el de Latuan, id.—Isla Mantabuan: Majarachdia Ajam, de 20 en el de Mantabuan, id.—Isla Banaran: Paulima Sausanan, de 80 en el de Luuncan, id. E.; Paulima Bulquin, de 150 en el de Tungusum, id. N.—Isla Bilatan: Datto Machende, de 200 en el de Luucpagasinan, en el interior.—Isla Tawi-Tawi: Paulima Atal, de 100 en el de Balimbin, sobre la costa S. en la región del O.; Paulima As-sá, de 20 en el de Lucbunan, en el interior de la id. id.—Isla Bongao: Datto Amilasan, de 25 en el de Capug, en el interior.—Isla Simonor: Datto Amilasan, de 100 en el de Buindanad, sobre la costa E.; Paulima Timban, de 130 en el de Tungusuu, id. N.—Isla Síbutu: Datto Maamun,

de 80 en el de Síbutu, id. O.; Datto Salapuddin, de 150 en los de Butun y Laumenta, id.—Isla Tumindao: Datto Baguindá, de 100 en el de Tumindao, id.

Las islas de Tancolaluan, Loran, Manote, Pasegan, Kalupag, Sigboyé, Cacataan, Pandanan, Tambagaan, Simaluc, Cuad Basan, Bujimegie, Tigungun, Tandubato, Taruc, Banan, Daluman, Bas-bas, Tabulunga, Calva, Lamboc, Lupá, Buan, Papaag, Sanga-Sanga, Manuc-manca, Tataan, Sipancoli y Omapuí, pertenecientes al grupo de Tawi-Tawi, se hallan desiertas.

Grupo Tapul.—Isla Paquía: Paulima Bulquin, dispone de 50 hombres en el pueblo Paquía, sobre la punta SO. de la costa.—Isla Tapul: Paulima Sayari, de 300 en los pueblos de Caunpau, residencia del Paulima, sobre la costa NO., Taina y Canasá, id. N.; Caumanun, Cangaubin, Causanaguit y Bacunalan, id. del E., y Putinun, Launpatou, Bungluin, Tubicsuá, Tulacan, Audijí y Say-say, en el interior; Satiá Anudin, de 200 en los de Pooc, Ticbás, Tulingau, residencia del Satiá, y Tabunan, sobre la costa O.; Bagdin, sobre la punta SO.; Tausau y Sibugo, sobre la costa S.; y Cayaguan, Anulin y Bucau, en el interior.—Isla Lugus: Majarachdia Sacaudal, de 30 en el de Larap, sobre la costa N.; Majarachdia Susucan, de 40 en los de Lugus y Tincanau, respectivamente, id. NO. y S.—Isla Lamenuza: Datto Alihunding, de 80 en el de Gusun, sobre la punta NO. de la costa.—Isla Nauca: Paulima Aminud-diu, de 40 en el de Panungan, sobre la costa N.—Isla Paranang: Paulima Tajamil, de 30 en el de Buliculul, id. O.—Isla Tara: Mandarin Laquic Muddin, de 30 en el de Tara, id. E.—Isla Siasi: Datto Puyo, de 130 en los de Sipandin y Cauchina, id.; Datto Sancula, de 100 en los de Laton y Muldás, id. O., y

Murve, id. SO.; Datto Amilusin, de 100 en los de Siondo y Yambaunan, id. NO.—Isla Lapac: Datto Amilusin, de 100 en los de Pandami, id. O., y Lapac, id. S. —Isla Shedand: Paulima Aminutla, de 80 en el de Bacal, id. E.

Las islas Cabingaan, Taluc, Sibihing, Tapaam, Setun, Parangaan, Maniacolat, Maglumbla, y Bubuan, del grupo de Tapul, aparecen desiertas, así como las islas Manubol y Cacataan, que sólo habitan los moros en la época de pesca.

Grupo Pangutarang.—Isla Marougas: Ulancaya Amilusin, dispone de 20 hombres en el pueblo de Cabucan, sobre la costa O.—Isla Pangasina: Sman Bagim, de 20 en el de Pangasina, id. E.—Isla Bubuan: Ulancaya Paraca, de 35 en el de Rubuan, id.—Isla Palliagan: Ulancaya Minusin, de 30 en el de Kabuncan, id. O.—Isla Tubigan: Iman Abdú, de 50 en el de Tubigan; idem S.—Isla Pangutarang: Jabin Tuntun, de 25 en el de Pujapat, id. E.; Paulima Balad, de 25 en el de Lunc, id. N.—Isla Panducan: Satiá Mujamad, de 25 en el de Alo, id.; Ulancaya Mat-tang, de 25 en el de Balobó, id. O.—Isla Ubian: Paulima Canán, de 80 en el de Ubian, id. S.; Pajalaoan Tibou, de 20 en el de Suanguna, id. E.—Isla Usada: Majarachdia Mamay, de 20 en el de Usada, id. O.—Isla Bas-Bas: Datto Ampin, de 40 en el de Bas-Bas, id. N.

Las islas Tubalubuk, Lambu, Hegad, Minis, Pantocunan, Teomabal, Kulassein, Aicut, Gunilan, Malicut, Sipang y God, pertenecientes al grupo de Pangutarang, aparecen desiertas.

Grupo Tagbabas.—Las islas Baubanan, Manmanuk, Dasaan, Sangaan, Dammy, Dato-bato, Cap, Laparan, Doc-can, Deoto-bato, Kinikejan, Tagbabas, Uwaan y

Billanguan, del grupo de Tagbabas, aparecen desiertas.

Grupo de Balanguingui. —Isla Bucutua: Paulima Pata, dispone de 50 hombres en el pueblo de Bucutua; Ulancaya Baling, de 20 en el de Baytbait.—Isla Tonquil: Paulima Gumbajali, de 90 en el de Tonquil; Majarachdia Ariná, de 50 en el de Looc, puntos todos situados sobre la costa N.—Isla Sipac: Paulima Janaui, de 50 en el de Sipac.—Isla Bangao: Majarachdia Quivic, de 25 en el de Bangao, ambos sobre la costa O.—Isla Maningut: Majarachdia Bausaguan Lintiucan, de 50 en el de Maningut, sobre la costa del S.

Las islas Balacian, Mamud, Farol, Balanguingui, Mamanoc, Tuncalau, las dos de Bolod y la de Simiza, pertenecientes á este grupo, aparecen desiertas.

Grupo Kecuapoussan.—Isla Labawan: Mandarín Babuddin, dispone de 25 hombres en el pueblo Sicut, sobre la costa N.; Naquib Jamarán, de 35 en el de Panpan, id. E.

Las islas Kecuapoussan, Bintoulan, Magpeos, Tagao y Nusa, de este grupo, aparecen desiertas.

Cagayán de Joló.—Naquib Kiat, dispone de 25 hombres en el pueblo de Siabón, sobre la costa S.; Naquib Kanoos, de 50 en el de Tinucán, id.; Majarachdia Yutúm, de 100 en los de Tanduan y Pahuan, id., y Mampalán en el interior; Ulancaya Táa, de 120 en el de Nangai, sobre la costa N.; Datto Yamarol, de 120 entre los de Ungos, id., y Canupán en el interior.

Despréndese de los precedentes datos, que el efectivo de que disponen ordinariamente asciende á 18.410 hombres, todos aguerridos y valerosos. Distínguense entre ellos unos fanáticos que llaman *juramentados,* por que atacan decididos á vencer ó morir, arrojándose contra las fuerzas contrarias, por numerosas que sean, sin re-

troceder nunca hasta caer muertos. Estos creen ciegamente que vuelan al paraíso de Mahoma, á disfrutar de los goces que encierra.

Los moros tienen ojos oscuros, rasgados horizontalmente y entornados, cejas poco pobladas, cara enjuta, pómulos abultados, nariz roma, labio fino, cabeza redonda y pequeña, rala la barba ó ninguna, media estatura, cintura fina y regulares espaldas, tez amarillenta y pálida, se afeitan la cabeza, y los que no, lucen un pelo negro y áspero; se liman y tiñen de negro los dientes, y es muy general que tengan las piernas torcidas hacia afuera, por consecuencia de vicio adquirido en la niñez.

La fisonomía de los moros de Joló, Mindanao y Borneo, y su color y estatura, tiene gran semejanza á la de los malayos. Muchos presentan rasgos de la raza árabe, indostánica y mongólica, lo que revela que ha habido desde tiempo muy remoto una inmigración constante de las razas continentales. Los más de ellos son ignorantes, holgazanes, astutos y malvados. Su traje consiste en un ancho calzón hasta la rodilla, una chupa con mangas estrechas de tela ligera, que en nada embaraza sus movimientos, y un manto (jabul) grande y cosido al ancho, que sujetan por bajo de los sobacos con pliegues sobre el pecho y que les cubre el cuerpo hasta las corvas. En la cabeza llevan un pañuelo arrollado á manera de turbante. Los dattos usan estas mismas prendas, de seda galoneada de oro ó plata, y cierta especie de gabán con mangas anchas, abierto en sus extremos.

Su idioma es una derivación de la familia de las lenguas indias, parecido al buguí, que se compone de sanscrito como raíz, con mezcla de árabe y malayo. Algu-

nos chapurrean el español que aprendieron cuando residían allí religiosos ó que les enseñaron los renegados que moran en Joló.

Cuentan por lunas, su año es el embolismal y el tiempo lo refieren á la Hégira.

Ya indicamos cómo llaman á los días de la semana al ocuparnos de los moros de Mindanao.

La enseñanza entre ellos es individual y privada.

Los moros habitan en las costas y á orillas de los ríos, esteros, lagunas y pantanos. Construyen sus casas sobre harigues, dentro del mar, comunicándose con la playa por medio de ligeros puentecillos de caña, tan inseguros, que parece imposible resistan el peso de un hombre. En el interior las cercan con arte por medio de estacadas y árboles; pero son pequeñas, pobres y carecen de elegancia y solidez.

Todos los malayo-mahometanos son extraordinariamente sobrios y frugales. La base de su alimentación es, al igual que en Filipinas, la *morisqueta* (arroz cocido en blanco) y todo género de viandas: carnes, pescados, legumbres, hortalizas, frutas, édulas al natural y en dulce, con la sola prohibición del cerdo. Beben el vino de tuba, que han introducido entre ellos los cautivos.

La cáscara de tanal, árbol que se cría en el mangle, puesta en infusión con la tuba, les da una bebida fuerte y fermentada que, aun tomándola sin exceso, produce la embriaguez.

En tierra beben el agua de los manantiales, de los arroyuelos y de los pozos. Cuando navegan introducen en el mar una *banga* ú olla vacía, hecha de un barro especial, que desvirtúa algo lo salobre del agua al penetrar por sus poros. En último caso la beben del mar, pues están acostumbrados á ella desde pequeños.

Sus provisiones consisten en un poco de arroz ó maíz, frutas cogidas en el bosque, yerbas del llano ó pescadillos de los ríos. A orillas de todos los ríos, esteros y ensenadas abunda el burí, cabo negro, palavan, baylacoc, barote, corote ó casabe, y otras muchas raíces que constituyen para ellos grato alimento.

Las reses y aves ha de matarlas un imán, haciendo lo que llaman *sumbali*, que consiste en introducir el cuchillo por el cuello del animal, sacarle en tres tiempos, inclinando el mango hacia abajo, y recibiendo la sangre en un hoyo abierto exprofeso.

No comen la carne del cerdo ni la de la tortuga, pero sí los huevos de ésta.

Su religión es el islamismo.

Entre los sacerdotes de su culto parece ser que reconocen estas categorías: *Kaali, alip, imán, jalipá, Katib* y *bilal*. Su influencia no es grande. El sultán puede degradarlos si no cumplen bien su ministerio; llevan por único distintivo la punta del pañuelo ó turbante colocada al costado izquierdo, y no están exentos de las obligaciones comunes á los demás ciudadanos.

El viernes, que es el día consagrado, tienen obligación de asistir al culto público (sambajayan) y á las oraciones ordinarias de la mezquita (jutbá), recitadas por un imán. Previamente practican abluciones con agua, que á prevención llevan en vasijas de metal, consistiendo en meter tres veces las manos dentro de ella, humedecerse la boca y la nariz, mojarse la cabeza, la cara y las plantas de los pies, acompañando estas aspersiones con las jaculatorias del rito. Cuando en el interior de la mezquita hay más de cuarenta hombres libres, el *jatib* lee una parte del *mustá*. Hecho esto, pueden dedicarse á sus faenas habituales. Esta litur-

gia únicamente rige en la mezquita del sultán, pues en el *langá* de los otros pueblos está vedado leer el mustá.

Para congregar á los creyentes dan fuertes golpes con un baquetón sobre una enorme pandereta que llaman *gandáng*.

Su única solemnidad religiosa, ó sea el *maulud*, dura una noche y un día en la corte del sultán, y sólo una noche en los demás puntos. Consiste en reunirse todo el pueblo dentro de un camarín levantado de exprofeso, donde se lee el *maulud*, ó sean salmos en loor de Dios y de su profeta, y en comer á expensas del sultán ó del que da la fiesta, quienes al terminar distribuyen una limosna (saracka).

En el mes de ramadán (puasa) observan riguroso ayuno desde la salida hasta la puesta del sol, y no comen, ni fuman, ni beben, ni mascan buyo, siendo tal su escrupulosidad, que durante esas horas ni acarician á sus mujeres ni besan á sus hijos.

Reconocen el deber de la peregrinación á la Meca, pero son muy pocos los que la realizan.

El *Kitab* lo tienen depositado en Taglibi en poder de Tuanarip, el que lo lee en circunstancias determinadas.

Según el autor anónimo del manuscrito publicado por el Sr. Barrantes con el título de *Guerras piráticas de Filipinas*, la religión de los moros consiste en «ritos adulterados del mahometismo, que practican indiferentemente el viernes ó sábado, besando diversas veces el suelo cuando rezan, mientras otros hablan, cantan, juegan, ó se ejercitan en el manejo del arma blanca.»

Don Patricio de la Escosura, en su Memoria sobre Joló, dice que «los moros joloanos no tienen grande

espíritu de secta y proselitismo, sino más bien los vicios, holgazanería, aversión y menosprecio al trabajo de los musulmanes africanos;» y así es en efecto.

Los matrimonios se efectúan de ordinario, en toda la sultanía de Joló, á poco de llegar las hembras á la pubertad.

Consideran la circuncisión como de derecho divino, sin la cual no es permitido contraer nupcias. La verifican desde los seis hasta los diez y seis años, tan luego el niño puede pronunciar la fórmula de la fe.

Cuando un pretendiente ha obtenido el consentimiento de los padres de su amada, se presenta al imán y recita de corrido ciertas oraciones.

Marcha al instante á casa de su prometida; simula fuerte lucha contra los parientes y convidados, en la que sale vencedor, y les reparte mil fruslerías: entonces le franquean la entrada, acompañándole el imán: la novia aparece reclinada en un cojín; el sacerdote coge á la novia por la cabeza y la obliga á dar dos vueltas, colocando acto seguido la mano derecha del novio sobre la frente de su prometida, la cual oculta el rostro entre las manos y baja la cabeza en señal de rubor: el novio procura besarla; pero ella lo impide defendiéndose airadamente. Pasados tres días de *bicharas*, danzas, músicas y comilonas, los padres ó hermanos del pretendiente obtienen el permiso para que la desposada vaya á habitar la casa del marido, en donde la dejan.

La poligamia está permitida, pudiendo tener cada moro hasta cuatro esposas bajo el mismo techo, y además cuantas concubinas les permita sostener su posición.

El adulterio, cogido *in fraganti*, puede castigarse con la muerte. Y en otro caso, el marido es árbitro de cas-

tigar á la culpable cortándole una oreja ó raspándole la cabeza, y rebajándola á la condición de esclava ó criada.

También suelen arreglarse el seductor y el ofendido mediante el pago á éste de una multa. El marido es dueño de sostener relaciones ilícitas con otras mujeres, sin que su esposa ó concubina tenga facultad de perseguirle. Está permitido el repudio; la repudiada pierde todo derecho con relación al que fué su esposo, pero los hijos lo conservan á la hacienda que de uno y otra les corresponda.

Próximo el embarazo á su término, el imán pronuncia ante la paciente las oraciones de rúbrica, y verificado el parto tiene lugar el bautizo (guntin), consistente en recitar ciertos versículos del Corán, cortar al recién nacido el cabello y echar éste dentro del agua de un coco tierno, abierto expresamente por la mitad. El nacimiento se celebra con banquetes y gran algazara y músicas.

Para la asistencia en sus enfermedades se valen de curanderos ó herbolarios, quienes se transmiten sus conocimientos de unos á otros.

La incontinencia de los moros y su vida indolente, les acarrea una decrepitud prematura, en especial entre las clases acomodadas.

Al fallecer algún joloano, acude el imán á la casa mortuoria y lava el cadáver; la familia lo viste de blanco y, colocado en un tosco ataúd, es conducido al cementerio (cubul), leyendo el imán las formas rituales antes del sepelio.

El novenario es una serie continua de juegos y comidas, sin olvidar al difunto, sobre cuya tumba colocan su correspondiente comida.

El varón hereda doble parte que las hembras. Los hijos se consideran legítimos, sean de la esposa ó de la concubina. En las herencias sin sucesión, las mujeres son preferidas á los padres del causante.

Una de las más agradables ocupaciones de los moros es la caza del venado, cuyo ejercicio ejecutan á caballo, valiéndose de escopetas y de dardos, procurando sobresalir en agilidad y destreza.

La lucha de gallos es otra de sus diversiones favoritas, como en las islas Filipinas.

También la riña de carabaos excita todo su contento. Efectúase colocando dos machos al lado de una hembra, á los que sueltan en el momento del celo. Ambos se acometen con extraordinario furor, y luchan sin descanso hasta que uno huye ó muere. El vencedor celebra su triunfo cubriendo á la hembra.

Sus otras diversiones ordinarias son: los juegos de naipes, las luchas entre sí, las danzas guerreras ó *sayan*, que en Filipinas llaman moro-moro; los bailes voluptuosos de las mujeres, al compás del *culintanga*, instrumento formado de 10 agons pequeños, arreglados á diferentes tonos, en que no solamente luce su habilidad la que mejor maneja los palillos, sino la bailadora con sus lascivos movimientos y febril agitación.

Sus demás usos, costumbres y prácticas de la vida, guardan perfecta analogía con lo relatado respecto á los malayo-mahometanos de Mindanao.

La población de Joló, propiamente dicho, se calcula en 1.500 almas, y la de Tawi-Tawi en 3.800. El total de habitantes del archipiélago se cree exceda de 200.000.

Joló está situado en un frontón de costa, en figura de media luna, cuyos extremos lo forman la punta Diangapit y la de Matanda. Dicha isla es alta. La pobla-

ción se halla en la parte N. Dista de Manila unas 622 millas; de Zamboanga 60, y de Basilan 9.

En Joló existe actualmente un gobierno político-militar, á cuyo frente se halla un coronel.

En Siasi, Bongao y Tatoan, hánse establecido comandancias militares, á cargo cada una de un capitán.

El sultán de Joló reside en Maibung ó en una de las islas más al interior.

ISLAS ADYACENTES Á BORNEO.

ISLA DE LA PARAGUA.

La isla de la Paragua, por su admirable posición geográfica, la fertilidad de su suelo, sus abrigados puertos, su proximidad á las posesiones inglesas y holandesas, su ventajosa situación para sostener un activo tráfico con dichos países, y por las razas que la pueblan, merece ser descrita con alguna amplitud, no obstante su relativo atraso por lo escasamente atendida que ha sido siempre; y bien acreedora es á que el Gobierno, penetrado de la importancia suma de dicha isla, le conceda preferente atención y procure, mediante los poderosos medios que están á su alcance, elevarla al próspero estado que debe ocupar en el por tantos títulos rico y valioso Archipiélago de Filipinas.

La Paragua, que es la más occidental de las Filipinas, hállase situada al SO. de Calamianes, de cuya provincia forma parte, y al N. de Borneo, entre los 7° 14' y 12° 28' de latitud N., y los 122° 48' y 125° 12' longitud E. del meridiano de Madrid.

Mide 429 kilómetros de extensión y 14.584 kilómetros cuadrados de superficie. En Taytay, pueblo cuyo territorio y sus visitas fué cedido á España en 1751 por el sultán de Borneo, situado al N. de la Paragua, se

halla la capital de Calamianes. Dista de Manila 270 millas.

Montes.—Una cordillera de considerable elevación, se extiende del N.E. al S.O. en toda la longitud de la isla, distinguiéndose algunas de sus montañas cuya altitud sobre el nivel del mar es de 2.086 metros.

Ríos.—Cuenta la Paragua multitud de ríos que nacen en la cordillera central, dirigiéndose á las costas del E. y O., con un curso de 28 á 32 kilómetros, en razón á ser la isla bastante estrecha. Los más caudalosos son el Ignagí y el Irahuam.

Reino mineral.—No estando suficientemente explorada esta isla, ni habiéndose practicado los estudios necesarios en las montañas y puntos á propósito del interior, poco puede decirse con respecto á su riqueza mineral, pero indicios indudables demuestran que tan vasto territorio contiene la mayor parte de los minerales y metales que se conocen en el resto del Archipiélago filipino.

Hasta ahora, lo que se puede asegurar es que existe la piedra pizarrosa, dura y consistente, ó sea roca marina, presentando en sus extratificaciones gran cantidad de hierro y de sulfuro.

La piedra granítica se halla asimismo con profusión, pero blanda y porosa.

La roca madrepórica, que en general constituye la base y cimiento de las costas, abunda y se utiliza mucho en la fabricación de cal.

El plomo y el antimonio aparece en forma de plombagina ó en piritas menudas en los grandes aluviones, lo cual prueba su existencia, y positivamente, no carece esta isla de otros productos mineralógicos, que sólo será dable conocer cuando haya sido explorada por completo.

Reino vegetal.—La flora forestal de la Paragua puede competir dignamente con la general de Filipinas, abundando de un modo considerable las maderas denominadas: alopai, amuguis, arsonan, apiay (desconocida en Luzón), batino, bolonguita, camagón, camaguán, cisbé (desconocida en Luzón), malandugat ó malanduhat, malabaguat, mansalaguín (desconocida en Luzón), molave, narra, palma brava, palusapi, pelotán, tangan é ipil, existiendo también, aunque con menos abundancia, las llamadas acle, bancal, calantás, calumpit, dongón, ébano, lanete, landang, mangachapuy, malapajo y tanguili.

Además de estas maderas de construcción y de poseer las del alcanfor y el sándalo, hay muchos mangles, utilizándose en gran escala sus clases principales, ó sea las llamadas bacanan, tangal y langhoray.

La producción de bejucos es extraordinaria, y señaladamente abundan el palasan, la caña espino, la caña bojo, y en los bosques la apreciadísima para bastones conocida por caña de Indias.

La nipa, tan útil y necesaria en las poblaciones indígenas, cubre por completo las orillas de los ríos y canales; los cocoteros forman espesos bosques, surtiendo de su fruto y multiplicados productos á los naturales: la almáciga, la goma copal y otras resinas, la cera que en sus bosques se halla, y mil otros productos, hacen que el reino vegetal de la Paragua no tenga nada que envidiar al de las otras islas oceánicas, siendo susceptible de ventajosa explotación y mayor acrecentamiento; y por último se cosecha en sus campos buen tabaco, excelente arroz, y todo género de frutos y legumbres.

Reino animal.—Cuenta la Paragua todos los anima-

les útiles que son comunes al Archipiélago filipino, siendo de notar la fecundidad con que procrea el ganado vacuno y de cerda y las cabras y búfalos, merced á los riquísimos pastos que la isla posee.

No se conocen ciervos, venados ni antílopes, debido, según cuentan los indígenas, á que cierto perjudicial cuadrúpedo roedor llamado *bantoc*, los mata con facilidad por medio de una secreción de gases mefíticos.

El cerdo de monte abunda extraordinariamente en los espesos bosques de la cordillera principal.

Las gallinas y patos caseros son, asimismo, abundantísimos, y los montes y bosques hállanse poblados de faisanes azules, de gallinas montaraces, de multitud de papagayos de variados colores, de hermosas tórtolas verdes, blancas y color castaña, de ruiseñores, pavos reales, etc., etc., mereciendo especial nota la golondrina salangane, á que en el país llaman *lamlam*, cuyo nido, tan apreciado de los chinos, elabora con profusión en las cavernas de la Paragua é islas adyacentes.

La pesca de buena clase constituye también gran parte de la riqueza del reino animal, debiendo citar, por último, las perlas, que se recogen en sus costas, donde abunda la *avícula margaritífera*.

Industria y comercio.—La fabricación de tejidos del país, es fácil aclimatarla, teniendo en cuenta la abundancia de materias textiles. El corte de la caña llamada de Indias, la recolección del valioso nido, la pesca y exportación del balate, cuya calidad encomian los compradores, el bejuco, la cera y la almáciga, son hoy los principales objetos de su industria y comercio, pudiendo aumentarse una vez desarrollado en mayor escala el cultivo del café, del cacao, la cañá dulce, el tabaco y demás artículos, de que tanto puede prometerse tan rica provincia.

Población.—Razas salvajes.—En la isla de la Paragua se notan tres castas distintas, conocidas con los nombres de *tagbanuas, tinitianos* y *bulalacaunos,* dignas de ser descritas.

Los tagbanuas se asemejan á los malayo-mahometanos de Mindanao, pero no profesan sus mismas creencias religiosas.

Existen, según ellos, espíritus buenos y malos, encargados de premiar ó castigar á los mortales, y suponen que el bueno descansa en paz á su muerte, en tanto que el malo vaga eternamente por los espacios, presa de grandes tormentos.

El traje de los tagbanuas consiste en un calzón estrecho por abajo, una chaquetilla azul con cuello de colores vivos y un pañuelo arrollado á la cabeza, á estilo moruno.

Su agorero ó sacerdotisa, *babailan,* que puede ser de uno ú otro sexo, tiene la facultad de evocar los espíritus, auxilia á los sanos con sus consejos y á los enfermos con medicinas, y dirime las contiendas.

El modo de contraer matrimonio entre estos salvajes, no puede ser más sencillo.

Cuando á un soltero agrada alguna mujer, va á su casa, sin previo aviso ni la aquiescencia de ella, y la obsequia con platos de barro vidriado muy toscos. Según los admita ó rechace se celebra ó no la unión de ambos.

Concertada la boda el *babailan* y el novio acuden á casa de la prometida de éste el día de antemano señalado, seguidos de multitud de personas, cuya algazara es indescriptible. Sacan á la doncella de su casa, y poco menos que en triunfo la conducen á la morada de su futuro, donde les aguardan las familias de los contra-

yentes, los deudos y convidados. Los novios toman asiento sobre un petate ó esterilla en que se ve un plato de los que constituyeron el regalo, lleno de morisqueta. La enamorada pareja se dirige por un rato cariñosas miradas, y á seguida el varón coje con los dedos de la mano derecha un puñado de morisqueta y lo pone suavemente en la boca de la hembra: ésta repite con él igual operación y la boda queda realizada. Significa esa fórmula que deben mutuamente mantenerse el uno al otro.

El babailan prorrumpe entonces en alegres alaridos que la concurrencia toda repite y comienza la comida, las libaciones, el canto y el baile, terminando la fiesta por la total embriaguez de los congregados.

Cuando fallece alguna persona principal, depositan el cadáver en el piso de su propia casa, bajo hojas de palmas, ponen junto á aquél sus armas y ropas, y cercan la casa con alta empalizada, quedando así hasta su completa descomposición.

Los restantes individuos son enterrados en una especie de cementerio entre dos troncos huecos de forma de canoas, cuyo sitio respetan mucho.

Las personas que por sus excelentes prendas merecieron en vida la consideración y el respeto de todos, son colocadas en un féretro, cuidadosamente cerrado, y suspenden éste de las ramas de algún árbol corpulento.

El babailan y sus acompañantes y los parientes y amigos del difunto, gritan, lloran y dan vueltas alrededor del muerto para ahuyentar los malos espíritus.

Los tagbanuas son dóciles, pero muy poco amantes del trabajo.

Los *tinitianos*, residentes al N. de la ensenada de Ba-

buyán, tienen análogas costumbres que los tagbanuas, pero son menos sumisos y hospitalarios.

Creen en un Sér Supremo, que llaman *Banna*, y en espíritus inferiores ó *divatas*.

Cuando una mujer está próxima á dar á luz, su marido esgrime constantemente sus armas, dando al aire sendos mandobles para ahuyentar á los espíritus malignos, costumbre y creencia muy general entre los salvajes.

Para los casamientos é inhumaciones practican ceremonias parecidas á las de los tagbanuas.

Los tinitianos penan el incesto con extraordinario rigor. Una vez que los ancianos, constituídos en tribunal á la sombra de algún árbol donde á su juicio residen los espíritus benignos, han pronunciado la sentencia de muerte, atan á la culpable boca abajo en una jaula hecha con grandes maderos, y encima de ella, en sentido contrario, al hombre; rellenan el fondo de la jaula de gruesas piedras, y prorrumpiendo todos los espectadores en gritos y maldiciones, la trasladan en una embarcación á alta mar, y allí la arrojan para que perezcan ahogados.

El adulterio se castiga aplicando á la culpable tantos palos como el marido exija, y al adúltero con una multa consistente en determinada cantidad de víveres, herramientas ó utensilios de cocina, y para borrar la mancha que sobre la tribu ha caído, matan un gallo; los asistentes mojan un *buyo* en la sangre, y lo comen, quedando ilesa con este ceremonial la honra del agraviado, quien vuelve á su casa con la vapuleada cónyuge, así como el adúltero se va tan tranquilo á la suya.

Si sobreviene alguna epidemia, construyen un pequeño barco de una sola pieza, con su correspondiente apa-

rejo y bandera. Lo llenan de arroz, buyo y agua, y lo lanzan al mar con la idea de que los espíritus malignos puedan irse en él y no volver, puesto que llevan provisiones para el viaje.

Como atribuyen todas las enfermedades y males que les afligen á los espíritus, de ahí que procuren contentarlos por medio de actos análogos al anterior, á fin de verse libres de sus maleficios.

Los *bulalacaunos* moran en la parte N. de la isla de la Paragua y en el grupo de las Calamianes. Su color es oscuro, cetrino, nariz aguileña, pelo ligeramente crespo y alguna barba. Su constitución es endeble, pero son ágiles y valerosos.

Los hombres usan por única vestidura el *bahaque*, y las mujeres una especie de túnica de seda azul.

Su principal alimento consiste en unas tortas llamadas *corotes*, hechas con el tubérculo *córot*, macerado durante dos días en agua del mar, y mezclado después con las hojas de la misma planta.

Creen, como los tinitianos, en espíritus buenos y malos, y para conocerlos y tenerlos contentos practican ceremonias análogas á las de los demás salvajes de la Paragua; y lo mismo acontece respecto á los casamientos, con la diferencia de que ambos contrayentes estrellan contra el suelo una *banga* ú olla de barro nueva, jurando separarse únicamente el día en que se junten los pedazos de la banga, volviendo á quedar entera.

Gobierna las rancherías de los bulalacaunos el más hábil y esforzado de la tribu.

Sus casas ó *cayang* son una especie de tiendas de campaña, de simples hojas de nipa ó de burí, fáciles de transportar arrolladas cuando emigran de un punto á otro. Sus armas son la lanza de asta de palasan con pun-

ta de hierro, flechas envenenadas y las *sumpits* ó cerbatanas.

La caza de pájaros, en que son muy diestros, y la de puercos monteses; la pesca de la tortuga y del balate, constituye su industria y el alimento de los principales de la tribu.

El que cae enfermo de gravedad ó de males contagiosos, es conducido á una choza lejana donde le abandonan, aunque dejándole agua y alimentos. Si muere, incendian la cabaña para que perezca con ella la enfermedad.

Son muy supersticiosos, atribuyendo cuantas calamidades les acontecen al *Tauo Satolonam*, terrible espíritu del mal, cuya malévola influencia tratan de atenuar ahuyentándolo por medio de la quema de cierta alga marina.

En cuanto el pájaro *quilit-quilit* canta, tiemblan como azogados, temerosos de las muertes y desgracias que anuncia.

Sus embarcaciones son pequeñas, toscamente hechas y sin la menor clavazón de hierro, por considerarlo de muy mal agüero.

Son encarnizados enemigos de los piratas moros, quienes á su vez procuran sorprenderlos y conducirlos prisioneros (1).

Según un interesante artículo del gobernador de la Paragua, D. Jacobo Alemán, la población civil de esta isla en 1877 era de 210 hombres (incluso 35 chinos dedicados al comercio), 160 mujeres, 71 niños y 58 niñas, que hacen un total de 499 personas, y la militar se com-

(1) El Sr. Baamonde y Ortega, residente en la Paragua, publicó en 1876, en la *Revista de Filipinas*, unos curiosos artículos relativos á las costumbres de los salvajes, de que hemos dado noticia.

ponía de 171 individuos del ejército, 95 de la marina y 45 presidiarios, ó sean 311.

No menciona el número de habitantes de las rancherías infieles, algunas de las cuales, como las vecinas del río Ignagi, son bastante numerosas.

Los edificios públicos en Puerto Princesa eran, en dicho año, 97, y el movimiento de cabotaje ascendió á 141 embarcaciones entradas y salidas.

Gobierno.—El de la Paragua está á cargo de un capitán de fragata, jefe á la vez de la división naval allí establecida. Esta isla y sus adyacentes deben constituir un gobierno en absoluto independiente del de Calamianes, cuya capital sea Puerto Princesa, en razón á su grande y seguro puerto, á su situación y por la facilidad de establecer comunicaciones con la costa opuesta, así como por la riqueza de sus bosques y de sus mares. La dependencia del gobierno de Calamianes, tan distante, sin fáciles medios de transporte ni buenas vías de comunicación, es inconveniente á todas luces y debe desaparecer pronta y definitivamente, con lo cual ganarán mucho todas las islas que rodean á la Paragua, y principalmente esta hermosa región.

ISLA DE BALABAC.

La isla de Balabac se halla situada al S. de la Paragua, formando con la de Bangui el estrecho de su nombre, de unas 28 millas de anchura.

Límites.—Confina al N. con el grupo de islas existentes al S. de la Paragua; al E., con el mar de Mindoro y las islas de San Miguel; al S., con las de Bangui y Balambangán, en la costa N. de Borneo, y al O., con el mar de China.

Extensión y superficie.—Se extiende sobre 32 kilómetros de N. á S. y 21 de E. á O., viniendo á tener 370 kilómetros cuadrados de superficie.

Clima.—En general bueno. La temperatura fluctúa entre los 18° y 30° centígrados.

Terreno.—El suelo de Balabac es, como el de todo Filipinas, muy fértil.

Orografía.—Cruza la isla de N. á S. una serie de montañas, distinguiéndose la llamada Balabac, que mide 2.028 pies sobre el nivel del mar.

Puertos.—El de Calandarang, muy bueno, y el de Balabac, excelente durante la monzón del SO.

Minas.—A 11,14 kilómetros de la capital existe una cuenca carbonífera, abundante y de buena calidad, que en su día será de gran porvenir para esta isla.

También se asegura que en el territorio que ocupan los moros hay una mina de mercurio nativo.

Productos forestales.—Abundan muchas de las excelentes maderas de los trópicos, y las gomas, resinas, almácigas, materias colorantes, textiles, plantas medicinales, cera y miel.

El reino animal ofrece analogía al de todo Filipinas. El *Pelandoc*, del género *Moschus*, abunda en Balabac. La especie filipina *Moschus Piginœus*, L. es muy elegante y airosa.

La instrucción, agricultura, ganadería y producción son limitadas.

Población.—La población, compuesta en su casi totalidad de militares y penados y algunos chinos, asciende á 700 almas.

En las rancherías de Dalanan, Pásig, Catagupan, Sabor, Agutayan, Tucanigalo, Panaan, Cabuligan, Carandurin y Singalo, esparcidas por la isla, habitan

unos 1.200 moros. Éstos son de carácter pacífico, y su habitual ocupación es la pesca y la caza.

Es extraño no se les haya sometido á España, cuando tan fácil sería lograrlo, dadas sus condiciones.

Gobierna á esta isla un oficial de la armada, de la categoría de teniente de navío de primera clase, que es además jefe de la estación naval. La parte religiosa corre á cargo de un recoleto.

Balabac dista de Manila 510 millas; de Zamboanga, 355, y de Borneo, hacia el S., unas 50.

DATOS ESTADÍSTICOS.

PROVINCIAS.	SUPERFICIE EN HECTÁREAS.					PROPIEDAD URBANA.				Valor de la propiedad rústica. — *Pesos.*
	Urbana.	Rústica.	Inculta.	Forestal.	Total.	Casas de mam-postería.	Renta.	Casas de nipa.	Renta.	
Zamboanga	17,73	228,04	1.905,23	2.982.545	2.984.696	5	4.000	1.562	26.343	66.779
Misamis	9.008,40	24.008,64	72.025,96	993.153	1.098.196	13	3.240	5.594	33.564	103.260
Surigao	84,12	7.615 60	20.520,28	1.041.970	1.070.190	11	3.360	6.082	36.492	135.500
Bislig	26,73	156,24	10.601,03	430.507	441.291	2	600	1.668	10.008	»
Davao	2,26	3,74	741,00	1.048.576	1.049.333	4	480	199	1.116	180
Cottabato y Pollok	72,45	12.645,75	1.313.429,80	503.249	1.829.397	3	1.200	104	626	»
Basilan	1,19	2,67	3,45	68.312	68.320	6	456	70	480	2.400
Calamianes	86,03	3.829,14	447,20	1.678.820	1.683.183	»	»	1.924	11.600	3.642
Balabac	18,38	416,00	7.115,48	24.800	32.350	4	10.730	30	180	»
TOTAL	9.323,29	48.905,82	1.428.699,43	8.771.932	9.256.956	48	24.066	17.233	120.409	311.761

EDUCACIÓN PRIMARIA.

PROVINCIAS.	ESCUELAS DE NIÑOS.						ESCUELAS DE NIÑAS.						
	Es-cuelas.	Concu-rrentes.	Leen.	Leen y escriben.	Hablan español.	No saben nada.	Es-cuelas.	Concu-rrentes.	Leen.	Leen y escriben.	Hablan español.	No saben nada.	Saben coser.
Zamboanga	4	536	289	247	536	»	1	108	63	45	108	»	45
Misamis	7	3.218	840	618	72	1.688	7	1.642	386	35	37	1.184	270
Surigao	9	894	360	160	32	342	9	820	290	27	19	484	215
Davao	1	80	30	26	10	14	1	62	»	10	2	50	10
Basilan	1	41	28	13	41	»	1	37	24	13	37	»	15
Calamianes	4	390	43	29	6	312	4	92	18	3	»	71	72
TOTAL	26	5.159	1.590	1.093	120	2.356	23	2.761	781	133	203	1.789	627

Faltan datos de Cottabato y Bislig. En Zamboanga y Basilan hablan español cuantos asisten á las escuelas.

INSTRUCCIÓN.

PROVINCIAS.	LEEN.		LEEN Y ESCRIBEN.		NO SABEN NADA.		HABLAN ESPAÑOL.		NO SABEN.		TOTAL.	
	Varones.	Hembras.	Varones.	Hembras.	Varones.	Hembras.	Varones.	Hembras.	Varones.	Hembras.	Varones.	Hembras.
Zamboanga...	873	1.550	1.294	439	3.844	3.597	3.850	3.553	2.161	2.033	6.0[illegible]1	5.586
Misamis......	6.128	3.834	3.463	855	30.779	33.035	678	214	39.692	37.520	40.370	37.734
Surigao.......	1.047	695	852	189	13.432	13.687	304	96	15.027	14.475	15.331	14.571
Bislig........	»	»	»	»	11.560	9.516	»	»	11.560	9.516	11.560	9.516
Davao........	78	45	85	11	679	500	99	31	743	525	842	556
Cottabato.....	»	»	»	»	2.088	251	»	»	2.088	251	2.088	251
Basilan.......	43	36	39	6	152	135	63	40	171	137	234	177
Calamianes...	279	213	289	47	6.376	6.931	99	37	6.845	7.154	6.944	7.191
Balabac.......	»	»	»	»	575	31	»	»	575	31	575	31
TOTAL...	8.448	6.373	6.022	1.547	63.485	67.683	5.093	3.971	78.852	71.642	83.9[illegible]5	75.613

PRODUCCIÓN.

PROVINCIAS.	ABACÁ.		AZÚCAR.		CACAO.		CAFÉ.		MAÍZ.		PALAY.		VARIOS ARTÍCULOS — Pesos.	TOTAL. — Pesos.
	Picos.	Pesos.	Picos.	Pesos.	Cavs.	Pesos	Cavs.	Pesos.	Cavs.	Pesos.	Cavanes.	Pesos.		
Zamboanga...	50	240	36	365	»	»	»	»	»	»	22.229	22.229	11.218	34.052
Misamis......	36.283	145.132	4.100	14.350	220	7.700	»	»	200.000	75.000	260.000	195.000	»	437.182
Surigao.......	18.000	60.000	»	»	20	700	»	»	»	»	10.000	10.000	115.000	185.700
Bislig........	200	1.400	»	»	»	»	»	»	»	»	3.500	3.500	»	4.900
Davao........	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	163	245	»	245
Cottabato.....	»	»	»	»	2.750	96.250	3.250	13.000	»	»	108.000	81.000	»	190.250
Basilan.......	»	»	»	»	15	240	12	84	»	»	700	700	650	1.674
Calamianes....	»	»	»	»	»	»	»	»	»	»	38.094	20.795	180	20.975
Balabac.......	75	300	108	270	»	»	»	»	»	»	7.000	5.250	»	5.820
TOTAL....	54.608	207.072	4.234	14.985	3.005	104.890	3.262	13.084	200.000	75.000	449.686	338.719	126.548	880.798

GANADERÍA.

	Caballar.	Vacuno.	Cerda.	Caraballar.	Cabrío.	TOTAL.	Valor. — *Pesos.*
Zamboanga........	559	1.957	1.188	2.332	252	6.388	45.748
Misamis...........	501	10.039	8.605	35.570	210	54.928	439.424
Surigao............	10	1.250	»	6.330	»	7.590	60.720
Cottabato, Pollok...	700	1.500	3.250	4.732	218	10.400	52.000
Basilan............	5	17	34	20	6	82	769
Bislig..............	»	25	»	450	»	475	2.000
Davao.............	20	754	76	358	7	1.215	10.118
Calamianes.........	77	885	201	799	108	2.071	9.851
Balabac............	»	108	»	»	»	108	1.296
TOTAL.......	1.875	16.536	13.354	50.591	901	81.457	621.926

Desde el año de 1870, á que corresponden los datos estadísticos de los precedentes cuadros, con seguridad ha habido aumento en todas las partidas que comprenden. Téngase ello en cuenta, y sirva sólo para formar una idea aproximada de la realidad.

ADMINISTRACIÓN ESPIRITUAL.

Datos estadísticos publicados por el Arzobispado de Manila en 1876.

PROVINCIAS.	Pueblos.	Clero regular.	Clero secular.	Población.	Bautismos.	Casamientos.	Defunciones.
Misamis......	14	14	»	81.004	3.756	669	1.803
Surigao.......	12	12	»	58.995	2.483	578	1.349
Mindanao (1.º, 4.º, 5.º y 6.º distrito).....	8	8	»	16.279	837	157	838
Calamianes....	7	4	»	16.403	534	157	221

Misamis y Surigao dependen del Obispado de Cebú, y las provincias restantes del de Jaro. La población que aquí figura es inferior á la verdadera.

ISLA DE BORNEO.

Borneo, llamada por los indígenas Brouní, Brunei, Bourné ó Dayak Warouni, hállase situada bajo el ecuador, al N. de Java, al E. de Célebes y al SO. de Filipinas. La baña por el S. el mar de Java; por el NE. y el E. el mar de Célebes y el estrecho de Macasar, que la separa de Célebes; por el N. el mar de Joló, que la separa de Filipinas, y por el O. el mar de China.

Borneo dista de Mindanao 222 $^1/_2$ kilómetros, y sólo la separa de Mindoro el mar de este nombre. En el centro de este mar se halla la Paragua. Mide Borneo del NE. al SO. 1.200 kilómetros de longitud y 560 de anchura. Su superficie asciende á 700.000 kilómetros cuadrados, y 49.000 más con las varias islitas que la rodean.

Es la isla mayor del mundo, después de Australia, estando llamada á constituir un magnífico imperio colonial, que asegurará á sus poseedores las llaves de los mares del extremo Oriente, no sólo por su excelente situación entre el archipiélago indiano, la Indo-China, la China y Filipinas, sino también por su extraordinaria fertilidad y sus inmensas riquezas minerales.

Clima.—Aunque situada bajo la línea equinoccial, la isla de Borneo no sufre calores insoportables. Las brisas del mar y de las montañas y las lluvias que caen

incesantemente desde Noviembre hasta Mayo, refrescan la atmósfera.

Las variaciones del termómetro son poco sensibles. No suele descender de 28° centígrados, subiendo raras veces á más de 35°. Los lugares inmediatos á las costas son húmedos, pantanosos y muy malsanos, especialmente para los europeos, que con frecuencia padecen de disenteria, fiebres, ictericia y cólera.

Orografía.—Cruza la parte central de la isla una cadena de montañas que declinan hacia las costas. Las montañas del Norte, que son las más conocidas y estudiadas, abundan en cristal de roca, por lo cual las llaman los holandeses *Montes cristalinos.* El punto culminante es el Kini-Balu, con una altitud que no baja de 3.500 á 4.000 metros (1).

Hidrografía.—Del centro de la isla parten los diversos ríos que la riegan, siendo los principales en la costa del S. el Barito ó Banjermassing, uno de los más considerables del país; el Kahayan ó Dayak-Bessar (gran río de los Dayaks); el Sibangu, el Mandaveí y el Sampit; en la costa del O., el Matan, el Pontianak ó Kapuas, el Simpang-Sidin, el Santubong ó río de Sarawak, el Redjang, el Burneh, etc., y en la costa del E., el Brau, el Koti ó Mahakam y el Passir.

Varios lagos, entre los que descuella el Kini-Balu, uno de los más considerables de la Oceanía, al pie de la montaña de aquel nombre, y el Danao-Mulayon, en la parte central, completan el sistema hidrográfico de la comarca.

Las costas, aunque sólo presentan sinuosidades poco

(1) Sobre 3.000, según Rogel; 3.250, según Larousse; más de 4.000, según Vivién de Saint Martín.

profundas, ofrecen, sin embargo, puertos espaciosos y cómodos, sobre todo al O. y al S.

Los cabos más importantes son los llamados Dati, Sisary y Balam, al O.; Sambas, Salatan y la punta Platte, al S., y el Kenneungan y Sanpanmang, al E.

Reino mineral.—Borneo es rico en minerales preciosos. En las hendiduras de las rocas, en las arenas de los ríos, y sobre todo en una tierra amarillenta mezclada de guijarros, se hallan los más gruesos y los más ricos diamantes (1).

En casi toda la isla, y particularmente en los estados del O., se explotan abundantes minas de oro, cuyos yacimientos están casi en la superficie del suelo. La más importante de estas explotaciones es la de Montradok, que ha llegado á producir hasta 2.730 kilogramos por año.

Minas de cobre, de hierro y de estaño y zinc existen en diferentes lugares; también se encuentra imán natural y antimonio. En las costas N. y S. hay ricas minas de hulla.

Las montañas del Norte contienen gran cantidad de cristal de roca.

Reino vegetal.—Los productos vegetales son muy variados, denotando la gran fertilidad del suelo. Además de bosques inmensos, ricos en maderas propias para ebanistería y otras sumamente apreciables, como el camagón, la teca, ébano, palo tinte, alcanfor y sándalo, se dan todos los vegetales de los trópicos. Las especias, gomas, café, te, quina, índigo, tabaco, algodón, azúcar, arroz, etc., abundan mucho.

(1) En el territorio de los chinos, por la parte de Landak, fué donde se encontró el más grueso diamante conocido, cuyo peso es de 367 quilates, perteneciente al rajah de Matan.

Reino animal.—El reino animal es asimismo de valía. En la parte N. de la isla, según algunos autores, se halla el elefante y el rinoceronte, pero otros lo desmienten.

El leopardo, el tigre listado, cuya piel sirve de traje de guerra á los aborígenes del interior; el oso de la Malasia *(Ursus malayanus)*; el tapir, de un natural menos feroz que el jabalí; el puerco de monte, el babirusa, los ciervos, una especie de búfalo de pies blancos *(Bos sondaicus)*, cierta clase de nutria *(Polamophilus barbatus)* y diferentes especies de monos, entre ellas el orangután, abundan en los bosques. Los principales animales domésticos son caballos, puercos, cabras, perros, etc.

La golondrina salangane, fabricadora del valioso nido; la abeja y el gusano de seda, también abundan. Existe el pájaro del paraíso y multitud de aves de bellísimo plumaje. En las costas de Borneo se pesca la ballena, el cachalote, la foca, diversidad de pescados y crustáceos, y ricas perlas. La concha de la tortuga sostiene bastante tráfico.

Las producciones de Borneo son objeto de un comercio de consideración con China, Singapoore y los puertos de la Malasia neerlandesa. Los holandeses, ingleses y chinos importan opio, te y algunas manufacturas.

Población.—Ignórase á punto fijo el número de habitantes de Borneo, creyéndose que ascienda á 3.500.000. Esta población es en sumo grado heterogénea, y se compone de muchas razas distintas.

Los papuas ó negritos, y los dayaks, primitivos pobladores, en extremo salvajes, habitan el interior de la isla, incomunicados casi con el resto de sus habitantes. Los malayos, dominadores de aquéllos, que forman la

mayoría de la población, ocupan principalmente las costas. La población restante se compone de bugis, de javaneses, de chinos y de árabes.

Los papuas ó negritos moran en los bosques, en las cavernas ó sobre los árboles, sin vestidos, sin instrucción y sin relaciones con sus semejantes.

Los dayaks del litoral viven de la pesca y del producto de sus piraterías. Emponzoñan sus armas y son traidores y crueles. Según M. de Croizier y otros escritores, los dayaks han merecido el sobrenombre de *cortadores de cabezas*: cuando ocurre la muerte de algún dayak, son inmolados sobre su tumba esclavos ó prisioneros; los jóvenes van á la caza de hombres, porque no encontrarían una mujer que los quisiera si en sus escudos no llevaran por lo menos una entalladura, indicando que han cortado una cabeza. Los buques europeos que paran de noche en los ríos de Borneo, se rodean de una red para librarse de las sorpresas de los cortadores de cabezas.

Existen pueblos tan salvajes, que, á la vista de indígenas de otras tribus, se refugian sobre los árboles; para traficar con tan agrestes gentes, hay que poner sobre la orilla los productos que se quieren cambiar y los mercaderes se retiran; bajan entonces algunos hombres, y si las mercancías les placen las transportan, dejando en cambio productos naturales de la región.

La tribu más poderosa es la de los kajans. Explotan las minas de diamantes, y recogen el oro lavando las arenas de los ríos. Algunos dayaks han adoptado la religión mahometana y reconocido la autoridad de los rajahs malayos; cultivan la tierra, residen en poblado y tienen cierta civilización.

Los bugis, procedentes casi todos de Célebes, están

sometidos á los dayaks. Constituyen una clase considerada á causa de sus riquezas, producto del comercio ó de la piratería.

La colonia china, cuyo número es tan crecido que se hace ascender á más de 150.000, se ocupa preferentemente del comercio y de la explotación de las minas de oro. Son originarios, en su mayor parte, de las provincias meridionales de Cantón y de Fo-Kian. Recogen el oro en el territorio de Sambas y en el extremo oriental de la isla. Como sus demás compatriotas esparcidos por el globo, cuando llegan á hacer fortuna regresan inmediatamente á su país. La unión de chinos con mujeres indígenas, ha dado lugar á otra raza mestiza.

Organización.—Borneo se halla dividido en gran número de pequeños estados, los unos vasallos de los holandeses, é independientes los otros. Las posesiones holandesas forman dos *residencias*, que reciben nombre de su situación: la de la costa O. ó de Pontianak, y la de la costa SE. ó de Banjermassing, cuyas capitales llevan los mismos nombres.

Estas dos residencias comprenden los estados ó territorios de Sambas, Mumpawa, Pontianak, Landak, Sangou, Simpang, Matan (antiguo imperio de Succadana), Kandaouagan, Komaay, Pambouan, Mandaonuax, Gran-Dayak, Pequeño-Dayak, Banjer, Tanah-Laonut, Tatas, Martapoura, Karang-Intang, Koetei, Bulungan, etc.

La ciudad de Banjermassing, situada á la embocadura del Bandjer, está construída sobre estacas, viéndose en ella, como en Bang-Kok, casas flotantes. Es muy comercial.

La residencia de Pontianak principia en Tanjong-Datu y termina en el río Djeley, al E. del cabo Sam-

bas, conteniendo el imperio vasallo de Matan, al S. de Succadana. Comprende, asimismo, las islas Natumas, Anamba y Fambelan, pero en ellas la autoridad holandesa es casi nominal (1).

Pontianak se halla en la confluencia del río Landak y de una de las bocas del Gran Kapuas. Las casas malayas están agrupadas sobre las riberas de ambos ríos. Los europeos habitan mejores edificios hacia la ribera izquierda del Kapuas, defendidos por un fuerte con empalizadas.

Los chinos monopolizan por completo el comercio. Su número entre los distritos de Pontianak y Sambas era antes de 60.000, pero hoy quizá no pase de 20.000.

Las rentas locales consisten principalmente en los derechos de aduanas, la capitación de chinos, la de los malayos y dayaks, el arriendo del opio, el juego y el monopolio de la sal.

Sobre la costa occidental se halla el antiguo reino de Sambas, al cual pertenecen las minas de oro de Montradok y las de diamantes de Matan.

Los principales estados independientes son los de Borneo, sobre la costa NO., que se estiende desde Tanjong-Datu, al SO., ó sea desde punta Kidoong, hasta el río Kimanis, al E.; y el territorio de Tidoeng, perteneciente al sultán de Joló, que se extiende sobre toda la parte NE. de la isla.

Los holandeses se han hecho dueños de la costa del E. mediante un tratado con el sultán de Kotí, cuyo territorio formaba otro de los estados independientes. La capital del primero de éstos es Borneo, sobre el río del mismo nombre, plaza de comercio importante.

(1) *Notes sur l'ile de Borneo.—Revue Maritime et Coloniale*, 1878.

Cuenta 40.000 habitantes y más de 3.500 casas, levantadas las unas sobre pilotes y las otras flotantes sobre balsas. Verifícase la comunicación entre los diferentes extremos de la ciudad por medio de canales, de que está toda entrecortada.

Entre los artículos de exportación, debemos mencionar las cañas, nidos de salangane, alcanfor, etc.

Hoy, con las desmembraciones sufridas, la importancia del estado de Borneo ha decaído bastante.

Al N. de la residencia de Pontianak, dividido por una cadena de montes de considerable elevación, se halla el territorio de Sarawak, en la costa NO., cedido por el sultán de Borneo en 1839 al célebre aventurero inglés Sir James Brooke, á quien invistió además con el título de Bajah. Pretextaba éste como su principal intento la represión de la piratería y el establecimiento de relaciones comerciales con los indígenas.

Inmediata á la costa, dotada de un buen puerto, se destaca la isla de Labuán, que en 1846 pasó al dominio inglés. La situación de esta isla es excelente para el comercio con los estados vecinos, y en su parte N. cuenta ricas minas de carbón. Sostiene muy activo tráfico con Singapoore y Joló. Su puerto es franco al comercio universal, y en Labuán existe el principal depósito de carbón para los vapores que hacen la travesía entre la India y la China.

A partir del río Kimanis hasta la bahía de Sibuco, ó sea el límite NE. de las posesiones holandesas, ejerce su dominio, en territorio español, una compañía inglesa.

La idea de explotar la parte N. de Borneo es antigua en los ingleses, y neciamente España ha dejado que la influencia de esta nación le arrebatara sus mejores de-

rechos y más fundados motivos para semejante empresa (1).

Elok-Pura, capital del territorio de que se ha hecho dueña la Compañía del Norte de Borneo, ocupa una magnífica situación en la bahía de Sandakan, y seguramente el porvenir de la naciente colonia ha de ser grande, teniendo en cuenta la feracidad del suelo y la riqueza de los productos naturales, que los ingleses sabrán explotar con su habilidad innegable (2).

(1) En la parte histórica de esta obra trataremos ampliamente este punto.

(2) Para más detalles respecto á la importante isla de Borneo, pueden consultarse las obras de Spencer Saint-John, J. y Ch. Brooke, Dalrympe, Marryat, Fr. Boyle, Earl. Medhurst, Bax, Keppel, Crawfurd, Colomb, Wallace, Mundy, Belcher, Tennent, Burbidge, Hennerice, Müller, Beccari, Chimmo, Meyners d' Estrey, Schouw Santwoort, Verbeeck, de Groot, Meyer, van Langen, Caten, Cohen Stuart, Teysman, Tromp, Crooker, de Hollander, Senn von Basel, Overbeck, Carl Bock, P. C. Cuarterón, Montano y Rey, Rogel, y los artículos que le consagran Larousse y Vivien de Saint-Martín en sus *Diccionarios*.

PARTE HISTÓRICA



CAPÍTULO PRIMERO.

ANTECEDENTES HISTÓRICOS.—Descubrimiento de las islas de Oceanía.—Expediciones de Magallanes, Loaisa, Saavedra, Villalobos y Legazpi.—Conquista é incorporación á España de las islas Filipinas.

I.

Sabido es que el descubrimiento de las islas Filipinas se debe al insigne navegante Hernando de Magallanes, portugués al servicio de España. El rey de Portugal, D. Manuel, no quiso admitir las proposiciones que tan entendido náutico le hiciera, y esto fué causa de que Magallanes se desnaturalizara del reino lusitano, y de que fuese á proponer á Carlos I de España y V de Alemania su atrevido proyecto de llegar á las islas de la Especería ó de Poniente, siguiendo distinto derrotero que los portugueses, ó sea por el Océano occidental, dando como cierta la existencia de un paso hasta entonces no descubierto. El Emperador, aceptando con júbilo la proposición de Magallanes, mandó aprestar cinco naves, llamadas *Trinidad*, *San Antonio*, *Concepción*, *Santiago* y *Victoria*, de 132, 144, 108, 90 y 96 toneladas respectivamente, tripuladas por 234 hombres, abastecidas las naves y pagados sus tripulantes para dos años; y después de ajustar un convenio respecto á las ventajas que había de obtener el descu-

bridor y de conferirle el título de Adelantado y el hábito de Santiago, partió la pequeña escuadra desde Sevilla el 19 de Agosto de 1519, con la esperanza por guía y el voto unánime del generoso pueblo sevillano en pro del feliz término de tan arriesgada empresa.

Grandes penalidades y terribles contratiempos experimentaron aquellos intrépidos marinos en su larga navegación, pero el éxito coronó cumplidamente los pronósticos de Magallanes.

El 1.° de Noviembre de 1520, fecha fausta en los anales de los descubrimientos geográficos, penetró el inmortal navegante por el estrecho que ha hecho su nombre imperecedero, á cuyo término se encontró en el mar del Sur; y prosiguiendo su viaje, logró arribar á las islas denominadas por él de las Velas latinas ó de los Ladrones, las actuales Marianas, el 7 de Marzo de 1521. Prosiguió con rumbo á Mindanao, fondeando en Butuan, pueblo de la antigua provincia de Caraga, hoy Surigao, de cuyo territorio tomó solemne posesión por España, habiéndole recibido bien sus naturales, cuyo régulo le facilitó los víveres que pudo. Fué de aquí á Cebú. Su régulo, Hamabar, después de pactar paz y amistad con el caudillo luso-hispano, juró obediencia y vasallaje al rey de España. Quiso Magallanes mostrarle su afecto yendo á combatir á los isleños de Mactan, en guerra á la sazón con su aliado, y la desgracia hizo que una emponzoñada flecha privase de la vida á tan insigne náutico el 26 de Abril de 1521. Sus compañeros, aterrados por esta desgracia, y luego por la perfidia de los cebuanos, marcharon á Borneo. He aquí cómo describe su estancia en esta isla el P. Concepción (1):

(1) *Historia general de Filipinas*, por Fr. Juan de la Concepción. —Manila, 1788.

«Dieron en la barra, en la que entraron sondeando delante los bateles, y á tres leguas de la ciudad, por no haber agua suficiente, dieron fondo; fueron á reconocerlos tres fustas del rey, en que iba un hombre viejo, su secretario, con el estruendo de trompetas, tambores y otros instrumentos ruidosos; hicieron las naos una muy cumplida salva; entró el secretario en la capitana con algunos señores moros, abrazando al general con tales demostraciones, como si fueran muy amigos y conocidos de antes; preguntaron quiénes eran y qué buscaban; se les satisfizo con que eran vasallos del rey de España, y que llevaban mercancías de granos, paños, sedas de diversos colores y otros géneros; mandó el buen viejo llevarles variedad de víveres y vinos; se detuvieron bastante tiempo en las naves muy alegres y contentos; á su despedida regaló el capitán al secretario una capa de terciopelo carmesí, una silla de respaldar, guarnecida de terciopelo azul, y otras cosas de estimación para el rey, y á todos se les agasajó con regalos curiosos.

»Recibió el rey muy gustoso el presente, y con el deseo de ver aquellos hombres para él extraños, suplicó le enviasen dos á su corte; enviólos el capitán, y fué uno de ellos Espinosa; recibiéronlos antes de entrar en la ciudad más de 2.000 hombres, armados de arcos y flechas, cerbatanas, lanzas y campilanes, defendidos con corazas de conchas de tortuga y vestidos de ropa de seda; tenían en su escuadrón un elefante armado y un castillo de madera sobre la espalda; bajó su elevada estatura el bruto, y entró en el castillo Gonzalo; con esta ostentación y grandeza fué á palacio, habló al rey su secretario con un largo tubo, metido por un agujero que recalaba á la pieza donde el rey estaba oculto; así le

informó Espinosa de cuanto quiso saber su curiosidad; bien regalado y asistido el capitán, pidió licencia para volver á los suyos el día siguiente; mandó el rey le diesen dos piezas de damasco y una á cada uno de los compañeros; refirió Espinosa al general cuanto había experimentado y visto; le aconsejó que respecto que aquella ciudad era muy grande y el gentío de ella como inmenso, era lo mejor apartarse de ella hasta conocer sus intenciones, genios y costumbres: prudente consejo que fué admitido sin dificultad.

»Había en las naos mucha necesidad de brea; pareció enviar á la ciudad cinco hombres que comprasen cera, y les sirviese de betún; tres días estuvieron detenidos en la ciudad, y no les permitían volver á las naves; sospecharon los de á bordo la tardanza, y cogieron en represalia un hijo del rey de Luzón, que había ido al comercio, con más de 100 hombres y 5 mujeres en un junco; hizo este príncipe juramento solemne de enviar los retenidos, y dejó en prendas dos mujeres y ocho de los suyos principales; envió á decir el general al rey de Borney que si no le restituía su gente abrasaría cuantos juncos encontrase, y á su gente pasaría á cuchillo; enviaron dos después de algunos días; tomaron algunos juncos, en que hallaron armas, telas de seda y de algodón con algunos bastimentos, por si le obligaban á entregar los tres restantes; nada aprovechó esta diligencia, determinando seguir su viaje sin aguardar más, etc.»

Fueron á continuación á las Molucas, y de allí, doblando el cabo de Buena Esperanza, encamináronse á España, dirigidos por el gran cosmógrafo Juan Sebastián de Elcano, entrando en Sanlúcar de Barrameda el 6 de Setiembre de 1522, treinta y siete meses después

de su partida, con solos 17 marineros, pálidos y extenuados, de los 234 hombres que componían la expedición (1).

II.

En Junio de 1525 hízose á la vela desde la Coruña otra expedición con siete buques y 450 hombres, bajo las órdenes del comendador Frey Juan García Jofré de Loaisa. Durante el viaje murieron éste y sus sucesores en el mando, Elcano y Alonso de Salazar.

Sustituyó al último Martín de Iñiguez, y el 2 de Octubre de 1526 descubrió la isla de Mindanao. Los isleños recibieron con poco afecto á los expedicionarios. «Esta gente desta tierra es ataviada; andan vestidos con paños de algodón y seda, y también traían vestidos de raso de la China, y andaban todos armados, sus azagayas en las manos é sus alfanjes é sus guirrises, que son á manera de puñales, y sus paveses. Es gente muy atraicionada é belicosa, luego determinaron de tomarnos con el batel á traición; empero nosotros andábamos sobre aviso é nunca pudieron salir con la suya. Muchas veces venían de noche en navíos de remos que tienen muy ligeros, á la nao á cortar las amarras; empero, como hacíamos buena guardia, nunca nos pudieron empecer en nada. Estuvimos en este puerto bien diez días, que nunca pudimos comprar bastimenta nin-

(1) En nuestra *Historia general de Filipinas* tratamos, con la amplitud y minuciosidad necesaria, de la expedición de Magallanes y de las de sus sucesores, limitándonos en esta obra á lo que tiene relación con las islas que comprende. También puede consultarse, para todo lo relativo á la geografía y estadística de Filipinas, nuestra obra *El Archipiélago filipino y las islas Marianas, Carolinas y Palaos*.—Madrid, 1886.

guna. En esta isla de Bendenao (Mindanao) hay mucho oro, é nos tuvieron para que les comprásemos; empero el capitán mandó que nadie fuese osado de comprar, por lo cual no se compró nada, y así hubimos de ir nuestra derrota sin refresco. Aquí tomamos un indio que llevamos á Maluco, el cual nos dijo que cada año venían dos juncos de la China, que son unas naos en que ellos navegan, á comprar oro é perlas que había en gran cantidad, é también venían más navíos á otras islas á lo mismo. También hay en esta misma isla canela, por la parte del Oeste (1).»

El P. Concepción amplía algo más lo ocurrido en Mindanao á la expedición de Loaisa: «Echaron el batel al agua, que arrimando á la costa no pudo en todo un día descubrir gente; ya resueltos á volver á la capitana, hallaron una canoa con indios; hablóles el gallego (2) en la lengua que sabía, y no fué entendido; entróse la canoa por un río, y siguiendo el batel descubrieron en su ribera un pueblo; hablaron con los indios, entendiéndose con la lengua malaya; les dieron vino de palmas, buenas gallinas, arroz y frutas por rescates, con lo que volvieron á la capitana muy alegres; volvieron otro día y notaron á los indios recatados; pedían vitualla, y les respondieron que esperaban gente del monte que la traería; era cautela artificiosa para tener más gente y tomarles el batel; el día siguiente fueron

(1) *Relación del viaje hecho á las islas de las Molucas ó de la Especería, por la armada á las órdenes del comendador García Jofré de Loaysa, hecha por el capitán Urdaneta.* El original, firmado por el autor en Valladolid á 25 de Febrero de 1537, obra en el archivo de Simancas.

(2) Gonzalo de Vigo, desertor de la *Trinidad*, admitido á bordo por Loaisa en las islas de los Ladrones.

á la playa con sus armas; no saltaron en tierra, aunque les instaban los indios, si no les daban un indio en rehenes, que ellos darían un castellano, para poder contratar con confianza; previnieron los indios un vestido con tela aseada, y un arma á modo de daga con el puño de oro, y dejando todo esto en tierra, otro en el batel, se fue á bordo.

»Saltó en tierra el gallego en cumplimiento de los contratados rehenes; lleváronle al reyezuelo, que le dijo muy severo que los que venían en aquel navío serían *pranguis*, nombre que dan en la india á los portugueses, y es de una de las más infames castas, que era mala gente, que á donde quiera que llegaban hacían mucho daño; informó el gallego que no eran tales, que era buena gente, y que sólo querían víveres por su justo precio; dijo el rey que si era así podían tratar libremente; el gallego, que era astuto, y con la larga comunicación en las cosas de los indios muy experimentado, notó muy bien que todo era entretenimiento, y aunque los indios eran muchos y bien armados, se escapó de ellos y se recogió al batel, sin que pudiesen alcanzarle; requiriólos el capitán Iñiguez les diesen bastimentos y les volverían su indio, pero no hicieron caso; trataban los indios cortar los cables para que las naos diesen en tierra y naufragasen en la costa; no pudieron conseguirlo, por la buena y vigilante guardia.»

De Mindanao salieron el 15 para las Molucas, en donde les aguardaban todo género de penalidades por la enemiga de los portugueses. A Iñiguez lo envenenaron en Tidor (1), y el nuevo jefe, Hernando de la Torre, se fortificó en tierra en espera de socorros de España.

(1) Véase nuestra *Historia de Filipinas*, pág. 24.

III.

El 31 de Octubre de 1527 partió de América la tercera expedición bajo el mando de D. Álvaro de Saavedra.

«Fué, dice Herrera (1), á Mindanao y Visaya y otras islas que están en 8°, á donde les dieron puercos, gallinas y pan de arroz, y vieron muestras de oro y las mujeres hermosas y los hombres blancos; andaban todos en cabello largo; traían alfanjes de hierro; tenían tiros de pólvora, flechas muy largas y cerbatanas, con que tiraban con yerba; coseletes de algodón, corazas de escamas de pescados, y los hombres son guerreros y confirmaban la paz con beber la sangre del nuevo amigo, y sacrificaban hombres; *traían los reyes coronas en las cabezas*, y el que entonces reinaba se llamaba Catonao, el cual mató á D. Jorge Manrique y á su hermano D. Diego y otros (de la anterior expedición), lo cual se supo porque se huyó á la nave de Alvaro de Saavedra, Sebastián del Puerto, portugués, casado en la Coruña, que iba en el armada del comendador Loaisa, y dijo esta nueva; y que su amo le llevó á Cebú, donde supo que había llevado de allí á ocho castellanos del armada de Magallanes á vender á la China, y que quedaban otros en otra isla que llamaban Candieta; rescató Alvaro de Saavedra otros dos castellanos por 60 pesos de oro, que se los trajeron en carnes y atados, y los vistió; hizo paces con el señor, bebiendo y dando de beber san-

(1) *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas i tierra firme del Mar Océano, escrita por Antonio de Herrera, Coronista mayor de sv. M.d de las Indias y su coronista de Castilla. — En quatro Decadas desde el Año de 1492 hasta el de 1531.* Dos tomos — Madrid, 1601.

gre del brazo, porque tal era su costumbre (1). En fin del año se hallaba Alvaro de Saavedra con su capitana, sin saber de las otras, en Sarrangan y Candigan (las Saranganis), que están en altura de 4°, á donde rescató los dos castellanos..... De ellos entendió cómo había gente del Emperador en la isla de Tidore, que estaba cien leguas de allí, y que tenían guerra con los portugueses; y habiendo tomado gallinas, arroz, batatas y vino de la tierra y clavo; después de haber estado tres días en Sarragan, se hizo á la vela caminando con N. la vía del Sur, viendo siempre islas pobladas.»

IV.

Otra expedición salió del puerto de Juan Gallego el 1.° de Noviembre de 1542. Componíase de seis buques, mandados por el licenciado en derecho Rui López de Villalobos.

Éste, como sus antecesores, arribó á la parte oriental de Mindanao. «Por ser su costa puerca, la llamaron de los arrecifes; á 2 de Febrero surgieron en un puerto de ella que denominaron Málaga, en altura de 7°; detuviéronse refrescando en ella un mes; quiso poblar aquí Villalobos, que no lo hizo por haberla experimentado de intemperie grave; tomóse con los acostumbrados actos posesión de ella por la corona de Castilla; pusieron al lugar determinado para la fundación *Cœsarea Caroli* (2); por los vientos contrarios y fuerza de las co-

(1) A esta operación llaman *sandugo*, según el P. Pedro Chirino.

(2) "Se llamó Cesárea la isla grande de Mindanao, en obsequio del señor emperador Carlos V, cuyo nombre le impuso Bernardo de la Torre, capitán, maestre de campo de Rui López de Villalobos el año 1543, y con este nombre corrió en escrituras de aquel tiempo.„ (*Crónicas de la*

rrientes fueron forzados la vuelta del Sur; arribaron á Sarragán; asentaron con los naturales paces, de que se arrepintieron muy presto; pusiéronse en armas, y aunque se les importunó á que les vendiesen bastimentos, no hubo modo de reducirlos; usóse primero de todos aquellos medios que dicta la benevolencia; hizo la fuerza lo que no pudo el agrado; acometióse al pueblo; hicieron resistencia, pero se dieron al mayor poder con la fuga; no fueron seguidos, pensando se reducirían con el escarmiento; no fué el vencimiento sin costa de sangre: fueron heridos algunos de los nuestros, de los que murieron seis. Esta isla, que apellidaron Antonia, tendrá seis leguas en su circuito: había en ella cuatro pueblos; toda la gente se refugió en un peñón muy agrio; estaba fortificado con palizadas y otras defensas; pareció á los nuestros lance de honor acometerle; hiciéronse varios acometimientos; derribaron por aquellos despeñaderos grandes vigas; venció estas dificultades nuestra constancia; ganóseles la altura, y, dominados ya, huyeron, sin empeñarse los nuestros en el alcance; era su ánimo sosegarles, pero ellos desampararon la isla y se fueron á Cesárea; en el peñón se halló porcelana, almizcle, ámbar y aceite, en que tenían un internado comercio los mindanaos y de otras islas; halláronse algunas muestras de oro; no hallaron más porque acostumbran los naturales enterrarlo en los montes (1).»

La escasez de recursos hizo que Villalobos obligara á los soldados á sembrar maíz, con gran descontento de éstos, que decían era su oficio pelear y no el de hacer de labradores; la cosecha fué abundante, pero no sufi-

apostólica provincia de San Gregorio, de religiosos descalzos de San Francisco, etc., por Fr. Juan Francisco de San Antonio.)—Manila, 1738.

(1) Fr. Juan de la Concepción.

ciente, y pronto se vieron de nuevo con iguales apuros.

«Trataron con los naturales, dice el P. Concepción, que volviesen á su isla; hiciéronse las paces, que se confirmaron con las usadas ceremonias de sangrarse y beber la sangre mutuamente en vino; pero es gente que no sabe tratar verdad, ni la paz ó amistad les impide que usen de sus fraudes, cuando los tienen por conveniente; así con la facilidad que la hicieron la quebrantaron, y permanecieron en su obstinación de no volver á su isla; llegó la necesidad al extremo, y para satisfacerla, les servían de manjar delicado culebras, lagartos, ratones, perros, gatos y otras sabandijas asquerosas; aprovecháronse de raíces y frutas silvestres, de cuya operación murió mucha gente emponzoñada y contagiada. Para socorrer necesidad tan extrema, le pareció á Ruy López era conveniente hacerse amigo con el señor de Mindanao, 50 leguas de distancia, isla más abundante; preparó un navío con 50 hombres á cargo de Bernardo de la Torre; prevínole de rescates y mercaderías; llegaron á surgir á la boca de un gran río; era gente indómita, desabrida por los malos tratamientos de los portugueses, y así sólo hallaron engaños y traiciones; la necesidad les obligó á los nuestros á aprovecharse de las armas; acometiéronlos en un elevado fuertecillo en que, no queriendo rendirse, mataron á los defensores; dando libertad á mujeres y muchachos, volvieron á Sarragan con algún bastimento. En estas estrecheces, convinieron despachar un navío á Nueva España que diese noticia de lo hasta allí operado, solicitando órdenes y socorros; también despacharon una galeota á unas islas, que son las que se llamaron Filipinas después, y con este nombre las marcaron los de esta armada en honor del príncipe, cuyo

nombre era *Philipo*. Partidas estas dos embarcaciones, llegaron tres paraos de las islas de los Malucos, y en ellos algunos portugueses con una carta de D. Jorge de Castro, que contenía los requerimientos de ser todas aquellas islas de la demarcación de Portugal; que no hiciesen guerra á los naturales, porque se interesarían en su defensa; que si iba falto de bastimentos lo dijese, que en Cesárea se le proveería; mucho prometer de los que aún eran sus enemigos, ó á lo menos no eran amigos; respondió Ruy López que la orden que tenía de su soberano era no tocar en las islas de los Malucos; que para entrar en las demás tenía muy extenso poder; estrechaba mucho el hambre; no había otro surtimiento que de Mindanao, y éste con las armas; repitieron el requerimiento los portugueses, y siendo la misma la pregunta, se les satisfizo con idéntica respuesta; lleváronse hurtado un marinero; costearon á Cesárea, persuadiendo á los naturales no les vendiesen bastimentos y ofreciéndoles ayuda de armas contra los castellanos: tales sugestiones, indignas de una nación nada ruda, hicieron impresión en ánimos por otra parte ya bastante inquietos (1).

«Quiso Dios que la embarcación que fué á Filipinas volviese con copia de víveres: habilitados así, resolvieron irse á aquellas islas, especialmente á la de Abuyo,

(1) Para más detalles, puede consultarse el manuscrito titulado: *Requerimiento de D. Jorje de Castro, gobernador de San Juan de Terrenate é islas del Maluco, Banda, Burneo, Mindanao, I.a San Juan, Manado, Paragocal, costas de Calabre é Amboino é Ormoro é todo el Arcepiélago de los Papuas, por el rey de Portugal á Lopez Villalobos, pidiendo explicaciones por qué estaba y seguia allí, y respuesta.*—Hállase en el archivo de Indias de Sevilla, llevado de Simancas entre los papeles de 1519 á 1847.

de quien tuvieron la noticia de que era la más abundante; que los naturales los deseaban y serían bien recibidos en ella: acomodáronse en un navío grande, en dos bergantines que habían construído, y en otras embarcaciones menores; salió esta escuadra á la mar; el tiempo les fué tan contrario, que les fué preciso entrar en una bahía ó ensenada de Cesárea; despachóse embarcación que solicitase víveres; volvió con el mal despacho de que al tiempo de los rescates les habían asaltado los indios y les habían muerto 11 hombres, quedando los restantes muy flacos y fatigados; la escasez era ya tal, que sólo se racionaban cuatro onzas de arroz, y esta estrecha economía sólo diez días podía entretenerse: esto les compelió á solicitar otra isla que les presentase socorro, y por no tocar en las Molucas, tomar puerto aunque fuese en Camoso; las corrientes y vientos les condujeron al pueblo de Sagala, jurisdicción de Gilolo, etc.

Después de largas luchas con los portugueses, tuvo Villalobos que partir para Amboina, donde murió de pesadumbre, malográndose así la expedición, cuyos restos llegaron á España en 1549.

V.

Por orden de Felipe II salió del puerto de Natividad, el 21 de Noviembre de 1564, la quinta expedición, con cuatro buques y 400 hombres, bajo la dirección del ilustre Miguel López de Legazpi, en cuya compañía iban cinco frailes agustinos, entre ellos el antes célebre piloto Andrés de Urdaneta, que ya había hecho el viaje con Loaisa, y los doctos Fr. Martín de Rada y Fr. Diego de Herrera.

Mandaba uno de dichos buques, el patache *San Lucas*, D. Alonso de Arellano, del cual era piloto un mulato llamado Lope Martín. Éste aconsejó al capitán adelantarse á Legazpi, recabar la gloria de su descubrimiento y apoderarse de las riquezas que esperaban hallar, y en efecto, abandonaron á los demás buques el 1.° de Diciembre.

El 5 de Enero de 1565 descubrieron muchas islas del archipiélago de Marshall, visitando después las de Hogoleu, Ollap, Fanadie, Tamatán, Sorol y Ngoli: llegaron el 29 á Mindanao, cargaron cuanta canela les fué posible y dieron la vuelta á España el 4 de Marzo, siendo los primeros en hacer tal viaje (1).

Legazpi, después de fondear en varias islas del archipiélago de Marshall y luego en las de los Ladrones, llegó el 13 de Febrero de 1565 á Abuyog. El 5 de Marzo fondeó cerca de Cabalián, en Leyte; Camutuhan, hijo de Malitic, cacique de esta isla, se hizo muy amigo de los españoles, y sirvió de práctico hasta Limasagua, donde fueron muy bien recibidos. El 11 se trasladaron á Camiguing.

Quiso Legazpi ir á Butuan, de cuyo punto de Minda-

(1) Por ello pretendieron premio, y se les hubiera otorgado caso de no descubrir á tiempo su deserción, que por cierto quedó sin el debido castigo. Para más detalles acerca del viaje de dicho buque, puede consultarse un manuscrito que se halla en la Dirección de Hidrografía, y es copia de otro que hay en el códice de Misceláneas de la biblioteca de San Isidro de Madrid, confrontada en 25 de Octubre de 1792 con este título:

Relacion del suceso del Patax, que se apartó con tormenta de la Armada, del qual era capitan Don Alonso de Arellano, la qual relacion hizo dicho capitan y su piloto, y la presentaron en audiencia pública de la chancilleria de Mexico, firmada por dicho capitán y el piloto, Lope Martín.

nao tenía excelentes noticias; mas los vientos le condujeron á la costa S. de Bohol, donde, sin encontrar puerto, fondeó en 15 brazas cerca de tierra. Desde aquí despachó para Butuan al patache *San Juan*, con el capitán Juan de la Isla, el factor real y el P. Fr. Martín de Rada, con encargo de que se proveyeran de la mayor cantidad posible de canela, sin causar el menor daño á sus naturales.

«Mientras se despachaba el patache, refiere el P. Concepción, el maestre de campo avisó al general que desde la almiranta se descubría una vela á sotavento, que parecía embarcación grande, y que había enviado su batel á reconocerle con cinco soldados y dos marineros; consideró el general no iba bien despachado con tan poca gente, y mandó que el mismo maestre de campo, con el capitán Goiti y bastante gente, fuesen al reconocimiento del barco avistado; era un junco de Borney (Borneo), y su tripulación de moros (malayo-mahometanos); éstos no quisieron recibir de paz á los nuestros; les acometieron con mucha pujanza. disparando tres ó cuatro tiros de artillería y varios arcabuces; pero los nuestros rindieron la embarcación, acometida por el maestre de campo; aunque los moros se defendieron animosamente, durando el combate largo tiempo, con el daño de nuestra parte de un soldado muerto y veinte heridos, hasta que muerto su capitán desmayaron todos, y dejando las armas, se escapó la mayor parte en un parao que traían por su popa, rindiéndose los pocos que quedaron en el junco; de los prisioneros, que eran siete, el uno era el piloto y el otro un factor del rey de Borney, que hablaban bien la lengua malaya; preguntóles el general por qué no habían admitido la paz á los nuestros, y así hubieran excusado el daño recibido, y

respondieron que nunca entendieron las señas, sí que les decían se rindiesen para robarles después, y así habían determinado morir primero; no les parecía haber incurrido en pena alguna, aunque hubiesen muerto á todos, creyéndolos enemigos; servía á todo de intérprete el P. Urdaneta, que entendía y hablaba el idioma malayo.» Legazpi les perdonó, y los moros, «viendo tal liberalidad, las rodillas en tierra y besándole muchas veces las manos, le dieron las gracias y le rogaron les diese una carta para su rey, por la que supiese la recibida merced, porque de otro modo nadie daría crédito á tan insólito beneficio; dióles el general la pedida carta, notándola el P. Urdaneta, y los moros se quedaron en su junco, vendiendo y rescatando mercaderías con mucha paz y sosiego.» Por ellos supo Legazpi que los borneyes traían á rescatar entre aquellos naturales (los de Butuan), cobre, estaño, platos, porcelanas, campanas, menjuí, ropas pintadas, sartenes, hierros de lanzas de buen temple, cuchillos y otras menudencias, y en cambio cargaban oro, cera, esclavos y sigais; manifestóles el general los géneros y rescates que tenía en sus navíos, y dijeron que ninguno de ellos era para estas islas á propósito, y que no acabaría de vender tantas sedas y paños ricos en diez años, lo que haría en ocho días en su reino de Borney, y también en Siam y otros reinos circunvecinos; disimuló el general, y les dijo que su rumbo era á otra parte..... Díjole el moro principal que, si se detuviese la armada, él iría á Borney y traería mercaderías más de su gusto y las trocaría por los efectos mostrados; mas Legazpi dijo que no podía detenerse; «informó también este moro que en Butuan había un grande contrato de canela, en que también había mucho oro, y de este precioso metal había bastante abundan-

cia en las demás islas; que al presente, en Butuan, *había dos juncos de Luzón*, rescatando oro, *esclavos* y cera.....»

El patache *San Juan*, á su regreso de Butuan, quince días después de su partida, confirmó las anteriores noticias, añadiendo que los pocos cambios realizados en Butuan lo fueron con los mercaderes de Luzón, quienes mostraron gran afición á las monedas de plata españolas, que los indígenas veían con indiferencia; «ofrecieron dar, á trueque de plata, hasta tres quintales de oro que tenían recogido; tratando de precios pedían seis onzas de plata por una de oro, y por peso de dos arrobas y 16 libras de cera 58 reales castellanos, y en estos precios se rescató oro y cera por los nuestros. El tesorero de S. M. preguntó á los butuanos si tenían canela de venta, y le trajeron hasta media libra muy fina;» los moros de Luzón le ofrecieron facilitarle gran cantidad á cambio de plata, si podían aguardar diez días; pero rehusaron los españoles detenerse ese plazo.

Legazpi fué el 22 de Marzo á Dapitan, cuyo régulo, Pagbuaya, lo agasajó mucho. Al cabo fondeó en Cebú el 27 de Abril, comenzando desde entonces la obra grandiosa que le había de dar por fruto la conquista é incorporación á España del hermoso Archipiélago filipino.

Hallándose en Cebú, comisionó al maestre de campo Mateo del Sauz para ir á Mindanao á comprar canela, cuyo jefe desempeñó su comisión satisfactoriamente, adquiriendo hasta cien quintales.

Tales fueron las primeras relaciones sostenidas por los españoles con los indígenas de Mindanao y Borneo, aumentándose con el transcurso del tiempo la enemiga que desde los primeros momentos se reveló en ellos.

CAPÍTULO II.

Primeros combates con los piratas malayo-mahometanos.—Derrota Goiti á una escuadrilla de éstos.—Llega á Manila el sultán de Borneo en demanda de socorro para recuperar su reino.—Expedición del gobernador de Filipinas á Borneo.—Derrota del usurpador y reconocimiento de vasallaje á España por parte del sultán y de sus súbditos.—Expedición contra Mindanao y Joló.—Nuevo destronamiento del sultán de Borneo.—Expedición para reponerlo en su trono.—Concesión de la isla de Mindanao al capitán Rodríguez de Figueroa.—Ida de éste á dicha isla.—Traición de los moros.—Muerte de Figueroa.—Sus cualidades.—Se hace cargo del mando el maestre de campo Juan de la Jara.—Conducta de éste.—Expedición de Ronquillo.—Gran derrota de los mahometanos.—Paces con éstos.—Imprudente retirada de Ronquillo.—Establecimiento de un fuerte en el puerto de la Caldera.—Ida de Ronquillo á Manila.—Sometido á un consejo es absuelto.—Ida del gobernador de la Caldera á Joló.—Es derrotado y muerto.—Abandono de la Caldera.—Terribles incursiones de los malayo-mahometanos por las costas de Visayas.—Arrojo y muerte del gobernador de Iloilo.—Expedición de Gallinato contra los joloanos.

Desde los comienzos de la dominación española en Filipinas, cuando aún el poder de Legazpi únicamente se extendía sobre una parte de las islas Visayas, principiaron los piratas malayo-mahometanos la guerra que, sin tregua ni descanso apenas, se ha prolongado hasta los momentos en que trazamos estas líneas, ó sea durante más de tres siglos.

En efecto, ya en 1569 los indígenas de Borneo y Joló, pirateando con 20 embarcaciones por las costas

de Visayas, sostuvieron un combate con el maestre de campo D. Martín de Goiti, quien desde Cebú salió á batirlos con nueve pequeños buques, logrando apresar cuatro de los bajeles enemigos y á sus tripulantes, cuyos despojos repartió á las tropas que le acompañaron en la jornada.

En 1578, gobernando las islas el Dr. D. Francisco de Sande, llegó á Manila el sultán de Borneo, Sirela, ó Malaela, según otros escritos, en demanda de auxilios para recuperar su trono, del que le había desposeído un hermano suyo, ofreciendo hacerse él y su reino tributarios del rey de España.

Sande le recibió ostentosamente y accedió á sus deseos. Hizo armar 40 embarcaciones, tripuladas por 400 españoles, 1.500 indígenas de Filipinas y 300 de Borneo, que habían permanecido fieles á su soberano. Estas fuerzas iban mandadas por los capitanes D. Esteban Rodríguez de Figueroa, D. Juan de Morones, D. Antonio Saavedra y D. Amador de Arriarán, bajo la dirección suprema de Sande, que quiso ir en persona á realizar tal empresa. Al cabo de treinta días de navegación penetró la escuadra en el río de la capital, fondeando frente al palacio del usurpador. Éste presentó á sus tropas en batalla, pero fué derrotado y huyó á los montes, con lo cual quedó Sirela repuesto en su trono. Sande tomó solemne posesión de Borneo en nombre de España, cuyo acto se hizo constar por un testimonio que obra original en el Archivo de Simancas (1578).

A consecuencia de haber apresado los joloanos una embarcación que iba de Manila á Cebú, tripulada por españoles en su mayoría, á los cuales hicieron esclavos, dispuso Sande, tan luego regresó á Manila, que saliese

una expedición contra Mindanao y Joló. El capitán Rodríguez de Figueroa, que la mandaba, no halló grande resistencia entre los mahometanos, quienes le ofrecieron sumisión y vasallaje; pero tuvo que retirarse á causa de no reunir fuerzas suficientes para guarnecer tan extensos territorios.

El hermano de Sirela, auxiliado por el capitán portugués Antonio Brito, despojó nuevamente á aquél de sus dominios en 1581. Sirela volvió á solicitar el auxilio del gobernador de Filipinas, y D. Gonzalo Ronquillo dispuso el envío de una expedición á las órdenes del capitán Gabriel de Rivera, el cual cumplió satisfactoriamente su cometido, dejando entronizado por segunda vez al soberano de Borneo.

En el año de 1596 recibió el capitán Esteban Rodríguez de Figueroa el título de gobernador de Mindanao, de cuya isla le hacía donación el Rey por dos vidas, para reducirla á su costa y gobernarla, conforme solicitara en tiempo de Das Mariñas.

Emprendió su conquista en Abril, partiendo de Otón (Iloilo) con 214 españoles, repartidos en varios buques de diferentes portes, llevando consigo al religioso de la Compañía de Jesús Juan del Campo, al lego Gaspar Gómez y á muchos indios en concepto de auxiliares. Las primeras poblaciones malayo-mahometanas que halló, llamadas Tampacan y Lumaguan, le recibieron bien por ser enemigos de los aguerridos buhayenes, incorporándosele muchos indígenas para batirse á sus órdenes contra aquéllos. Se internó después 24 millas por el río Grande de Mindanao, llegando sin dificultad hasta Buhayen, cuyo régulo, Silonga, noticioso de la llegada de los españoles, se había fortificado, resuelto á defenderse, en unión de los jefes Malaria y Bu-

hisan. Ordenó Figueroa al maestre de campo Juan de la Jara que reconociese el terreno con alguna tropa; pero no sólo desembarcó más de la necesaria, sino que se internó demasiado. Impaciente el jefe, quiso averiguar por sí la causa de su tardanza, y bajó á tierra seguido de los españoles Hernando Ballesteros y Jerónimo Alves, del P. Campo y de un criado cebuano. De pronto salió de entre unos cogonales un moro blandiendo su campilán, con el que asestó fuerte tajo á Figueroa. Este paró el golpe, y, arremetiendo con su espada, atravesó al moro de parte á parte. Volvióse Figueroa al jesuita, diciéndole: «Padre Juan, como éste todos;» pero, apenas acabó la frase, sintióse herido de muerte por el campilán de otro moro que le partió la cabeza, por no llevar puesto el yelmo. En el acto, el cebuano clavó al traidor moro su lanza, quien parece ser que era tío del sultán de Buhayen, y se llamaba Obal, mientras que Ballesteros y Alves recogían al moribundo general. Apareció entonces un grupo de mahometanos, y en la lucha que sostuvieron murió Ballesteros y quedó herido de gravedad Alves. En esto llegó la Jara con los suyos y huyeron los moros, pudiendo el malogrado jefe ser transportado á la galera, donde falleció seis horas después de recibir su herida.

Figueroa era natural de las posesiones españolas de Africa, de padres portugueses. Siendo muy joven pasó á Nueva España y de allí á Filipinas en compañía de Legazpi. Tanto por su valor, como por sus importantísimos servicios, fué premiado con dos encomiendas de á 1.000 tributos, una en Iloilo (Panay) y otra en Camarines (Luzón). Un hermano suyo, residente en Méjico, muy acaudalado, le auxilió con su peculio para la realización de sus empresas.

Antes de salir de Iloilo hizo testamento, dotando con 2.000 pesos de renta al colegio de jesuitas de Manila, y disponiendo que, caso de fallecer sus hijas, pasara la herencia al colegio de San José, cuya fundación estaba decretada.

El lego Gómez se hizo cargo del cadáver, y conducido á Manila, diósele sepultura en la capilla mayor de la Compañía como su principal protector.

La gente de Figueroa, cuyo mando asumió el maestre de campo Juan de la Jara, regresó á Tampacan y se atrincheró en este punto, á la entrada del río Grande, fundando Jara, en recuerdo de su patria, la ciudad de Murcia, para cuya defensa hizo construir un fuerte de harigues y palmas.

El nuevo jefe trató de proseguir la conquista en provecho suyo, sin reparar que, habiéndose concedido aquella isla á Figueroa por dos vidas, y héchose por su cuenta la expedición, á sus herederos correspondía continuarla (1).

Por cartas que condujo el hermano Gómez, dió cuenta Jara al gobernador de los sucesos relatados y de sus providencias ya dichas, indicándole su propósito de poblar en Tampacan, á cuyo efecto pedía algunos auxilios. Entendió el jefe superior de las islas que Jara se había excedido de sus atribuciones procediendo con independencia de su autoridad y en perjuicio de los herederos de Figueroa, y á fin de ponerle remedio, mandó al capitán Toribio de Miranda con despachos para que

(1) Para obviar esto, marchó á Iloilo y propuso á la viuda de Figueroa, Doña Ana Oseguera, se casara con él; pero rechazada su pretensión, y sujeto á un proceso por haber desaprobado su conducta el gobernador general, fué conducido á Manila, donde murió mientras se sustanciaba su causa.

se le tuviera por jefe del destacamento. Reconociendo, á la vez, la utilidad de dominar todo Mindanao, puesto que ya en Butuan, Caraga y Dapitan existían *Presidios* de españoles (1), dispuso, además, teniendo en cuenta que Rodríguez de Figueroa se había obligado á hacer por su cuenta la conquista, que la continuasen sus herederos. El tutor de éstos no se avino con tal obligación, fundándose en que la muerte de Figueroa eximía á sus hijos de semejante empresa, y el asunto fué sometido á los tribunales de justicia. En vista de ello, y para no perder tiempo, resolvió la autoridad continuar la conquista de Mindanao por cuenta del Erario público, sin perjuicio del reintegro correspondiente por parte de los herederos de Figueroa, si á ello hubiere lugar en justicia, encomendando su realización al maestre de campo D. Juan Ronquillo, bajo cuyo mando fueron 2 jefes, 5 oficiales y 400 soldados. En sustitución del padre Campo, víctima de unas calenturas malignas á los cuatro meses de su estancia en Mindanao, iba con Ronquillo el padre jesuita Juan de Sanlúcar.

Ronquillo, á su llegada, confirmó la amistad y buenas relaciones establecidas con los moradores de Tampacan y Lumaguan. Hizo luego algunas salidas al territorio de los buhayenes, sin gran éxito; pues éstos sabían defenderse con ardor favorecidos por el terreno, en exceso pantanoso, que fatigaba mucho á las tropas españolas.

La escasez de recursos, la dificultad de comunicaciones para el caso de un contratiempo, y la tenacidad de los moros que no dejaban de asediar á los españoles,

(1) Presidio, en su acepción militar, equivale á ciudad ó fortaleza que se pueden guarnecer con soldados.

poco contentos ya de la empresa, determinaron el que Ronquillo expusiera á Manila su crítica situación y la conveniencia de retirarse del río de Mindanao, estableciendo una fortaleza en un puerto próximo; y pedía licencia para regresar á la capital con el resto de la expedición, una vez aquella fortaleza en estado de defensa.

El régulo de Mindanao, Buhisan, no considerándose bastante fuerte desde la llegada de Ronquillo, marchó á Ternate en demanda de socorros. Facilitáronle sus aliados siete embarcaciones de las llamadas *joangas* (1), bien artilladas, y sobre 600 hombres. Sorprendidos á su regreso en la bahía Illana por el sargento mayor García Guerrero, que mandaba dos galeras, entablóse entre ambas escuadrillas un formidable combate, pereciendo acuchillados los 600 auxiliares de Buhisan; éste logró salvarse á nado. Nuestros soldados, en número de 116, iban dirigidos por los capitanes González de Arellano, Cristóbal de Villagra y Alonso de la Palma, quienes se condujeron en esta jornada con admirable arrojo.

Los buhayenes, afectados por su derrota, solicitaron paces, siéndoles otorgadas.

Pidieron también volver á la amistad de los tampacanes; y para demostrar su buena fe, convínose el casamiento del régulo de Buhayen, Silonga, con la hija de Dongonlibor, régulo de Tampacan. Con esto cesó la guerra; hubo abundancia de bastimentos, y los españoles andaban libremente por el territorio de Buhayen, sin ser molestados en lo más mínimo de los moros. En vista del diferente aspecto que presentaban los sucesos

(1) Buques con 20 á 24 bogas, provistos de cubierta y armados con algunos pinzotes.

de Mindanao, Ronquillo participó al gobernador las novedades habidas, pidiéndole órdenes.

A tal punto llegó el ascendiente de las fuerzas españolas, que los joloanos, cuya isla pertenecía en encomienda á D. Pedro de Oseguera, acudieron á pagar á su hijo y sucesor del mismo nombre el ligero tributo que les adeudaban.

Cuando llegó á Manila el apremiante despacho de Ronquillo en súplica de autorización para retirarse del río de Mindanao, contestó el gobernador que si era de todo punto imposible sujetar la tierra y seguir la campaña con provecho, la abandonasen, después de un supremo esfuerzo por vencer á los moros. Le prevenía que en aquel caso quemara el fuerte y población de los españoles, trasladándose con todas sus tropas y buques á la Caldera, donde debería dejar un presidio y fortaleza con la artillería, bastimentos y embarcaciones necesarias; y que hiciese entender á los aliados tampacanes que en breve volverían los españoles con mayores fuerzas, pudiendo, hecho esto, regresar á Manila.

Ronquillo, tan luego recibió esta comunicación, en vez de aguardar las nuevas órdenes que seguramente habían de serle comunicadas, con vista de su segundo despacho, y de sacar partido de su ventajosa situación, esperando las felices consecuencias de la reducción de los mindanaos, quienes se sometieron tan decididamente que los principales dattos daban sus hijas en matrimonio á nuestros soldados, se contentó con lo hecho y, escudado por la autorización de abandonar la isla, fortificándose en otro punto que como resolución á su primer consulta dió el gobernador general, convocó á los régulos de Buhayen, Tampacan y Lumaguan, noticiándoles que en cumplimiento de órdenes superiores regre-

saba con sus tropas á Manila. Produjo tan inesperada novedad disimulado gozo á los primeros y hondo pesar á los últimos, que amargamente se lamentaban del abandono de los españoles, puesto que ahora menos que nunca perdonarían los buhayenes el haber tenido que transigir con ellos, siendo segura su venganza.

Consoló Ronquillo á los fieles aliados diciéndoles que en el puerto de la Caldera quedaban tropas españolas prontas á defenderlos en el caso nada probable, por las paces ajustadas y buena armonía existente, de que sus temores se realizaran, y que además pronto irían socorros de Manila (1).

Las tropas quemaron el fuerte y la población española de Tampacan, y salieron del río Grande de Mindanao, procediendo al levantamiento de un fuerte en el puerto de la Caldera, á dos kilómetros y medio de Zamboanga.

Muchos tampacanes amigos ó deudos de los españoles, por virtud de los casamientos antes referidos, fueron en su compañía al nuevo establecimiento, renunciando á su patria y á los intereses que en ella dejaban.

En esto llegó la resolución del gobernador de Fili-

(1) "Pero la razón que los había de detener para no dejar perdido lo que tanto había costado, y en condiciones de guerra lo que aseguraba la paz, los apresuró á su riesgo, dándoles á entender los engañosos y afeminados deseos de las comodidades con que les brindaba la viciosa Manila que ya quedaba asegurado todo, y que no podian minorar sus atrevimientos contra la paz, temerosos y abatidos de nuestras armas. Como si en bárbaros se hubiera de hallar más fe de la que les persuaden sus conveniencias, ni más negación que la que mantiene el temor ó ejecuta la fuerza." (*Historia de las islas de Mindanao, Joló y sus adyacentes*, por el P. Francisco Combes, de la Compañía de Jesús.—Madrid, año de 1667, lib. II, pág. 83.)

pinas al segundo despacho de Ronquillo, previniéndole que bajo ningún concepto diera cumplimiento á su anterior providencia y que permaneciera en Mindanao, para donde en breve saldrían todo género de socorros, no mandándolos desde luego con el fin de que estas órdenes llegaran á su poder cuanto antes.

Ronquillo contestó manifestando que ya se hallaba en la Caldera y que era imposible su vuelta á las poblaciones del río Grande. Y sin aguardar más, encomendó el mando del fuerte al capitán Juan Pacho, dejándole 100 soldados, embarcaciones y alguna artillería y bastimentos, y regresó á Manila, determinación inconveniente á que deben atribuirse las guerras infinitas que después ha habido para recuperar aquel punto, cuyo abandono fué un error lamentable y más bien una felonía indigna, por el egoista deseo de volver á Manila.

Ronquillo se detuvo en Otón, y así que el gobernador supo su mal comportamiento, lo mandó prender en el camino, sujetándole á un consejo de guerra; pero él se defendió con una carta particular que el gobernador acompañaba á su primer despacho, diciéndole que en todo caso se fuese á Manila con la gente, porque la había de menester para otras necesidades de las islas, á lo cual achacaba su determinación. Con esto se le dejó libre.

El nuevo gobernador de la Caldera, deseoso de renombre, cometió la imprudencia de dirigirse á Joló, con ánimo de realizar su conquista, para lo cual no disponía de fuerzas bastantes. Los moros, recobrados de su pasajero temor ante la salida de los españoles de Mindanao, se aprestaron á la lucha con fortuna tal, que, sobreviniendo un fortísimo aguacero, mojó la pólvora é inutilizó los arcabuces, dejando á sus contrarios en situación apuradísima. Los joloanos hicieron en los nuestros

sangrienta carnicería. Pacho, víctima de su arrojo, quedó hecho trizas sobre la arena. Las consecuencias de esta derrota fueron, como no podía por menos, muy sensibles. A la muerte de Pacho tomó el mando de la Caldera el capitán Villagra (1598). Escasas eran las fuerzas que guarnecían la fortaleza y más escasos aún los bastimentos, por lo cual pidió socorros á Manila ó la autorización para abandonar el fuerte.

Gobernaba á la sazón las islas D. Francisco Tello de Guzmán, natural de Sevilla, caballero del hábito de Santiago y tesorero de la contratación de Indias, quien llegó á Manila el 1.° de Junio de 1596. Consultó el caso con la Audiencia, y no obstante el parecer de ésta, favorable al envío de socorros y á la conservación del fuerte, dió orden de que lo demoliesen y regresara su guarnición á Manila, cuya orden fué en seguida cumplimentada. Los naturales de Buhayen, Mindanao, Joló y aun los *tampacanes*, tan partidarios de los españoles, al ver el abandono del fuerte, se confederaron, poniéndose bajo las órdenes de los caudillos moros Silonga y Sali, y reuniendo 50 caracoas, tripuladas por unos 3.000 hombres perfectamente armados, invadieron por el mes de Julio de 1599 las costas de Cebú, Negros y Panay, cometiendo todo género de atropellos y muertes y cautivando 800 personas. Las autoridades y los indios, aterrados, huyeron á los montes, de donde costó mucho trabajo hacer salir á éstos, á causa de que una anciana agorera ó sacerdotisa, llamada Dupungay, les predijo que los españoles estaban de acuerdo con los moros para su completo exterminio. Los moros regresaron á su país cargados de botín y de cautivos.

Esta invasión pirática repitióse al siguiente año en mayor escala, pues se hace subir á 8.000 hombres los

que la componían, repartidos en 70 embarcaciones, yendo á caer sobre la villa de Arévalo (Iloilo), creada por Ronquillo. El alcalde mayor, D. Juan García de Sierra, hizo reunir á todos los españoles de dicha provincia, que ascendían á 70, y á 1.000 indios flecheros, y fortificáronse en un fuerte. Llegan los moros, desembarcan y se empeña tremenda lucha, en que á la postre salen éstos vencidos, teniendo que retirarse con pérdidas considerables. El alcalde mayor, Sierra, con ánimo denodado, salió en persecución de los piratas; pero avanzó más de lo conveniente, los enemigos lo cercaron, y pagó con la vida su ardimiento.

En vista de tan horribles atentados, dispuso Tello la salida de una expedición al mando de Juan Juárez Gallinato, quien en Febrero de 1602 llegó á Joló, seguido de 200 españoles. Se batieron bizarramente, causando á los moros bastantes pérdidas, pero sin lograr posesionarse de sus fuertes. La escasez de recursos les hizo volver á Manila, con lo cual cobraron los joloanos mayores bríos, que á poco se tradujeron en nuevas excursiones piráticas.

CAPÍTULO III.

Gobierno de Bravo de Acuña.—Ida del gobernador á Visayas.—Excursiones de los piratas moros.—Sus depredaciones.—Sale contra ellos el capitán Gaspar Pérez.—Su poca actividad.—Peligro de Acuña.—Halla á Pérez y le ordena persiga á los piratas.—Logra éste destruir algunos de sus buques.—Brillante hecho de armas del capitán Travelo.—Diversas expediciones contra Mindanao, Joló y Basilan.—Embajada de Silonga.—Proposiciones del gobernador.—Exigencias de Buhisan.—Nuevo enviado de Buhayen.—Procura Acuña dar largas al asunto con motivo de su expedición á las Molucas.—Mando de D. Juan de Silva.—Ida del capitán Vega á Visayas y Caraga en persecución de moros.—Hostilidades de los holandeses contra Filipinas.—Los malayo-mahometanos tratan de aliarse con aquéllos.—Victoria del capitán Flores sobre una armadilla joloana.—Salen contra estos piratas fuerzas marítimas de Cebú y de Cavite.—Nuevas depredaciones de los joloanos—Destruyen los astilleros de Cavite y Camarines.—Cautiverios que realizan.—Establecimiento de una armadilla de joangas en Iloilo.

En Mayo de 1602 se hizo cargo del mando superior de Filipinas D. Pedro Bravo de Acuña, caballero del hábito de San Juan, y gobernador que había sido de Cartagena de Indias.

Deseoso Acuña de refrenar la osadía de los piratas, salió en persona á visitar los *Presidios de Pintados*, yendo á la provincia de Iloilo, tan castigada por los moros. Llevó consigo 100 soldados españoles y algunos capitanes valerosos, en una galera y cinco fragatas, dejando ordenada, á su salida de las Visayas, la construcción de una fortaleza en Iloilo y otra en la villa de Arévalo.

Los moros, ensoberbecidos con sus triunfos, armaron en las costas de Mindanao 48 caracoas de gran porte y otras muchas embarcaciones pequeñas, con cuya escuadra salieron á piratear, infiriendo daños sin cuento por todas partes, dirigidos personalmente por el régulo moro Buhisan. Un buque que iba de Cebú á Manila cayó en su poder, y en él apresaron á una española, 10 españoles y al capitán D. Martín de Mendía. En Dulac prendieron á su misionero Fr. Melchor Hurtado, quien permaneció cautivo en Mindanao cerca de un año. En Calibaya, pueblo situado á 125 kilómetros de Manila, quemaron el convento é iglesia de los padres franciscanos, y por poco apresan al religioso de dicha orden, Fr. Pedro Matías, recién electo provincial, que en la actualidad practicaba su primera visita (1). Hicieron muchos cautivos, apoderándose de cuantos objetos de valor había en las viviendas de los indios, y hasta se llevaron las campanas de las iglesias. Fueron en seguida á Balayán; pero, rechazados de ese punto, se trasladaron á Mindoro, distante 33 millas de aquel lugar y 60 de Manila. Incendiaron el pueblo; hicieron muchas muertes; saquearon la iglesia y prendieron al canónigo Corral, que accidentalmente desempeñaba la administración de aquel curato, cautivando multitud de personas de todos sexos y edades. El capitán Mendía ofreció á los moros un fuerte rescate por los principales cautivos si le permitían ir á Manila. Accedieron á ello bajo ciertas condiciones; mas así que llegó á Manila, ordenó el gobernador interino, D. Antonio de Rivero, que saliera el capitán Gaspar Pérez, alcalde de Balayán, en busca de los piratas, pero no lo verificó con la necesaria brevedad

(1) Este religioso fué después obispo de Camarines.

y cuando llegó á Mindoro hacía una semana que habían partido los piratas, cargados de despojos, prosiguiendo en su seguimiento, aunque sin darse gran prisa. Los moros se internaron en una isla despoblada, á hacer leña y agua.

El gobernador general, á su vuelta de Visayas, pasó muy cerca de esta isla, con grave riesgo de ser preso, si los moros lo hubiesen descubrierto y atacado, porque llevaba fuerzas muy inferiores á las de aquéllos. Por un buque de indios que iba huyendo de los piratas, supo que los moros estaban en la expresada isla, y como halló al capitán Pérez, que regresaba á Manila, le ordenó continuara la persecución de los mindanaos, dándole alguna gente, para que supiera dónde quedaban.

Al avistar los centinelas de los piratas al enemigo, abandonaron su refugio, arrojando al mar algunos efectos y hasta esclavos, para huir con más celeridad. Por la pesadez de los buques españoles, sólo pudo dicho capitán dar alcance á varias caracoas de aquéllos, con quienes sostuvo un corto combate, en que murieron muchos mindanaos, echándoles á pique cinco de sus barcos y cogiéndoles dos, pero no dió caza á los demás y regresó á la capital.

Las fuerzas disponibles eran insuficientes para la eficaz persecución de los moros, por cuyo motivo se accedió sin dificultad á la petición del capitán Travelo de armar á su costa 50 españoles y 100 indios. Con esta gente fué á caer sobre Marapón, á donde los piratas estaban repartiéndose el botín, y logró dar muerte á unos 200, apresando á 90.

A pesar de tan repetidas expediciones contra Mindanao, Joló y Basilan, en las cuales sufrieron los piratas pérdidas de embarcaciones, no por esto se conseguía

tenerlos á raya, ni tampoco evitar los males horribles que causaban á los pueblos de las provincias pertenecientes á España, pues sus moradores, aterrados, huían á los montes al tener noticia de la proximidad de los piratas, no obstante los esfuerzos de los frailes, quienes daban á sus feligreses el ejemplo de la resistencia, siendo los primeros en empuñar las armas, único medio de que los indios se sobrepusieran al pánico terrible que los moros les inspiraban.

Temeroso Silonga de las represalias de los españoles, con motivo de las piraterías realizadas, envió á uno de sus principales dignatarios en compañía del alférez Cristóbal Gómez Miño, su cautivo, á negociar un convenio de paz y amistad con el gobierno de Filipinas. No desconocía Acuña la falacia de los malayo-mahometanos; pero disimuló, y agasajando al enviado, le despachó con cartas para el régulo de Buhayen. Recibió éste á los embajadores con mucho aparato, mostrando vivo placer al serle entregados los pliegos del gobernador general. Acuña, en su carta, decía á Silonga que mantuviese su territorio por España, sin ofender á la gente de la isla ni á las otras del gobierno de Castilla, y aceptaba la amistad y sumisión al Rey ofrecida por los moros. Prevenía á éstos que depusieran las armas, que se abstuviesen de más guerras, y que cambiasen sus cautivos cristianos por los prisioneros moros que remaban en las galeras españolas, aconsejando á Silonga despidiese á los indígenas de Ternate y que le ayudara con su gente y embarcaciones en la conquista de las Molucas; pretensiones todas perfectamente irrealizables, porque además de no ser prácticas, en todo pensaban los moros menos en cumplirlas.

Exigió Buhisan por el rescate del P. Hurtado un

falconete que perdiera en las contiendas anteriores, y que tenía en gran estima, ó que en su defecto se le abonasen 400 taeles de oro. Mantuvo en rehenes cuatro españoles, yendo á Manila el P. Hurtado, el alférez Gómez y algunos cautivos visayas, en unión de un hermano del príncipe de Talayan, llamado Nalungman, portador de los cálices y ornamentos que los piratas habían cogido en las iglesias de los pueblos saqueados, y de dos regalos, uno para el gobernador general y otro para el arzobispo.

Estaba Acuña sumamente preocupado con los preparativos de su expedición á las Molucas, y deseando ganar tiempo y entretener á los moros, encargó al P. Hurtado volviese á su cautiverio, con carácter de embajador y nuevas cartas, como lo hizo en Abril de 1605. El padre misionero permaneció entre los moros, muy bien atendido por Silonga, hasta que Acuña regresó victorioso de Molucas y alcanzó aquel religioso en definitiva su libertad.

En Abril de 1609 tomó posesión del alto empleo de gobernador general de Filipinas el Sr. D. Juan de Silva, caballero del hábito de Santiago y distinguido oficial de los tercios de Flandes, de donde llevó á Manila cinco compañías de soldados bizarros.

Como hombre ducho en las lides de la guerra, dedicó desde los primeros momentos atención preferente á la represión de la piratería, no concreta en su tiempo á los malayo-mahometanos, sino agravada por la presencia en aquellos mares de corsarios holandeses.

Por orden de Silva salió el capitán D. Juan de la Vega con 18 caracoas, tres fragatas y otras embarcaciones menores á recorrer las provincias de Iloilo, Cebú y Leyte, con el fin de ahuyentar de sus costas á los pi-

ratas mindanaos. Pasó después á Caraga, cuyos indígenas venían molestando también á las provincias de Visayas con sus excursiones piráticas. Sujetó á aquellos belicosos indios, y, para tenerlos á raya, hizo edificar la fortaleza de Tandag, que aún existe, donde dejó cañones y una guarnición de soldados (1609).

En Setiembre de 1616, el almirante holandés J. Spielberg, con diez navíos de gran porte, bombardeó á Iloilo, siendo rechazado, al verificar el desembarco, por el heróico gobernador de la provincia D. Diego de Quiñones, que los hizo reembarcarse con pérdida de 87 muertos y 100 heridos.

Al amparo de los holandeses, y solicitados por éstos, acudió á la parte O. una escuadrilla de 24 piraguas tripulada por joloanos. El capitán Lázaro Flores, que salió á su encuentro por orden de Quiñones, los halló en Punta Potol, puso á los moros en dispersión, echando á pique 6 piraguas y rescatando 40 cautivos.

Otra armadilla salió de Cebú: sorprendió á 8 caracoas piratas en el estrecho de Tanhay, entre aquella isla y la de Negros. Dos quedaron destruídas, y las demás huyeron á toda prisa imposibilitando el darles caza.

También de Cavite, á cuyas aguas llegaron algunos buques de Joló y Mindanao con el fin de reunirse á los holandeses, salieron dos galeras y fracasó el intento, con pérdida de embarcaciones piratas.

Prevalidos de la impunidad en que se les dejaba, por causa de distraer los holandeses las fuerzas marítimas del Archipiélago, cometieron los joloanos, por esta época, depredaciones sin cuento. En Octubre de dicho año su osadía llegó á tal punto, que incendiaron los astilleros situados en las inmediaciones de Cavite, destruyendo además el de Pantao, en Camarines, á pesar de

estar guarnecido y artillado. Quemaron 3 buques y las dependencias de la maestranza, cuyas pérdidas se valuaron en un millón de pesos; mataron á los capitanes Arias Girón y Juan Pimentel, é hicieron muchos cautivos, contándose entre ellos los religiosos franciscanos Fr. Domingo de los Mártires y Fr. Alonso de la Soledad, cuyo rescate les valió crecidas sumas.

A consecuencia de tan vandálico atentado, se dispuso la construcción de una armadilla de *joangas,* estacionándola en Iloilo.

CAPÍTULO IV.

Gobierno de D. Fernando de Silva.—Los piratas camucones.—Sus fechorías.—Sale contra ellos la armadilla de Iloilo.—Gobierno de Niño de Tabora.—Expediciones á Joló de Lugo y Olaso.—Embajada del sultán de Mindanao.—Correrías de los moros por Visayas.—Expedición de Tousiño á Joló.—Rebelión de los caragas.—Sus tropelías y su castigo.—Interinidad de Cerezo de Salamanca.—Osadía de los piratas de Mindanao y Joló.—Sus depredaciones por Luzón y Visayas.—Quejas de los religiosos.—Establecimiento de un presidio en Zamboanga.—Oposición que motiva.—Esfuerzos de los jesuitas en su favor.—Expedicíón del capitán Chaves para establecerlo.—Gobierno de Hurtado de Corcuera.—Intrigas en contra del presidio de Zamboanga.—Triunfo de los jesuitas.—Vandálicas correrías de los moros por Calamianes, Mindoro y otros puntos.—Brillante victoria de los españoles contra ellos en Punta de Flechas.—Correrías de los camucones.—Sus vicisitudes.

En Junio de 1625 entró á ejercer el gobierno de Filipinas D. Fernando de Silva, nombrado con el carácter de interino por el marqués de Cerralbo, virrey de Nueva España. Era Silva caballero del hábito de Santiago y había sido embajador de España en Persia.

El 9 de Noviembre del mismo año fué saqueado el pueblo de Catbalogan, capital de la provincia de Samar, por unos crueles piratas llamados *camucones*, habitantes de las islas próximas á Borneo. Lleváronse infinidad de objetos de las iglesias y de las casas, y á más 40 personas cautivas, después de dar muerte á 20 entre ancianos, mujeres y niños. Iguales violencias cometieron en

otros pueblos, y á su regreso apresaron, cerca de la isla de Marinduque, á un barco en que iba de pasajero el padre jesuita Juan de las Misas, al que despedazaron, llevándose el cráneo como trofeo.

La armadilla de Iloilo y algunos esforzados indígenas del pueblo de Otón, de dicha provincia, salieron con sus *barotos* en persecución de los *camucones*, yendo hasta sus propias madrigueras. Incendiaron un pueblo y redujeron á prisión al *pandita* (sacerdote) de su secta, con sus 6 mujeres y un sin número de hijos.

En Junio de 1626 fué sustituído Silva por el electo gobernador en propiedad D. Juan Niño de Tabora, caballero del hábito de Calatrava y comendador de Puertollano, el cual llevó á Manila 600 hombres de guerra, procedentes del ejército de Flandes.

El alcalde de Cebú, D. Cristóbal de Lugo, hizo en 1627 una excursión á Joló, al frente de 100 españoles y 1.000 indios. Desembarcados en las inmediaciones de aquel puerto, y vadeando un río con el agua hasta la cintura, se apoderaron en la capital de armas, pólvora, azufre y del estandarte real; destruyó varios sepulcros y entre ellos el del sultán, que era magnífico; incendiaron sobre 60 joangas, el caserío y las sementeras de arroz, y dieron libertad á muchos cautivos, no sin que en la defensa dejara de haber muertos y prisioneros de parte de los joloanos, sobrecogidos por tan rudo ataque.

Además apresaron sobre 100 embarcaciones, y lo mismo hicieron en Basilan, cuyos insulares, capitaneanos por su régulo Sapay, auxiliaban en sus correrías á los joloanos. Estos, sin embargo, repitieron sus ataques, y el maestre de campo D. Lorenzo de Olaso, por orden del gobernador general de las islas, salió en 1628 para

Joló, al frente de 350 españoles y 2.000 indios, distribuídos en 70 embarcaciones. Llevaba el mandato de apoderarse de Joló. Verificado el desembarco, cubriéronse las playas de innumerable multitud de moros, que defendían valerosamente el terreno. Los españoles atacaban con impetuosidad, haciendo replegarse á los joloanos, en cuyo seguimiento llegaron hasta el pie de sus fortificaciones. Olaso, con valor temerario, se adelantó al asalto; pero cercado de gran número de moros, cayó herido, malográndose así el éxito de la expedición. Sus tropas desistieron del asalto, reembarcándose con los heridos. Recorrieron las costas vecinas, donde dieron muerte á unos 40 moros y libertaron á algunos cautivos. Olaso, ya restablecido, celebró un tratado de paz con el régulo de Mindanao y regresó á Manila. Esta expedición, como se ve, fué de escasos resultados.

En 1627 el sultán de Mindanao, Corralat, mandó una embajada á Manila, muy importante, y que no se utilizó, ofreciendo sitio en sus dominios donde poder fundar un presidio ó fortaleza y guarnición, autorizando predicar la ley cristiana, y á sus vasallos el que se bautizasen siempre que en ello no se les hiciere violencia.

En el citado año de 1629 los insolentes joloanos y camucones infestaron las Visayas con sus correrías. En Capul, en Palapag y en todo Samar, en Paranas (Leyte), Baclayon, Dagami y otros puntos, sus atropellos fueron horribles. Huyeron los indios al monte con los religiosos, algunos de los cuales iban revestidos, por hallarse diciendo misa, abandonando al saco de los moros, cálices, patenas, ornamentos y cuanto en sus iglesias había (1).

(1) P. Murillo Velarde: *Historia de la provincia de Filipinas*, 1749.

Capitaneaba á los moros el datto Achén. Este afamado pirata prendió en Calamianes al fraile recoleto Fr. Juan de San Antonio, teniéndolo cuatro años cautivo en Joló, donde murió. Al religioso de la misma orden Fr. Francisco de Santa Mónica, párroco de Divait, atravesaron con sus lanzas, hallándose en el coro.

Obtenido rico botín de esta expedición, regresaron los crueles piratas á sus islas.

En 1630 partió otra expedición contra Joló, dirigida por el sargento mayor D. Pedro Tousiño, cabo de Dapitan, destruyendo á los moros 7 grandes joangas y 33 embarcaciones menores. A su paso por Zamboanga y Basilan, fué bien recibido.

Hacia 1629 principió á encenderse el espíritu de la rebelión entre los indígenas de Caraga. Era jefe de la fuerza de Tandag el capitán D. Pedro Bautista, quien con su poco tacto dió lugar á quejas por parte de los indios. Explotó sagazmente este descontento el sultán de Mindanao, Cachil Corralat, y en la primera ocasión manifestóse el efecto de sus intrigas.

El 4 de Julio de 1631 salió Bautista de la Fuerza con diez embarcaciones tripuladas por los indios más caracterizados de la localidad, con sus servidores, yendo por jefe de cada una de aquéllas un soldado español. Llegados á Bapangao hicieron 16 cautivos, de los cuales puso siete en libertad uno de los jefes indios llamado Dumblag. Quiso castigarlo el capitán, se le rebeló aquél, lo puso en prisión y le formó proceso. Valintos, pariente de Dumblag, en venganza, mató por sorpresa al capitán, y los parciales del asesino alancearon á los españoles que estaban desprevenidos, sin perdonar al padre agustino, Fr. Jacinto de Jesús María, que les acompañaba. La insurrección se hizo general, capita-

neada por el temido cacique Mangabo. En el pueblo de Tandag dieron muerte á los PP. Alonso de San José y Fr. Juan de Santo Tomás, quemando su morada después de saquearla. Mataron también al religioso del pueblo de Surigao, y en el de Bacuag á tres españoles, capitulando con el P. Fr. Lorenzo de San Facundo y un lego que les hicieron frente. Conducidos el religioso y el lego á presencia de Mangabo, éste se opuso á que fueran alanceados como querían los indios, y permitió al P. Lorenzo que pasara á curarse al fuerte español, con el sagaz intento de que se le tuviera en cuenta su generosidad, si las alternativas de la guerra le eran adversas.

Valintos fué á Butuan con cartas de Corralat en que aconsejaba la insurrección; pero los indígenas de este leal pueblo se negaron á secundar sus planes.

Los españoles encerrados en el fuerte de Tandag noticiaron á Cebú lo ocurrido, pidiendo auxilios. Llevóselos el capitán D. Juan de Chaves; mas no atreviéndose á tomar la ofensiva por considerarlos insuficientes, entretuvo á los sublevados con negociaciones de paz. Llegó en esto mayor socorro de Manila, y se procedió al castigo de los motores del levantamiento, siendo indultado Mangabo, por intercesión de los religiosos, lográndose en breve la pacificación de la comarca.

El virrey de Nueva España proveyó interinamente el gobierno de Filipinas en D. Juan Cerezo de Salamanca, quien se hizo cargo de su destino á mediados de 1633.

Su mando fué en un principio pacífico; pero en 1634 la osadía de los piratas malayo-mahometanos de Mindanao y Joló llegó hasta el punto de saquear la cabece-

ra de Tayabas (Luzón), cuyo alcalde mayor prendieron, matando á varios religiosos y á muchos indígenas. Mayores vejaciones cometieron aún en Visayas. En la isla de Leyte robaron y quemaron los pueblos de Sogod, Cabalian, Canamucan, Ormoc y Baybay, pereciendo muchos indios en la defensa de sus pueblos. En Ormoc sufrió cruel muerte el padre jesuita Juan del Carpio, cuyo cadáver mutilaron horriblemente (3 de Diciembre). Concurrieron al asalto de este pueblo 18 caracoas con más de 1.500 moros, yendo otras cuatro á Baybay, donde también causaron grandes daños, así como en Malabohoc é Inabangan (Cebú).

Para contenerlos un tanto salió de Iloilo un champan bien artillado, el cual dió caza á dos caracoas piratas.

Con las tropelías de los moros, el temor y la alarma en Visayas era extraordinaria. Representaron contra semejante estado de cosas todos los religiosos de los pueblos amenazados, distinguiéndose principalmente los jesuitas, y entre éstos los PP. Pedro Gutiérrez y Diego Patiño; y conociendo el gobernador general la necesidad de vigilar de cerca á los atrevidos piratas, decretó el establecimiento de un presidio y fortaleza en Zamboanga, y que para ayuda de gastos contribuyera cada tributo de Visayas con una ganta de arroz (1).

Este acuerdo fué muy combatido por parte de las comunidades de regulares, celosas de la preponderancia que los padres de la Compañía de Jesús iba adquiriendo en las islas. A pesar de ello y del parecer contrario de las personas más caracterizadas de Manila, el goberna-

(1) Esta contribución se hizo extensiva después á todas las provincias con el título de «donativo de Zamboanga.»

dor general encomendó la ejecución de aquella medida al capitán Juan de Chaves, quien se trasladó á Mindanao desde Cebú á últimos de Marzo de 1635 con 300 españoles y 1.000 indios de Visayas. El 6 de Abril siguiente llegaron á Zamboanga. Dispuso Chaves que el capitán Diego Morales de Becerra, seguido de su compañía, reconociera la playa y pueblos de los moros, y así lo hizo, quemando sus casas y desalojándolos de los puntos que ocupaban. El 23 de Junio se comenzó á edificar una fortaleza, bajo la dirección y con arreglo á los planos levantados por el inteligente padre jesuita Melchor de Vera. Concluyóse la obra con brevedad suma, sin omitir ninguna de las reglas del arte. Para dotarla de agua, abrieron una zanja desde un río distante, cuyo canal fertiliza extensa campiña, pasa inmediata á la fortaleza y desagua en el mar.

El 25 de Junio del citado año 1635 tomó posesión del gobierno general de Filipinas D. Sebastián Hurtado de Corcuera, natural de las montañas de Burgos, caballero del hábito de Alcántara y ex-gobernador de Panamá.

Los enemigos de la fundación del presidio de Zamboanga se apresuraron á ponderar al nuevo gobernador los inconvenientes y perjuicios de su sostenimiento, á fin de que decretara su abandono; pero los jesuitas, que ejercían gran ascendiente sobre Hurtado de Corcuera, lograron una completa victoria, y el presidio subsistió, con gran disgusto de los impugnadores, resentidos al ver la jactancia de los jesuitas por su ensalzado triunfo.

Mientras la capital de Filipinas ardía en guerras intestinas y los jesuitas pleiteaban contra el Arzobispo, apoyados por el gobernador, haciéndose horrible guerra frailes, jesuitas y clérigos, los piratas malayo-maho-

metanos asolaban las provincias limítrofes á sus islas bajo las órdenes del feroz Tagal, hermano del sultán de Mindanao. En Cuyo prendieron al corregidor Don Diego de Alabes y al religioso Fr. Francisco de Jesús María, después de saquear el pueblo y profanar los cálices en la misma iglesia; en Culiong aconteció otro tanto, apoderándose de su ministro Fr. Alonso de San Agustín, y por las inmediaciones de dicha isla prendieron al P. Fr. Juan de San Nicolás, que en vano trató de ocultarse.

Pasó Tagal á Mindoro, y hubo en varios pueblos los consiguientes robos y cautiverios. En esta isla dejó á D. Diego de Alabes con objeto de que buscara en Manila el importe del rescate suyo y de los tres religiosos recoletos, á razón de 2.000 pesos y 30 taeles de oro por cada persona. A poco de llegar á la capital murió Alabes de resultas del susto y de los trabajos sufridos.

Llenas las embarcaciones piratas de despojos, y teniendo á su bordo sobre 650 cautivos, resolvieron los moros regresar á sus madrigueras satisfechos de las terribles hazañas realizadas.

Un *lútao* (1), llamado Iba, enteró al gobernador del presidio de Zamboanga, D. Bartolomé Díaz Barrera, de que Tagal volvía de su referida excursión con abundante botín. Barrera dispuso que el sargento mayor, D. Nicolás González, saliera con el capitán Sebastián de Catzelú y seis caracoas para cortar la retirada á los

(1) *Lútao*: *hombre flotante*. Los moros habitan á orillas de los ríos y lagunas ó en las costas, en casas levantadas sobre pilotes enclavados dentro del agua. Son excelentes nadadores: el mar parece su propio elemento.

Los lútaos establecidos en Zamboanga descendían de moros.

moros, llevando por piloto á Iba. Éste los condujo al sitio conocido por Punta de Flechas, hacia la costa S. de Mindanao, 120 millas de Zamboanga. «Creen los moros que en este lugar reside una gran deidad de la guerra, que tiene por grato sacrificio que le ofrezcan flechas, y ésta es la causa que al salir armada y al volver reconocen esta punta disparando muchas flechas en honra del Divata ó ídolo que allí adoran» (1). Los piratas fueron á practicar su supersticiosa ceremonia en demanda de permiso al genio del mal que allí habita. Sorprendidos á su llegada, embistiéronse cristianos y moros con el ardor propio de encarnizados enemigos, y al cabo de un largo combate, amarrados barco con barco, logró el mayor González dar muerte á Tagal, apresando el buque de su mando y cuatro caracoas más. Recuperó las alhajas, ornamentos de iglesia y demás despojos del saqueo, y halló 6.000 pesos en la papelera del caudillo pirata. Murieron en la refriega 300 moros, entre ellos un hermano de Tagal. Otros 300 quedaron prisioneros, y dió libertad á 132 infelices cautivos. Igual número perdieron la vida, durante la acción, por las balas de los nuestros. La caracoa en que llevaban maniatados dos frailes recoletos y multitud de cautivos, huyó sin que pudiera ser alcanzada.

El P. de Cuyo, que iba en la capitana de Tagal, fué herido por las balas de los españoles, y de resultas de sus heridas murió en brazos del mayor González.

En el expresado año de 1636 los camucones cautivaron en Ibabao más de 100 personas.

(1) Carta del P. Alejandro López, rector del Colegio de la Compañía de Jesús, de Cavite, dirigida á los PP. Diego de Bobadilla y Simón Costa, procuradores de la provincia de Filipinas, á la sazón en camino para Roma. Fechada en Cavite á 15 de Setiembre de 1637.

Perseguidos por el capitán Mena, á quien acompañaban seis frailes franciscanos, vararon en Capul siete caracoas, recobrando la libertad muchos cautivos, con muerte de varios camucones. Otra escuadrilla de estos piratas cautivó en Bagahun bastantes indios.

Alcanzados en aguas de Cebú, sufrieron algunas bajas.

En Panay arrojó un temporal tres caracoas á la costa, quedando prisioneros los piratas que salvaron del mar. En Calamianes se les cogieron dos caracoas, con 20 cautivos. Ya próximos á Borneo, lucharon con 30 caracoas de joloanos, enemigos suyos á la sazón, cogiéndoles éstos sus 15 buques, en que iban 150 camucones y 100 indígenas filipinos.

En Zamboanga desembarcaron á los filipinos cautivos mediante un módico rescate (1).

(1) Carta del P. Alejandro López.

CAPÍTULO V.

Alarma del Gobierno por la incesante guerra de los piratas moros.—Resuelve Hurtado de Corcuera la conquista de Mindanao y Joló.—Parte para Zamboanga.—Su religiosidad durante la navegación.—Aprestos militares en Zamboanga.—Sale contra el sultán de Mindanao Corralat.—Supersticiones y exorcismos en Punta de Flechas.—Descubre á Lamitan, corte de Corralat.—Desembarco del general y parte de sus tropas.—Rápida marcha.—Escasa defensa de los mindanaos.—Su huída.—Toma de Lamitan.—Refúgianse los moros en un alto cerro fortificado.—Ordena el general un reconocimiento.—Insuperable dificultad del terreno.—Ataque de la vanguardia.—Notable defensa de los mahometanos.—Inútil empeño de las tropas.—Acude Corcuera, reprende el empeño y toca retirada.—Celebran los moros su triunfo.—Ordena Corcuera el ataque por distinto sitio.—Rápida marcha del mayor González.—Asombro de los moros.—Brillante ataque de los españoles.—Derrota y huída de los mindanaos.—Conquista del Cerro.—Despojos que hallan.—Es arrasada la fortaleza y el caserío.—Despacha el general un emisario al rey de Buhayen exigiéndole su sumisión.—Regresa Corcuera á Zamboanga.—Sumisión del rey de Buhayen.—Idem del régulo de Basilan.—Disposiciones de Corcuera.—Regresa á Manila.

Los piratas malayo-mahometanos del sur de Filipinas, á pesar de sus derrotas, repetían anualmente sus vandálicas excursiones, corriendo á sangre y fuego las poblaciones sometidas al dominio español. Las autoridades de Manila llegaron á preocuparse seriamente con tan incesante y porfiada guerra.

El Arzobispo metropolitano había expuesto al Rey los males que sufrían los indios con las invasiones de

los piratas, calculando que en un período de treinta años no bajaban de 20.000 las personas cautivadas. El Gobierno de la nación, justamente alarmado, ordenó que á todo trance se pusiera fin á semejante estado de cosas.

Resuelto D. Sebastián Hurtado de Corcuera á concluir de una vez con los audaces piratas, decidió realizar la conquista de Mindanao y Joló, única forma de obtener resultados positivos, puesto que el sistema hasta entonces practicado de expediciones aisladas había sido de tan escaso éxito.

Dispuso el general Corcuera con laudable actividad los aprestos necesarios, y el 2 de Febrero de 1637 partió para Zamboanga.

Llevaba consigo cuatro compañías de soldados españoles, tres de marinos y un buen número de indios visayas y pampangos.

Iban en la capitana con el gobernador general su confesor el P. Juan Barrios y el célebre P. Marcelo Francisco Mastrilli, ambos jesuitas. «Se decía misa, y rezaban todos los días á coros con el gobernador el oficio mayor, y el de Nuestra Señora, y maitines de difuntos. Por la tarde vísperas y maitines del día siguiente, y los de Nuestra Señora; al anochecer la Salve, con letanía pública.

»Luego se rezaban las ánimas, y por remate se contaba un ejemplo; de suerte que parecía la embarcación un monasterio muy observante (1).»

(1) Combes.—Murillo Velarde.

No deja de contrastar este celo religioso del gobernador general de Filipinas con su conducta verdaderamente atea contra el Arzobispo de Manila, á causa de las tremendas luchas habidas entre éste y los padres de la Compañía de Jesús. Esto sólo prueba el gran dominio que sobre él ejercían los jesuitas.

El 22 llegó Corcuera á Zamboanga. En esta plaza se le unieron tres compañías más de españoles, formando un total de 760 peninsulares. También tomó cuatro piezas de artillería de montaña. Terminados sus preparativos, dió orden de marchar contra el sultán de Mindanao. Verificóse el embarque el 3 de Marzo, saliendo en este día los champanes y al siguiente las caracoas con el general gobernador. Al llegar á Punta de Flechas los vientos y el estado del mar dificultaban la navegación, achacando esto los supersticiosos indígenas á la protección que el genio del mal dispensaba á los moros. El P. Marcelo Mastrilli, capellán superior de la escuadra, conjuró con exorcismos el sitio tenido por encantado; dijo misa; quitó las flechas por allí clavadas, y con estas diligencias se decidió la armada á doblar la punta, consiguiéndolo al cabo con bastante trabajo (1).

Adelantóse con cuatro caracoas el general Corcuera, y el 13 llegó al río grande de Mindanao, llamado entonces río Corralat, en honor del sultán reinante. El 14 descubrió hacia su margen izquierda la importante población de Lamitan, residencia de Corralat. Hallábase fortificada y defendida por 2.000 hombres de pelea.

El general en jefe arengó á sus tropas, ponderando los ultrajes que incesantemente inferían aquellos bárbaros mahometanos á las poblaciones hispano-filipinas y á los templos cristianos. Aprovechando el ardor bélico de su gente desembarcó con 70 españoles, llevando á vanguardia dos piezas de campaña. Dos caminos se le presentaban para llegar á Lamitan; pero hizo

(1) Para que pasara la capitana, según el P. Concepción, siguiendo á los padres jesuitas Combes y Murillo Velarde, "recurrió el P. Mastrilli á los exorcismos, y echando al mar algunas reliquias, se vencieron tales impedimentos."

su buena estrella que siguiese el que parecía más abrupto, pues de haber tomado el más llano hubiera caído en una terrible emboscada. Penosa fué la marcha por tener que vadear multitud de veces uno de los brazos del río, siendo siempre Corcuera el primero en lanzarse al vado. En uno de sus recodos le asaltaron de improviso cuatro moros; mas él, arremetiéndoles con gran valor, los hizo huir heridos. Otro famoso moro, que acometió al capitán Ugalde, fué rechazado por éste y muerto por el ayudante Olazeran.

Redoblando la marcha, cayeron sobre la población de Lamitan, con gran pavor de los moros, por tan rápido como inesperado ataque. Sobrecogidos y turbados, su resistencia fué escasa, huyendo atropelladamente en pos del menguado Corralat, que, temeroso de caer en manos de los españoles, se enlodó la cara para no ser conocido.

Corcuera halló en Lamitan ocho cañones de bronce, 27 versos (especie de culebrinas de poco calibre), varios pinzotes, 100 arcabuces y mosquetes y muchas armas blancas.

Mandó ahorcar á 72 moros, quemar 16 pueblecillos, destruir 100 embarcaciones de todas clases y que talaran los campos, para que de este modo les fuese más sensible el escarmiento.

Corralat habíase refugiado con su gente en un alto cerro llamado *Ilihan* (fuerte por naturaleza), considerado como inaccesible é inexpugnable, tanto por su magnífica situación, como por estar cerrado por todas partes con baluartes y guarnecido por multitud aguerrida y fiera.

Corcuera decidió la toma del cerro. Dividió sus fuerzas en dos columnas, la una al mando del sargento ma-

yor González, con los capitanes Castelo y Becerra, 40 españoles y 110 indígenas de la Pampanga y de Caraga, y él se puso al frente de la otra con el resto de las fuerzas. El 17 emprendió esta columna silenciosa y ordenada marcha por un estrecho y áspero sendero, hasta donde la dificultad del terreno aconsejó al general detenerse para practicar un reconocimiento. Iban tan enardecidos por el afán de gloria los de la vanguardia, que, en vez de limitarse á cumplir las órdenes recibidas, prosiguen por el empinado cerro con más impaciencia y ardor que cordura, viéndose precisados, en un sitio en que la subida era extraordinariamente áspera, á sostenerse en las quebraduras de los peñascos y asirse de las raíces, llevando los arcabuces suspendidos de los hombros y las espadas sujetas con los dientes. El enemigo, posesionado de la eminencia, contribuía á dificultar el acceso con sus ataques. Logran, por fin, llegar á los más elevados pinachos; pero un profundo foso les impide el paso.

No les arredra, sin embargo, tan grande obstáculo, y, arrojándose al foso, intentan trepar la escarpa, sirviéndose, á falta de escalas, de sus manos y de sus dagas. Los más riegan con su sangre el suelo, ó caen muertos al fondo de la sima; el capitán Ugalde recibió dos balazos, y el sargento mayor D. Pedro Corcuera, no pudiendo sostenerse en pie á causa de sus heridas, hincó en tierra una rodilla y continuó en la defensa del puesto confiado á su brío. Para colmo de bravura, vióse al alférez Amezquita plantar la bandera española en la fortaleza enemiga, recibiendo por su temerario arrojo una lanzada en la cabeza y muchos flechazos en la garganta. Los moros defendían bravamente el terreno.

Admirado Corcuera de la tardanza en alcanzar la

victoria que los más animosos pregonaban, acudió á enterarse personalmente del motivo: al ver el inaccesible monte, el ancho foso y la situación del enemigo, comprendió la imposibilidad de obtener otro resultado que sacrificar sin provecho la vida de aquellos valientes; reprendió tan tenaz empeño y dispuso la retirada, no sin antes recoger sobre 80 heridos que sembraban el campo. Veintiséis infelices habían caído despeñados al foso, donde hubo que dejar sus cadáveres.

Celebró Corralat su victoria con cantos alegres y báquicos excesos; y mientras tanto, el general español buscaba un camino más accesible para dar cima á su arriesgada empresa.

A las veinticuatro horas marchaba el sargento mayor González con su columna por mejor sendero, á la espalda del cerro. Aún celebraban los moros su triunfo del día anterior, bien ajenos de suponer bríos en los españoles para tomar de nuevo la ofensiva, cuando al descubrir por distinto frente las primeras avanzadas contrarias, se turban y sobrecogen, dando tiempo á que nuestros soldados alcancen un sitio á propósito para fijar el pie y servirse de las armas con desembarazo. El capitán Castelo ataca las empalizadas briosamente; hace retirarse á los moros, y siguiéndoles de cerca enarbola su bandera sobre el baluarte. Los mahometanos, temerosos de ser acuchillados, huyen por un derrumbadero en cuyo precipicio hallaron muchos la muerte de que huían.

El capitán Becerra, conducido en hombros de dos soldados, á causa de no poderse sostener por sus heridas, impide con sus tropas que un numeroso grupo de moros llegue al baluarte donde tuvo lugar el combate del día anterior; los acomete, los arrolla y desbarata,

y aturdidos se precipitan por el despeñadero abajo, dejando el puesto libre á sus vencedores.

El sultán Corralat, herido de bala en un brazo, salvó la vida huyendo con su esposa y algunos de los suyos.

En lo más empinado del cerro hallóse gravemente herido al religioso Fr. Alonso de San Agustín, quien aún tuvo alientos para confesar á varios soldados moribundos, falleciendo él á poco en medio de crueles sufrimientos. Su muerte fué muy sentida. Tributáronsele grandes honras, acordando darle sepultura en el fondo del mar para que su cuerpo no fuera luego profanado por los moros (20 de Marzo), amortajándole el P. Mastrilli.

Al otro religioso lo habían muerto el día anterior, arrojando su cadáver á un hondo barranco.

Con la toma de tan terrible fortaleza se logró la libertad de muchos cautivos, entre los cuales había 31 chinos. Se cogió abundante artillería, armas y despojos de todas clases.

El fuerte fué destruído.

La población y embarcaciones quedaron reducidas á cenizas.

Los sargentos mayores González y Corcuera; los capitanes Castelo, Becerra y Ugalde; los oficiales Olaceran y Amezquita, y los padres de la Compañía de Jesús, Mastrilli (1), Vera y Barrios, portáronse como bravos durante la pelea.

(1) El P. Mastrilli regresó con el general Corcuera á Manila, pasando después al Japón, donde fué martirizado.

Acerca de la vida y muerte de este famoso jesuita, dan amplias noticias las *Historias* de los padres de la Compañía de Jesús.

Existen, además, los siguientes escritos, consagrados exclusivamente á dicho misionero:

También demostraron gran valor los indígenas que concurrieron al asalto.

Solemnizóse con una fastuosa procesión y con salvas de artillería la conquista realizada; y para sacar más fruto de ella despachó el gobernador al sargento mayor Pedro Palomino cerca de Moncay, rey de Buhayen, te-

Relación de lo que hasta ahora se ha sabido de la vida y martirio del milagroso *P. Marcelo Francisco Mastrilli*, de la Compañía de Jesús, martirizado en la ciudad de Nagasaqui, del imperio del Japón, á 17 de Octubre de 1637. Sacada de informaciones auténticas hechas á instancia del P. Bartolomé de Reboredo, de la Compañía de Jesús, procurador de los santos mártires del Japón, en la ciudad de Manila y Macan; de los que le conocieron y trataron en vida y se hallaron presentes á su dichosa muerte. Por el *P. Jerónimo Pérez*, de la misma Compañía. Manila, 1639. Esta *Relación* fué traducida al francés por M. Thevenot.

Vida del dichoso y venerable *P. Marcelo Francisco Mastrilli*, que murió en el Japón por la fe de Cristo, sacada de los procesos auténticos de su vida y muerte. Por *Eusebio Nieremberg*, de la Compañía de Jesús. Madrid, 1640: en 4.°

Historia de la milagrosa cura, vocación, misión apostólica y gloriosa muerte del *P. Marcelo Francisco Mastrilli*, por el *P. Lorenzo Chiflet*. Madrid, 1640: en 8.°

Historia de la celeste vocación á las misiones apostólicas y de la gloriosa muerte del *P. Marcelo Francisco Mastrilli*, hijo del marqués de San Marcavo, por el *Rdo. P. Ignacio Stafford*. Burgos, 1642; segunda edición, 1667. Traducida al italiano.

Vida y muerte del *P. Francisco Mastrilli*, de la Compañía de Jesús, por el *P. Leonardo Cinamo*. Impresa en italiano en 1645: en 4.°

Vie du père Marcelle F. Mastrille, S. J., *par le P. Louis Conart*. París, 1646: en 12.° Es traducción de la del P. Nieremberg.

Vida del *P. Mastrilli*, por *Enrique Lampayen*. Traducida al latín; 1647: en 8.°

Viaje del *P. Marcelo Francisco Mastrilli* á las Indias, por *Andrés Boere*. (Citada por Alegambe en su *Biblioteca jesuítica*.)

Algunas cartas del venerable P. Mastrilli, escritas poco antes que padeciese su glorioso martirio, y publicadas por *Fr. Vicente Justiniano*. (Cita de Pinelo.)

rritorio situado al S.O. de Mindanao, sobre las orillas de la gran laguna, intimándole se rindiera y aliase á los españoles, so pena de obligarle á ello por las armas. Accedió Moncay, lleno de temor, á todo, incluso á hostilizar á Corralat, que le tenía usurpados buena parte de sus dominios; ofreció restituir los cautivos que en su reino había; asintió á que en su tierra levantasen presidio los españoles, y á que los religiosos predicaran el Evangelio á sus súbditos.

El 25 volvió Corcuera á Zamboanga, en donde suscribió el tratado que Palomino celebró con Moncay, acudiendo en representación de éste un hermano suyo, quien fué recibido por el general en jefe, rodeado de su estado mayor, tributándole honores regios. Iguales tratados se hicieron con los régulos Ondol, Boto y Quindinga, de Basilan, isla tributaria de Joló (la antigua Taguima), á cuya isla fué destinado el padre jesuita Francisco Angel.

Tal prestigio alcanzó el jefe español, que 200 familias joloanas trasladaron su residencia á Zamboanga, fundando el pueblo de Magay, que aún subsiste.

Corcuera, antes de regresar á Manila, dispuso que una escuadrilla, tripulada por 100 españoles y 1.000 indios, al mando de los capitanes Juan Nicolás y Juan de León, reconociera todas aquellas costas para castigar á los pueblos rebeldes é intimarles la sumisión á España, acompañándoles el P. Pedro Gutiérrez (1).

(1) La campaña del general Corcuera contra los mindanaos ha sido objeto de luminosos escritos por parte, especialmente, de los padres de la Compañía de Jesús.

El P. Marcelo Francisco Mastrilli, en carta fechada en Tatay á 2 de Junio de 1637 y dirigida al P. Salazar, provincial de la Compañía de Jesús en Filipinas, describe su jornada en Mindanao y el desembarco y

conquista de esta isla por D. Sebastián Hurtado de Corcuera. Esta *carta* fué impresa en 1667, según Pinelo, con el nombre de *Historia de la conquista de Mindanao por los españoles.* También aparece en la *Relación del padre Bobadilla.* M. Thevenot la tradujo al francés.

Existen, además, las obras siguientes:

Memorial de la ciudad de Manila: 1637.

Historia de Mindanao, por el *P. Alejandro López*, de la Compañía de Jesús. Manuscrito: 1638.

Relación de la gran isla de Mindanao y de la conquista de ella por los españoles. Méjico, 1638: en 4.° Traducido al francés por *M. Thevenot.*

Relación de las gloriosas victorias en mar y tierra de D. Sebastián Hurtado de Corcuera, gobernador de Filipinas, contra Cachil Corralat, este año de 1638, por el *P. Diego de Bobadilla,* de la Compañía de Jesús. Méjico, 1638: en 4.°

Relación de los sucesos de las armas españolas por mar y tierra en las islas Filipinas y victorias contra Mindanao y los holandeses de Terrenate. Madrid, 1639: folio.

Sucesos de las armas españolas en Filipinas contra Mindanao, Terrenate y los holandeses. Madrid, 1639: folio.

Continuación de los felices sucesos de las armas españolas contra Mindanao, Terrenate y los holandeses: 1639.

Tratan también más por extenso el asunto los PP. Combes y Murillo Velarde en sus *Historias*, y siguiendo á éstos el P. Torrubia, el P. Concepción, el coronel Bernáldez y otros.

CAPÍTULO VI.

Vuelve el general Hurtado de Corcuera á Zamboanga.—Preparativos para la campaña contra Joló.—Va á esta isla.—Excusa el sultán cumplir sus antiguos tratados.—Desembarca el ejército.—Hostilidades de los joloanos.—Su tenaz defensa.—Dificultad de tomar la plaza.—Lógrase, al cabo de tres meses, volar un fuerte.—Muerte del datto Achén.—Esfuerzos de los sitiadores y de los sitiados.—Obras militares.—Ataques infructuosos.—Muerte del jefe de una de las columnas españolas.—Le sustituye el mayor Almonte.—Genio militar de este caudillo.—Estrecha el cerco, construye un fuerte y cañonea las posiciones enemigas.—Logra dominar con sus cañones la plaza.—Tratan de capitular los sitiados.—Intímales Corcuera la rendición.—Ríndense los macasares y basilanos.—Resisten los joloanos.—Rompen éstos contra el cuartel general.—Son rechazados y perseguidos.—Su terror en la huída.—Toma de Joló.—Logra salvarse el sultán.—Cae prisionera la sultana y sus parientes.—Excesiva confianza del general.—Escapan estos prisioneros.—Entrega al saqueo la población.—Manda reparar el fuerte y construir dos más. —Designa la guarnición de ellos.—Nombra á Almonte gobernador general de las fuerzas del Sur.—Regresa Corcuera á Manila.—Festividades por sus victorias.

En los últimos días de Octubre del mismo año 1637 volvió Corcuera á Zamboanga. Con actividad suma hizo todo género de preparativos para llevar á cabo su proyectada campaña contra Joló, cuyo sultán había despedido despreciativamente á los comisionados que le propusieron someterse á España.

Organizada la expedición, fondeó la escuadra frente á la isla de Joló el 4 de Enero de 1638. En el acto des-

embarcó el P. Gregorio Belín para requerir de paz al sultán, recordándole el cumplimiento de los antiguos tratados y su sumisión á España. Llevaba encargo de Corcuera de observar de paso la disposición de las defensas enemigas. Recibiéronle en la playa multitud de moros armados, quienes, no obstante mantenerse en actitud respetuosa, se negaron á permitirle el paso. El sultán le mandó decir que expusiera su embajada desde allí, contestando evasivamente á las exhortaciones del embajador.

El ejército expedicionario, embarcado en 80 buques, ascendía á 600 españoles y 1.000 indios. Para los servicios puramente mecánicos les acompañaba buen número de polistas. Iban como capellanes los padres jesuitas Pedro Gutiérrez, Juan de Barrios, Melchor de Vera, Francisco Martínez y Gregorio Belín. Al mes fué á unirse á éstos el P. Alejandro López.

Dividiéronse estas fuerzas en dos columnas, bajo las órdenes de los sargentos mayores D. Nicolás González y D. Juan de Cáceres. El primero efectuó su desembarco por la parte O. de la isla y el segundo por la del E., no sin que los piratas dejaran de hostilizarles. Defendían la plaza 4.000 joloanos y multitud de macasares y basilanos. Parapetados en sus fuertes, ejercían día y noche extremada vigilancia, contrarrestando de tal modo los esfuerzos de los sitiadores, que al cabo de tres meses de constante asedio únicamente lograron la voladura de un fuerte por medio de una mina, si bien esto ocasionó la muerte de 50 moros, y entre ellos la del datto Achén, que lo defendía: hecho importante á causa del extraordinario valor de este célebre pirata. Cuando la columna lanzada al asalto llegó á la brecha, la encontró defendida por valerosos joloanos. Espaldo-

nes trabajosamente construídos; arietes; minas con hornillos para volar sus fuertes; ataques impetuosos en seguida de efectuarse las voladuras; todo cuanto la pericia de los jefes aconsejaba y del valor de las tropas dependía, otro tanto se hizo para tomar la plaza, pero con poquísima ventaja, porque tras de un muro derribado aparecía otro construído á prevención, y al proceder los nuestros al asalto, se veían atacados con impetuosidad irresistible. De este modo pereció el valeroso jefe de una de las columnas, D. Juan de Cáceres, á quien sustituyó en el mando D. Pedro Almonte Verástegui.

El jefe de la expedición, sin desalentarse por estas dificultades, dispuso cercar la plaza. Los soldados y los polistas, bajo la entendida dirección de Almonte, construyeron en solos tres días un fuerte que dominaba las fortalezas enemigas, al que hubo necesidad de llevar á hombros los cañones.

Concluído que fué llamó la atención de los moros por aquella parte, y en el momento de acudir éstos hizo descorrer las cortinas que ocultaban los trabajos.

La artillería, en el acto, causó en los moros grande destrozo. Aprovechando su confusión, da una columna el asalto y logra montar sobre las murallas de la plaza algunos cañones, cuyos fuegos ofenden grandemente á los sitiados.

Viendo esto quisieron capitular, pero Corcuera les intimó se rindieran á discreción. Apeló el sultán al padre Gutiérrez, y hasta la sultana hizo gestiones cerca del general en jefe; pero todo fué en vano.

Los moros de Basilan y de Macasar se rindieron á Almonte el 17 de Abril; mas no así los joloanos, quienes, al amparo de la oscuridad de la noche, lanzáronse contra el cuartel general, con ánimo de destrozarlo ó

de forzarle. A pesar de que el ataque fué brusco é inesperado, no consiguieron su intento; antes por el contrario, recibidos á tiros, sufrieron grandes pérdidas. La desbandada se hizo entonces general. Tan grande era su terror y el afán de huir, que las madres arrojaban á sus hijos y los jóvenes acuchillaban á los ancianos para que no cayeran vivos en poder de sus perseguidores. Un fuerte aguacero favoreció la fuga de aquellos indómitos mahometanos. El triunfo de los sitiadores fué completo. La población demostraba por doquiera evidentes señales de su tenaz defensa.

El sultán pudo salvarse, aunque dejó en poder de sus vencedores cuantas riquezas poseía. La sultana Tuam Baloca y un sobrino suyo llamado Tacun quedaron prisioneros.

Ofreció la sultana contener la fuga de los joloanos mediante la seguridad de que se les respetaría la vida, prometiendo restituirse á su prisión; pero una vez libre no se la volvió á ver más.

El confiado gobernador encomendó entonces á Tacun manifestara al sultán la conveniencia de ir á tratar con él las condiciones de la paz. Volvió Tacun sin el sultán, pero sí con las llaves de las papeleras donde estaban las riquezas del soberano de Joló y de sus favoritas, cuyos muebles habían caído en poder de Corcuera. Tan confiados anduvieron con el astuto moro, que pudo extraer las perlas de gran valor y cuanto oro y pedrería encerraban, marchándose después tranquilamente, so pretexto de continuar las negociaciones entabladas, de lo que, naturalmente, no se ocupó nunca. Así el general desaprovechó las ventajas de la rendición de los joloanos y la de prisioneros tan importantes como la reina y su familia.

Conocedor, aunque tarde, del falaz proceder de los moros, entregó el general al saco de la soldadesca el cerro de Joló, pero en él no había apenas nada de valor. Algunas alhajas hallaron enterradas, y muchos alcoranes fueron pasto de las llamas.

Corcuera dispuso la reparación del magnífico fuerte del Cerro, y el levantamiento de otros dos en los puntos más estratégicos, que eran la barra y el río. En ellos dejó 200 españoles é igual número de pampangos. Nombró al capitán Ginés Ros gobernador de Joló, y al de igual clase, Gaspar de Morales, gobernador del fuerte del Cerro, y capellanes á los padres jesuitas Francisco Martínez y Alejandro López. Las fuerzas restantes volvieron á Zamboanga, cuyo gobierno recayó en el mayor Almonte, nombrado además jefe de todas las fuerzas del Sur.

Corcuera regresó á Manila en Mayo de 1638, siendo recibido solemnemente por las autoridades, corporaciones religiosas y por el vecindario español é indígena, noticiosos éstos de la gloriosa campaña realizada por el esforzado caudillo (1).

(1) He aquí el recibimiento hecho en Manila al gobernador general á su vuelta de Mindanao, según carta del jesuita Juan López, fechada en Manila el 25 de Mayo de 1637:

"Ayer salimos de Cavite con el Sr. D. Sebastián, bien cerca de las once; llegamos á Santiago á la una, al remo. Un rato antes de llegar, salieron á recibirlo dos champanes de japoneses cristianos, que traían en forma de pabeses cercados todos los bordes de telas blancas de lienzo, con cruces verdes y muchas banderas blancas con flores verdes. Llevaban un clarín con que le dieron la bienvenida. Hízoles grandes comedimientos el señor gobernador, y quedándose atrás lo volvieron acompañando; desembarcóse en casa de Amaro Díaz, donde estaba hecho cuerpo de guardia, y de allí nos vinimos el P. Juan de Barrios y yo á casa, donde hallamos al padre provincial, al P. Juan de Bueras, al P. Roa

También los chinos festejaron la llegada del invicto gobernador, presentándole una ofrenda en metálico (1).

y al P. Marcelo, que habían venido al recibimiento. (Mas antes de contarlo, es de saber que, un cuarto de hora después de llegar el Sr. D. Sebastián, llegó el champán de D. Graviel Niño, que sólo faltaba.) Marchó en primer lugar Nicolás González con su compañía, que es la famosa y victoriosa de los coletillos; cercaban á su paje de rodela otros muchos, con las armas que quitó al Mindanao en la batalla naval; dímosle mil parabienes de sus buenos sucesos. Después de su compañía se siguió la de los marineros, que gobernaba el alférez A. Mezquita. Iban en dos hileras, porque cogían en medio al principio los indios y sangleyes amigos, que se sacaron del cautiverio de Corralat, y cierto, algunos indios é indias nos enternecían con sus rosarios en las manos. Después de un rato, iban en medio de la misma compañía los cautivos y cautivas mindanaos: las mujeres y niños sin prisión, los hombres en cadenas y grillos marchando. Acabado esto, se siguió una gran tropa de gente que llevaban las armas del enemigo: rodelas, corazas, campilanes, lanzas y dos trompetas bellicas que parecían clarines de holandeses. Tras de esta compañía iba la de los pampangos, que fué también á la jornada. Siguióse después el capitán Carranza á caballo, guiando los carros de las armas de fuego que se quitaron al mindanao, como capitán que es de la artillería. Iban en tres carros los mosquetes y arcabuces; en otros las cámaras de los versos y tres campanas pequeñas de iglesia; seguíanse en otro doce ó catorce versos pequeños; luego un falcón grande que puede pasar por culebrina; después otros cinco ó seis carretones con cada dos piezas pequeñas y falcones; seguíanse después las piezas de artillería grandes, cada una de por sí: de todos tiraban indios con maromas, y la última y mejor pieza la llevaron cuatro caballos. Todas estas armas acompañaban los artilleros. Iban inmediatos á ellas seis muchachos arrastrando seis banderas de Corralat.

"Tras de ellas marchó la compañía del señor gobernador con mucho lucimiento; pero antes de ella iba el Sr. D. Sebastián á caballo, con un vestido llano, casi pisando las banderas enemigas; detrás dél su paje de rodela con su morrión y en él un monte de plumas blanco. Iban también á caballo su capellán y un secretario. Al descubrir al señor gobernador antes de entrar en la ciudad, le hizo salva la artillería de los fuertes que están en la puerta de Bagumbaya, y viéndole dentro se repicó en nuestra casa, tocáronse las chirimías y cantó la capilla un vi-

llancico. Todos los de casa estábamos con nuestros manteos esperándolo en un arco triunfal, cierto bien hecho y aderezado de seda y de tarjas de poesías. Allí se le dió la bienvenida y parabién de la victoria, á que correspondió con mucha cortesía. Al entrar en el arco salió de entre unos biombos que estaban en un tablado D. Josepito de Salazar, muy bien aderezado, y con una poesía que hizo el hermano Liorri engrandeció la victoria, dióle las gracias y parabienes, y lo mismo hizo á los soldados; y acabó que, según el nombre de Corquera—*id est corda quærens*, busca pechos y corazones,—los había hallado en todos los que allí estábamos, que le tenían muy entrañado y le deseaban todo bien y felicidad. Estuvo atento al razonamiento, y acabado se volvió á los padres y les dió las gracias.

"Prosiguió marchando á la plaza, donde estaba armado un escuadrón de seis compañías que le esperaban. Nosotros todos fuimos á verlo á los balcones del maese de campo Pedro de Heredia, y llegamos cuando el señor gobernador se apeaba en la iglesia mayor, donde le aguardaba la Real audiencia y los cabildos eclesiástico y seglar. Entró dentro y estuvo haciendo oración buen espacio, postrado humildemente en el suelo, refiriendo á Dios todo el buen suceso. Tornóse á poner á caballo; llegó al escuadrón, y hablando con el sombrero en la mano á los capitanes y soldados con grandes muestras de benevolencia, le respondió el campo con una salva general y los alféreces abatiéndole las banderas. Prosiguió á su casa, y al descubrirlo de la fuerza de Santiago, su castellano, el general D. Fernando de Ayala, le hizo salva con toda la artillería, y tras de su compañía fueron marchando las del campo, con que se acabó este lucido triunfo que ha causado gran gusto á todos de todas naciones. A nosotros el maese de campo, Pedro de Heredia, nos regaló con mucha y muy buena colación y otros géneros de conservas, lo cual, acabado, nos volvimos á casa, dando gracias á Dios de haber visto lo que tantos años habíamos deseado. La multitud de gente que había en las calles, ventanas y balcones fué sin número; la ternura que hubo en los corazones, causada de la alegría y vista de cosa tan nueva y grande, fué indecible, y raro fué el que no tuvo las lágrimas en los ojos, causada del gozo tierno del corazón. A la noche hubo muchas luminarias en todas las murallas en contorno y en otras muchas partes dentro y fuera de la ciudad; voláronse gran número de cohetes, y á las diez ó las once de la noche salió una máscara de los soldados de á caballo con muchas hachas en muestra de alegría, y las personas y caballos con grande adorno y lucimiento. Dios nos deje ver muchos días á éste semejantes, en que triunfe Cristo Jesús de sus enemigos, y á vuestra reverencia me guarde,„ etc.

De otra carta del mismo jesuita copiamos los siguientes párrafos:

"Anoche, 26 de Mayo, salió la máscara de la ciudad, que estuvo tan buena y tan lucida, que donde quiera pareciera muy bien; fué grande el número de luminarias por todos los balcones y ventanas. A la puerta de nuestra iglesia se hicieron grandes hogueras, y nosotros bajamos abajo para gozar de más cerca del paseo, que fué á las nueve de la noche.

„Por los difuntos de la guerra hizo el señor gobernador en la iglesia nueva de los soldados unas honras muy solemnes á 5 de Junio. Pusiéronse en ella ocho altares, y desde antes de amanecer se comenzaron en todos ellos á decir misas, convidando para esto á todos los clérigos y religiones, y así duraron toda la mañana. A todos los que querían recibirla se daba por la misa un peso de limosna, pero muchos no lo recibían; á su tiempo se celebró misa y sermón, con asistencia de toda la ciudad, clerecía y religiones. Salió el sermón muy á propósito y bien predicado: predicóle el P. Francisco Pinelo, de Santo Domingo.

„La fiesta de la acción de gracias, á 7 de Junio, se hizo en la iglesia mayor, por razón del grande concurso, y aún no cupo la gente en ella. Salió la procesión de la catedral y anduvo por las calles que suele el día del Corpus, todas ellas con sus arcos y enramadas muy bien compuestas, pobladas de altares llenos de adorno y riqueza. Echaron los vecinos el resto en colgarlas, y generalmente afirman que jamás se han visto en Manila colgaduras tantas y tan preciosas; de modo que, aun viéndolas, apenas creían hubiese en ella tanto y tan vistoso y de tanto valor, fuera de lo que caía de los balcones abajo, que es lo que de ordinario se ha colgado. De los balcones para arriba se hizo una contrapared de cañas, y toda se llenó de colgaduras y de lazos de piezas de seda.

„En la procesión fueron los soldados piqueros en dos hileras, marchando con sus picas levantadas; al principio fueron entre ellos los cautivos que salieron del poder de Corralat, muy bien vestidos, de esta manera: iban primero tres soldados y despues seis cautivos, guardando siempre este orden. Siguiéronse después los vecinos, y tras de ellos todas las religiones. Alegraban la procesión mucha variedad de danzas y otras invenciones con varios instrumentos músicos y dos órganos portátiles. Cerca del fin iban cuatro andas, hechas de manera que formaban un modo de tejado á dos aguas; en ellas, por cada haz, se pusieron la casulla, capas de coro, frontales y otros ornamentos sagrados; en el caballete, en pie, los cálices, custodias y patenas; á los remates, colgadas las crismeras, vinajeras y campanillas que habían robado los mindanaos, vista que enterneció mucho y sacó abundancia de lágrimas. Llevaban las tres destas andas sobre sus hombros los colegiales de nuestro colegio de San José,

y las últimas nuestros hermanos estudiantes con sobrepellices. Iba inmediato á las andas el P. Marcelo Mastril, con el estandarte que llevó cuando se conquistó el pueblo de Cachil Corralat, y también lo sacó en otra procesión que allí mismo se hizo en acción de gracias después de rendido. Estaban en este estandarte haciéndose espaldas, el Cristo acuchillado y ultrajado del enemigo y nuestro padre San Francisco Javier, patrón de toda la jornada, que miraba al Santísimo Sacramento. Seguíanse el guión, que sacó al principio el señor gobernador, y después llevaron remudándose los señores de la Real audiencia y alcaldes ordinarios, los regidores con las varas del palio, y debajo de él un carro de mucha majestad guiado de sacerdotes revestidos, en que iba el Santísimo Sacramento. En la plaza de armas había nueve piezas de cuchara y veintisiete versos y falcones, que todos (sin otras tres piezas grandes que quedaron en el fuerte de Samboangan) se quitaron á Corralat, y con ellas se hizo una alegre salva al Santísimo Sacramento cuando se descubrió en la boca de la calle, y otra no menos grande y solemne hizo el campo, que estaba formado de ocho compañías de arcabuceros en la plaza de la ciudad. Dijo la misa el cabildo eclesiástico, que se cantó con mucha solemnidad; predicó el P. Juan de Bueras un sermón muy á propósito, cumpliendo maravillosamente en tres cuartos de hora,„ etc.

(1) "Los sangleyes, de su voluntad, ofrecieron al señor gobernador un donativo de 6.000 pesos, dando por razón de hacerlo: primero, el haberles librado del cautiverio de Corralat 31 de su nación; lo segundo, porque les había dejado desembarazados y seguros los mares para sus ordinarias contrataciones, y lo tercero, porque los mantenía en paz y justicia; de modo que el gasto de la guerra de Mindanao, con el artillería y pillaje que tocó á S. M. y estos 6.000 pesos, no sólo queda empatado, sino que sobran 1.000 pesos. Así me lo ha dicho el contador de S. M.„ (Carta del P. Alejandro López, antes citada.)

CAPÍTULO VII.

Perseverancia de los malayo-mahometanos en sus piraterías.—Idea Almonte favorecer al rey de Buhayen contra el sultán de Mindanao. —Comisiona al capitán Márquez para que levante una fortaleza en Buhayen.—El rey procura estorbarlo.—Sus pretensiones excesivas. —Opónese Márquez á ellas.—Entíbianse las relaciones entre ambos.—Retiene Moncay en su corte al P. Angel.—Fuga de éste.—Pactan los españoles amistad con los manobos.—Realízase con su auxilio la construcción de un fuerte.—Lo cerca Moncay.—Márquez pide auxilios al gobernador de Zamboanga.—Envía algunos socorros. —Los buhayenes levantan el cerco.—Plan de campaña de Almonte contra los mindanaos.—Diversas expediciones.—Se traslada á la Sabanilla.—Refuerzos de Manila.—Marcha contra Buhayen.—Defensas de los moros.—Trabajos del ejército en su marcha.—Acertadas disposiciones de Almonte.—Brillante defensa de los buhayenes.—Triunfan los españoles.—Huye Moncay.—Es arrasada su fortaleza.—Correrías de los españoles por sus tierras.—Agasajos del datto de Sibuguey á Almonte.—Festejos en Zamboanga por la victoria de su gobernador.

Natural parecía que después de la brillante campaña del general Corcuera renunciaran los mindanaos y joloanos á sus piraterías; mas lejos de ser así, perseveraban incansables en sus audaces atentados.

El ilustre gobernador de Zamboanga concibió la idea de favorecer al rey de Buhayen, con perjuicio del sultán de Mindanao, esperando recabar de la enemistad de ambos las ventajas consiguientes.

En consonancia con este proyecto, comisionó al ca-

pitán Cristóbal Márquez para que fuese con su compañía á levantar una fortaleza inmediata á la de Moncay, contando destruir á los mindanaos con el apoyo de este aliado.

No pareció bien al rey moro que los españoles acudieran á establecerse en su territorio, y menos que edificasen un fuerte. Para estorbarlo, sin declarar abiertamente su oposición, exigió á Márquez que colocara la artillería en su fortaleza, pretendiendo que los españoles le sirvieran de auxiliares.

Como, á pesar de su insistencia y de sus agasajos, se negó Márquez á complacerle, cada día iban siendo menos cordiales sus relaciones con el rey de Buhayen. Acentuó más la enemiga de españoles y buhayenes la prisión del padre jesuita Francisco Angel. Al atravesar la corte de Moncay, retuvo éste bajo especiosos pretextos al padre jesuita, sin consentir regresara al fuerte español, pero guardándole todo género de atenciones. Era su intento, al parecer, tenerlo en rehenes para servirse de él con arreglo á las eventualidades del porvenir.

Frustró sus planes la fuga del P. Angel, realizada con el auxilio de un moro llamado Tapuri, cuya mujer era cristiana.

Declaróse, por último, la mala fe de Moncay, al ver que ni se sometían los españoles á su capricho ni abandonaban sus tierras, puesto que proseguían en los trabajos del fuerte y pactaban amistad con los manobos. Macadula, rey de estos infieles moradores de los montes de Buhayen y de las inmediaciones de la laguna de Maguindanao, confió al morir á su hermano Manaquior el gobierno de sus pueblos durante la menor edad de su hijo Balatamay. Alzóse el tutor con el reino,

despreciando los derechos de su sobrino, y Moncay, inmediato pariente de éste, tomó su defensa, derrotó á Manaquior y le hizo internarse con sus parciales en las espesuras de los bosques.

Supo el jefe de los manobos las diferencias que existían entre Moncay y Márquez: dedujo que había llegado la ocasión de vengarse, y bajó de los montes con 2.000 hombres dispuesto á ayudar á Márquez en su guerra contra el rey de Buhayen. Mediante su auxilio, que el capitán español aceptó gustoso, en breve estuvo terminado el fuerte. Constaba éste de un reducto cuadrado con cuatro baluartes, foso y camino cubierto, conteniendo dentro los alojamientos y almacenes.

Como ya el disimulo era inútil, acudió Moncay con sus huestes á cercar la fortaleza española, muy seguro de rendirla por hambre. Avisó Márquez al gobernador de Zamboanga el peligro en que se hallaba, y, no pudiendo marchar Almonte en su auxilio por tener que acudir al socorro de las posesiones españolas de Molucas, le envió á Cristóbal de las Eras con 10 embarcaciones, alguna tropa y víveres. Los buhayenes entonces levantaron el cerco.

Almonte, á su regreso de las Molucas (2 de Marzo de 1639), combinó un activo plan de campaña contra los rebeldes mindanaos.

Mandó al sargento mayor D. Pedro del Río con 70 embarcaciones á ocupar el puerto de la Sabanilla (1), acompañándole Mata como jefe de la escuadra y los capitanes Juan de Heredia y Pedro Navarro con sus compañías.

(1) Puerto situado entre Pollok y Punta de Flechas, en la bahía Illana, al sur de Mindanao, donde fundaron los españoles un presidio fortificado.

Dispuso que el alcalde de Caraga, D. Francisco de Atienza, saliera contra los malanaos, y que D. Alvaro de Galindo hiciera lo propio con 10 embarcaciones por las costas de la isla. También envió á Joló otra escuadrilla de 17 buques, para evitar así que acudiesen en socorro de los buhayenes.

El 21 de Marzo de 1639 entró Almonte en la Sabanilla con un buen cuerpo de mardicas, tidores y siaos, sacados de Molucas, cuyos indígenas manejan el campilan tan hábilmente como los moros. Casi á la vez que Almonte llegó á la Sabanilla el sargento mayor Juan Ruiz Maroto, con 300 indígenas de Siao y ocho buques que enviaba el datto de Sibuguey, Cachil Datan, aliado de los españoles.

Almonte dejó en la Sabanilla al sargento mayor Don José de Vitoria y al capitán Pedro Navarro y otros oficiales, y marchó contra los buhayenes.

Estos, por su parte, se apercibieron á la defensa con ardimiento.

Soltaron el agua de la magnífica laguna que fecunda su territorio, previamente contenida por medio de presas, y la campiña quedó por completo inundada. Además, inmensos nipales y carrizos entorpecían el paso de las tropas. Fué preciso destinar 2.000 indios, á las órdenes del alférez Luis de Rojas, para segar aquéllos y abrir camino. Descubierta con esto la extensa inundación, siguieron la única ruta posible, llevando dos culebrinas de á 10 y faginas y cestones, que prestaron grandes servicios durante las operaciones sucesivas.

Al llegar á una altura son recibidos á tiros por 10 moros que guarnecían un garitón de madera establecido en un árbol corpulento y elevado que dominaba la campiña.

Almonte destacó contra ellos 100 mosqueteros, los que, á pie firme, sostuvieron vivo fuego, pereciendo los moros en la lucha.

Mientras tanto hizo afirmar el terreno con capas de faginas, sobre cuyo firme colocaron los cestones, y una vez rellenos de tierra bien unida, pusieron encima unas viguetas, y sobre ellas grandes maderos, formando una batería coronada por las dos culebrinas. Detrás alzaron las tiendas de lona, y en el sitio de más peligro la del general.

Establecido el campamento, dictó Almonte acertadas medidas para asegurar el éxito de la campaña.

El capitán Juan López Lucero marchó á ocupar un brazo del principal río del país, que comunicaba por unos esteros con la fortaleza de Moncay, llevando 120 españoles, 600 indios, los 2.000 manobos al mando de Manaquior, cuatro bergantines y otras embarcaciones menores; y el ayudante Francisco de Arechaga recibió orden de cerrar con seis buques un estero por donde podían huir ó ser socorridos los sitiados.

Procedióse después, bajo la dirección del capitán D. Francisco del Castillo, á destruir la parte de carrizal que ocultaba el fuerte enemigo: operación trabajosa y expuesta por hacerse á cuerpo descubierto. El enemigo comenzó á molestarles disparando su artillería. Entonces mandó el general al capitán D. Diego Sarmiento á reforzar la roza. Inquieto por el peligro en que veía á sus soldados, acudió Almonte en persona, siguiéndole los demás jefes; se apresuraron los trabajos y quedó terminada la operación, aunque con pérdidas dolorosas.

Murieron el ayudante español Adame y cinco indios. Hubo 20 indios heridos y 12 españoles, entre ellos el

capitán D. Diego Sarria, que lo fué de *verso*, y el capitan D. Laureano de Escobar, de mosquete.

La fortaleza de Moncay, situada en terreno pantanoso á orillas de la gran laguna del país, distaba unos tres kilómetros del fuerte español. Era un reducto de planta irregular con cinco baluartes. Formaban sus muros un macizo de tierras y grandes piedras, de 2 $^{1}/_{2}$ metros de espesor, revestidos interior y exteriormente por troncos de árboles unidos y enclavados en el suelo. Sobre los muros corría un parapeto de tierras de más de dos metros de espesor, con multitud de cañoneras abiertas. Rodeaba el recinto un foso muy profundo, de 3 $^{1}/_{2}$ metros de ancho, lleno de agua procedente de la laguna. Más allá del foso existía un camino cubierto con parapeto de mampostería.

Viendo las gruesas murallas, el ancho foso rebosando agua y el extenso camino cubierto de espeso carrizal que tenía que recorrer el ejército, conoció Almonte que no era obra de poca monta asaltar la fortaleza. Hizo conducir de su galera una pieza de á 18, y envió orden á Lucero para que á brazo, y lo antes posible, abriesen un canal que permitiera á los bergantines ponerse á tiro de cañón del fuerte enemigo. Realizado que fué, rompió la artillería de los buques vivo cañoneo contra el fuerte de Moncay, en combinación con las piezas de la batería, despidiendo ambas una lluvia de balas. Cuatro días duró, sin embargo, el asedio. Al acercarse la noche, después de una hora de arrojar proyectiles sin descanso, pusieron fuego á la población los sitiados, rompiendo por el punto que ocupaba Lucero. Tan horrenda fué la lucha entre los fugitivos y los manobos, que el campo quedó cubierto de cadáveres. Muchos, por huir de las armas, perecieron en los pantanos. Vió

Almonte arder la fortificación enemiga, y envió á atajar el fuego á 12 españoles y 50 siaos, quienes, para penetrar en ella, pasaron el foso á nado.

Rotas las presas por mandato del general en jefe, el agua buscó su natural nivel, descubriendo los campos y las sendas por las cuales recorrieron las tropas todos aquellos lugares, antes fértiles y poblados, exterminando y destruyendo cuanto á su paso hallaban.

Las murallas de la fortaleza rendida, después de sacar la artillería, fueron por completo arrasadas.

Moncay logró escapar con vida, refugiándose en lo más espeso de los bosques.

El sargento mayor, D. Pedro de la Mata, tomó por asalto una fortaleza situada en otro cerro, cuya defensa tenía á su cargo un cuñado de Moncay. En ella perecieron muchos moros y cobraron su libertad bastantes cautivos.

El capitán Cepeda salió con su compañía á incendiar los pueblos del contorno. También por el río fueron varias escuadras con idénticos fines.

El gobernador de Zamboanga, después de dejar una pequeña guarnición en el presidio de Buhayen y de manifestar á Manaquior que si se mantenía en su fidelidad le haría dueño de aquellos territorios, se trasladó á la Sabanilla. En esta fortaleza, ya por completo terminada, halló al capitán Del Río, recién llegado de su expedición á Malanao.

Desde la Sabanilla marchó Almonte á Zamboanga, siendo extraordinariamente agasajado por el régulo de Sibuguey á su paso por el territorio de este magnate, quien le donó 30 cautivos, obsequiándole con curiosas armas.

Cachil Datan se obligó á pagar 2.000 tributos por

año y á contribuir al levantamiento de un fuerte á la entrada del río de Sibuguey, que debía ser guarnecido por españoles; y al efecto quedó un ayudante con 50 soldados españoles y pampangos.

El general Almonte, á su vez, le concedió un rico botín por su eficaz auxilio en la campaña contra Moncay.

En Zamboanga celebróse el buen éxito de la expedición con inusitada magnificencia. Los intrépidos zamboangueños tomaron en estos festejos una parte importantísima (26 de Mayo de 1639).

CAPÍTULO VIII.

Campaña contra los malanaos.—Antecedentes necesarios.—Valor del P. San Agustín.—Sus luchas contra mindanaos y malanaos.—Solicitan los jesuitas la expedición.—Confíase al capitán Atienza.—Vacilaciones de los moros.—Invade Atienza su territorio.—Escasa resistencia que oponen.—Optan por someterse.—Opina el P. San Agustín se deje un presidio fortificado.—Opónense los jesuitas.—Envía Almonte á Del Río á completar la conquista.—Reclaman los jesuitas la administración del territorio y se les otorga.—El P. San Agustín y los malanaos la piden en Manila para los recoletos y que se funde un presidio.—Se oponen los jesuitas.—El general lo niega.—Con la retirada de las tropas se malogra el éxito de esta campaña.—Defección de los malanaos.—Va el capitán Bermúdez á la Laguna.—Fíngense amigos hasta recuperar los rehenes.—Declaran su oposición á los españoles.—Los cercan en su fuerte.—Medios ingeniosos de hacer la guerra.—Apuro de los sitiados.—Piden socorros al gobernador de Caraga y al padre capitán.—Dificultades que vencen éstos en su marcha.—Salvan á la guarnición.—Huyen los sitiadores á los montes.—Abandona Bermúdez á Malanao.—Construye un fuerte en Iligan.—Nueva expedición del capitán Atienza.—Sus escasos resultados.—Construyen los expedicionarios un fuerte, resuelven retirarse de la Laguna y lo confían á un datto amigo.—Marcha Atienza á Iligan.—Queman el fuerte de Malanao.—Triste fin de estas campañas.—Es reforzado el fuerte de Iligan.

Reseñada la brillante campaña del general Almonte contra los buhayenes, vamos á describir las diversas expediciones que hubo precisión de hacer al territorio de Malanao. Necesario es, para su mejor inteligencia, consignar ciertos antecedentes.

Los religiosos recoletos extendieron sus misiones ha-

cia 1624 al partido de Bayug, principiando sus trabajos evangélicos, con buen éxito, el P. Fr. Juan de San Nicolás.

Algún tiempo después fué nombrado misionero del pueblo de Cagayán el religioso de la misma orden, Fr. Pedro de San Agustín, joven de brioso temperamento y de militares aficiones, quien hizo levantar en la provincia de Caraga el fuerte de Linao, instruyendo á los indios en el manejo de las armas de fuego.

El término encomendado á la administración espiritual del P. San Agustín sufría continuos ataques por parte de las tropas de Corralat. Para contrarrestarlos fortificó el pueblo, probando en su defensa contra los moros la utilidad de sus medidas.

Llenóse de coraje el sultán de Mindanao ante la resistencia de tan pequeño lugar, y mandó 2.000 hombres á tomarlo.

Tuvo aviso de ello el P. San Agustín y, apercibiéndose á la defensa, rechazó á los moros gallardamente.

Proyectó entonces Corralat apoderarse del padre con asechanzas traidoras, por medio de los habitantes de la laguna de Malanao. Éstos invaden el pueblo de Cagayán, hallándose ausente el misionero, y causan sensibles daños. Sabe el padre con gran dolor el suceso; arma á sus más aguerridos feligreses; penetra por tierra de los malanaos, y les toma, saquea é incendia sus pueblos, volviendo á su residencia con muchos despojos.

Pretendían los jesuitas que el territorio de la Laguna era de su jurisdicción, y por más que ningún misionero suyo lo ocupaba, no vieron con buenos ojos la intrusión de los recoletos; pero como carecían de los bríos del P. San Agustín, acudieron al gobernador general en demanda de que fuese una expedición militar á re-

ducir á los malanaos, para una vez libre el país de riesgos encargarse de su administración. Comunicó Corcuera las órdenes necesarias al general Almonte, y éste confió dicha empresa al capitán D. Francisco de Atienza, persona muy á propósito por su valor y condiciones. Escogió Atienza 50 soldados y 500 caragas voluntarios, solicitando el auxilio del P. San Agustín, que á la sazón desempeñaba el curato de Butuan. Aparejaron seis embarcaciones, dispuestas para ser desarmadas y conducidas en hombros á donde conviniese utilizarlas, y desde el pueblo de Bayug emprendieron el camino de Balooy, recibiendo el oportuno auxilio del datto Dolomoyon, resentido con los malanaos por cuestiones habidas entre ellos.

Los habitantes de la Laguna reunieron hasta 6.000 hombres de guerra para oponerse á los expedicionarios; pero no tardaron en desertar muchos, y decidieron los caciques enviar algunos regalos al capitán español, con el consejo de que retrocediera, porque de seguir adelante iba á experimentar grandes perjuicios.

Contestó Atienza que era preferible morir que perder el honor retrocediendo, y que pensaran si les convenía mejor someterse para evitarse los males de una guerra. Hubo distintos pareceres entre los principales de la Laguna, dando lugar con sus vacilaciones á que se presentara Atienza en su territorio (4 de Abril de 1639), sin que utilizaran los malanaos los pasos fortificados que habían prevenido.

Arman los nuestros con rapidez sus embarcaciones y se aproximan á un fuerte, en cuyas cercanías hallan hasta 40 buques contrarios. Sus tripulantes los abandonan saltando en tierra. Los expedicionarios se apoderan de los barcos sin dificultad y ponen fuego al pue-

blo de Vato. Prosiguen al día siguiente su marcha, utilizando las canoas cogidas, y al acercarse á las poblaciones principales les salen al encuentro embajadores de paz ofreciendo vasallaje y tributos. Aceptada la proposición por Atienza se procedió al empadronamiento de 50 pueblos, sujetos hasta entonces al dominio de cuatro dattos, inscribiéndose 2.009 familias.

Los recoletos administraron el Bautismo á más de 200 personas, y se dispuso que quedase á su cargo el ministro de Bayug.

En el río de Didagun mandaba el datto Pagayabon; en el río de Taruca, Dagolo; en el de Banayan, Macaluyo; en el de Bayang, Mabololo, y en las alturas de Taraca el valeroso Monocor. Estos caciques estipularon con Atienza que admitirían religiosos españoles y edificarían iglesias, accediendo, en prueba de su buena fe, á que sus hijos y hermanos pasaran á Manila en calidad de rehenes.

Opinaba, acertadamente, el P. San Agustín que, para asegurar la conquista realizada y evitar levantamientos en lo sucesivo, se debía construir un fuerte en sitio estratégico, dejándolo guarnecido. No fué muy del gusto de las tropas este consejo y resolvieron dar por terminada su misión, libertando á 17 cautivos y llevándose las armas de fuego que hallaron entre los naturales.

Dió parte de todo el jefe de la fuerza al general Almonte, y éste, para afianzar por completo la conquista, envió al sargento mayor D. Pedro Fernández del Río, y al capitán Juan de Heredia Hermastegui, con 70 españoles y 500 visayas. Penetraron por tierras de Corralat; vencieron cuantos obstáculos les opuso el enemigo en el belicoso partido de Butig, sujeto al dominio del datto Matundin, y reuniéndoseles el capitán Atien-

za con su gente, fué tal el pánico de los malanaos que todos acudieron solícitos á empadronarse. Iba con Del Río el padre jesuita Pedro Gutiérrez; expuso que el territorio sometido correspondía á la Compañía, y el sargento mayor le dió la posesión de aquellos pueblos el 20 de Abril de 1639, regresando ambos al cuartel general y Atienza á su provincia de Caraga, después de fortificar á Bayug, donde dejó con algunas fuerzas á su ayudante.

Estas determinaciones apenaron en gran manera al P. San Agustín, viendo así malogrados los fines de tan afortunada campaña, pues tenía por seguro que los malanaos volverían en breve á su anterior independencia. Sus ideas le impulsaron á ir á Manila en compañía de algunos principales malanaos; expusieron al gobernador general cuán necesario era fundar un presidio con fuerte guarnición que mantuviera á raya las sugestiones de Corralat y en la fe jurada á los pueblos sometidos á España. Corcuera prometió hacerlo así; pero mediaron los jesuitas, y entonces el gobernador general se negó á conceder la administración espiritual de la Laguna á los recoletos.

Los malanaos volviéronse contrariados á su país, y el P. San Agustín se retiró á su curato de Butuan.

Gran pena produjo en Malanao ver llegar sin los rehenes á los caciques que habían ido á Manila con el padre San Agustín; y unido este disgusto á las sugestiones de Corralat, careciendo del freno de un fuerte en su país y de religiosos que aprovecharan las conversiones hechas, fué cundiendo el espíritu de insurrección entre ellos, y al verse libres de la presencia de las tropas, faltando á sus pactos y compromisos, derribaron las cruces y quemaron los camarines que habían servido de iglesias.

El general Corcuera, que lo ignoraba, mandó al ca

pitán D. Pedro Bermúdez de Castro, con 50 españoles y 500 indios de Bohol, á establecerse en la laguna. Iban con él los padres jesuitas Diego Patiño y Gregorio Belín, y los malanaos retenidos en Manila en calidad de rehenes.

Fingiéronse amigos los indígenas hasta conseguir la devolución de sus compatriotas; pero logrado esto, mostraron á las claras lo poco dispuestos que estaban á que los españoles permanecieran en su país, suspendiendo desde luego la entrega de los materiales con que contribuían antes á los trabajos del fuerte comenzado.

Prolijo sería relatar los mil medios ingeniosísimos que pusieron en práctica para sorprender á sus enemigos. Consistía uno de ellos en ciertas torres de maderos y cañas, colocadas sobre balsas que hacían llegar por el río hasta el fuerte en construcción, contra el cual disparaban sus falconetes y lantacas. La tenacidad y constancia del asedio y la escasez de provisiones, puso á los españoles en el último apuro.

En tan duro trance convinieron pedir auxilios al alcalde de Caraga, impetrando además la protección del célebre *padre capitán* Fr. Pedro de San Agustín, á quien escribió una humildísima y apremiante carta el P. Belín (1).

(1) "Mi padre, decía, olvídese V. R. de agravios, que le doy mi palabra, como quien soy, de hacer con el señor gobernador y mi religión, que se logre lo que V. R. y sus santos compañeros tanto han trabajado. Mire por la honra del rey de España, y por las obligaciones con que nació, y por la caridad que obliga en esta ocasión al socorro de esta tropa desgraciada en no haber merecido la compañía de V. R., que sin ella á buen seguro que el capitán D. Francisco no hubiera tenido la dicha que tuvo y logró, por resistirse á dejar aquí Presidio. Mi padre, en la tardanza está el peligro; yo se lo suplico á V. R. por Dios y su Madre, y espero gran socorro de todo, etc.: á 9 de Marzo de 1640. Todo de V. R — *Gregorio Belín.*"

Hallábanse juntos en Butuan Atienza y el P. San Agustín, y en vista de estos despachos, marcharon con gente y víveres al socorro de los sitiados: vencen dificultades sin reparar en sufrimientos ni fatigas, y salvando montes y ríos llegan al pie del fuerte en ocasión en que, faltos de todo alimento, sucumbían de hambre tras veintinueve días de asedio.

Merced á su presencia, los malanaos levantaron el cerco.

Para vengar la rebeldía de éstos fueron, en varias embarcaciones, á destruir sus pueblos y sementeras, único daño que podían causarles, por haberse retirado á los montes.

Bermúdez resolvió, de acuerdo con el parecer de los jesuitas, abandonar la empresa por temor á un nuevo cerco, pretextando la escasez de bastimentos y el estado de insurrección de los naturales. En virtud de tan precipitada como imprevisora medida, demolió el fuerte, retirándose á Iligan.

En este punto hizo levantar un fuertecito á orillas del río: lo fortificó, y puso á su cuidado al ayudante Francisco Alfaro, con una pequeña guarnición. Bermúdez pasó á Manila á dar cuenta de todo al gobernador general.

El capitán Atienza, después de una expedición á Panguil, en la que fué menos afortunado que en sus anteriores empresas, pues tuvo que retirarse sin recabar ventaja alguna; vencido, más que por los indígenas, por los huracanes é inclemencias del tiempo, fué con sus buques y con sus tropas nuevamente á Malanao, cumpliendo órdenes del gobernador general.

Halló el territorio desierto por haber huído sus moradores á los montes tan luego supieron la llegada del

ejército, sin consentir bajar á poblado ni por ruegos y ofrecimientos ni por amenazas. Tan sólo el datto Mabololo permaneció en su pueblo y lo recibió afable.

En vista de ello, consideraron sus capitanes inútil la expedición, para no hacer mayores gastos tan estériles como hasta allí.

Parece ser que el P. Patiño aconsejó que fuesen á buscar los bastimentos de que carecían á tierra de los moros.

Acapararon los granos abandonados en las sementeras, arrasando y quemando cuanto pudieron, sin conseguir atacar á los malanaos por ser inaccesibles sus montes á causa de su extraordinaria aspereza. Construyeron también un fuerte; pero apenas concluído, creyendo vano empeño permanecer en él, lo confiaron al cuidado del datto Mabololo, con encargo de que mantuviera el territorio de la Laguna en la obediencia de España. Hecho esto, se retiró Atienza á Iligan con su poderosa escuadra. Á poco supo que un esclavo de Mabololo había incendiado el fuerte de Malanao. Indudablemente este cacique hizo causa común con sus paisanos, y para disimular su perfidia resolvieron destruir el fuerte.

Tal fin tuvieron las repetidas expediciones contra los malanaos por no haber seguido el primitivo consejo del experto *padre capitán*.

Aparte de los gastos consiguientes, hubo que lamentar también en esta expedición la muerte del capitán Andrés de Rueda, que se apartó de su tropa yendo de Iligan á Malanao, y cayó en una emboscada de los naturales.

Otro tanto sucedió al padre jesuita Francisco Mendoza, que le acompañaba (7 de Mayo de 1642).

Reforzado el fuerte de Iligan con parte de las tropas procedentes de la infructuosa campaña á la Laguna de Malanao, quedó al cargo del capitán Pedro Durán de Monforte, y en su compañía el padre jesuita Diego Patiño, á quien sustituyó después el P. Antonio Abarca, conservándose hasta hoy dicho fuerte como hubieran podido mantenerse los demás.

CAPÍTULO VIII.

Fingida sumisión de los joloanos.—Sus traidores intentos.—Alevosía que cometen.—Va Almonte á Joló.—Ordena la captura del sultán.—Frústrase esto.—Derrota de sus defensores.—Victoria naval de Mata contra el datto Paquian.—Castigo que impone aquél en varias islas.—Campaña contra los guimbas.—Valor de estos salvajes.—Son derrotados.—Magnanimidad de Almonte.—Es nombrado general de las naos de Acapulco.—Regresa á Manila.—Liviandad del gobernador Morales.—Furia del cacique de Tandú.—Conspiración de los joloanos.—Manda pasar al fuerte á 80 moros armados.—Niéganse éstos.—Quiere obligarlos, los desarma, los persigue, se revuelven al cabo y es herido.—Cunde la insurrección por la isla.—Procura en vano calmarlos el gobernador interino.—Va á reducirlos el general Mata.—Cautiva hasta 3.000 moros.—Imprudencia de su sucesor Morales.—Es muerto por los naturales de Paran.—Derrotan los moros á la cansada tropa.—Restablece la disciplina el nuevo gobernador Cepeda.—Ataca y vence á los de Paran.—Castigos que impone á otros isleños.—Persistencia de los malayo-mahometanos en sus excursiones piráticas.

Vamos á reseñar otra campaña en que el invicto general Almonte recogió nuevos laureles.

Los joloanos habíanse mostrado en un principio afables y sumisos, con el intento de ganar la confianza del gobernador de la isla, considerando así más fácil deshacerse de los españoles. Supieron los padres jesuitas allí destinados la trama urdida, y avisaron al gobernador Ginés Ros que estuviese prevenido; pero éste, achacando á temor sus sospechas, descuidó más de lo conveniente vigilar á los inquietos mahometanos. Un día

se presentan en el fuerte gran número de moros armados con pretexto de empadronarse, y los centinelas, recelando de sus propósitos, se niegan á permitirles la entrada. Volviéronse llenos de furor, y yendo á caer sobre unos indefensos individuos del destacamento que trabajaban en una cantera, mataron á dos españoles y á 40 indios, escapando los demás por pantanos y lodazales (Setiembre de 1638).

Este hecho sirvió para que los jesuitas y algunos oficiales demostraran al capitán Ros el fundamento de sus sospechas.

Después dijeron los joloanos al gobernador que habían fraguado esa intentona los moros de Tawi-tawi sin la anuencia, antes bien con gran sentimiento del sultán, cuyo único anhelo era conservar la buena amistad de los españoles. Bien fuese que convencieran estas falsas protestas al capitán Ginés Ros, ó que convenía á sus intereses no romper abiertamente con los moros para seguir efectuando el lucrativo comercio que, según los padres jesuitas, realizaba con aquéllos por medio de un *personero* suyo, es lo cierto que de nuevo se mostró confiado en demasía y sordo por completo á los avisos de los jesuitas y de su colega el castellano del Cerro. Éstos acudieron en queja á Almonte: recibió el general los despachos en Basilan, á donde le habían llevado asuntos de interés, y sin regresar á Zamboanga marchó á Joló con cuatro embarcaciones.

Expúsole el gobernador Ros que exageraban su temor los denunciantes, con el intento de arrebatarle la gloria de las reducciones realizadas. Oyó Almonte á unos y otros, y pronto se convenció de que la conducta de los joloanos no era tan leal y noble como el gobernador decía, descubriéndose su engaño por un chino

cautivo del que hizo acuchillar á los trabajadores de la cantera, cuyo astuto moro era el mismo que mediaba á título de amigo entre el sultán y el gobernador. Almonte reprendió al capitán Ros su excesiva confianza, y para castigar á los joloanos les tomó 120 embarcaciones. Por ser indispensable su presencia en Zamboanga, aplazó para más adelante el completo escarmiento de los rebeldes.

De regreso este valeroso caudillo de las Molucas, y aún no repuesto de las fatigas de su activa campaña al reino de Buhayen, de la que, según en su lugar dijimos, entró victorioso en Zamboanga el 26 de Mayo de 1639, marchó á Joló el 4 de Junio siguiente, llegando el 7 á la una de la noche. En el acto pasó á bordo el gobernador de la isla D. Luis de Guzmán, que había sustituído al infeliz Ginés Ros (1).

Enteróse Almonte del estado de las fuerzas enemigas, y pasó el resto de la noche dictando disposiciones para el mejor éxito de su campaña. A la madrugada del día 8 desembarcó, resuelto á hacer cruda guerra á los moros en castigo de su mala fe. Revisó sus tropas, que no pasaban de 600 hombres entre españoles é indígenas de Filipinas y de Molucas, y dividiéndolas en dos columnas, á las órdenes de los capitanes D. Agustín de Cepeda y D. Gaspar de Morales, les dió orden de capturar al sultán, el que, según verídicas noticias, se hallaba fortificado en la espesura de un bosque, tres leguas al interior (2). Cada una de estas columnas fué re-

(1) Relevado de su cargo, embarcó Ros en una galera valiosas mercancías para realizarlas en Manila, siendo asesinado al salir de la rada de Joló por los chinos que iban en el buque, codiciosos de apoderarse de su cargamento.

(2) He aquí el texto de la orden que pasó el general Almonte á sus

forzada con 300 auxiliares para los oficios mecánicos.

También dispuso que el sargento mayor D. Pedro de la Mata y el capitán D. Diego Sarriá marcharan con la escuadra en persecución de un hijo del sultán, el datto Paquian Bactial, que había ido en busca de auxilio á las islas inmediatas. Otras tres armadillas de ocho embarcaciones salieron á cruzar, situándose en los puertos importantes de la isla para impedir la fuga de los moros y la entrada de socorros.

Marchaban sigilosamente las tropas destinadas á la captura del sultán, cuando hizo la casualidad de que, al llegar cerca de un barrio inmediato á la residencia del fugitivo magnate, se disparase el mosquete de un soldado. Esta detonación introdujo la alarma entre los moros: tocaron á rebato, reuniéronse cuantos en el barrio estaban apercibidos á la pelea, y empeñaron con las tropas heróica lucha, dando tiempo á que su señor escapara en una barquilla á Tawi-Tawi con tal premura, que dejó abandonada á su familia y riquezas. Muchos mahometanos pagaron con la vida tan señalado rasgo de amor á su rey. Una vez conocido este importante triunfo, decayó visiblemente el esfuerzo de los joloanos.

capitanes:—"Señores capitanes: Vuesas mercedes van con esta tropa: las cinco de la tarde son; en aquel cerro está el rey de Joló muy descuidado de este acontecimiento, y muy confiado en que en nuestro atrevimiento para acometerlo no hay brío; tengo cercada la mar para que no se huya ni le entren refuerzos; así, á las ocho de la noche, sin que esta disposición la entienda moro alguno, han de estar vuesas mercedes con esta gente de armas, y han de pelear hasta que mueran todos; prendiendo ó matando al rey si pretendiere huir, y si lo consiguiese me avisarán con pronto despacho. Estoy en la satisfacción de que estas facciones son lo menos que pueden emprender obligaciones de tales soldados y mis amigos."

Habiendo surgido disentimientos entre los capitanes Cepeda y Morales, mandó Almonte quedaran á las órdenes del sargento mayor D. Luis de Guzmán, y que juntos recorriesen y avasallasen toda la isla, entrando á sangre y fuego los pueblos que opusieran resistencia por medio de las armas, á cuyos cabecillas deberían cortar la cabeza y colgarlas de los árboles para ejemplaridad de su castigo, perdonando en cambio á los pueblos que se rindieran.

Para apoyar los movimientos de la tropa, y en combinación con ella, iban por la costa dos bergantines bien armados.

Un mes invirtió Guzmán en esta comisión. Redujo muchos pueblos, castigó á otros y se mostró piadoso con los vencidos hasta el extremo de hacer construir grandes camarines para que sirvieran de albergue á los que habían perdido su hogar por el incendio de sus pueblos. El capitán D. Juan Heredia se hizo cargo de los vencidos, á los que trató con mucho cariño, suministrándoles arroz y cuanto necesitaban.

Por mar fueron igualmente felices los expedicionarios.

La escuadra de Mata halló á la que dirigía Paquian Bactial, y libróse entre ambas rudo combate. Los moros, derrotados en toda la línea, huyen á ocultarse en los mangles. Perseguidos y alcanzados, muchos caen muertos y heridos. Mata se apoderó de la mayoría de sus piraguas, y puso en libertad á los cautivos que llevaban.

Reforzada su escuadra con las embarcaciones procedentes de otros puertos del Archipiélago de Joló, en los cuales habían apresado 20 buques, se dirigió á la importante isla de Tawi-Tawi. Tras breve ataque la redujo por completo.

Cogió multitud de embarcaciones y armas, y libertó á 112 cautivos. También impuso severo castigo á los moradores de Babuan, Tandu-Bato, Matabuan y otras islas tributarias de Joló, sometiéndolas al dominio de España. Perdieron la vida en esta expedición sobre 500 piratas. A su regreso á Joló fué Mata felicitado por el general Almonte.

El 12 de Julio se dió por terminada la campaña con la total sumisión del Archipiélago joloano, conservando en rehenes á familias de los principales caciques de las islas sometidas. Sólo del sultán no se pudo tener noticia.

Los guimbas, aguerridos salvajes residentes en los montes que circundan á Joló, enemigos constantes de los joloanos, lejos de reconocer la soberanía de España, contestaron arrogantemente á los comisionados españoles «que ya les harían conocer la diferencia que había entre ellos y los joloes.»

Acababa Almonte de recibir despachos de Manila nombrándole general de la nao de Acapulco; y aunque sus capitanes le aconsejaban que marchara á hacerse cargo de tan importante empleo, no lo consintió hasta castigar la soberbia de los guimbas. Sólo pudieron conseguir que no concurriera en persona á esa campaña, indicándole que se considerarían rebajados si tan escaso aprecio hacía de ellos.

Fué, pues, á batir á los guimbas una división á las órdenes del sargento mayor D. Luis de Guzmán, cuyo segundo era el valiente capitán Cepeda (16 de Julio de 1639).

Al divisar á los españoles se presentaron en batalla los feroces monteses, cubiertos con una armadura de cuero de búfalo sumamente fuerte, arrojándose ciegos

de ira contra sus enemigos. A pesar de su bravura son rechazados y dispersos, pero se rehacen de improviso y dan una brillante acometida. El valeroso Guzmán es mortalmente herido en el pecho de dos lanzadas. Sus tropas, lejos de desmayar, cobran con esto coraje, luchan con heróico valor y logran ponerlos en fuga, haciéndoles dejar en el campo 200 cadáveres.

El capitán Cepeda tomó el mando, é hizo transportar á Guzmán y 20 heridos más á Joló. Marchó después contra los guimbas con tanta actividad y energía que consiguió destruirlos, dando muerte á más de 400 y causándoles 300 heridos. Además de Guzmán, murieron siete españoles y 20 indios. Los heridos pasaron de 40.

Almonte concedió libertad á los prisioneros, reteniendo en rehenes 30 de los más caracterizados. Dejó al capitán Morales de gobernador de Joló con fuerzas suficientes, y por capellanes á los padres jesuitas Alejandro López y Francisco Martínez, y marchó á Zamboanga, en cuya villa efectuó su solemne entrada el 31 de Julio. Despidióse de las tropas que había guiado tantas veces á la victoria, y de sus gobernados, que en él admiraban las excepcionales dotes de su carácter, su gran rectitud, su moralidad y prudencia, y partió para Manila el 5 de Agosto de 1639, llevando como trofeos de sus campañas cautivos, armas, banderas y riquísimos despojos, de todo lo cual hizo entrega al gobernador general de las islas.

La despedida de los zamboangueños á su preclaro gobernador y el recibimiento hecho en Manila al héroe invicto de Mindanao, Joló y Molucas, honrado con el más pingüe destino de las islas, fué digna de tan esforzado caudillo.

El ilustre general D. Pedro de Almonte Verástegui

dejó escrita en letras de oro las páginas más brillantes de la *Historia de Mindanao y Joló*, teatro principal de sus legendarias hazañas. En él tienen noble ejemplo que imitar cuantos en aquellos apartados y hermosos confines de la madre patria vistan el honroso uniforme del ejército. La historia, haciéndole la debida justicia, ha esculpido ya su nombre en el eterno libro de la fama.

Con el regreso del ilustre general Almonte á Manila, los asuntos de Joló empeoraron considerablemente, debido á las torpes liviandades del gobernador Morales y á la falta de prudencia de sus subordinados.

Habiéndose rendido los naturales de Tandú, pretendió Morales que el cacique Salibanza le entregara en rehenes una hija suya, de doce años de edad, dotada de extraordinaria belleza. Sospechó la madre de ésta que no eran puros los propósitos del gobernador, y Salibanza se brindó á quedar en rehenes en lugar de su hija.

Convino en ello el gobernador para disimular. Después propuso á Salibanza fuese á Manila á dar cuenta de la sumisión realizada. Tan luego partió el buque, hizo que los soldados pampangos le llevasen la muchacha al fuerte, produciendo este hecho general escándalo.

Enteróse en Zamboanga su afligido padre; pero no le fué posible la huída por la vigilancia que ejercían sobre él, realizándola al cabo desde Otón. Una vez en Joló, concitó contra los españoles á todos sus amigos, conviniendo en tomar el fuerte por sorpresa y asesinar á la guarnición.

No faltó quien noticiase al gobernador la vuelta de Salibanza y la conjuración tramada: entonces adoptó algunas precauciones é hizo prender á los más comprometidos.

Viéndose descubiertos, retrajéronse los moros de fre-

cuentar el trato de las tropas, aunque sin retirarse por completo. Un día aparecieron en la orilla opuesta del río 80 joloanos. El gobernador los invitó á pasar al fuerte, y se negaron. Mandó ocho soldados para obligarles á obedecer, y solamente lo hicieron ocho. Montó en cólera el gobernador, que era más valiente que comedido en sus actos; atravesó el río, dando orden á la fuerza de disparar caso de que opusiesen resistencia, y desarmó á algunos; otros se retiraron al monte, y el porfiado Morales los sigue; pero rendido y sin darles alcance, volvió á las orillas del río hecho un loco. Cierto soldado le advierte que un joloano de los 40 que allí estaban se había negado á entregar su cris, ocultándolo; el gobernador la emprende á palos con él, y sacando su cris el moro, dijo:—¿Qué es esto, joloanos; cómo permitís que los castilas nos apaleen? Al oirle, se echan sobre sus armas, amontonadas en el suelo, y cierran frenéticos contra los españoles, hiriendo al gobernador: mientras varios soldados lo trasladan al fuerte en una barca, los demás procuran defenderse y ofender á los agresores. Un sargento murió ahogado, y los soldados pudieron ganar la orilla opuesta del río merced al auxilio de la guarnición, que por medio de los cañones logró ahuyentar á los furiosos joloanos, pereciendo siete.

Este suceso puso en conmoción á toda la isla.

El gobernador de Zamboanga dispuso que se hiciera cargo del gobierno de Joló el sargento mayor Don Juan Ruiz Maroto. Procuró contentar á los joloanos; pero no alcanzó lo que deseaba, porque las pasiones estaban muy exacerbadas.

Para reducirlos á la obediencia, fué con suficiente armada el general de las fuerzas marítimas del Sur, Don Pedro de la Mata Vergara, quien recorrió las costas del

Archipiélago de Joló, haciendo hasta 3.000 cautivos y quemando multitud de pueblòs.

Tuvo Mata que retirarse á Mindanao por atenciones del servicio, y dejó el mando de la escuadra á su segundo Gaspar de Morales. Este valeroso, aunque imprudente jefe, desembarcó en Paran: halló el pueblo desierto, y quiso perseguir á los fugitivos. Midiendo por su extraordinario vigor la resistencia de sus soldados, los obligó á marchas forzadas y á caminar tanto, bajo un sol abrasador, que iban quedándose atrás rendidos. Cuando dió vista á los moros, tan sólo le seguían ocho españoles.

Al ver cuán pocos eran, acometen los mahometanos, y aunque el valor de Morales y sus compañeros fué heróico, perecieron todos á manos de aquéllos. Su victoria les animó á cargar sobre la cansada tropa, y en la desigual lucha mataron á 39 españoles. Si Morales hubiese sido prudente, bien pudo, teniendo bajo su mando 150 arcabuceros españoles y 450 indios de todas armas, haber sujetado por completo sus islas.

El nuevo gobernador de Joló, D. Agustín de Cepeda, sintió mucho esta desgracia por el efecto moral que necesariamente tenía que producir entre los malayo-mahometanos. Formó decidido propósito de vengar la derrota sufrida, y para lograrlo mejor restableció la disciplina, haciendo que las tropas practicaran ejercicios diarios, habituándolas así con las fatigas del campamento.

Un día escogió 30 españoles y algunos indios y fué á caer sobre el pueblo de Paran, acometiendo con tal ímpetu á sus moradores, que pocos lograron escapar con vida, no obstante hallarse apercibidos á la defensa, reconquistando el buen nombre perdido en la campaña anterior de Morales.

Prendió al paulima (gobernador) moro y otros principales, é incendió el pueblo.

Marchó en seguida con más gente á batir á los habitantes de las islas de Pangutaran y de Tapul, manteniendo constante guerra contra los joloanos.

Así y todo, no dejaban de salir algunas expediciones piráticas.

Una de ellas cayó sobre Calamianes, logrando aprehender al recoleto Fr. Martín de la Ascensión y á algunos indios.

El religioso, víctima de malos tratos, murió en su cautiverio de Tuptup al cabo de un mes.

CAPÍTULO IX.

Astucia del sultán de Mindanao para coger un bergantín guarda-costas de la Sabanilla.—Arriba otro mercante á sus costas.—Va el P. Gutiérrez á negociar con Corralat.—Lo retiene preso.—Ascendiente del jesuita.—El sultán le autoriza á celebrar paces.—Pesar que esto causa al rey de Buhayen.—Traición de un artillero flamenco.—Alevosía de Moncay con el capitán Lucero.—Muerto éste ataca el fuerte.—Valerosa defensa del ayudante Zavala.—Defección de Manaquior.—Sus secuaces pagan con la vida su traición.—El oidor La Rosa envía á Marmolejo en socorro de Zavala.—Reta aquél á Corralat á un combate personal.—Furor del sultán.—Concierta con Manaquior el vengarse.—Cercan el buque de Marmolejo en el río de Simuay con multitud de embarcaciones.—Extraordinario valor de Marmolejo.—Desmontada su artillería toman su buque.—El sultán le perdona la vida por su heroísmo.—El general Mata conviene con Corralat la devolución de los prisioneros y el abandono de Buhayen.—Disgusto de Corcuera al saberlo.—Manda decapitar á Marmolejo.—Ordena el abandono de la Sabanilla y que se haga guerra al sultán.—Morales ataca los fuertes de Corralat.—Éste se interna en los bosques.—Intenta después tomar el pueblo de Lútaos de Zamboanga.—Es rechazado con pérdida de gente.—Concierta se rebelen los basilanos.—El valor del ayudante Ulloa salva aquel fuerte.—Opinión de los historiadores regulares respecto á las campañas de Corcuera.—Estado próspero en que éste deja el Tesoro al cesar en su gobierno.—Mal pago que obtiene.—Un pirata camucón persigue al Arzobispo.—Se halla el ámbar en Joló

Los asuntos de Mindanao no presentaban más próspero aspecto que en Joló.

El astuto sultán Cachil Corralat, molestado por la vigilancia que con las naves piratas ejercía desde la Sabanilla un bergantín guarda-costas, ideó tenderle una emboscada. Hizo aproximar á la fuerza una piragua, y el capitán del bergantín, contraviniendo las órdenes del

gobernador de la Sabanilla, D. Agustín de Cepeda, salió en su persecución con 24 mosqueteros: á poco descubre tres caracoas piratas, y empeñado en cogerlas, se apartó de la plaza más de lo conveniente. Entonces lo atacaron siete joangas que estaban ocultas en una ensenada. Conocido el engaño, la tripulación del bergantín se defendió bien, matando á 80 moros; pero fué rendida.

Después, otro bergantín arribó por un temporal á las costas del territorio de Corralat, y éste se apoderó de él con pertrechos y gente.

Para negociar la libertad de los cautivos y otros asuntos de interés, fué el P. Pedro Gutiérrez á la residencia de Corralat. El astuto moro retuvo al padre jesuita en su corte, ya con unos, ya con otros pretextos, á fin de tener esa garantía contra los españoles.

Adquirió el padre grande ascendiente y amistad con el sultán, y un día, como revelándole un gran secreto, le comunicó en confianza que pronto iría contra él una poderosa armada.

Agradeció Corralat la noticia; quiso evitar las contingencias de una nueva campaña, y confirió sus poderes al P. Gutiérrez para ajustar paces con los españoles, concediéndole su bandera para que ni en paz ni en guerra fuese molestado por sus súbditos.

Mucho sintió el rey de Buhayen este pacto, deseoso como estaba de perjudicar á los españoles en venganza de su pasada derrota.

La guarnición española de este territorio acababa de sufrir un sensible contratiempo. Ganó Moncay á un artillero flamenco, y, merced á su traición, se apoderó de 20 españoles y de un bergantín que conducía víveres á la fortaleza.

Alentado por su triunfo artero, propuso al jefe de la

fuerza una entrevista fuera de aquel recinto, con pretexto de pactar paces. El capitán Lucero, un oficial y el religioso Fr. Pedro Andrés de Zamora, con algunos soldados, acuden confiadamente á la cita. Cuando más desprevenidos estaban, aparecen infinidad de moros acuchillando alevosamente á los españoles. El oficial murió en el acto. El capitán Lucero, herido de gravedad, fué transportado al fuerte por un sirviente suyo, pero vivió muy pocas horas. Igual suerte cupo al religioso, pues sólo sobrevivió tres días. Los moros atacaron la fortaleza; pero el ayudante Francisco Zavala, que asumió el mando, la defiende con bizarría y logra rechazarlos (1).

Lo que estorbó el valor de la guarnición, intentan conseguir por medio del engaño. Manaquior, hasta entonces fiel aliado de los españoles, pidió al sultán de Mindanao le concediese en matrimonio una de sus hermanas, ofreciendo por dote hacerle dueño de la fortaleza española. Aceptada la proposición por Corralat, penetró en el fuerte en son de aliado el moro Campón con 100 manobos aguerridos. Era su intento asesinar á los centinelas y apoderarse del fuerte. El éxito no correspondió á sus esperanzas, porque, avisado oportunamente Zavala, mandó cerrar las puertas tan luego estuvieron dentro la mayor parte de ellos: hizo en el acto disparar contra los de fuera, matando á 70, y los restantes pagaron con la vida la traición que proyectaban, salvándose únicamente Campón, que se rindió á tiempo.

La ira del mudable Manaquior por semejante fracaso no tuvo límites.

(1) Según los historiadores jesuitas, debióse á la defensa de San Francisco Javier el que no fuese tomado el fuerte, asegurando que el santo apartaba las balas enemigas para que no causaran daño alguno.

El oidor D. Diego de la Rosa, comisionado por el general Corcuera para inspeccionar las fuerzas del Sur, al saber en Zamboanga las novedades de Buhayen, dispuso que el ayudante Matías de Marmolejo marchara á reforzar la guarnición con 50 españoles, un champán y dos lanchones. Navegaban estos buques por el río de Simuay, seis millas al Norte de Mindanao, residencia de Corralat; y como los lanchones retardaban la marcha por su pesadez, resolvió, contraviniendo las órdenes que le dieron, dejarlos en el puerto de la Sabanilla, é hizo trasbordar toda la gente al champán. Desde allí, con más arrogancia que prudencia, envió un cartel de desafío al sultán de Mindanao, provocándolo á un combate personal. Esperó tres días; pero como no obtuvo respuesta, continuó río arriba camino de Buhayen.

Irritado Corralat por el desafío de Marmolejo, y Manaquior por el fracaso de los suyos en la fortaleza de Zavala, se confabularon para vengarse.

Reunieron hasta 200 piraguas y 7 joangas, y se situaron en sitio conveniente del río de Simuay. Una semana después aparece el champán luchando contra la corriente. Las joangas lo rodean y lo acribillan á balazos. Marmolejo, con heróico valor, rechaza el ataque bravamente, causando la muerte á un hijo de Manaquior. Esto desconcierta á los moros, pero se reponen en breve: cercan por todas partes al champán y lo atacan con furor, sin lograr por eso vencerlo, á causa de los certeros disparos de sus cañones. En esta tremenda lucha transcurrió el día. La cubierta del champán presentaba hórrido aspecto con los cadáveres de sus valientes tripulantes; pero aún seguía defendiéndose, hasta que á mitad de la noche, desmontada su artillería por una bala de á 10, y escaso de gente el buque, lo entran al abordaje.

Salváronse únicamente Marmolejo y seis más, cuyas vidas hizo respetar Corralat, admirado de tanto valor. A tal punto llegó su aprecio del heroismo de Marmolejo, que quiso enviarlo á España para sustraerlo á las iras del general Corcuera. En el asalto del champán mató Manaquior por su propia mano al padre jesuita Bartolomé Sánchez (1.º de Junio de 1642), á pesar de que Corralat le gritaba que no lo hiciese.

Las consecuencias de esta derrota fueron terribles.

El general D. Pedro de la Mata supo en la Sabanilla, á donde había llegado con su escuadra, tan triste suceso, y creyendo evitar mayores males á los otros destacamentos, propuso paces á Corralat. Como consecuencia de un convenio celebrado entre ambos, el sultán entregó á Marmolejo y demás prisioneros españoles, con sus sirvientes, retirándose la guarnición de Buhayen á la Sabanilla.

Cuando el general Corcuera recibió el parte de lo ocurrido en Mindanao, su furor fué indecible. Atribuyendo todos los males que se siguieron á la indiscreción de Marmolejo, lo mandó decapitar en Zamboanga, cuya terrible sentencia se cumplió en la plaza pública de dicha villa, con profundo asombro de los moros que habían sido testigos de su valor.

También ordenó Corcuera al almirante Gaspar de Morales que demoliese el fuerte de la Sabanilla, y marchara con toda su gente á hacer la guerra á Corralat.

Este había aprovechado las treguas anteriormente concedidas por Mata en reanudar sus antiguas luchas con Moncay, á quien tenía puesto en grave aprieto.

Morales, en obediencia á las órdenes recibidas, destruyó el fuerte de la Sabanilla. Tuvo á poco la suerte de coger dos cañones, municiones y ropas que enviaban á

Corralat de las Molucas. Después, penetrando por el río de Buhayen, tomó varios fuertes defendidos por tropas del sultán, y hasta cercó á éste en su propia capital; pero aunque la tenía muy bien fortificada, escarmentado con la hazaña del cerro de Ilihan, se internó por montes y pantanos.

Algún tiempo después, para vengar este agravio, fué Corralat con 15 embarcaciones á deshacer el pueblo de *lútaos*, establecido al amparo de Zamboanga. Apercibidos á tiempo, se retiraron aquéllos. El gobernador, Don Pedro Palomino, no mostró la necesaria diligencia en acudir contra Corralat, y dió lugar á que escapase. Recibió segundo aviso de que, por estar en seco con la baja marea, era fácil coger los buques piratas: entonces mandó contra ellos al sargento mayor D. Juan Agustín César. Los moros habían arrastrado ya los buques hasta encontrar suficiente fondo; pero metióse en el estero, y seguido de sus españoles, llegándoles el lodo al pecho, mataron muchos moros, hasta que ya no pudieron seguirlos, quedando el brazo de mar bañado en sangre.

El sagaz Corralat, incansable en sus maquinaciones, divulgó luego por todas partes que en breve destruiría á los españoles con el auxilio de los holandeses, y que, una vez vencidos, se las vería con los que resistieran secundarle.

Los basilanos se confederaron con Corralat ofreciéndoles el río de Simuay para poblar, con la ventaja de cederles su tributo. Convinieron en ello los caciques, comprometiéndose á entregarle el fuerte, á la sazón defendido sólo por cinco peninsulares y ocho pampangos, bajo el mando del ayudante Ulloa. Corralat envió á su general Ugbo con una armadilla que debía auxiliar á los basilanos. Descubrióse el complot: acude la armadilla

mora á tomar por fuerza lo que ya no podían conseguir por traición, y cercan la fortaleza; pero el ayudante Ulloa, desplegando heróico valor, contuvo á los mindanaos hasta recibir socorros de Zamboanga, viéndose precisados los emisarios de Corralat á volverse á su país corridos y maltratados.

Los historiadores regulares de Filipinas achacan á los jesuitas el poco resultado que en definitiva se obtuvo de las brillantes victorias del general Corcuera en Mindanao (1) y le combaten rudamente; mas es lo cierto que, á pesar de los cuantiosos gastos que exigieron sus expediciones al sur del Archipiélago, el armamento de las tropas y las obras de reparación en los fuertes de Manila y Cavite, que tuvo necesidad de practicar, ante el anuncio de una invasión holandesa, dejó desempeñado el Tesoro en medio millón de pesos, bien ajeno, á la verdad, de que su sucesor, secundando la venganza de los frailes, encarnizados enemigos del ilustre general, contra el que se ensañaron cruelmente en el juicio

(1) "Los jesuitas eran muy amigos de apropiarse la gloria de todo; no tenían la mejor fama en orden á comercio, y eran muy déspotas cuando tenían á su disposición un gobernador, como lo estaba el Sr. Corcuera.

„Ellos achacan en su historia el no haber tenido efecto la pacificación de Joló y Mindanao á los capitanes, que querían tener el honor de haber reducido los pueblos; ó al comercio que querían tener con los indios; á los vicios carnales de algunos militares, y finalmente, á que desamparaban los presidios por falta de víveres, debiendo buscarlos entre los enemigos. No dudo que habría todos estos excesos, que serán siempre el motivo porque no se reducirán estas islas al dominio español; pero no me atrevo á decidir lo que frustró en esta ocasión las esperanzas que se habían concebido de sujetar de una vez estos moros, que nos hacían tanto daño, porque no debemos juzgar por lo que nos dicen los jesuitas que escribieron esta historia, por ser ellos los interesados.„

(P. Martínez de Zúñiga: *Historia de Filipinas*, cap. XVII, pág. 278.)

de su residencia, le tuviese cinco años en una estrecha prisión (2), al cabo de los cuales, haciendo justicia, aunque tardía, á sus relevantes servicios, le absolvió el Consejo de Indias, premiando el Rey sus méritos con el gobierno de las islas Canarias.

En 1641, practicando la visita diocesana el Arzobispo de Manila, Sr. Guerrero, fué acometido junto al pueblo de Naryan, en Mindoro, por un pirata camucón, que le tomó la embarcación con su pontifical y equipajes, salvándose difícilmente el prelado por la huída. El terror que le produjo este percance influyó mucho en su salud, quebrantada por los disgustos sufridos durante su gobierno, falleciendo el 2 de Julio.

En el mismo año se halló el ámbar en las costas de Joló. Los jesuitas fueron los primeros en explotar este rico producto, por desconocer los indígenas su valor.

(2) "Arrestáronle en la fuerza de Santiago con una compañía de guardia, apartándole de la comunicación de amigos y confidentes, hasta la asistencia de sus criados; reducido á un aposento oscuro y estrecho, que con honores de tal era un verdadero calabozo: de aquí no se le permitía salir, ni comunicar con otro que su confesor; hallóse el infeliz caballero sin dinero, sin confidentes, sin testigos, sin letrado; acudió como indefenso, por interpuesta apelación, al Real Consejo de Indias, de donde esperaba justicia más suave: en este triste desconsuelo, abandonado de sus confidentes (los jesuitas), y perseguido de muchos que le debían singulares favores, desengañado de la inconstancia de las cosas del mundo, á costa de su experiencia, se puso en manos de Dios,„ etc.
(Fr. Juan de la Concepción, recoleto, en su *Historia*, tomo VI, capítulo VI, pág. 193.)

CAPÍTULO X.

Gobierno de D. Diego Fajardo.—Paces con el sultán de Mindanao.—El P. López ajusta las condiciones de un tratado ventajoso.—Fírmase en Simuay.—El datto Salicala y los holandeses atacan los fuertes españoles de Joló.—Los rechaza valerosamente su guarnición.—Cae de la muralla fortuitamente el gobernador de Joló y muere.—Fajardo, por temor á la guerra de los holandeses, ordena abandonar á Joló, previa celebración de un tratado.—Se convierte al cristianismo un general de Corralat.—Despachan los holandeses tres escuadras contra Filipinas.—Aparecen en Joló, van á Zamboanga, y por último, atacan la Caldera.—El capitán Monforte los hace reembarcarse con pérdida de 100 hombres.

El temor de que los holandeses atacaran á Manila y la escasez de tropas, hizo que el nuevo gobernador de Filipinas, D. Diego Fajardo, no creyera posible el envío de socorros á Mindanao y Joló, por lo cual dió orden al gobernador de Zamboanga, D. Francisco de Atienza, de ajustar paces con los moros. Comisionado al efecto el padre jesuita Alejandro López, pasó á la corte de Corralat, y convenidas las condiciones, fué el gobernador de Zamboanga á verse con Corralat y se firmó el correspondiente tratado en el pueblo de Simuay el 24 de Junio de 1645. Por este convenio el sultán de Mindanao cedía una parte de su territorio, extendiéndose las posesiones españolas por el O., hasta Sibuguey; por el E., hasta el río de Tho en la ensenada de Tagalooc, y por el N., hasta la laguna de Malanao, in-

cluso los ríos de Didagun, Taraca y Bancayan, que en ella desaguan.

Accedía Corralat á que en su corte se levantaran templos para atender á las necesidades espirituales de los cristianos allí existentes.

En iguales condiciones se admitió la sumisión y amistad del cuñado de Corralat, Manaquior.

Este tratado se celebró ante el sultán Corralat, hallándose presentes Batiamuda y Goadin, sus hijos; Manaquior, datto de los tagolanos; Balamana, sobrino del sultán; Ugbo, general de la marina; Tobinga, Dumoloon, Mampanguitomoan y Matag Patiocan, principales de dicho sultanato; y por parte de España, Francisco de Atienza, gobernador de Zamboanga; Alejandro López, rector del Colegio de la Compañía de Jesús, y el capitán Durán de Monforte.

Tres días después de firmadas estas paces, la guarnición de Joló, al mando del sargento mayor D. Esteban de Ugalde, rechazaba valerosamente al príncipe Salicala, heredero del sultanato, que con ayuda de los holandeses, á los cuales había ido á buscar á Batavia, llevándoles un rico presente de perlas y ámbar, intentó apoderarse de nuestros fuertes.

Tres días duró el combate, sin resultado para los agresores.

Lo más notable del caso es que al observar los joloanos que los holandeses llevaban la peor parte y que su almirante fué muerto de una bala, quisieron apresar sus buques y quitarles cuantos pertrechos y armas conducían para reintegrarse de sus regalos; pero los holandeses lo evitaron levando anclas (1).

(1) "Por horas aguardaban los moros que la fuerza se viniese abajo,

A poco llegó á Joló el capitán Durán de Monforte con ocho embarcaciones.

El valeroso gobernador de esta plaza, visitando las defensas del fuerte, cayó de la muralla, de cuyas resultas murió á los tres días.

La inicua alianza de joloanos y holandeses, y la conveniencia de reconcentrar en Manila el mayor contingente de tropas con que atender á la guerra con los últimos, cuyas escuadras recorrían las costas de Ilocos y Pangasinán, determinaron el que la junta de guerra, convocada por Fajardo, decidiera por unanimidad de votos el abandono de Joló, previa demolición de los fuertes. Esta orden fué comunicada al gobernador de Zamboanga, encargándole que ajustara un tratado con dicho sultán, vendiéndole como fineza lo que era necesidad, á fin de obtener el mejor partido posible de tan lamentable acuerdo.

A la sazón recorría los mares de Visayas una numerosa armadilla mandada por Salicala. Sin embargo, el P. Alejandro López, á quien el gobernador de Zamboanga confió aquella delicada comisión, decidió entenderse con el sultán viejo, residente en Tawi-Tawi.

Para el mejor éxito de su embajada suplicó al sultán de Mindanao mediara en el asunto.

Corralat dispuso que su sobrino Cachil Patiocan y el orancaya Datan escoltasen hasta Joló al P. López, y les dió, además, una carta para el sultán de esta isla, recomendándole atendiese y obedeciera al padre.

como habían ofrecido los flamencos. Y viendo que era ya el tercero día y que se mantenía en pie, empezaron á remolinear y á desconfiar de la empresa, y porque las perlas y ámbar no saliesen tan de balde, trataron de apoderarse de la artillería.„

(P. Francisco Combes: *Historia de Mindanao*, lib. VII, pág. 384.)

Ambos magnates sirvieron de mucho al embajador para el feliz término de su cometido. Cuando el P. López tuvo arreglado el asunto, fué á Joló el gobernador de Zamboanga y celebró un tratado con Rutxia Bongso, sultán de Joló, cuyas cláusulas fueron las siguientes: se designaba como su heredero al príncipe Bactial, poniéndolo bajo la protección del gobierno español; se reconocía pertenecer al sultán las islas desde Tawi-Tawi hasta Tuptup y Bagahac, y al Rey de España las de Balanguitan, Tapul, Siasi y Pangutaran, debiendo el sultán, en señal de vasallaje, y por dejarle la isla de Bagahac en que había nacido, pagar anualmente tres joangas llenas de arroz, puesto en Zamboanga; se permitía á los jesuitas catequizar á los infieles que voluntariamente quisieran oir sus exhortaciones; se estipulaba la mutua devolución de todos los cautivos hechos desde la llegada de los holandeses, pudiendo rescatarse los antiguos mediante el pago de 40 pesos los *muy buenos*, 30 los *no tanto*, 20 los muchachos y 10 los niños; se convino la retirada de las fuerzas españolas y en demoler los fuertes que guarnecían. Ofreció el sultán solemnemente procurar, en el término de seis meses, la sumisión de los dattos Salicala y Paquian Cachile, y que haría salir todos los años una escuadrilla en persecución de los camucones y los demás piratas que hostilizaban á las islas Visayas y Calamianes.

Este tratado, escrito en idioma castellano y árabe, fué firmado por ambas partes en el puerto de Lipir el 14 de Abril de 1646, autorizándolo el sultán Rutxia Bongso; Mama, su sobrino, orancaya; Suil, Sambale, Palalua, Boandin, Amatic, Tongopon, Cablitun y otros muchos dattos, por parte de los joloanos; el gobernador de Zamboanga, Francisco de Atienza; el P. Alejandro

López; y como testigos el P. Luis Espinelli, de la Compañía de Jesús; los capitanes Alonso Cortés y Luis de Rojas; el alférez Francisco de Baraona y Castilla; el sargento mayor Alonso Imbong; capitanes Pedro Lirán, Pedro Tamio, José Libot, y los embajadores del sultán de Mindanao, Cachil Patiocan y el orancaya Datan. La firma del sultán estaba en caracteres arábigos.

En su virtud fueron demolidos los fuertes de Joló, retirándose las tropas á Zamboanga.

El P. López marchó á Manila, mereciendo que el gobernador general aprobara sus actos. Á su regreso le dió un rico presente para el sultán de Mindanao.

El general malayo-mindanao Ugbo, gran datto y amigo de Corralat, se convirtió al cristianismo, cuyo suceso se celebró con gran pompa. Fué su padrino el gobernador de Zamboanga, Atienza; así es que se le puso D. Francisco, y se le nombró general de los *lútaos*.

Los holandeses, mientras tanto, ansiosos de tomar venganza de su anterior derrota en Joló, organizaron en Jacatra una poderosa escuadra, compuesta de 15 buques de gran porte, destinando siete á las aguas de aquella sultanía y los restantes á las costas de Luzón. Era su principal intento aliarse con los joloanos para arrebatar á España el imperio de las Filipinas.

El 16 de dicho mes se presentaron los holandeses en la rada de Joló con cuatro grandes navíos y tres embarcaciones menores.

Frustrado su designio por las paces ajustadas y por la ausencia de los españoles, levaron anclas con rumbo á Zamboanga, apresando al paso dos champanes que regresaban de Ternate.

No pareciéndoles empresa fácil el tomar á dicha pla-

za, se dirigieron al puerto de la Caldera. El capitán Durán de Monforte acudió allá por tierra con 50 españoles y 100 indios pampangos para impedir el desembarco.

Al llegar á la punta de Baliguasan comenzaron á disparar los buques holandeses, á cuyo abrigo fueron á tierra algunas lanchas. Los españoles las reciben á pecho descubierto y las hacen retroceder á los barcos en busca de refuerzos; vuelven con más gente, y tienen de nuevo que retirarse. Aún intentan por tercera vez el desembarco, y son rechazados. Entonces se reembarcaron á toda prisa, con pérdida de 100 hombres, alejándose de aquellas playas, testigos de su derrota. Entre las escasas bajas que ocasionaron á los españoles, hubo que lamentar la muerte del esforzado capitán Don Luis de Rojas, quien, con valeroso ardimiento, peleó al frente de sus soldados hasta el postrer instante.

CAPÍTULO XI.

Luchas entre Corralat y Moncay.—Intervienen tropas españolas en favor de aquél.—Armadilla de joloanos y borneos.—Es perseguida y derrotada.—Paces con el príncipe de Joló.—Feliz expedición contra los moros de Borneo.—Escaramuzas de los españoles de Caraga por tierras de Corralat.—Nuevas paces con éste.—Creación de un astillero en Visayas.—Rebeliones que ocasiona.—Asesinatos que cometen los insurrectos.—Son vencidos.—Valor del alférez Tenorio.

En las sultanías de Mindanao y Joló privaban, como siempre, los temperamentos de fuerza. Moncay puso guerra á Corralat; éste, viéndose en apuro, solicitó el auxilio de los españoles. Fué el capitán Monforte en su favor; los buhayenes no se atrevieron á esperarlo, y quedó libre Corralat de su enemigo, agradeciendo él y la sultana el auxilio recibido, según expresivas demostraciones de ambos al valiente jefe de la expedición.

Por esta época los asuntos de España ofrecían buen sesgo en Mindanao, y los jesuitas procuraban extender su influjo entre los moros (1).

No obstante las paces ajustadas con el sultán de Joló, Salicala recorría con su armadilla las costas de Visayas, cautivando gente é infiriendo á aquellos naturales ma-

(1) *Noticia* de los progresos de la cristiandad en el reino de Mindanao.—Carta del P. Pedro Gutiérrez, de la Compañía de Jesús, al R. Padre Luis de Bonifás, provincial de Nueva España. (Manuscrito existente en la biblioteca de la universidad de Méjico, firmado por el autor, á 3 de Agosto de 1646.)

les sin cuento, é igualmente Paquian Cachile, régulo de los guimbanos y señor de Tuptup (Borneo). (1648.)

El gobernador de Zamboanga, Atienza, mandó en persecución de dichos piratas cinco joangas bien artilladas y dos pancos, llevando á su bordo 40 españoles y doble número de indios, á las órdenes del capitán Monforte.

En la capitana embarcó el P. Combes, quedándose después en Leyte. Alcanzadas las nueve embarcaciones de Cachile entre las islas de Burias y Masbate, fueron atacadas con denuedo, tomando al abordaje la capitana de aquel jefe moro, el cual, batiéndose cuerpo á cuerpo, fué muerto de una estocada por el ayudante D. Juan de Isástegui.

Logróse el rescate de 18 cautivos y un rico pillaje que en la embarcación había. Los demás lograron escapar trabajosamente. Salicala se hallaba en el puerto de Luca, en Leyte. Al saber este desastre volvió á Joló sin atreverse á tocar en ninguna isla. El jefe español que con tanto acierto desempeñó este importante servicio fué ascendido al empleo superior.

En sus últimos años de mando tuvo el valerosísimo Atienza grandes disentimientos con los jesuitas, y renunció el gobierno de Zamboanga que tan dignamente desempeñara, sustituyéndole el general D. Rafael Omen de Acevedo.

El viejo sultán de Joló, afectado por la derrota de Cachile, trató de que Salicala concertara paces con los españoles. Valióse del P. López, y se ajustó con el revoltoso príncipe un convenio igual al celebrado con su padre. Murió Salicala á poco; volvió á gobernar Rutxia Bongso, ó mejor dicho, su mujer, y los joloanos se pronunciaron en favor del joven príncipe Paquian

Bactial; pero la sultana se puso al frente de las tropas, y á poco más hay una sangrienta colisión en Joló. Acudió, después, al gobernador de Zamboanga, en demanda de auxilios, y para sosegar tales revueltas se trasladó á Joló el capitán D. José de la Vega, con el P. López. Reconciliaron al joven príncipe con su padre y fué de nuevo jurado presunto sultán, ratificando las paces con España bajo las mismas condiciones anteriores.

Deseando castigar á los indígenas de la costa Nordeste de Borneo, que habían hecho causa común con los joloanos en su última correría, organizó el sargento mayor Monforte una escuadrilla de 14 embarcaciones, tripuladas por valerosos indios visayas y zamboangueños; fué á Lacaylacay, Ousan, Bangui y otros puntos; saqueó varios pueblos, quemó 300 caracoas de todas clases, libertó á algunos cautivos é hizo 200 prisioneros (11 de Enero de 1649). Los jesuitas que acompañaban á los expedicionarios consiguieron bastantes conversiones entre los isleños, y á haber sido posible guarnecer sus islas, tal vez hoy estarían sometidas á España como las Filipinas.

Los españoles de Caraga verificaron algunas entradas por tierras de Corralat; éste quiso tomar venganza y dió órdenes para los aprestos necesarios. Lo supo el gobernador de Zamboanga y dispuso que pasaran á verse con Corralat el capitán D. Pedro de Viruega y el P. López; ratificóse la paz existente, incluyendo en ésta á Balatamay, rey de Buhayen, por muerte de Moncay, con cuya hija casó siendo príncipe de los manobos.

Por defunción del gobernador de Zamboanga, Omen de Acevedo, le sustituyó interinamente Durán de Monforte; luego fué confirmado en este cargo tan valiente militar, en premio á sus buenos servicios.

Con objeto de aminorar un tanto el trabajo que pesaba sobre los astilleros de Tondo y la Pampanga, determinó Fajardo establecer otro en Visayas. Esta medida produjo en los indios malísimo efecto.

Explotó hábilmente su exaltación un indio llamado Sumoroy, castellano del fuerte de Palapag (Samar), y se negaron á obedecer la orden en dicho pueblo, sublevándose el 1.° de Junio de 1649. Su primer acto fué asesinar al jesuita Miguel Ponce Barberán, con quien tenía resentimientos personales el cabecilla insurrecto, y destruir la iglesia por el fuego, profanando los ornamentos y vasos sagrados.

Esta sublevación tuvo eco en varias provincias, como Camarines, Pampanga, Pangasinán, Ilocos, Caraga, y en todas ellas cometieron los insurrectos algunas muertes de religiosos y españoles.

Para reprimir dicho alzamiento, salió de Zamboanga una escuadra al mando del capitán Juan Muñoz, como jefe superior, llevando al de igual clase D. Juan de Ulloa por almirante y 400 soldados lútaos escogidos, bajo las órdenes de su general Ugbo, con quien iba de sargento mayor D. Alonso Macombon.

Confióse la pacificación de Palapag al capitán Ginés de Rojas; dispuso en Catbalongan 13 embarcaciones y dos champanes, y recibido el refuerzo de Zamboanga (Mayo de 1650), cercó á los alzados en su cerro. Al amparo de las sombras de la noche, favorecidos por un fuerte aguacero, logran los capitanes Francisco de Leyva y Silvestre de Rojas escalar el cerro. Aterrados los rebeldes se desbandan.

Viéndose perdidos se irritan contra el jefe de la sedición, le cortan la cabeza y se la llevan á Ginés de Rojas, quien la mandó colgar para escarmiento. La in-

surrección terminó en seguida sometiéndose los rebeldes.

El general Ugbo quedó herido en Palapag, de cuyas resultas murió muy poco tiempo después.

En Caraga fué el promovedor de la insurrección un indio llamado Davao, jefe de los manobos de los montes de Butuan. No inspiraba este sujeto la menor desconfianza, y el alcalde de la provincia, D. Bernabé de la Plaza, le encomendó la captura de algunos que se habían hecho sospechosos.

Un día se personó Davao en el fuerte de Surigao con ocho hombres atados, y pidió ver á su castellano para entregarlos. Al presentarse dicho jefe, Davao le abrió la cabeza de un machetazo; los ocho fingidos presos se desataron en el acto, y asesinando á cuantos estaban desprevenidos, se hicieron dueños del fuerte.

Esta insurrección costó la vida á varios españoles y al P. Fr. Agustín de Santa María, párroco de Linao.

Fué á Tandag el capitán Gregorio Dicastillo con alguna infantería española, uniéndose al alcalde de Caraga. Llegados á Butuan, intimaron á los rebeldes bajaran de los montes, ofreciéndoles perdón. Hiciéronlo así muchos; y faltando á su promesa, fusilaron á los más culpables. Cuando se supo esto en Manila, el gobernador general reprendió severamente el que hubiesen faltado á la palabra empeñada en nombre del Rey, imponiendo un castigo á los citados jefes.

En la jurisdicción de Zamboanga se sublevaron los subanos, asesinando en Siocon al P. jesuita Juan del Campo; al jefe de los soldados para su escolta, Gregorio de Acosta, español; á cinco soldados pampangos y á dos criados de dicho padre, uno de ellos peninsular. (25 Enero 1650).

Poco después fué á sustituir en su ministerio al infeliz P. Campo, el ilustre historiador de Mindanao, P. Francisco Combes.

En Masbate mataron á un alférez. En Basilan dirigía la conspiración un tal Tabaco. Tratábase en junta de sosegar á los revoltosos, cuando el alférez D. Alonso Tenorio dijo al gobernador de Zamboanga que lo mejor era hacer matar á Tabaco, con lo cual se evitaban gastos y molestias; el gobernador, creyendo extemporáneo el remedio, le dijo: «Pues vaya vuesa merced y mátelo.» Tenorio tomó en serio ese dicho, escogió algunos compañeros y fué á Basilan: citó á Tabaco á un sitio neutral; acudió éste con varios de los suyos, y le dijo: «Tabaco, si no quieres que te mate, date preso.» Arrojóse á él con su lanza enhiesta el indio. Tenorio lo rechazó, se hizo general la pelea, y al cabo de algunos instantes el alférez había logrado su intento, volviendo á Zamboanga con la cabeza del cabecilla. Murieron siete de los compañeros de Tabaco, y de los de Tenorio un español y dos indios.

CAPÍTULO XII.

Gobierno de D. Sabiniano Manrique de Lara.—Luchas intestinas en Manila.—Noticia el jefe supremo de las islas su llegada al sultán de Mindanao.—Envía éste un esclavo por embajador.—Va el P. López de embajador cerca de Corralat.—Le recibe con disgusto.—Le irritan las quejas del gobernador y las exhortaciones del padre.—Hace matar á éste y á sus acompañantes.—Procura disculpar su alevosía y busca aliados.—Despacha varias expediciones piráticas.—Esteybar, gobernador de las Molucas, pasa á Zamboanga.—Declara la guerra á Corralat.—Envía una escuadra á sus pueblos.—Apresa algunos buques.—Los lútaos se niegan á pelear contra el sultán.—Depredaciones en Marinduque y Mindoro del datto Balatamay.—Sale de Manila una escuadra en su busca.—Su jefe elude el encuentro de los piratas.—Excursión del pirata Salicala.—Va Esteybar á combatir á Corralat.—Vence en la travesía á un buque holandés.—Parapétase Corralat tras de la barra de Simuay.—Devastaciones de Esteybar en los pueblos del sultán.—Éste se mantiene en su atrincheramiento.—El estado del mar impide atacarlo.—Pasa Esteybar á la Sabanilla y halla orden de volver á las Molucas.

En 1653 se hizo cargo del gobierno supremo de Filipinas D. Sabiniano Manrique de Lara, cuyo mando, por adversidad de las circunstancias y su escaso sentido práctico, fué fatal para la dominación española en el Sur de las islas.

La capital ardía en luchas horribles entre los capitulares del cabildo de Manila con el provisor por una parte, y los frailes y los jesuitas por otra. La privanza de Venegas, valido de Fajardo, había llenado las cárceles de personas distinguidas; el desconcierto más tremendo

y la anarquía más absoluta reinaban en todo el país, y á tal estado habían llegado las cosas, que el ayuntamiento de Manila y el cabildo impetraron del Pontífice romano, Inocencio X, que pusiera paz en los espíritus y remedio á tantos males, correspondiendo el Papa con amplias indulgencias para cuantos hubieren delinquido.

El timorato gobernador, Manrique de Lara, no quiso desembarcar sin que antes bendijese la tierra su combarcano el arzobispo D. Miguel Poblete, procurando uno y otro restablecer la armonía entre los eclesiásticos, la paz pública perturbada y el sosiego de las familias de los perseguidos por Venegas.

Con las discordias de Manila no era extraño que los malayo-mahometanos levantaran de nuevo la cabeza: así es que, tan luego se consideraron en condiciones de luchar, rompieron descaradamente las paces que por necesidad ajustaran, emprendiendo de nuevo sus sangrientas correrías.

El gobernador general había noticiado su llegada á Corralat, enviándole afectuosas cartas por medio del capitán Diego de Lemos y del rector de Zamboanga, P. Francisco de Lado. Aquel sagaz moro, comprendiendo la necesidad del disimulo, quiso entretener á los españoles con falsas protestas; mas no hallando ningún datto respetable que quisiera ir de embajador á Manila, mandó á un inteligente mahometano, esclavo suyo, llamado Bauna (1655), hijo de un cautivo tagalo.

En vez de rechazar semejante embajador, el capitán general lo recibió con agasajo; aceptó las cartas de Corralat y un campilán que le enviaba.

Pretendía Bauna le fuesen devueltos los esclavos mindanaos que tuvieran los españoles y los cañones cogidos por el general Corcuera. No manifestó oponer-

se á su demanda el gobernador, diciéndole que él mismo buscara en la ciudad los esclavos y en la maestranza los cañones; pero éstos habían sido fundidos y aquéllos pertenecían á personas poderosas, que excusaron su entrega por ser ya cristianos y no desear su vuelta á Mindanao.

Manrique de Lara, deseoso de arreglar pacíficamente las cosas, mandó al P. Alejandro López como embajador cerca del sultán de aquella isla, fiando á la mucha experiencia del inteligente jesuita el encargo de celebrar paces formales y duraderas con Corralat.

Marchó el P. López á Zamboanga, con el enviado Bauna. El gobernador de esta plaza le dió una buena escolta al mando del capitán Claudio de Rivera, y aunque algunos lútaos indicaron al P. López que no se fiara de Corralat, persistió en llevar á cabo su empresa.

A su paso por Tanganan invitó á seguirle al Padre Juan de Montiel, párroco de dicho pueblo, embarcándose todos en tres joangas.

Llegados á Simuay, corte de Corralat, sorprendió al P. Alejandro el frío recibimiento que se le dispensaba, bien diferente del que en otras ocasiones obtuvo; pero disimulando, pidió audiencia al sultán para cumplir su misión, contestándole éste que le remitiera las cartas del capitán general. El P. López manifestó que no las podía entregar sino en propia mano. Avínose, al fin, Corralat; expuso el padre el motivo de su ida á Simuay; leyó las cartas en que el gobernador de Filipinas se quejaba de su poca fidelidad en cumplir sus tratados de paz y amistad; su falta en no haber levantado iglesias para el culto católico, y el desacato cometido al mandarle por embajador á un sujeto tan poco caracterizado. Se irritó el sultán por tales quejas: el P. López, exhor-

tándole á la templanza, le dijo, con poco tacto, que todo su afán consistía en que se hiciera cristiano; creció al oir esto la cólera del sultán, y mandó salir de su presencia al jesuita.

En vista del mal éxito de su entrevista, tuvo que regresar á su joanga.

Balatamay, señor de los manobos, de acuerdo con el sultán, avisó al P. López que la esposa de éste deseaba hablarle. Creyó que el sultán pretendía una avenencia decorosa y desembarcó al punto, siendo conducido á casa de Balatamay por sus emisarios. El traidor magnate lo entretuvo con diferentes pretextos, hasta que, á una señal suya, se arrojaron contra el embajador varios moros, dándole muerte.

El P. Montiel y los españoles que con él discurrían por el pueblo, fueron también alevosamente asesinados, á excepción de uno que Corralat perdonó por ser conocido suyo, y de otro español que pudo salvar el perdonado.

Al capitán Rivera, que estaba en la joanga, llevó un moro aviso de que el sultán le tenía dispuesto alojamiento en tierra. Dió crédito al falso mensajero, y asi que puso el pie en la arena fué muerto. Corralat se apoderó de cuanto contenían las joangas. Retuvo á algunos lútaos en su poder, y á otros los dejó en libertad de volver á Zamboanga.

Este salvaje atentado, esta inicua violación del derecho de gentes, tuvo lugar el 13 de Diciembre de 1655 (1).

(1) El P. Alejandro López había nacido en Jaca (Aragón), en Julio de 1604. Infatigable defensor del catolicismo, amante en sumo grado del engrandecimiento de España y de la reducción de los malayo-mahometanos del Sur de Filipinas, su vida fué un continuo batallar, per-

Temiendo Corralat la venganza de los españoles, escribió al gobernador de Zamboanga declinando la responsabilidad de lo ocurrido en su sobrino Balatamay, á quien no podía castigar por ser tan poderoso. También escribió á Manrique de Lara, atribuyendo las muertes de los jesuitas y demás españoles á imprudencias cometidas por el P. López, y suplicaba al gobernador que, condonando agravios mutuos, quedaran las cosas como anteriormente. Pero vino á descubrirse su complicidad en el suceso por otra carta dirigida en Junio de 1656 al sultán de Joló, exhortándole á que se uniera á él para defender la religión que ambos profesaban.

El monarca joloano envió esta carta al gobernador de Zamboanga para demostrarle su lealtad (1). Iguales

siguiendo con celo verdaderamente evangélico sus patrióticos y religiosos fines. Era antiguo amigo de Corralat y de los demás sultanes y dattos de todos los pequeños estados de Mindanao y Joló, quienes siempre le habían atendido y tratado con respeto.

Referida queda en esta HISTORIA la parte activa que tomó en las expediciones de Corcuera á Mindanao, Joló y Basilan, su feliz intervención en los tratados de paz con aquellos sultanes moros y su afán por el acrecentamiento de catecúmenos.

Había sido rector de Zamboanga y superior de la misión de Dapitan. Al encomendársele su embajada era secretario de su provincia. Hablaba perfectamente los dialectos lútao, mindanao, joloano, visaya y tagalo. Dejó compuesto un vocabulario lútao, y escritas varias obritas religiosas.

(1) Esta carta venía á decir: "Mi hermano rey de Joló: holgárame mucho que goce buena salud, que Alá le guarde muchos años y le conceda todo cuanto desea y le haga buen moro y acuda á todas sus obligaciones, como lo manda su ley. Después de esto le envío á avisar como hemos muerto á los padres porque querían que fuésemos cristianos, y por esto los matamos, y así ueno será que nos aunemos todos para volver por nuestra fe."

auxilios solicitó Corralat de los holandeses y de los soberanos de Macasar y de Ternate.

Para excitar más al último le mandaba la carta original de Manrique de Lara, presentando la cuestión bajo el solo aspecto religioso, carta que pudo recuperar el gobernador español de Ternate, y fué enviada á su autor.

El capitán general de Filipinas, no considerándose con fuerzas bastantes para hacer la guerra al poderoso sultán de Mindanao, advirtió al gobernador de Zamboanga que admitiese como buenas sus disculpas hasta ver si llegaban refuerzos de Nueva España y se podían vengar tantos agravios.

Viendo el sultán que su mal proceder quedaba sin el enérgico y eficaz castigo que merecía, cobró ánimos y despachó su gente á piratear por las costas de Zamboanga y de Basilan, terminando la campaña con el saqueo de Tanganan, donde cautivaron al cacique de este pueblo, llamado Ampi, y á 23 personas más. También en las islas Calamianes cometieron los mindanaos horribles daños.

El gobernador de las Molucas, D. Francisco de Esteybar, recibió orden de pasar á Zamboanga, confiriéndole, además del mando de dicha plaza, el cargo de teniente de gobernador y capitán general de todas las provincias del Sur de Filipinas.

El 2 de Diciembre de dicho año 1656 llegó á Zamboanga. Enterado este valeroso jefe de lo ocurrido y sabedor de que los piratas estaban armando en Simuay una escuadra para invadir las Visayas, declaró la guerra á Corralat, sin detenerse á comparar si sus fuerzas eran inferiores ó no á las del enemigo, fiando al esfuerzo de los suyos y á la justicia de su causa el éxito

de la empresa. En el acto dispuso la salida de diez caracoas al mando de D. Fernando de Bobadilla, cuyos buques se hicieron á la mar el 30 de Diciembre.

Este jefe destacó al almirante D. Pedro de Viruega al pueblo de Sosocon, y á la punta Taguima al sargento mayor D. Félix de Herrera.

Supo Corralat por sus espías la salida de la escuadra, y excusó el enviar sus barcos contra la armada española. Veinte días estuvo Bobadilla aguardando en vano los buques piratas.

En esto fué á Zamboanga el datto de Sibuguey, Mintun, ofreciendo el concurso de su gente contra Corralat, quizá para no ser el primero en pagar los daños de la guerra. Se dijo que el sultán había mandado cuatro buques por arroz al pueblo de aquel caudillo, y á interceptar este convoy marchó Bobadilla (2 de Enero de 1657).

Al llegar á la silanga adelantó dos pequeñas caracoas á reconocer el sitio. Éstas rindieron á una embarcación grande, pero sus tripulantes aterrorizaron á los lútaos que iban en la nave española, diciéndoles que en breve serían destruídos por Corralat, que esperaba en Mintun con 15 embarcaciones. Como los lútaos de la escuadra de Bobadilla eran afectos al sultán ó estaban temerosos de caer en su poder, amenazaron al comandante con que desampararían el campo cuando el combate estuviese más empeñado si les obligaban á pelear contra Corralat.

En vista de esto tuvo Bobadilla que volverse á Zamboanga, perdiendo tan propicia ocasión de vengar la inicua alevosía del viejo sultán.

Sin embargo, apresó bastantes embarcaciones pequeñas, llenas de arroz, y 40 cautivos.

Ya declarado enemigo el sultán, y atribuyendo á im-

potencia la impunidad en que se dejaba la muerte de los embajadores, mandó sus escuadras á piratear, bajo el mando del príncipe Balatamay. Este falaz moro, después de cometer los más violentos atropellos en Marinduque y Mindoro, regresó á Mindanao con multitud de cautivos y riquísimos despojos.

Mientras Balatamay corría las islas mencionadas, salió de Cavite, por orden del gobernador general, una lucida escuadra, al mando de un jefe cuyo nombre callan las crónicas, en quien se supuso brillante comportamiento, según el valor de que blasonaba en los salones; pero lejos de cumplir con su deber, se detuvo en Balayan, so pretexto de proveerse de arroz, y luego en Mindoro, logrando su menguado intento de no encontrar á los moros, no obstante que las fuerzas de su mando eran más que sobradas para destruir á los piratas.

A fin de que maniobrase en combinación con dicha escuadra, hizo Esteybar que el alférez Luis de Vargas recorriera las costas de Mindanao; pero como el jefe de aquélla faltó á las instrucciones recibidas, y no la pudo ver, se limitó á quemar un pueblo de la ensenada de Simuay, donde cogió varios cautivos.

Bobadilla redujo á cenizas la antigua corte de Corralat, Lamitan, habiendo huído sus moradores á los bosques.

También en dicho año de 1657 corrió los mares con su escuadra el datto Salicala, de Mindanao: los indígenas, consternados, abandonaban sus pueblos sin atreverse á resistirlo; cautivó sobre 1.000 indios, llegando su atrevimiento hasta pasear la bahía de Manila.

Esteybar armó entonces una escuadrilla de caracoas y vintas, saliendo de Zamboanga el 1.° de Enero de 1658, resuelto á castigar severamente á los piratas.

Hizo correr la voz de que iba á Sibuguey. Llegó en siete días á este río, y encomendando parte de sus fuerzas al sargento mayor Itamarren, destruyó al pueblo de Namucan, y quemó en Luraya muchas embarcaciones. Cuatro pilanes apresaron la joanga que había llevado á Simuay el P. López, tripulada por moros de Mintun.

Mudando de rumbo repentinamente, se encaminó á Punta de Flechas para ir á la corte de Corralat, pero antes mandó 30 españoles, con el capitán D. Pedro de Viruega, al partido de Butig. Su régulo Matundin, que lo defendía al frente de 500 hombres, fué derrotado, las sementeras taladas y el pueblo reducido á cenizas. Los sembrados de este partido eran de gran riqueza, por ser el principal granero de arroz de Mindanao. También causó grandes daños en la Sabanilla el capitán D. Juan González Carlete.

El 19 de Enero encontró la escuadra á un grande navío holandés rodeado de algunas embarcaciones piratas. Trató Esteybar de que le dejara paso franco sin entablar lucha, á cuyo fin izó bandera blanca, pero el comandante del navío neerlandés puso bandera roja, disparando todas sus piezas contra los buques españoles. Entonces, sin reparar la superioridad del enemigo, acomete Bobadilla á boga arrancada al navío, hasta ponerse bajo su artillería, y Esteybar le ataca por la popa.

Ya iban los españoles á lanzarse al abordaje, cuando una bala disparada por el buque de Esteybar incendió la Santa Bárbara del navío holandés, volándose en el acto.

Veinticuatro tripulantes lograron sobrevivir únicamente, los cuales fueron extraídos del mar y hechos prisioneros.

Esteybar siguió su rumbo á Simuay, cuya barra estaba fortificada con grandes estacadas. Además, en sus extremos había dos fuertes guarnecidos por malayos, macasares y holandeses. No arredró esto á Esteybar, y se previno á tomar las posiciones enemigas, á pesar del consejo en contrario de sus capitanes.

Mientras resolvía la manera mejor de realizarlo pasó con la escuadra al río de Buhayen, despachando por una de sus entradas al valeroso Bobadilla con algunos buques, y por la otra al sargento mayor Itamarren.

El primero saqueó y taló los pueblos y sementeras de Tannil y Tabiran; el segundo los de Lumapuc y Buhayen: destruyeron una poderosa armada dispuesta para asolar las islas, y llevaron por despojos muchos *versos*, mosquetes, campilanes, crises y todo género de armas.

En el pueblo de Buhayen residía el príncipe Hamo, hijo de Moncay, al que le tenían usurpado el reino; enarboló bandera blanca y una cruz sobre su casa, deseoso de aliarse con los españoles; pero escarmentados con las traiciones de los moros, continuaron las hostilidades, sin hacer aprecio de aquella señal. Mientras fabricaban balsas para atacar la fortaleza de Corralat, fué el capitán Antonio de Palacios á destruir el pueblo de Tampacan y sus convecinos. También el ayudante Antonio Vázquez desembarcó con orden de que cortase la retirada á los espías enemigos. Eran éstos en número de 20, perfectamente armados; Vázquez se lanzó á ellos, y del primer encuentro mató á cinco é hirió á seis; los demás murieron á balazos en el monte.

Volvió Esteybar á la barra de Buhayen; supo que á una jornada de allí había un pueblo de lútaos, llamado Maolo, y con deseo de castigarlo y tomar noticias de

la costa, envió al sargento mayor Itamarren, quien, hallándolo desierto, puso fuego al pueblo, mató cuatro moros é hizo dos cautivos, únicos que aguardaron su ataque.

No obstante estas provocaciones, y las directamente hechas á Corralat en los alrededores de sus trincheras, no se logró sacarle á campo raso.

Construídas varias balsas en que se pusieron piezas de artillería, entró el gobernador en la mayor de aquéllas, y con el auxilio de las embarcaciones batió el fuerte de Corralat por espacio de cuatro horas, el cual se defendía bien: vióse que era insuperable la dificultad de asaltarlo, y que la artillería maniobraba con poco fruto por el estado del mar; así es que decidió retirarse á la barra de Buhayen. La escuadra fué á la Sabanilla el 17 de Febrero. Aquí recibió orden Esteybar de volver á Molucas, y marchó á Zamboanga.

Sin embargo del notorio valor de este caudillo y de los daños inferidos á los moros en sus dos meses de campaña, su retirada satisfizo mucho á Corralat, puesto que se libró de andar vagando por los montes como en anteriores ocasiones.

CAPÍTULO XIII.

Procura Corralat poner en estado de defensa sus Estados. — Invasión de varios dattos de Joló y de Tawi-Tawi.—Se encarga del gobierno de Zamboanga D. Fernando Bobadilla.—Pánico que produce en Manila el anuncio de una invasión china.—Se sublevan los sangleyes.— Son vencidos y expulsados del país.—Se consagra el gobernador á poner á Manila en estado de defensa.—Decreta el abandono de Zamboanga, la Sabanilla, Calamianes é Iligan, para llevar sus guarniciones á la capital.—Terror entre los lútaos por esta medida.—Invaden los joloanos las Visayas.—Representaciones del gobernador de Zamboanga y del P. Combes en contra del abandono de Zamboanga.— Persiste Manrique de Lara en su resolución.—Abandono de los presidios del Sur.—Inconveniencia de este acuerdo.—Se hace cargo de la fortaleza de Zamboanga el lútao Macombon.—Los jesuitas le entregan también sus casas é iglesias.—Raro suceso en Mindanao.

Había reemplazado al valiente Esteybar en el gobierno de la plaza de Zamboanga, con iguales títulos y preeminencias que aquél, D. Fernando de Bobadilla, jefe no menos animoso y resuelto. Corralat, para asegurar mejor sus dominios contra agresiones de los españoles, hizo que Namu, rey de Buhayen, estableciese un fuerte en la desembocadura del río, cuya margen opuesta fortificó asimismo Corralat; encomendó á Matundin la defensa de la barra de Simuay, y á los basilanos Ondol y Boto que levantaran un baluarte en la boca del estero de Zamboanga.

Sustituyó á Bobadilla D. Diego Zarria Lazcano, quedando aquél al frente de la armada.

Los dattos Linao y Libot, de Joló, y Sacahati, de Tawi-Tawi, con 13 embarcaciones, recorrieron las costas de Bohol, Leyte y Masbate. Cerca de Luban dieron muerte al P. Fr. Antonio de San Agustín, que, por sus achaques, no pudo internarse en aquella isla como los demás que con él iban en su embarcación. Salió de Manila una escuadra al mando de D. Pedro Durán de Monforte; estuvo en Luban, Mindoro, Panay y Gigantes, sin descubrir á los piratas, y regresó á la capital. Los moros pudieron regresar á Joló con muchos despojos y 80 cautivos. El sultán de esta isla devolvió dichos cautivos, para demostrar que quería paces con los españoles.

Pasó de gobernador á Zamboanga el general Don Agustín de Cepeda (16 de Junio de 1659), sin que en el tiempo que ejerció el mando ocurriesen sucesos dignos de mención, yendo después á servir el gobierno de Molucas. El que le sustituyó tuvo grandes disgustos con los jesuitas, quienes en sus *Historias* refieren muy al por menor lo mucho que quiso perjudicarles en sus intereses, volviéndose á encargar nuevamente del gobierno de Zamboanga D. Fernando Bobadilla (15 de Febrero de 1662).

Las autoridades y los vecinos de Manila fueron víctimas en Mayo de 1662 de un pánico horrible, por la pretensión del poderoso pirata chino Kue-Sing, de que el pequeño reino de Filipinas le rindiese parias y se declarara tributario suyo, so pena de pasar con sus escuadras á destruir á los españoles, conforme había hecho con los holandeses, arrojándolos de la Formosa.

Esta embajada, que llevó á Manila el padre dominico Fr. Victorio Ricci, y la consiguiente indignación contra los chinos, originó una sublevación de los residen-

tes en Manila, que fué vencida, y el que la Junta de autoridades resolviera expulsarlos del país y rechazar con las armas la agresión de Kue-Sing, disponiendo el gobernador general grandes armamentos y cuantos preparativos de defensa le parecieron necesarios para salir victorioso del tremendo peligro que amenazaba á las islas.

Pero la más grave y transcendental de las medidas adoptadas en la junta presidida por Manrique de Lara, fué el abandono de la utilísima plaza de Zamboanga, avanzado centinela de nuestra dominación sobre las costas habitadas por los feroces malayo-mahometanos, y el de la Sabanilla, Calamianes é Iligan, también en sumo grado importantes, con el intento de reconcentrar en Manila todas las fuerzas que las guarnecían (6 de Mayo).

Esta noticia causó entre los súbditos españoles de aquellas tierras, ó sea entre los lútaos, profunda pena y grandísimo temor. Quejáronse amargamente del desamparo en que se les dejaba, quedando expuestos á la venganza de los moros, que ya no podían considerarlos como de su misma raza, y los odiaban de muerte por haberse hecho cristianos. Estas justísimas quejas, y la conciencia de los perjuicios que iban á seguirse con la retirada de las fuerzas españolas, impulsaron al gobernador de la plaza, D. Fernando Bobadilla, y al docto P. Combes, á solicitar del gobernador general que revocase su mandato, exponiéndole uno y otro las muy atendibles y poderosas razones que así lo aconsejaban.

La noticia de que los españoles se veían en tan tremendo conflicto, animó á los joloanos á repetir una vez más sus terribles correrías.

Los dattos de Joló, Tawi-Tawi, Lacay-Lacay y Tuptup, armaron 60 embarcaciones, y dividiendo sus fuer-

zas en varias escuadrillas, saquearon y quemaron los pueblos de Poro, Baybay, Sogor, Cabalian, Basey, Dangajon, Guinobatan y Capul. Dieron muerte al capitán Gabriel de la Peña; cautivaron al de igual clase, Ignacio de la Cueva, y al padre jesuita Buenaventura Barcena (1); llegaron hasta los montes en persecución de los religiosos, y á cuantos indios cogieron transporon cautivos á su país, matando á muchos de todas edades y clases.

El gobernador general de las islas mandó una escuadra á perseguir los piratas, pero nada hizo. Sólo desde Zamboanga les salió al encuentro el ayudante Francisco Alvarez, que apresó la caracoa del corsario Gani, pariente de Salé, y de 30 cautivos que llevaba libertó á 22, yendo después á una isla de Joló, donde cautivó 12 moros.

Bobadilla, en contestación á su mensaje, recibió el 8 de Noviembre órdenes apremiantes, fechadas el 5 y 8 de Setiembre, para que se trasladase á Manila sin pérdida de tiempo, condescendiendo el gobernador con que dejara, á lo sumo, 50 españoles en la fortaleza de Zamboanga.

Esto equivalía á condenar á esos infelices á una muerte segura, y de ello protestaron los padres jesuitas, que necesariamente hubieran corrido igual destino; decidiendo, por último, la autoridad superior de las islas, el total abandono de las expresadas plazas (2).

(1) Este murió á poco en su cautiverio de Tawi-Tawi.

(2) "Representé yo al gobernador por escrito, y de palabra, todos los inconvenientes, haciéndole evidencia que la salud de las islas solamente consistía en tener guarnecido el puesto de Zamboanga, porque con solamente residir allí los españoles, aunque la ocasión presente los menoscabase, dejando limitado el presidio á sólo su conservación, se les

Todavía Bobadilla, con el fin de alentar á los lútaos, y de que creyeran los moros que no abandonaba el puesto, mandó en su persecución al capitán D. Juan de Morales Valenzuela, con dos caracoas, á las islas llamadas Orejas de liebre, el 2 de Enero de 1663; pero el 4 del mismo mes recibió nueva y más decisiva orden del capitán general, fecha 11 de Octubre, para que, sin dilación ni excusa alguna, abandonase á Zamboanga,

quitaba al Mindanao y Joló la mitad del poder, por ser igual al que ellos tienen el que sustenta á su abrigo pacífico aquella fuerza, y le obligaba, cuando quisiese romper, á dejar en guarda de sus casas á otra mitad como se había experimentado careando los esfuerzos de ahora en interrupciones que ha habido de la paz, con las ordinarias armadas que echaban antes que los enfrenara la fuerza; pues en ésta, echando el resto, jamás había pasado su armada de seis á ocho caracoas; y en lo antiguo echaban 80, que llenaban de pavor y estragos todas las islas hasta las bocas de la bahía de Manila. Que sólo esta fuerza había conseguido los fines de su erección, reprimiendo ambos cosarios; y cuando se aseguraba de ellos, enfrenando al Burney, haciendo jornada á su reino todos los años, é impidiéndoles entonces el invadir las islas. Que ningún otro medio era efectivo, por ser solamente los navíos en que navegaban los de Zamboanga de la misma forma que los de los cosarios, y con los que solamente se les puede dar alcance. Que con menos armada y costo se hacía desde allí la defensa y se les daba el castigo; porque aunque juntos en armadas eran poderosos contra el descuido y flojedad de los naturales; pero vueltos á sus casas, eran tan indios como los demás, y se esparcían en sus sementeras y pesquerías, y dos pilanes los podían inquietar, como se había experimentado en los rompimientos pasados, que con dos pequeñas canoas equipadas hizo el gobernador de Joló, D. Agustín de Cepeda, ahora maestre de campo general de las islas adyacentes á Joló, le fuesen tributarias. Que el remedio que los de la junta ofrecían de armada de las islas que les saliese al encuentro y las defendiese, no solamente estaba condenado de la experiencia por inútil, sino por dañoso. Inútil, porque jamás con ella se había dado caza al enemigo, porque era lo mismo que seguir un buey á una garza, y solamente llegaba á averiguar los estragos y nunca á vengarlos. Dañoso, porque era echar nuevo enemigo contra las islas, por los daños que hacían

visto lo cual avisó á Morales que se retirara, como lo ejecutó el 7, apresurándose á cumplir dicho imperioso mandato, convencido de que era ya de todo punto imposible oponerse á tan sensible determinación.

El gobernador de Zamboanga hizo solemne entrega de la fuerza al maestre de campo de los naturales lútaos, D. Alonso Macombon, recibiéndole pleito homenaje de tenerla por el rey de España y defenderla

los soldados en los pueblos donde saltaban, á título de buscar bastimentos, y condenar á galeras perpetuas á los pobres naturales, cargados de tantos repartimientos, tributos y servicios personales, por los malos tratamientos que les hacían; que miraban con tanto horror esta carga como la de las galeras; sin diferenciarse más que en no llevar prisiones, con gran menoscabo de los tributos reales, por los muchos que morían en este ejercicio, así por el trabajo, poco sustento, como por ser los más gente del monte, desacostumbrada al remo y desdichada en la mar, por no sufrir sus inclemencias. Que hoy no había potencia en las islas para echar tan poderosas armadas como en lo antiguo, ni capitanes y soldados tan experimentados; y si aquéllos, con tan lucidas compañías de soldados, no habían servido para el efecto creado de redimir las islas de tan fiero cautiverio, mal se podía fiar de las que ahora se podían despachar, estando acabada la milicia, y no hallándose puros españoles 200 hombres. Que siendo esta la carga más intolerable para los naturales, era mala política no echarla, como podíamos, á hombros de nuestros enemigos, á quienes no les era pesada, por vivir en este ejercicio; antes favorables á sus intentos piratas, poniéndoles las proas á nuestros enemigos. Que era menos la gente que se requería para sustentar el presidio, que para sustentar en pie una armada. Y que estos gastos los pagarían las provincias, que desde que se puso el presidio se les añadió al tributo una medida de arroz, que pagaban igualmente los naturales y los encomenderos, que montaba mucho más que el gasto que podía hacer la fuerza. Que cuando fuese necesario valerse de la gente de allá por más práctica, mientras instaba esta necesidad, se quedasen 40 españoles, 70 pampangos y 50 negros, que acá harían poca falta, y el número de españoles me ofrecía yo á suplirle de los extravagantes esparcidos en los pueblos de los naturales, de que yo tenía experiencia, y en el gobierno no había noticia. Mediante este informe,

de sus enemigos; pero se negó á incluir entre éstos al sultán de Mindanao, á pretexto de que no tenía poder bastante para oponerse al del temido Corralat.

El gobernador, temeroso de una defección, no le dejó artillería ninguna.

Los jesuitas entregaron también á Macombon sus casas é iglesias, llevándose las imágenes, ornamentos, cálices y libros; 6.000 cristianos quedaron en Zamboanga expuestos á las iras de los mahometanos.

Algunos lútaos, aunque pocos, determinaron marchar á las provincias de Cebú ó Dapitan; otros se re-

dispuso el gobernador se quedasen 25 españoles y 25 pampangos. Dió orden que viniese á Manila la armada de los lútaos, pareciéndole se aseguraba con esto todo. A esta disposición, repliqué yo que era poca gente 50 hombres para guarnecer tan grande fuerza, y no teniéndola para cambiar, que ocho días estarían degollados, por no tener agua dentro y serles forzoso irla á conducir en embarcaciones muy lejos; así que los lútaos rompiesen la presa, que la hacen llegar á la fuerza, y que, ó había de quedar con poder bastante, ó dejarla del todo, porque esotro fuera entregarle los soldados y armas al enemigo. Y que por el lútao que viniese de armada á Manila daría yo mi cabeza, que era ese arbitrio de gente que no tenía experiencia de esa nación, de su poder, de su poca fe, de la calidad de la fuerza.

„A la verdad, lo que hizo discurrir tan á tientas en esta junta, fué el no haberse hallado hombres de experiencia en ella, ocupados los cabos militares que se habían hallado en aquellas guerras, y gobernado aquellas fuerzas en los puntos remotos de la ciudad. El general D. Agustín de Cepeda, en el gobierno de Ternate; el almirante D. Francisco de Atienza, en el gobierno de la Pampanga; el almirante Pedro Durán de Monforte, en el gobierno de Iloilo, y otros en Zamboanga y Caraga Resolvióse, pues, el capitán general en desamparar del todo á Zamboanga, y para eso se despacharon las órdenes con el aprieto, que no dejaron lugar para arbitrar en la ejecución, mandando que "ciegamente obedeciera„ (palabras formales de la orden), sin darle interpretación.„ (P. Francisco Combes: *Historia de Mindanao*, lib. VIII, páginas 548 y siguientes.)

partieron por Joló y Mindanao en busca de amparo, volviendo á su antigua religión.

El abandono de nuestras plazas de Mindanao, aunque se disculpe con la difícil situación de la capital de las islas, fué una medida en demasía imprudente, pues, por atender á un peligro dudoso, quedaban expuestas las islas Visayas á otro más inmediato y real, aparte del retroceso que necesariamente tenía que experimentar nuestra dominación entre los naturales de Mindanao, donde á la sazón existían sobre 70.000 cristianos (1).

(1) En un informe que por orden del gobierno supremo redactaron los jesuitas en 1654, se describe así el estado de la población cristiana:

"La isla de Mindanao es la mayor de estas Filipinas, después de Manila. Está todavía por sujetar gran parte de ella. En lo sujeto tiene la Compañía á su cargo las jurisdicciones de Iligan y Zamboanga. Este es el principal presidio de los españoles, donde está principiado á fundar un Colegio. Este tiene un rector, con cinco operarios sacerdotes. Los pueblos que doctrina son el de los naturales y lútaos de la misma Zamboanga, que son 800 familias, y en lugar de tributo sirven en nuestras armadas de remo, que muy de ordinario andan en corso en defensa de nuestras costas y ofensa de las enemigas. La isla de Basilan, en frente del presidio de Zamboanga, á dos leguas de distancia, tiene cerca de 1.000 familias, que atraídas por la industria, cariño y solicitud de los padres doctrineros, se manifiestan más para ser administrados; y en tiempo del tributo parecen los menos, y la benignidad cristiana de los españoles, que atiende más al bien de las almas que al interés personal, los disimula por no estar aún totalmente doméstica y sujeta esta gente, y por el riesgo de perderlo todo si se apretase mucho; lo cual pasa sí, no solamente en la isla de Basilan, sino también en todas las demás de esta jurisdicción de Zamboanga. En la tierra de Mindanao, que son la Caldera, puerto nombrado á dos leguas de Zamboanga, hacia el Oriente, que tendrá 200 familias; Bocot, 250; Piacan y Siraney, 100; Siocon, 300; Maslo, 100; Namican, 30; Data, 25; Coroan, 20; Bitales, 40; Fingan, 100; Tupila, 100; Sanguinto, 100, que están á la parte meridional de Zamboanga, y por todas montan 3.251 familias. Inclúyense tambien en esta jurisdicción las islas de Pangotaran y Ubian, distantes tres

El pirata que tal pánico causara á las autoridades de Manila, y tan grandes daños ocasionó á la causa de la reducción de los piratas malayo-mahometanos, sucumbió sin realizar sus amenazas.

Durante el gobierno de D. Juan de Vargas (1679), el sultán de Borneo envió una embajada solicitando establecer transacciones mercantiles con Filipinas, á la que correspondió Vargas con otra muy lucida por medio del sargento mayor D. Juan Morales de Valenzuela.

En 1701 ocurrió en el Sur de Filipinas un suceso tan trágico como curioso. El sultán de Joló pasó á visitar al de Mindanao, haciéndose escoltar, para mayor ostentación, por una escuadra compuesta de 67 embarcaciones. Viendo tal séquito, temió el de Mindanao, Cutay,

días de viaje de Zamboanga, cuyos habitadores, ya casi todos cristianos, dan, cuando pasan por allí las armadas, algún género de tributo; las islas de Tapul y Balonaquis, cuyos naturales son todavía infieles; hay alrededor de Basilan muchas isletas, acogida de indios fugitivos, muchos de ellos cristianos, que en ocasiones se manifiestan á los padres para ser administrados, y á su persuasión se agregan á servir en las armadas. Pertenecen también á la misma jurisdicción de Zamboanga, la isla de Joló, en la cual hay muchos cristianos, de los que quedaron allí cuando se retiró el presidio español: van algunas veces á visitarlos los padres ministros, y procuran atraerlos para administrarles los santos sacramentos. Y reducidos todos éstos á familias serán poco más ó menos, en Pangotaran y Ubian, 200, en Tapul y Balonaquis, 150; en las isletas de Basilan, 200; y en Joló con las suyas, 500, que por todas hacen 1.000.—Jurisdicción de Iligan, con su residencia de Dapitan.—Corre esta jurisdicción por la costa oriental de la isla, y tendrá su distrito largas 60 leguas, en que se comprende la nación de los subanos, que es de las numerosas de la isla, y más dispuesta para la doctrina evangélica, *por ser gentiles y no mahometanos* como los mindanaos. El pueblo de Iligan, que es cabecera de la jurisdicción, donde asiste el alcalde mayor y capitán de infantería de presidio, tiene hasta 100 tributarios en la playa, y la tierra más adentro en otro pueblo que llaman Baloy, habrá 200 familias, si bien para el tributo no parecen sino 30. Y en otro pue-

sucesor del insigne Corralat, que no llevara intenciones pacíficas y mandó cerrar la bocana del río, con lo cual, ofendido el de Joló, desafió á aquél á un combate personal. Aceptado su reto, lucharon cuerpo á cuerpo ambos sultanes, con tal rabia, que se dieron la muerte el uno al otro. Inmediatamente se encendió la guerra en los dos pueblos. Los joloanos, rompiendo las estacadas que cerraban el río, se retiraron á su isla con muchas armas y despojos.

El nuevo soberano de Mindanao pidió auxilios al gobernador de Manila, D. Domingo Zubálburu, pero les aconsejó depusieran sus diferencias, enviando con este fin al padre jesuita Antonio de Borja, quien pudo lograr su objeto.

blo llamado Lavayan, que está de la otra parte de Iligan y ensenada de Panguil, 50, bien que ellos son dos tantos más. Síguese Dapitan, que es la cabecera de la residencia y doctrina, por ser de los más antiguos cristianos de estas islas, que de su volundad salieron al encuentro á los primeros españoles que vinieron á la conquista, y les guiaron y sirvieron en ella, y siempre han permanecido fielmente en su amistad, por lo cual están reservados de pagar tributo. Son hasta 200 familias, y en otro pueblo que está la tierra adentro, en la cabecera del mismo río, habrá 250. Los pueblos que corren la costa adelante hacia Zamboanga son Dípoloc, de 300 familias; Duino, 600; Manucan, 100; Tubao, 100; Sindangan, 500; Mucas 200; Quipit, 300, que por todas montan 2.750 familias, las que se computa haber en esta residencia, á cuya doctrina asisten de ordinario cinco sacerdotes.„

Vese, pues, que la población cristiana al cargo de los jesuitas en Mindanao y sus adyacentes era en aquella época de 50.000 almas. Los agustinos descalzos que en 1621 habían acudido en auxilio de éstos para atender á las jurisdicciones de Butuan y Caraga, administraban otras 20.000 almas, cuando menos; y como la población total de la isla se calculaba entonces de 150.000, según el P. Colín, resulta que habían abrazado el cristianismo y obedecían á las autoridades españolas más de dos quintas partes de sus habitantes.

CAPÍTULO XIV.

Depredaciones de los moros durante el desamparo de Zamboanga.—Gestiones de los jesuitas para el restablecimiento de este presidio.—El gobernador Bustamente envía una expedición á realizarlo.—Restablece también el presidio de Labo.—El sucesor de Bustamante lo hace abandonar.—El reyezuelo de Butic intenta tomar á Zamboanga.—Es rechazado y cae sobre Linacapan.—Expediciones contra los piratas moros.—Envía á Manila el sultán de Joló á un chino por embajador.—Va á dicha isla el alcalde de Parian y celebra un tratado con aquél.—Nuevas depredaciones de los malayo-mahometanos.

Natural parecía que, pasado el peligro de la temida invasión del pirata Kue-Sing, volvieran á ocuparse las plazas desamparadas en Mindanao; pero no se hizo así, y durante medio siglo no transcurrió año alguno sin que los pueblos cristianos de Mindanao y de Visayas dejaran de experimentar pérdidas inmensas en sus intereses materiales y gravísimas violencias en las personas de sus moradores, muchos de los cuales fueron arrebatados de sus hogares para sufrir entre los moros horrorosa esclavitud. Por do quiera se veían poblaciones destruídas, iglesias saqueadas é infelices indios muertos, sin que sus esfuerzos por defenderse lograran poner remedio al salvajismo creciente de los feroces mahometanos, no obstante los infinitos combates que continuamente se libraban entre sus ligeras embarcaciones y la escuadra llamada de *pintados*, compuesta de unas 100 piraguas, creada exclusivamente para perseguir á los piratas.

Los jesuitas practicaron vivísimas gestiones en la corte por conseguir el restablecimiento del presidio de Zamboanga. El P. Luis de Pimentel, procurador general de la orden, hizo presente al Real Consejo de Indias en 1666 los grandísimos perjuicios consiguientes al abandono de aquella importante plaza. En su consecuencia, se expidió una Real cédula en 30 de Diciembre de dicho año, previniendo que «se volviese á presidiar el sitio de Zamboanga.» La opinión de las autoridades de Filipinas era contraria á esta medida, y las comunidades religiosas, que no veían de buen grado la intrusión en el Archipiélago de los padres de la Compañía de Jesús, interpusieron su influencia y la cédula Real no llegó á cumplirse. Reiterada ésta en 1672, tampoco fué obedecida. Los jesuitas no desmayaron por eso, y aunque en muchos años sus instancias obtuvieron escaso éxito, tal fué su tenacidad y constancia, que al fin, en 19 de Junio de 1712, ordenó el Rey terminantemente la realización de lo mandado. Pero aun así, esto no tuvo lugar hasta el año de 1718, en que, á pesar del parecer de la Junta de autoridades, que se opuso á ello por diez votos contra siete, realizó su cumplimiento el señor D. Fernando Bustamante, á quien por su severidad cupo el triste fin de ser asesinado en un tumulto, á cuya cabeza se pusieron los religiosos de todas las ordenes monásticas de Filipinas y los jesuitas.

Para restablecer el presidio se habilitó una expedición al mando del general D. Gregorio de Padilla y Escalante.

El ingeniero D. Juan Sicarra reedificó la fortaleza de Zamboanga sobre los cimientos de la primitiva fortaleza. Formó, pues, cuatro baluartes, llamados *San Francisco Javier*, *San Felipe*, *San Fernando* y *San Luis*, con

sus recintos, parapetos, plataforma y orejones, y los gruesos correspondientes. En su centro alzábase el cuartel para la infantería española, cuerpo de guardia, casamata, almacenes, capilla y las oficinas necesarias. Seguía la ciudadela, cerrada con dos baluartes: el denominado *Santa Bárbara*, de figura cuadrada, y otro, el *Santa Catalina*, á modo de orejón. En el centro de ambos se estableció el hospital, cuerpo de guardia, cuartel de soldados pampangos, iglesia, casa para los religiosos y la del gobernador. Guarnecían los fuertes 61 piezas de artillería, unas de hierro y otras de bronce, del calibre de uno hasta el de 18. Los almacenes fueron provistos de pertrechos y municiones, mosquetes, arcabuces, bayonetas y demás armamento.

A instancias de los padres recoletos, determinó también Bustamante el establecimiento de un presidio en Labo, punta la más meridional de la importante isla de la Paragua.

Para confirmar la cesión de la parte de esta isla, perteneciente al sultán de Joló, fué de embajador D. Antonio Pérez Gil, efectuándose dicho acto con toda formalidad. En su vista, pasó á Labo una escuadra bajo las órdenes del sargento mayor D. José de Aroza, alcalde mayor de la provincia de Otón, llevando por capellanes á los PP. Fr. Juan de la Encarnación y Fray Manuel de San José. Concurrieron á dicho punto el castellano del presidio de Taytay, D. Fernando Vélez de Arce, y D. Antonio Pérez Gil, y en el sitio que creyeron más á propósito se construyó un pequeño baluarte, coronado por alguna artillería de poco calibre.

En Enero de 1720 decretó la Junta de guerra, convocada por el Arzobispo gobernador D. Fr. Francisco de la Cuesta, el abandono del presidio de Labo, obedecien-

do esta determinación, más que á justas causas, al odio contra el mariscal Bustamante, que le había fundado. Parte de las fuerzas que guarnecían aquel punto fueron á reforzar el presidio de Taytay.

En el acto se fortificaron los moros en Ipolote, desde donde salían á piratear por las costas de Calamianes y Mindoro, causando inmenso daño á ambas provincias.

El restablecimiento del presidio de Zamboanga produjo en los feroces mahometanos grande descontento. Poniéndose á su cabeza Dulasi, reyezuelo de Butic, ataca á Zamboanga el 8 de Diciembre de 1720, siendo rechazado. Unidos sus partidarios con los sultanes de Mindanao y Joló, en número próximamente de 5.000, con multitud de embarcaciones, pusieron sitio á la población, teniéndola en riguroso asedio durante dos meses. El gobernador, D. Sebastián Amorrea, hizo prodigios de valor en defensa de la plaza, vigilando día y noche para impedir que realizaran su intento, lo que quizá hubieran conseguido de prolongar algo más el cerco, porque escaseaban los recursos y yacían enfermos casi todos los españoles.

Desesperados y llenos de despecho los moros malayos, marcharon contra Linacapan (Calamianes), incendiando el pueblo, á cuyo párroco, Fr. Manuel de Jesús María, dieron muerte, volviéndose á sus islas con muchos cautivos.

El 10 de Julio de 1721 salió contra los piratas moro-malayos de Mindanao el general D. Antonio Rojas, de orden del gobernador de Filipinas marqués de Torre Campo, pero regresó á los dos meses sin haberles inferido daño alguno; ellos, en cambio, cometieron en Agutaya, Cuyo y Mindoro inicuos atentados.

A fin de refrenar sus atrevimientos, despachó Torre Campo una armada de tres galeotas, cuatro champanes, dos bergantines y tres lanchas, bien pertrechadas de municiones y de gente, con orden de que se les reunieran las caracoas de Leyte y Cebú. Iba al frente de esta escuadra el general D. Andrés García Fernández, llevando por segundo á D. Juan Panales Carranza. Subdividióse la fuerza en tres grupos: uno á cargo del general, otro al de D. José Jorge de Illumbe, y el tercero al de D. Francisco Cárdenas Pacheco. El 26 de Enero de 1723 llegaron á Cebú, menos una de las galeotas de Illumbe, que naufragó en Sorsogón. Súpose que los moros asolaban las costas de Isla de Negros, y el general hizo salir en busca del enemigo á Illumbe y Cárdenas bajo las órdenes de Carranza. El 6 de Febrero avistaron 40 caracoas piratas. El viento no permitió maniobrar bien á los buques españoles, que andaban dispersos y sotaventeados. Vieron entrar á los moros en una ensenada, y al abandonarla al día siguiente comenzó Cárdenas á perseguirles, pero las malas disposiciones del almirante permitieron que ganaran la costa. El jefe superior, García Hernández, había quedado enfermo en Iloilo, donde murió. Su segundo, Carranza, puso el rumbo á Zamboanga. Aquí acordaron, en junta, pasar á Joló, pero al recibir en el camino un despacho del comandante de Dapitan, manifestando que los moros cercaban el presidio de Iligan, fué Cárdenas á este punto. Habían marchado ya los piratas, reunióse á la escuadra, y en junta de oficiales se decidió la vuelta á Manila, so pretexto de que la estación no era á propósito para ir á Joló. Esta inútil y costosa expedición no produjo más resultados que envalentonar á los moros.

En el mismo año de 1723 dirigió otra expedición el

castellano de la fuerza de Santiago, D. Juan de Mesa, logrando recuperar la Sabanilla. En la refriega, que fué sangrienta, murieron algunos dattos.

El sultán de Joló mandó á Manila al chino Kikua, con el encargo de solicitar paces (1725). Torre Campo, después de oir á la Junta de guerra, hizo que saliera para dicha isla el alcalde mayor del Parian, D. Miguel de Aragón, con dos galeotas, una de éstas al mando de D. Ignacio Iriberri. Fué bien recibido del monarca joloano, y ajustó con él un tratado cuyas principales cláusulas fueron:

Que los joloanos podían tratar y contratar libremente en Manila y demás provincias, llevando licencia firmada por el sultán, y en igual forma los españoles en Joló, con licencia del gobernador de las islas ó del de Zamboanga.

Que los cristianos, cautivos ó no, que se hallasen en Joló, podían embarcarse desde luego con el embajador, según bando que para su conocimiento debería publicar el sultán.

Que si huyeren de Joló algunos vasallos del sultán, se les hiciera volver á dicha isla, á menos que prefiriesen abjurar sus creencias por el catolicismo, en cuyo caso había que pagar el rescate de los esclavos á razón de 40 pesos por los hombres y mujeres estando sanos, 30 por los no sanos, y 20 por los muchachos. Siendo libres no era necesario el rescate.

El sultán se obligaba á restituir á España la isla de Basilan.

Caso de estar en guerra el sultán con sus enemigos, éstos no serían socorridos por los españoles, y viceversa; pero si la guerra fuese con enemigos de ambos contratantes, podrían auxiliarse, partiendo por mitad las

piezas que se lograran, menos los cautivos cristianos, que se adjudicarían á España.

Firmaron el convenio en 19 de Diciembre de 1726 el sultán y D. Miguel Aragón, y varios españoles y dattos joloanos como testigos.

Estas capitulaciones merecieron la aprobación de la Junta de guerra, ratificándose solemnemente en Manila, á donde envió el sultán un embajador con plenos poderes.

A poco de firmarse este tratado apresaron los moros un barco de la propiedad de D. Manuel Ochoa, general de Cebú; dieron muerte á todos los tripulantes, y á su capitán, que era español, lo desollaron vivo, despedazándolo después poco á poco, hasta que rindió la vida con tan bárbaro suplicio.

Una escuadrilla de joloanos asaltó el pueblo de Manaol, en Mindoro. Al cabo de una breve lucha con los indígenas, saquearon sus casas y la iglesia, llevándose cuanto contenía de valor é incendiando el pueblo.

Otra puso sitio á Cateel, presidio situado á un extremo de la provincia de Caraga. Dirigió la defensa, con gran valor, el recoleto Fr. Benito de San José, viéndose á las mujeres acudir á las murallas con armas para rechazar el asalto de los moros. Éstos levantaron el cerco, muriendo á poco el esforzado fraile de resultas de las fatigas de su activa campaña.

CAPÍTULO XV.

Gobierno de D. Fernando Valdés.—Mejora las defensas de la plaza.—Atacan los moros de Tawi-Tawi á Taytay.—Valerosa defensa de la guarnición.—Crueldad de los moros con un leal indígena.—Expedición contra los joloanos.—Castigos que sufren éstos y los isleños comarcanos.—El sultán de Tamontaca pide auxilio á los españoles contra el príncipe Malinog.—Se le concede y es derrotado éste.—Daños en Joló y Basilan.—Nuevo auxilio á los de Tamontaca.—Malinog da muerte al sultán.—Su hijo reclama la protección de España bajo condiciones ventajosas, y se le otorga.—Escasos resultados de esta campaña.—Intenta el régulo de Tawi-Tawi tomar á Zamboanga.—Es rechazado.—Combate favorable contra el datto Ynog.—Los moros intentan tomar á Linacapan.—Medidas del gobernador para contener estas piraterías.—Nueva é infructuosa agresión de los moros contra Taytay.—Estipulaciones con el nuevo sultán de Joló.—Expedición contra los tirones.—Combate con los holandeses.—Cautiverio de un fraile recoleto.—El gobernador decreta el corso contra los piratas.

A los ocho años justos de gobernar las islas el marqués de Torre Campo, le sustituyó el brigadier D. Fernando de Valdés y Tamón, caballero de Santiago, tomando posesión el 14 de Agosto de 1729.

Una de sus primeras medidas fué, al enterarse del lamentable estado de la plaza, en cuanto á armamento y municiones, disponer la adquisición de 1.500 fusiles con bayoneta, cuyo encargo quedó en realizar D. Pedro Quijano; pero no pudo conseguir de los holandeses la venta de dichas armas (1).

(1) De la información que mandó hacer el gobernador aparece que solamente había en almacenes 25 arcabuces de cuerda, fabricados en el país; 120 mosquetes vizcaínos; 40 tercerolas de chispa; 60 alfanjes turcos, y 40 machetes.

Reparó las fortificaciones de Manila, mandó hacer una casa-mata para la pólvora y formar estacadas para el mejor resguardo de la plaza.

En Mayo de 1730 salió de Tawi-Tawi una escuadra compuesta de 20 grandes embarcaciones, y multitud de menor porte, tripulada por 3.000 hombres, provistos de buen armamento, bajo el mando de un hermano del sultán de Joló, apodado *Bigotillos*.

Después de efectuar robos y cautiverios en las costas de la Paragua y en la isla de Dumaran, separada de aquélla por un estrecho canal, marchó contra el presidio de Santa Isabel, de Taytay, pretendiendo que el fiscal mayor de Dumaran, D. Jerónimo Sundilun, que era uno de sus prisioneros, lo guiase por sitio seguro para caer sobre Taytay.

El buen anciano le condujo por el camino más largo, dando tiempo á que la guarnición se apercibiera de la llegada de los moros.

Gobernaba dicho presidio D. Pedro Lucena. Previnose á la defensa, viendo á poco sitiado el fuerte por mar y tierra. Las armas de los piratas no eran suficientes para causar grande daño al fuerte, ni las de éste bastaban á contener á los agresores, parapetados tras de altas piedras.

La falta de agua y de víveres puso en gran aprieto á Lucena; mas tuvo la suerte de que un principal de Cuyo, D. Alejandro Parvino, que ignoraba el cerco, llegara á Taytay con una embarcación mercante. Dicho atrevido arráez, atravesando el cordón de las naves joloanas, se puso al abrigo del fuerte y socorría á la guarnición con víveres y agua.

Duró veinte días el asedio, sin éxito alguno, retirándose al cabo los moros, después de quemar la iglesia y

casas del pueblo extramuros. Algunos de los principales dattos y muchos joloanos perecieron en sus repetidos asaltos contra la ciudadela.

Fuéronse á Ipolote, y en el camino martirizaron cruelmente al anciano Sundilun, cortándole, con intervalo de algunos días, los labios, la lengua, las narices, los pies y las manos, y azotándole sin piedad, hasta que exhaló el postrer suspiro, en venganza de que no habían realizado su intento de sorprender el fuerte.

La Junta de guerra, á propuesta del gobernador, dispuso el envío á Taytay de 50 hombres con los pertrechos y provisiones necesarias, en reemplazo de las pérdidas sufridas.

En vista de la aflictiva situación que atravesaban las provincias del Sur de Filipinas, con motivo de los incesantes ataques de los piratas de Mindanao y Joló, convocó el nuevo jefe á junta á los sujetos más experimentados y conocedores de la localidad, á fin de adoptar una resolución acertada que pusiera término al mal existente.

Después de discutir con amplitud el asunto, se convino en activar la construcción de buques y hacer cuantos aprestos fueren necesarios para el mejor éxito de una expedición á sus islas.

En Febrero de 1731 salieron de Cavite cuatro galeras recién construídas, tripuladas por 140 soldados y 30 artilleros españoles, 30 marineros, 44 grumetes y nueve cómitres ó capataces de 376 forzados al remo, bajo las órdenes del general D. Ignacio de Iriberri, yendo de jefes en las demás naves D. Manuel del Rosal, D. Pedro Zacarías Villarreal y D. Andrés de Palacios.

Incorporáronseles en Zamboanga dos fragatas, cua-

tro paquebots ó champanes, una tartana, una falúa, ocho caracoas visayas y dos de lútaos. Tras de una breve y feliz navegación fondeó la escuadra en Joló. Defendían la plaza cinco fuertes de estacas y uno de piedra, edificado sobre el que fundara el ilustre general Corcuera en 1638, artillados con 10 cañones de grueso calibre, y muchas piezas menores en los demás.

El ataque y la defensa fué terrible por ambas partes; pero la victoria se declaró por los españoles, sucumbiendo en la lucha dos dattos. Cogióseles el estandarte real del datto Salicala, y fueron pasto de las llamas sus casas y embarcaciones.

Villarreal pasó con su galera y cuatro buques menores á la isla de Talobo, cuyas salinas, que constituían una gran riqueza para ellos, destruyó, quemándoles también el pueblo y todos sus barcos.

El capitán Palacios desembarcó frente al fuerte de Bual, que defendía el príncipe Salicala con una extensa línea de baterías sobre la playa; le mató bastante gente, y redujo á cenizas casas y sembrados. La expedición regresó á Zamboanga. A mediados de año fué Villarreal, al mando de 600 hombres de desembarco, á la isla de Capual, situada á milla y media de Joló; quemó tres pueblos, destruyó salinas, casas, sembrados y buques, no sin luchar ardientemente los moros, regresando á Manila la escuadra por el mes de Junio.

El sultán de Tamontaca, Maulana Diafar, solicitó el auxilio de los españoles para combatir al príncipe Malinog, que se había sublevado con el apoyo de los dattos de treinta pueblos del río grande de Mindanao, proclamándose sultán de Salangan. Esperaba además el revoltoso magnate tener de su parte á los holandeses, en virtud de gestiones con ese objeto practicadas.

En Noviembre de dicho año 1731 salió de Manila el comandante Villarreal con dos galeras y dos champanes; reforzó su escuadra en Zamboanga con otras dos galeras, una falúa, una piragua y una caracoa tripulada por lútaos. El sultán de Tamontaca recibió al jefe español con grandes fiestas, saludando la bandera nacional con salvas de artillería. Tenía ya dispuesta su escuadra, ó sean 11 embarcaciones grandes y 30 menores, al mando de dos príncipes, en cuyos buques iba multitud de gente de guerra, la que se puso á las órdenes de Villarreal. Emprendieron la marcha, y á la entrada del río hallaron un fuerte construído bajo la dirección de un ingeniero holandés y defendido por ocho cañones y 300 hombres. El fuerte fué tomado al cabo de algunas horas de lucha. Se demolió éste, inutilizando los cañones, y cogieron muchas armas. Dos leguas río arriba avistaron la residencia de Malinog, pueblo grande, resguardado por seis fuertes, con 30 cañones del calibre de 6, 8 y 12. Entablóse el ataque; peleando bravamente murieron muchos moros, y entre ellos el príncipe Tambul, general de las armas. Quemaron tres pueblos, destruyendo las sementeras, árboles y ganados. Al regresar los expedicionarios á Tamontaca, el sultán, agradecido, devolvió siete cautivos que había en su reino, algunos de los cuales llevaban catorce años de cautiverio, y obsequió grandemente á las tropas.

De vuelta la escuadra en Zamboanga pasó á las costas de Joló y de Basilan, haciendo muchos cautivos y el mayor daño posible.

Los buques procedentes de Manila fondearon en la bahía de la capital en Junio de 1732.

Con idéntico fin de prestar auxilio al sultán de Tamontaca partió otra expedición en Enero de 1733. Di-

rigía las fuerzas de tierra el capitán D. Juan Antonio Jobe, y las de mar D. Félix Téllez Girón.

Mientras peleaban los españoles, en unión de las fuerzas aliadas, contra los defensores de la corte de Malinog, éste invadió con 300 piraguas la capital de Tamontaca, dando muerte al sultán. Los expedicionarios españoles regresaron á Manila.

Amuril Mahomenin Campsa, hijo del sultán Maulana Diafar, escribió el 30 de Marzo de 1733 al gobernador general de Filipinas, exponiéndole la triste situación á que le tenía reducido Malinog desde que éste diera muerte á su padre, y demandaba una vez más el auxilio de los españoles, como aliado y súbdito del monarca católico, manifestándose dispuesto á ratificar las capitulaciones que su padre firmara. En idénticos términos se expresaba también su hermano el príncipe Linicom.

Dirigiéronse asimismo al gobernador de Zamboanga D. Juan Antonio de la Torre, el cual envió dos galeras á recorrer la costa, mandadas por D. Félix Téllez Girón. A su regreso se embarcó para Manila, como embajador, el príncipe Basal, que fué recibido por el jefe supremo de las islas con las mayores demostraciones de afecto, dispensándole los honores debidos á su rango.

El sultán de Tamontaca se obligaba, para combatir á Malinog en unión de las fuerzas españolas, á tener disponibles 400 hombres armados con lanzas, crises y corazas; cuatro caracoas con la artillería y tripulación necesaria; dos balsas de cuatro barotos cada una, con trincheras, artillería y gente mantenida á su costa, y 60 barcas grandes para transportar la tropa á donde el general dispusiere. Pedían el envío de 3.000 boholanos y de 100 soldados de otras provincias, con las galeras y embarcaciones que fuere preciso. Una vez terminada

la campaña y en posesión el sultán de Salangan, ofrecía fortificar y mantener sus dominios en la obediencia del Rey de España, pudiendo los españoles levantar fuertes en su territorio y destinar misioneros para instruir á los que voluntariamente quisieren convertirse al cristianismo.

Por último, se comprometían, en recompensa de los gastos que la expedición irrogaba, y en señal de vasallaje, á contribuir todos los años con cierto tributo, recomendándose á la consideración de la autoridad superior, á fin de que en los primeros años no se les apremiase demasiado sobre este extremo, por la escasez que necesariamente les ocasionaría la campaña.

Sometidas estas proposiciones á la Junta de guerra, y oído el fiscal de S. M., se determinó socorrer al nuevo sultán, enviando al efecto una escuadra á las órdenes del general D. Francisco Cárdenas Pacheco.

Reforzada en Zamboanga, salió el 18 de Febrero de 1734. En la ensenada de Sibuguey reunióse toda la escuadra: á los nueve días pasaron Punta de Flechas, y desde aquí se dividió en dos cuerpos, uno por la costa y otro mar á fuera, á cargo éste de D. Pedro Zacarías Villarreal. La que dirigía Cárdenas fué á la Sabanilla de Tuboc, en cuya barra dió fondo. Practicado un reconocimiento en el río, y en vista de que estaba en él la escuadra de Tawi-Tawi, se convino, en consejo de oficiales, efectuar en seguida el desembarco. Realizóse con buen orden, reuniéndose en tierra al amanecer 150 soldados y 600 indios. Avanzaron hasta encontrar á los moros: la infantería les ganó el campo y les hizo reembarcarse. La tropa llegó hasta las cercanías del fuerte, sosteniendo con sus defensores vivo tiroteo por espacio de dos horas. Mandó el general que avanzasen

los auxiliares indios en apoyo de la tropa, pero no hubo forma de conseguirlo; notando el cansancio de los soldados tocó retirada, replegándose sobre un montecillo próximo. Vióse en esto acudir multitud de moros, y el general dispuso que se los rechazase disparando lantacas y fusiles; mas al oir sus gritos de victoria y venganza, y que decían haberse apoderado de los botes, entró tal pánico á los indios, que emprendieron la huída. En vano quiso el general contenerlos; cundió el desaliento en la tropa, arrollada por los que huían, y precipitándose unos sobre otros lograron ganar los botes, gracias á que los mahometanos no supieron aprovechar las ventajas de la desbandada de sus adversarios. Una vez á bordo les fué fácil impedir, con los pedreros de las embarcaciones grandes, que se acercasen á la playa. Murieron en esta refriega 12 soldados, 9 indios y 4 forzados.

Por la noche llegó la almiranta y aconsejó su comandante atrincherar las galeras para el combate mientras se reunía el resto de la escuadra. Tres días después, disminuyendo el peso de las galeras, se las hizo avanzar por el río hasta donde pudiesen batir el fuerte y proteger los flancos de las tropas. Desembarcaron las fuerzas sin oposición, defendidas por el fuego de las embarcaciones situadas cerca de la playa. Formaban en la vanguardia 600 indios coraceros, 300 de tropa en el centro y 700 indios en la retaguardia, bajo las órdenes del valeroso Villarreal, quedando de reserva dos compañías de á 50 hombres y 600 indios coraceros, con el encargo de formar una trinchera.

Villarreal ordenó sus fuerzas en batalla, arrojándose al combate con valor; pero á pesar de su bravura y pericia obtuvo escaso éxito, no sólo por la superioridad del enemigo, cuyas fuerzas ascendían á 4.000 hombres,

dirigidas por el príncipe Balte, el datto Doria, muchos famosos dattos de Tawi-Tawi y los valientes Illanos, sino porque los auxiliares indios, y aun parte de las tropas, emprendían á lo mejor la huída, descomponiendo todo su plan (1).

En vista del mal sesgo de la campaña, resolvió el general trasladarse á la silanga de Malinog.

Fué feliz la travesía: pudo la escuadra ganar el río, y al ver esto los que guarnecían á Lubungan, incendiaron sus fuertes y sus casas. El general dió orden de continuar hacia Malinog; destacó á Villarreal con su galera y ocho caracoas para que, unido con otra galera y las embarcaciones de Tamontaca, fuese á tomar el fuerte de Cabuntalan, yendo Cárdenas á cortar la retirada de Malinog en Lubungan. Cumplió aquel jefe su cometido, después de cañonear el fuerte todo un día, en donde cogió dos cañones: lo hizo quemar, y regresó á reunirse con Cárdenas. Éste había levantado una trinchera, coronada por dos cañones de á 4 y un morterillo, comenzando el fuego con el auxilio de dos galeras próximas á la trinchera. Villarreal construyó otra trinchera hacia la parte opuesta del fuerte, en tierra firme, á distancia de un tiro de fusil. Determinó Cárdenas dar un grande asalto á la fortaleza: duró tres horas el combate; lo cenagoso del terreno, la acertada defensa de los moros y los obstáculos que impedían á los buques acercarse, por estar cortado el río con una grande estacada, que fué imposible destruir, imposibilitaron la toma del fuerte, á pesar de sostener los sitiadores vivo fuego du-

(1) Relación de la empresa contra la Sabanilla de Tuboc, que Malinog, rey levantado de Mindanao, padre del rey de Joló, intentó con 26 embarcaciones de armada el año de 1734: Madrid, 1734.

rante tres horas y de haberse aproximado tanto los granaderos, que metían sus granadas en el recinto fortificado. Viendo el general que las tropas estaban fatigadas, mandó cesar el fuego, retirándose en buen orden con todos los heridos, que eran 26 de tropa y 17 indios, habiendo muerto ocho soldados y 13 indios. Al día siguiente embarcaron la artillería: la escuadra pasó á la Silanga, en donde se detuvo veinte días para dar tiempo á que el príncipe Linicom edificara fortalezas con que defender sus dominios.

El jefe de la expedición pactó con los príncipes de Mindanao las siguientes condiciones:

Se les otorgaba libertad comercial en todo Filipinas, llevando sellados sus pasaportes, y del mismo modo á los españoles en sus sultanatos con licencia del capitán general. Permitirían el ejercicio de la religión católica y el establecimiento de fuertes, artillados y guarnecidos por españoles, en la Silanga y en Tamontaca; habría amistad y paces, prestándose mutuo auxilio en las guerras con sus enemigos; devolverían desde luego todos los cautivos, armas, campanas y vasos sagrados que hubiesen extraído de las provincias filipinas, abonando, en su defecto, 200 picos de cera. Debía contribuir el sultán con la equivalencia de 4.000 tributos en los efectos que produjera su reino, conduciéndolos anualmente á Manila un príncipe de la sangre, ó en caso de legítimo impedimento á Zamboanga, y que para la ratificación de este tratado mandaría á Manila una embajada.

Fué firmado este convenio, con toda solemnidad, por los jefes de la escuadra y por los magnates moros.

De regreso de Mindanao, en Junio del mismo año, hizo Villarreal una brillante campaña contra Basilan,

destruyendo pueblos y embarcaciones y cogiendo un gran botín (1).

Según Cárdenas, la amistad de los de Tamontaca no era leal, y bien claro se patentizó al no prestarse á devolver los cautivos cuando llegó el caso de cumplir esta parte de las estipulaciones.

El reyezuelo de Tawi-Tawi, *Bigotillos*, logró apresar un champán que conducía víveres á Zamboanga, y lo transportó á sus islas con los 17 individuos que lo tripulaban.

Seis meses después (1734), salió con siete embarcaciones y 300 hombres, recogió en Joló 150 más y puso el rumbo á Basilan, donde se le unieron otros 20 moros, concertando con ellos el modo de sorprender la fuerza de Zamboanga. Sintió ruido el centinela cuando estaban próximos al baluarte de San Felipe, dió la señal de alarma, y tan oportuna fué la llegada de los jefes, que ya los moros escalaban el fuerte, siendo rechazados con bastantes pérdidas.

El datto joloano Ynog, residente en el río de Balian, junto á Sibuguey, apresó una embarcación mercante de

(1) "En las armadas que se han hecho desde el año de 1719, que han sido siete, hemos experimentado en ellos (los moros) mucha curia en atrincherarse, mucha industria en defenderse, gran astucia en emboscarse, gran reparo en acometer, gran osadía en seguir, mucha artillería, buena pólvora, mucha destreza, y aun hemos advertido entre sus campos muchos holandeses por artilleros; y lo cierto es que sus nuevas fortificaciones, en particular en Joló, son de ingenieros conocidamente."

(*Disertación histórico-política*, en que se trata de la extensión del mahometismo en las islas Filipinas; grandes estragos que han hecho los mindanaos, joloes, camucones y confederados de esta secta en nuestros pueblos cristianos; medio con que se han contenido y uno congruente para su perfecto establecimiento, escrita en forma de diálogo, por el Padre Fr. José Torrubia, religioso franciscano: Madrid, 1736. Pág. 48.)

Cápiz. El gobernador de Zamboanga, La Torre, envió contra aquél, con dos pequeños buques, al capitán Don Juan González del Pulgar y al alférez Antonio de Lucena, ocho soldados en cada barco, un artillero, cuatro marineros y treinta forzados. Encontrado el buque pirata en el río de Lutiman, lo atacó Pulgar con tanto arrojo, que, no obstante el nutrido fuego de lantaca y de espingarda de los moros, les hizo desamparar su buque. Aún siguieron el tiroteo resguardados por unos mangles para defender la presa; pero al ver morir á su jefe y á un pandita abandonaron el barco á sus vencedores, destrozándoles además otras cuatro embarcaciones pequeñas. Entre los despojos del buque había varios alcoranes.

También en 1734 atacaron los moros á Linacapan, sin poder tomar el pueblo, por haberse hecho fuertes sus naturales en un cerro de difícil acceso, en el que se defendieron briosamente.

El 1.° de Diciembre del mismo año salió de Cavite otra armadilla á cargo del capitán D. Andrés Palacios, para socorrer el presidio de Taytay, que de nuevo estaba cercado de moros.

Verdaderamente inquieto el gobernador general con la tenaz lucha de los malayo-mahometanos, reunió la Junta de guerra para ver qué medidas convenía adoptar, y después de amplia discusión y de exponer cada cual su dictamen, resolvió que los pueblos costeros construyeran atalayas y baluartes para vigilar los mares y resistir, en caso de ataque, á los piratas, mandando también á los alcaldes mayores que trasladasen el vecindario de los lugares poco habitados á sus inmediatos, para que la población de cada uno no bajara de 500 tributantes, dándoles armas. Dispuso igualmente la creación de galeras guardacostas y que fuesen algunos

buques á los puntos más amenazados para estar prontos á salir contra los piratas, autorizando á los filipinos para armar sus embarcaciones en corso y servirse como esclavos de los prisioneros que hicieren.

En 1735, cayeron sobre el fuerte de Taytay 2.000 joloanos y mindanaos, cercándolo por tierra y por mar.

Hallábase á cargo del capitán Cienfuegos, cuyo valeroso jefe se previno á la defensa con celo, auxiliándole en ello el P. Fr. José de Santo Tomás de Villanueva y dos religiosos más. Uno de éstos, Fr. Antonio de Santa Ana, quedó herido gravemente y murió á poco.

Tan seguros estaban los moros de conseguir la victoria, que un fanático santón, acercándose á la muralla, dijo á los sitiadores que estuviesen prevenidos, porque al día siguiente iban á dar el asalto y á pasarlos á cuchillo. La guarnición indígena se contristó toda, y costó no poco trabajo al gobernador y á los religiosos persuadirles de su injustificado pánico. Cumplieron los moros la primera parte de su aviso, arrojándose en número de 1.500 sobre la fortaleza por tres distintos puntos, mientras sus buques lo cañoneaban por el frente, pero la artillería hizo en ellos grande estrago. Rechazados cuerpo á cuerpo algunos que lograron escalar el muro, tuvieron que desistir de su empeño, dejando el campo cubierto de cadáveres y de heridos, armas y despojos.

En 1736 recibió el gobernador de Filipinas cartas de los príncipes de Tamontaca, en que se quejaban de la pertinaz guerra que les hacía Malinog, y pidiendo, en virtud de los convenios vigentes, que se les remitieran en préstamo dos cañones de á 10, pólvora y balas, con la promesa de devolverlos, y de que antes perderían la vida que los cañones. Accedió el gobierno á esta peti-

ción, yendo un champán á llevarlos, en cuyo buque embarcó también el embajador y su comitiva.

En 1735 fué elevado al sultanato de Joló Mahamad Ali-Mudin, en virtud de renuncia de su padre Maulana, que le hizo además rey de Dongón y Tawi-Tawi. El viejo sultán intentó apoderarse del presidio de Zamboanga por medio de una traición, á cuyo fin envió ocho moros astutos para que, admitidos en paz y ganándose la voluntad de los indios con dádivas y protestas de amistad, les entregasen la fuerza.

Presos por el gobernador D. Francisco Sarmiento Valladares, y convictos de su traición, los hizo matar (1). Al recibir esta noticia el sultán Maulana, postrado en cama por penosa enfermedad, ciego de ira, se aceleró la muerte, dando con la cabeza en los maderos de su lecho.

En 1737 pasó á dicho reino el sargento mayor de Zamboanga, D. Juan González del Pulgar, de orden del gobernador de la plaza, á concertar con el nuevo rey la ratificación de las capitulaciones ajustadas con el sultán Maulana. Recibió Ali-Mudin con toda pompa al embajador, disponiéndole hospedaje y guardia para honra y resguardo de su persona. Fué el sultán á verse con el embajador; le dijo que algunos de sus vasallos se resistían á entregar los cautivos; que desde luego amparase á los que se refugiaran en su alojamiento, porque deseaba cumplir los convenios ajustados. Indicó que tenía en su poder 41 cautivos, á los que juntaría otros 30 para devolverlos.

Esto y el envío anterior de 78 cautivos y de dos

(1) "Así está escrito, y también que aquellos ocho hombres fueron al presidio sin tal intención: que fué antojo de jesuitas, quienes teniendo al gobernador por suyo, los hizo causa de traidores y los sentenció como tales."—(P. Concepción, tomo XII, cap. II, pág. 14.)

arras y una campana, probaban en él su lealtad, según dijo al embajador.

Pretendía, á su vez, que de los 40 prisioneros joloanos existentes en Filipinas, le fuesen devueltos 16 esclavos, y en caso de haberse hecho cristianos, que se los pagasen á 30 pesos uno, protestando devolver entonces más de 200 cautivos.

Con esta representación que hizo Pulgar, dió cuenta el gobernador de Zamboanga al Sr. Tamón, y mandó satisfacer al sultán el importe de dichos 16 cautivos, á fin de que devolviese los 200 indicados, á lo que no se prestaron luego los datos á quienes pertenecían (1).

Para ganar la voluntad de los españoles y acreditarse de leal, salió Ali-Mudin á campaña contra los piratas tirones, en unión del capitán D. Tomás Arrivillaga, pero en secreto los animaba á resistir, enviándoles aviso de que ocultasen en los pueblos del interior á los cautivos.

En Junio de 1735 fondearon en la bahía de Manila tres grandes navíos holandeses, mandados por el almirante Ury, á pedir la devolución de un buque de su país apresado por la marina española.

Dió origen á este suceso el siguiente hecho:

En Octubre de 1733 salieron de Zamboanga dos galeras guardacostas á cargo de D. Francisco Muñiz, con objeto de recorrer las de Mindanao. Hallándose en Tamontaca tuvo aviso aquel jefe de que se veía un buque holandés; fué en su busca y le intimó arbolase su bandera. La puso, empavesando el barco con flámulas y gallardetes. Reclamó la galera el bote, pero no hizo caso; le disparó un cañonazo con bala, no se dió por

(1) Este convenio de paz y amistad, fué aprobado por el Rey en cédula de 9 de Junio de 1742.

entendido, y así que la tuvo cerca, le disparó el buque holandés siete cañones de los diez que montaba, y en seguida los tres restantes á la otra galera que seguía á la capitana. Entonces se lanzaron ambas al abordaje, escalando el buque, sin embargo de su continuo fuego y de ofenderles sus tripulantes desde el trinquete con granadas y balas. Muñiz penetró el primero en la chalupa enemiga espada en mano. Le siguieron los suyos, y derribando la bandera neerlandesa, rindieron al capitán, Juan Vaningles, y á los 50 hombres que tripulaban el barco. La dotación de las galeras sólo ascendía á 45 hombres. Cogió Muñiz importantes despachos, una corona y un turbante que llevaban para Malinog.

Enviada la presa á Manila, prodújose en Batavia gran algarada por este hecho, calificándolo de infracción de la paz existente, no obstante haber hecho fuego dicho buque sobre los de la marina española y cogérsele los efectos de guerra que conducían para nuestros enemigos. De aquí la presentación en Manila de los navíos antes citados, y su amenaza de impedir la salida del galeón de Acapúlco y de apresar el *San Cristóbal*, que se aguardaba en breve.

Instruyóse expediente acerca de la pretensión de los holandeses, y aunque había sido declarada buena presa la del buque que reclamaban, y hubo quien opinó por rechazar la exigencia, se convino al cabo en restituir los prisioneros y satisfacer 6.500 pesos por la chalupa y algunos de sus tripulantes que, por su conversión al catolicismo, prefirieron quedarse en Manila.

El 20 de Mayo de 1740 tres caracoas de moros tirones atacaron en la ensenada de Guinsalagan una embarcación en que iba el padre recoleto Fr. Hipólito de San Agustín. Los indios se salvaron á nado, internán-

dose en los montes; mas el P. Hipólito, aunque logró ganar la playa con ellos, no pudo seguirlos y fué preso. Lleváronle á sus islas, y de aquí unos joloanos lo condujeron á su capital. El sultán trataba muy bien al padre, pero exigía 12.000 pesos por su rescate. En Octubre acudió de Zamboanga el rector de los jesuitas, convenientemente escoltado, á fin de satisfacer una cantidad moderada; mas el sultán persistía en su demanda, y al cabo se obligaron, por escrito, el rector y el cautivo á remitir dicha suma, recobrando su libertad en el acto. Más adelante, estando en Zamboanga el sultán, se contentó con 1.000 pesos.

En 1741 ordenó el gobernador del Archipiélago, Don Gaspar de la Torre, á los alcaldes mayores de Cebú, Leyte, Iloilo é Isla de Negros, la construcción de 36 embarcaciones capaces para conducir 80 hombres de armas y 18 remeros, siendo de cuenta de la Hacienda las raciones de la gente. Declaró que cuantos moros cogiesen serían esclavos de sus aprehensores, y que al principal que se distinguiera lo eximiría para siempre del pago de tributo, polos y servicios personales; permitía á los indios que fueran á combatir á los moros en sus tierras, y previno á los alcaldes que tuviesen en las playas vigías y atalayas para evitar sorpresas.

CAPÍTULO XVI.

Gobierno del Obispo Arrechederra.—Procura dotar á Manila de mejores medios de defensa.—Expediciones contra tirones.—Escribe el Rey de España á los sultanes de Joló y Tamontaca aconsejándoles permitan en sus estados la predicación del catolicismo.—Lleva el rector de Zamboanga estas cartas y es bien recibido.—Pide recursos y efectos de guerra el sultán de Joló, y se le conceden.—Designa el superior de los jesuitas los que han de ir á las misiones de dichos sultanatos.—El sultán de Joló acoge afectuosamente á los destinados á su reino.—Decide pasar á Manila; altérase su hermano Bantilan porque no le encarga del gobierno, y es herido el sultán alevosamente.—El datto Salicaya aconseja á los jesuitas vuelvan á Zamboanga, como lo verifican.—Sábese después que fué destronado Ali-Mudin por Bantilan.—Pasa aquél á Zamboanga y se embarca para Manila.—Sospechosa llegada de joloanos al presidio.—Precauciones del gobernador.—Incidentes de la misión de Tamontaca.—Teme el P. Moreno ser víctima de los mindanaos y regresa á Zamboanga.—Llega á Manila Ali-Mudin y es fastuosamente recibido.—El gobernador le promete su protección y le distinguen á porfía las autoridades y corporaciones.—Aconseja el Obispo-gobernador al sultán abjure el mahometismo.—Pide el sultán el Bautismo.—Rehusa el Arzobispo concederlo, sospechando de su vocación.—Interesado el gobernador, practícase la ceremonia en un pueblo de su diócesis.—Festejos con este motivo.—Proyecta reponerlo en su trono, pero la penuria del Tesoro no lo consiente.

En virtud de hallarse vacante el Arzobispado, y conforme á lo dispuesto por Reales despachos de 15 de Agosto de 1734, entró á gobernar las islas el Obispo electo de Nueva Segovia, D. Fr. Juan de Arrechederra, dominico, natural de Caracas.

El Obispo-gobernador, después de inspeccionar las

murallas y fuertes de la plaza, decretó la fundición de artillería de á 18, reedificando el polvorista. Análogos cuidados dedicó á Cavite, donde hizo construir un baluarte para la defensa del puerto. También adquirió en Batavia cañones, fusiles, balas, plomo, salitre y anclas, por medio del francés D. Antonio Piñón, abasteciendo á los almacenes de todo género de pertrechos.

En 29 de Octubre ordenó al gobernador de Zamboanga que procurase despachar anualmente, en las monzones favorables, una expedición á las islas de los tirones, súbditos del datto Curan, de la isla de Borneo, vasallo del rey de Joló, á quien cada individuo contribuía anualmente con un tael de oro, en este metal ó en lantacas ó nido.

El 16 de Febrero de 1747 concedió al pueblo de Guivan (Samar) armar sus embarcaciones con 500 hombres de guerra y boga, permitiendo hacer esclavos suyos á cuantos piratas tirones cogiesen, y entrar en sus territorios á sangre y fuego, como ellos lo hacían en el nuestro (1).

Estos piratas infestaban con sus escuadrillas los mares de Luzón, atreviéndose á cometer sus fechorías en las costas de dicha isla. Salieron dos pequeñas expediciones contra ellos, á cargo de D. Pedro de Guevara y de D. José Valverde, respectivamente, pero no consiguieron otra cosa que el ser testigos de sus estragos, por haber desamparado ya los puntos á donde en su busca acudieron (2).

(1) El año 1751 contaban los tirones más de 40 pueblos. Los sultanes de Joló y Mindanao solían piratear bajo el nombre de estos isleños, achacándoles sus devastaciones, dando por pretexto que eran rebeldes á sus mandatos y que no podían dominarlos.

(2) Puntual relación de lo acaecido en las expediciones contra mo-

En Mayo se presentaron ante la isla de Basilan dos navíos holandeses, cuyo jefe trató de ganar á los indígenas con algunos regalos, á fin de que permitiesen el establecimiento de una estacada en tierra, para tener un puerto abierto en dicha isla. Se opuso á este propósito la mayoría de los principales, y especialmente la esposa del príncipe Curandin, aconsejándole que se apoderara de los buques. Así trató de hacerlo, penetrando en el navío en son de paz, prevenida de antemano su gente para que pasaran á cuchillo á nueve holandeses que habían quedado en tierra con un bote, como lo ejecutaron. Pudo Curandin dar muerte al capitán, á un sargento, al cirujano y á varios centinelas; mas la marinería de proa puso los cañones hacia donde estaban el príncipe y los suyos, siendo muerto aquél y cinco más, quedando 15 mal heridos. Los holandeses abandonaron á Basilan sin pretender otra venganza por la perfidia de los moros (1).

La perfidia de los joloanos corría parejas con su grande hipocresía, de que es ejemplo elocuentísimo el hecho que vamos á narrar.

El rey Felipe V, á instancia de los jesuitas, escribió en 1744 á los sultanes de Joló y Tamontaca, Ali-Mudin y Ameril Mahomenin Camsa, indicándoles la conveniencia de que autorizaran la predicación del Evan-

ros, tirones, malanaos y camucones, destacadas en los años de 1746 y 1747.

Continuación de los progresos y resultas de las expediciones contra moros, tirones y camucones en este año de 1748, con noticia de los principios de las nuevas misiones de los reinos de Joló y Mindanao, por Fr. Juan de Arrechederra.

(1) De lo acaecido en este presidio de Zamboanga, desde el día 1.° de Mayo de 1747, por D. Juan Perez del Pulgar, gobernador de la plaza.

gelio en sus estados. Estas cartas se recibieron en Manila por Julio de 1746.

El gobernador decidió enviarlas originales, comisionando, de acuerdo con el superior de los jesuitas, para Tamontaca al padre jesuita Francisco Sassi, rector de Zamboanga, y al sargento mayor D. Tomás de Arrivillaga, y para Joló al P. Sebastián Ignacio de Arcada, con el expresado Arrivillaga (29 de Agosto).

En ambos reinos tributaron á los embajadores toda clase de honores, recibiéndoles con salvas de artillería.

También escribió el Rey al provincial de los jesuitas, participándole haberlo hecho á los sultanes de Joló y Tamontaca, con encargo de que enviase misioneros á dichos reinos.

En Joló tuvo efecto la recepción de la regia carta el 1.° de Setiembre, yendo el príncipe Asin, hermano del sultán, y otros dattos á recogerla á bordo, con una embarcación cubierta de lucidas colgaduras. Hubo, con tal motivo, salvas de artillería de los buques y de la plaza; la infantería española marchaba en dos filas, llevando el estandarte real; la carta del monarca español iba en una gran bandeja de plata; el sultán se adelantó á recibirla, y más tarde obsequió á los embajadores.

Ali-Mudin se mostró completamente dispuesto á cumplir cuanto el Rey de España le encargaba, incluso á que los jesuitas se establecieran en su capital; pero exigía en concepto de indemnización, por su concurso á la campaña contra los tirones, que se le remitiesen 6.000 pesos, 12 picos de pólvora, 12 de clavazón, uno de acero y 12 de hierro.

Después de oir á la Junta de Guerra, resolvió el gobernador auxiliar al sultán con la cantidad y pertrechos que deseaba, yendo al efecto el sargento mayor

Arrivillaga con los dattos joloanos Salicaya y Yumpagalava, que habían llevado á Manila la carta de Ali-Mudin.

El sultán recibió este donativo en Zamboanga, cuyo gobernador puso á su disposición tropas para combatir á los borneos.

El superior de la Compañía de Jesús designó para la misión de Joló á los PP. Juan Anglés y José Villelmi, y para la de Tamontaca á Juan Moreno y Sebastián Arcada, confiriéndoles el gobierno carácter de embajadores extraordinarios, á fin de que fuesen más respetadas sus personas. Dichos jesuitas salieron de Manila para Zamboanga en Octubre de 1747, á donde llegaron el 21 de Enero por dificultades en la navegación. Sin pérdida de tiempo dieron aviso de su arribo á los sultanes de Joló y de Mindanao, pidiéndoles licencia para trasladarse á sus estados.

Ali-Mudin fué á Zamboanga el 5 de Mayo de 1748 para llevar en su compañía á los jesuitas. En esto murió el P. Villelmi. Ali-Mudin, que lo apreciaba mucho, por ser muy entendido dicho padre en la lengua arábiga, mostró gran pesar por ello y asistió á su entierro, regresando en seguida á Joló. En sustitución de aquel padre fué nombrado Patricio del Barrio, quien marchó de Zamboanga para Joló el 6 de Junio con el P. Anglés.

Los recibieron muy atentamente el príncipe Asin y otros muchos magnates. El jefe del país les hospedó en una casa suya, mientras se terminaba la que para ellos había mandado construir.

Según el P. Anglés, ni el sultán ni ninguno de sus súbditos eran afectos á la religión católica, aunque Ali-Mudin disimulaba astutamente por razones políti-

cas (1); los panditas y dattos mostraban más á las claras su disgusto.

Ali-Mudin manifestó á los jesuitas su propósito de ir á Manila para saludar y conocer al gobernador de las islas.

Había convenido con los PP. Barrio y Anglés nombrar gobernador del reino durante su ausencia al príncipe Salicaya; mas luego varió de parecer sin contar con ellos. Designó á Mamancha, joven pandita, casado con una sobrina suya, repudiada por el datto Asin, cuyo sujeto, por espíritu de secta, tenía que serles contrario. Hicieron presente al sultán que ya habían noticiado á Manila la designación de Salicaya; expusiéronle sus quejas y su propósito de retirarse, y entonces convino en nombrar á aquel datto. Este acuerdo produjo al príncipe Bantilan grande enojo contra su hermano Ali-Mudin y los padres.

El 1.º de Setiembre se embarcó el sultán para trasladarse á Zamboanga, sin avisar previamente á Salicaya, que estaba en Taligbe.

Llegó la noche hallándose aún la embarcación real en la rada, y desembarcó el sultán con objeto de despedirse de una de sus favoritas. Al retirarse, á eso de la una, le hirieron de una lanzada por orden de Bantilan, que aseguran pagó al agresor seis esclavos y 1.000 pesos.

Corrió la voz de que el sultán había muerto, produciéndose la conmoción consiguiente.

El datto Minbahal, hermano de Salicaya, se apoderó de la fuerza principal. El P. Anglés se hizo custodiar por cinco soldados de la guardia de Ali-Mudin, quien

(1) "El sultán en todo atendía á sus intereses, y en lo que no se oponía á éstos no le causaba rubor el mentir y faltar á la palabra, como tratar con notable artificio enredos que tuviesen cuenta á sus ideas."

le mandó á decir que no fuese á verle, pues su herida era poco peligrosa.

Al día siguiente á las diez entró en Joló Salicaya. Propuso á los padres que se retiraran á Zamboanga en vista del estado de ánimo de los moros, acompañándoles hasta dejarlos en un champán que, á prevención de lo que pudiera ocurrir, les había mandado el gobernador de Zamboanga González del Pulgar.

El mal tiempo los detuvo en Paran un día, y al siguiente volvieron á Joló para proveerse de arroz y agua, artículos que facilitó solícito Salicaya, llegando, no sin trabajo, á Zamboanga el 8 por la mañana.

Los joloanos proclamaron sultán á Bantilan. El destronado Ali-Mudin pasó con 17 pancos á la isla de Basilan, y de aquí á Zamboanga (22 de Setiembre), seguido de su familia y de un numeroso séquito.

El gobernador de la plaza puso á su disposición una chalupa para que, conforme á sus deseos, pudiera trasladarse á Manila.

Bantilan artilló cuatro cottas y dió permiso á los tirones para que saliesen en corso contra las provincias sujetas al dominio de España, enviando además cuatro embarcaciones contra Camiguin y Siquijor.

Había ofrecido Ali-Mudin á sus partidarios volver á los tres meses, para recuperar su reino con el auxilio de los españoles. Pasado este término, se presentó en Zamboanga una hermana del sultán con siete embarcaciones, y muy poco después otro datto de Paran con tres, manifestando que deseaban aguardar al sultán.

Avistaron además desde la fuerza 43 caracoas, una de las cuales fué á Zamboanga á pedir licencia para esperar á su soberano. Se le hizo sospechosa tanta gente al gobernador, y contestó que lo aguardasen en Basi-

lan. Al propio tiempo, mandó armar varias embarcaciones en corso para impedir la introducción de víveres en Joló, cogiendo algunos buques enemigos llenos de arroz, los cuales fueron conducidos á Zamboanga.

El sultán de Tamontaca escribió al gobernador de Zamboanga, notificándole que el datto Gula, hijo de Malinog, se había rebelado, y que, por el estado de guerra en que se hallaba su reino, era conveniente demorar algo la ida de los misioneros. Al propio tiempo le pedía 300 balas de cañón, con la pólvora correspondiente. El envío de estas municiones equivalía á dejar indefenso el presidio, y se limitó el gobernador á remitirle 50 balas y la pólvora necesaria.

También escribieron al P. Juan Moreno el sultán, el principe Lincom y su esposa la princesa Sadan, en términos afectuosos, pero sin mostrar decidido empeño porque fuese desde luego á su reino, antes bien, procurando dar largas al asunto (1).

Por muerte del P. Arcada, quedó designado en su lugar, para la misión de Tamontaca, el P. Ignacio Málaga, que fué de capellán de las dos galeras que, á las órdenes de D. José Goicochea, envió el gobernador de Zamboanga con alguna tropa en auxilio del sultán, cuyos enemigos desaparecieron á la vista de los españoles.

Después marchó también á Tamontaca el P. Moreno.

Llegó á Matiling, corte del sultán de Mindanao, recibiéndole bien éste y sus dattos (Setiembre de 1748). Mes y medio después trasladó Ameril su residencia á la barra de Tuboc, continuando el padre jesuita aposentado en la casa del sultán, hasta que estuvo concluída

(1) Las cartas y testimonios citados en este capítulo, pueden verse íntegros en el Apéndice.

la mandada construir para él, transcurriendo en perfecta paz sobre cuatro meses y medio. Hizo Ameril las paces con Gula, y se retiraron á Zamboanga las galeras que habían conducido á Tamontaca al padre, quedando para su resguardo 25 soldados españoles y 12 pampangos. En su nueva casa le visitaban frecuentemente los principales dattos. Le contaron, en secreto, que al hacerse las paces entre Ameril y Gula decidieron éstos apoderarse de las galeras de Zamboanga, y que el no realizarlo se debió á que esperaban el dinero y la artillería pedida al gobernador de las islas.

Atemorizado el padre, dijo al sultán que tenía que asistir en Zamboanga á una junta, prometiéndole volver. Accedió á su marcha, después de vacilar algo. El P. Moreno se fué en un champán que á la sazón había en Tuboc. Enterado de todo el gobernador, envió una galera en busca de la guarnición peninsular é indígena, puesto que el padre no deseaba volver á Tamontaca, retirándose la tropa sin dificultad ninguna por parte de los moros.

El 2 de Enero de 1749 fondeó en Cavite el buque que conducía al sultán de Joló. Dió aviso de su llegada al gobernador de las islas, y éste mandó una comisión á cumplimentarle, acompañándole á Manila, hasta quedar instalado en una magnífica casa próxima al estero de Binondo, con las 70 personas de ambos sexos que formaban su comitiva. Una compañía del Real tercio le daba guardia de honor, siendo visitado por las autoridades, corporaciones religiosas y vecinos principales de la capital.

El día 17, designado para la recepción oficial, fué á buscarle el capitán de la guardia en el coche de gala de Palacio. Delante iban seis alabarderos á caballo, y le

seguían multitud de carruajes. Tan luego se puso en marcha el cortejo, dejaron oir sus ecos los cañones de la plaza. El pueblo llenaba las calles; las casas lucían vistosas colgaduras; veíanse arcos, gallardetes y banderas en todo el trayecto, y formados en parada los tercios españoles y pampangos. Las músicas militares saludaban con la majestuosa marcha Real española al sultán, embelesado por tanto fausto y tan grandes honores.

El Obispo-gobernador recibió á Ali-Mudin en una sala adornada con lujosos tapices y alfombras de Persia. Hallábanse á su lado los provinciales y superiores de las órdenes religiosas y las autoridades de todos los ramos.

El Sr. Arrechederra abrazó afectuosamente al sultán, el cual se mostró reconocido al magnífico recibimiento que se le dispensaba, pidiendo protección para recuperar su reino, que dijo le habían usurpado. El jefe de las islas contestó que gustoso accedería á sus deseos. A la terminación del acto le obsequió con un espléndido refresco, regresando á su morada con el mismo aparato que á su ida á Palacio (1).

Después de este público recibimiento, comenzaron á visitarle á menudo los religiosos y personas más pudientes de Manila, devolviendo muy cortés las visitas á todos. El gobernador lo invitaba á su mesa y á pasear con él frecuentemente, obsequiándole con varios objetos, entre ellos una cadena de oro, un cintillo de esmeraldas y otro de rubíes, etc. En sus conversaciones le aconsejaba que abjurase la religión mahometana. Con frecuencia le decia el Obispo: «Sultán, si quieres volver

(1) *Relación de la entrada del sultán, rey de Joló, Mohamed Ali-Mudin en Manila*, por Fr. Juan de Arrechederra: 1749.

á tu reino y vencer tus enemigos, hazte cristiano, conviértete á Jesucristo y serás señor de tus vasallos.» En el mismo sentido le hablaba su buen amigo el valeroso general D. Pedro Zacarías.

A sus múltiples atenciones añadió el Sr. Arrechederra el regalo de un rico vestido de tela verde, ceñido de una banda bordada de oro, matizada con diamantes, esmeraldas y rubíes, que se avaluó en 1.000 pesos; tres bastones con puño de oro, una escopeta guarnecida de plata, pistolas, sortijas, etc., etc. A los diez individuos de su guardia les costeó vestidos de seda, y al capitán de terciopelo: igual esplendidez usó con sus mujeres, regalándoles alhajas y vestidos.

El sultán se mostraba muy contento por estas atenciones.

El 1.º de Diciembre de 1749 manifestó al Obispo-gobernador su deseo de ser cristiano. El Sr. Arrechederra, lleno de gozo, participó la grata nueva al Arzobispo, nombrando dos padres jesuitas para que lo fueran instruyendo en la doctrina cristiana. Desde ese momento se vistió á la española, dijo que no quería vivir con sus concubinas y se puso al cuello un rosario. El 10 de Marzo de 1750, informaron los dos jesuitas «que ya estaba suficientemente instruido para recibir el santo sacramento del bautismo.» Ali-Mudin pidió por escrito al Arzobispo el Bautismo, quien desde la Laguna le contestó que siguiera su aprendizaje. Dos veces más reiteró su petición, sin obtener una respuesta categórica.

Sospechaban el Arzobispo y los jesuitas que no era verdadera la vocación del sultán, y que únicamente pretendía verse repuesto en su trono, repugnando por esto el metropolitano de las islas autorizar su bautismo; pero el gobernador, dispuesto á llevarlo á cabo, reunió en

junta á 15 doctores en cánones y letras sagradas: éstos lo examinaron, y, hallándolo suficientemente instruído, se decidió el bautizo de Ali-Mudin, sin más voto en contra que el de los jesuitas. Para que el Arzobispo no pudiera oponerse, se convino realizar el acto en Panique, primer pueblo del obispado de Nueva Segovia.

El Sr. Arrechederra hizo prevenir las embarcaciones necesarias, cuidando también de equipar convenientemente al sultán y á su guardia de honor (1).

El 20 de Abril de 1750 partió de Manila la pequeña flota en que iban Ali-Mudin y el general D. Ignacio Martínez de Faura, designado por el jefe superior del Archipiélago para que lo representase y sirviera de padrino en su nombre, yendo además lucido acompañamiento de españoles, varios religiosos, el séquito del sultán y un piquete del Real tercio. El 28 de dicho mes, en medio del alegre repique de las campanas y del estruendo de las salvas de artillería, se efectuó la solemne ceremonia por el padre dominico Fr. Enrique Martín, asistido de tres religiosos de su orden, recibiendo el sultán el nombre de Fernando I. También se bautizaron dos dattos y cinco principales de su comitiva.

En celebración del fausto acontecimiento hubo iluminaciones, toros, comedias, bailes y otros festejos á costa del Tesoro público. El padrino obsequió al sultán con una gran joya de esmeraldas para adorno del som-

(1) "Al rey se le cortaron cuatro vestidos á la española de muy finos géneros y guarniciones de plata y oro, una casaqueta de camino y su capa de grana, un espadín de oro, otro de plata, con todo su ajuar de este género, y dos sombreros de finas plumas. Estaban también dos de sus capitanes dispuestos al mismo acto, y otros seis mozos de su guardia, y se les cortaron también vestidos decentes á proporción„ (P. Concepción.)

brero, un rosario de oro, varias alhajas de valor y dinero para repartirlo á la plebe.

El 5 de Mayo regresaba la comitiva á Manila, donde el rey cristiano de Joló obtuvo fastuosa acogida, saludándole con sus disparos los fuertes de Manila y Cavite.

Los religiosos de Santo Domingo, algunos de San Francisco, el sargento mayor de la plaza y varios oficiales, acompañaron al sultán desde el muelle hasta la iglesia de los dominicos, donde se cantó un *Te Deum;* en seguida fué Ali-Mudin al palacio del gobernador, que le abrazó con efusión, obsequiándole con un magnífico banquete. Lo cumplimentaron después la Audiencia, el clero y el vecindario. Durante cuatro días hubo funciones de iglesia, toros, comedias, mojigangas, fuegos artificiales é iluminaciones.

Deseaba el Sr. Arrechederra restablecer en su reino á Ali-Mudin; pero como en tres años no se había recibido el situado y escaseaban las tropas, tuvo que diferir su ejecución.

El sultán, para demostrar mejor su lealtad, pidió que fuese á Manila desde Zamboanga su heredero Mahamad-Israel y una de sus hijas, á fin de que se les educase en la religión católica.

CAPÍTULO XVII.

Gobierno del marqués de Ovando.—Incuria de los alcaldes mayores en la defensa de sus provincias.—Precauciones de Bantilan.—Sus arrogantes cartas al gobernador de Zamboanga.—Decide Ovando reponer á Ali-Mudin en su trono.—Divídese la escuadra en que iba el sultán y llega éste con gran retraso á Zamboanga.—El jefe de la escuadra va á Joló, combate con los moros y pactan con él algunos dattos someterse á Ali-Mudin, retirándose aquélla á Zamboanga.—Descúbrese por una carta de Ali-Mudin su deslealtad para con los españoles, y es preso con muchos dattos é individuos de su familia y servidumbre.—El gobernador general ordena la remisión de los presos á Manila.—Disposiciones de Ovando para combatir á los joloanos.—Va un embajador á Borneo y obtiene la cesión á España de las islas Paragua y Balabac.—Sale una expedición contra Joló, no logra ventaja ninguna y se retira á Zamboanga.—Correrías de los moros.—Desgraciada expedición á la Paragua.—Pide refuerzos el corregidor de Iligan.—Inconveniente sistema para decidir el envío de auxilio á los puntos amenazados.—El P. Ducós rechaza á los sitiadores de aquel presidio.—Diversos encuentros con los piratas moros.—Sus estragos en multitud de pueblos.—Heróico combate naval del capitán Figueroa.—Naufraga parte de una escuadra enviada en persecución de los moros.

Por Julio de 1750 llegó á Manila el electo gobernador, en propiedad, de Filipinas, D. Francisco José de Ovando y Solís, marqués de Ovando, jefe de escuadra, natural de Cáceres, encargándose inmediatamente de su destino. Al ser nombrado para este empleo se hallaba en Lima, cuando ocurrió el horroroso terremoto que destruyó el Callao.

Su primer providencia fué inquirir el estado de los

buques de la marina Real, cuya situación era, en realidad, desconsoladora, así como la del Tesoro público (1).

Los joloanos seguían hostilizando á las provincias sometidas á España, merced á la desidia y criminal abandono de muchos alcaldes mayores que, en vez de atender á la defensa de sus costas, empleaban en sus especulaciones mercantiles los buques del Estado, y en su servicio particular á las guarniciones de los fuertes, dejando á éstos indefensos ó arruinarse por el abandono en que los tenían.

Bantilan, en cambio, ejercitaba continuamente á sus súbditos en el manejo de las armas, construía embar-

(1) He aquí los buques que halló y su miserable estado: "Un navío, *Rosario Grande*, podrido en gran parte y quebrantada la quilla; otro, construído en Sual, comido del anay ú hormiga blanca; los buques *Holandes*, *Ojeda* y *San Telmo*, incapaces de composición, y que sólo podían habilitarse para chatas ó lanchones de carga; una falúa, que, aunque sólo había hecho un viaje, no admitía ya carena; una fragata con las cuadernas quebradas y deshaciéndose; seis *caballitos marinos*, inútiles por su defectuosa construcción; una goleta pequeña, que necesitaba completa compostura, y tres champanes que podían servir con menos; una goleta y cuatro chatas. La artillería era en extremo desigual: estaba toda muy vieja y casi inútil; de modo que era preciso refundirla enteramente, como se intentó. El estado de la Hacienda no era menos lastimoso. El *situado* ó suplemento de Méjico, que una Real cédula de 1665 había fijado en 250.000 pesos anuales, estaba reducido por otra de 1696 y varias posteriores á 74.000, y se recibía con tanto atraso, que llegaron á adeudarse por este concepto 800.000 pesos, no contando las remesas que se habían quedado en el fondo del mar con la monstruosa y mal construída y peor tripulada nao de Acapulco, ó habían sido presa de los ingleses ú holandeses, con la plata cambiada en Nueva España por las sederías de China, que constituía el único capital circulante en Filipinas, cuyas rentas públicas no pasaban de 350.000 pesos, mientras que los gastos ordinarios y precisos ascendían á muy cerca de 700.000." (D. Agustín Santayana.)

caciones y fuertes é hizo levantar una fortaleza que artilló con 40 piezas de diferentes calibres, atreviéndose á remitir una carta en extremo arrogante al gobernador de Zamboanga, González del Pulgar, en que censuraba sus castigos á los joloanos, y el que los españoles se entrometieran en sus cuestiones interiores, amenazando con el enojo del sultán de Constantinopla, al que decía haber recurrido (1).

El gobernador, al contestarle, rebatió sus infundados cargos, sin dar importancia á sus ridículas amenazas.

En Mindanao se acentuaba también cada vez más la decadencia del poderío español, habiendo disminuído mucho la población cristiana por la inseguridad que á los misioneros ofrecía su estancia en la mayor parte de sus distritos.

El marqués de Ovando anhelaba reponer en su trono á Ali-Mudin para que refrenara la osadía de sus súbditos; pero al mismo tiempo luchaba con el temor de empeorar las cosas, pues tanto el gobernador de Zamboanga como los jesuitas, decían que ni el sultán Ali-

(1) Véase el Apéndice.

(2) En 1750, según el P. Traggia, "los jesuitas tenían á su cargo la doctrina de Dapitan, con la misión de Ilaya; la de Iligan, con las misiones de Layaban, Langaran, Disacan, Talinga y otras que se van restableciendo, y la de Zamboanga, con las misiones de Bagumbayan, Dumalon, Piocon, Cabatangan, Caldera y Pangbato."

"Los agustinos recoletos tenían en la misma isla los pueblos de Butuan, Linao, Ilibon, Hingooc, Habongan, Mainit, Ohot, Tubay, Tandag, Calaglan, Babuyo, Tago, Masibatag, Lianga, Bislig, Hinatoan, Catel, Baganga, Caraga, Higaguet, Panguntungan, Surigao, Tagayan, Agusan, Manalaga, Pueblo Nuevo, Gompot, Balinuan. Con sus misiones en la isla de Siargao, en los pueblos de Caolo, Sapao y Cabonto, en la isla de Dinagat, y en la de Camiguin los dos pueblos de Guinsiliban y Catarman, en las cuales administraciones hay 21.000 almas."

Mudin fué destronado ni recibió herida alguna, y que representaba esa comedia de acuerdo con Bantilan y los demás dattos, con el propósito de arrojar de sus estados á los jesuitas y enterarse de los medios de defensa que contaban los españoles para, en caso de ser posible, reducir á su dominio las Filipinas, conforme les prometiera un santón de la Meca que había llegado á Joló andando sobre el mar.

Para la realización de aquel proyecto se celebraron varias Juntas de Guerra, presididas por el marqués de Ovando, decidiendo conducir á su país al sultán con las precauciones convenientes.

El 19 de Mayo de 1751 se hizo á la vela la escuadra, compuesta de tres galeras, dos falúas, dos champanes y una goleta, bajo el mando del maestre de campo D. Antonio Ramón de Abad y Monterde. Ali-Mudin embarcó en la almiranta *San Fernando*, acompañándole hasta el buque las autoridades, y en el trayecto mucha gente del pueblo.

Al levar anclas saludó la plaza con salvas de artillería.

La capitana *Santa Bárbara* y los demás buques llegaron á Zamboanga á últimos de Mayo; mas la almiranta, en que iba Ali-Mudin, mandada por D. Martín de Miranda, perdió la derrota desde un principio, y se vió precisada, por pérdida del timón, á arribar á Calapan, capital de Mindoro, siguiéndole dos falúas. Continuó el sultán su viaje en una de éstas, al mando del alférez D. Juan de Arellano; de nuevo tuvo que arribar á Nahoan, 15 millas al S.E. de Calapan, en cuyo punto permaneció hasta el 19. Fué á Iloilo en un champán enviado de Manila con tal objeto, cuyo capitán era Don Juan Farfán de los Godos. Otro champán le condujo, por efecto de malos tiempos, á Dapitan. De aquí se

trasladó en una caracoa visaya á Zamboanga, á donde llegó el 12 de Julio.

Creyó el jefe de la expedición que no tardarían en incorporársele la galera *San Fernando* y las dos falúas; y á fin de que los joloanos no se aprestaran á la defensa, dispuso, de acuerdo con la junta de oficiales, proseguir la marcha á Joló, fondeando en la rada de dicha capital el 26, después de trece días de penosa navegación. El grueso de la escuadra hallábase á una milla frente á las cottas del sultán y de los dattos Sibuyon y Tandahdalaya, y la falúa y goleta, como de menos calado, más inmediatas á tierra. Al amanecer descubrieron dos champanes chinos sin bandera, que se esforzaban por entrar en el río. Pareciéndoles sospechosos, destacó el jefe tres embarcaciones para reconocerlos: al cabo de breve lucha, sin que el fuego de los fuertes moros contuviese á aquéllas, llevaron á remolque á los champanes. Cogieron en uno 26 chinos y en el más próximo á tierra dos solamente, por haberse salvado á nado los demás.

Mandó el maestre de campo dos chinos á Joló, con encargo de que los arraeces de los champanes pasaran á bordo á dar sus descargos, prometiendo respetar sus vidas y su libertad; pero reconociéndose, sin duda, culpables por conducir efectos de guerra á los moros, no comparecieron ellos ni los enviados en su busca (1).

(1) La presa de estos champanes fué después origen de un ruidoso pleito promovido por varios oficiales contra el maestre de campo Abad, acusando á éste de haberse quedado con la mejor parte. También se evidenció que empleaba los buques de la marina Real en sus especulaciones mercantiles, mal muy generalizado en aquella época, á que debe atribuirse en mucha parte el escaso éxito de la mayoría de las expediciones contra los malayo-mahometanos del Sur de Filipinas.

Al día siguiente, muy de madrugada, se reanudó el fuego, pero cesó en breve por haber arriado su bandera roja los fuertes, yendo una vinta á pedir tregua y permiso para conferenciar á bordo el datto Asin con el comandante en jefe, pero transcurrió el día sin que el príncipe moro apareciese. Conociendo que había sido un ardid para ganar tiempo y recibir auxilios del interior, rompieron el fuego ya anochecido, sin ser contestados por los moros, ocupadísimos en su faena de reparar las brechas de los fuertes. Al lucir la aurora del 29, las cottas del sultán y del datto Sibuyon principiaron á disparar izando bandera roja. La del datto Tandahdalaya permaneció silenciosa con bandera blanca.

Decidido el desembarco, se simuló por un punto dado, mientras por el opuesto lo efectuaba D. José de Medina, al frente de 40 soldados españoles é igual número de voluntarios. Llegaron á las primeras casas de la población, rechazando á los moros, y las prendieron fuego; mas por estar á barlovento no se comunicó al caserío restante. Al retirarse á sus barcos intentaron cortarles el paso fuerzas numerosas: el capitán Medina, con temerario arrojo, se adelantó seguido de 12 voluntarios zamboangueños: acosado de la multitud, perdió la vida en unión de cuatro de los suyos, pudiendo alcanzar sus buques los demás, aunque heridos en su mayoría. La única compensación de esta imprudente refriega fué que en ella sufrió el enemigo muchas bajas.

Durante el día 30 se mantuvo el fuego entre los fuertes y la escuadra, con ventaja por parte de ésta, aunque sin un resultado decisivo.

El 1.º de Junio izó el fuerte de Tandahdalaya bandera amarilla: fué un bote á inquirir el significado de semejante señal, llevando al propio tiempo una carta

para el datto Asin, en que el maestre de campo recriminaba el proceder de los joloanos contra su legítimo sultán y su hostilidad contra España, vigentes aún los tratados de paz que suscribieran. En dicha carta los exhortaba á una amistosa transacción y á la entrega de los cautivos cristianos que tuvieren.

El 2 volvió la lancha á por la contestación. El datto Asin, en carta escrita á nombre de los demás, mostrábase sentido de que los españoles, siendo protectores de su sultán Ali-Mudin y amigos de los joloanos, hubiesen entrado á son de guerra en su rada, apresando dos champanes mercantes de chinos; extrañando, si era su objeto la restauración de Ali-Mudin, no verle ni saber nada de él, cuya presencia y regreso deseaban los principales dattos, para entonces arreglarlo todo amistosamente.

A esta carta respondió el jefe de la escuadra insistiendo en la devolución de los cautivos cristianos, y excitándoles á seguir el partido de Ali-Mudin, para lo cual convenía fuesen á Basilan á ponerse de acuerdo con el sultán, que se hallaba en Zamboanga. Asin ofreció á los mandatarios contestar á las veinticuatro horas.

Los vientos reinantes hacían muy peligrosa la estancia de los buques en la rada de Joló, y se convino en junta de oficiales volver á Zamboanga. El 3 se aproximó la escuadra al fuerte del sultán con ánimo de cañonearlo; mas el datto Asin suplicó que no llevaran á efecto su propósito, por hallarse á espaldas de dicha cotta las casas de los más decididos partidarios de Ali-Mudin, ofreciendo enviar su contestación el 4. Fué la lancha á tierra al amanecer, y á eso de las doce de la mañana regresó con un testimonio en que muchos dattos reconocían la autoridad de Ali-Mudin, compro-

metiéndose á restituir los cautivos que pudieran reclutar (1), si bien de palabra dijeron que á éstos los había internado Bantilan.

También escribían á dicho sultán con promesas de obediencia y fidelidad.

La expedición se retiró á Zamboanga, llevando á remolque á los champanes chinos.

El 25 de Julio fondeó la almiranta *San Fernando* en la rada de Zamboanga, á cuyo gobernador remitía el capitán general una carta en árabe escrita por Ali-Mudin para el sultán de Tamontaca, cuya traducción castellana llenó de asombro á aquella autoridad, pues que manifestaba el artero moro en su idioma que se veía precisado á escribir lo que le mandaban, pero que no creyesen lo hacía por su espontánea voluntad (2), refirién-

(1) "Todos los príncipes que firman este escrito rendimos la obediencia á nuestro rey D. Fernando I, y la firmeza de la amistad á los señores españoles, particularmente al señor maestre de campo, jefe mayor de esta armada. Digo yo el príncipe Asin, en nombre de los demás dattos, que cuantos cautivos pueda reclutar en este reino, quedo á remitir á V. S. con toda seguridad, y en la primer ocasión se remitirán dichos cautivos; y por ser verdad lo firmé y sellé en mi idioma, y todos los príncipes que firman debajo de ésta.„

(2) "Me alegraré que el sultán Muhamad Amirubdin y todos sus principales, hombres y mujeres, estén buenos. No me alargo en escribir según tengo pensado, porque sólo quiero dar á entender, por si tuviese el sultán y sus principales y demás gente algún sentimiento porque les envío así esta carta; pues lo hago, porque me es fuerza el hacerlo, por que estoy bajo el dominio ajeno, y cualquier cosa que me mande el que me tiene he de obedecer, y he de decir lo que me dijere que diga; y esto es lo que el gobernador me mandó: que les escriba á Vds. en nuestro estilo; y así, no entiendan Vds. que por mi motivo he escrito, sino por habérmelo mandado; y no tengo que decir otra cosa.

"Escrita el año de 1174 á nueve días de la luna Rabilager.—Fernando I, rey de Joló. (Sello.)„

dose á una carta que por indicación del gobernador había dirigido á aquel sultán exhortándole á permitir la predicación del Evangelio en sus estados y á unirse á los españoles en contra de sus rebeldes súbditos de Joló.

La falsía y mala fe de Ali-Mudin produjo grande indignación entre los españoles: el haber enviado al datto Asin, que decía ser su mayor enemigo, charreteras y hebillas de oro, medias de seda y otras prendas para que se presentase en Zamboanga con más ostentación, como lo efectuó el 30; su empeño en que partieran para Joló sus mujeres, concubinas y criados; su indiferencia hacia las prácticas religiosas; la noticia de que «había apostatado de la fe, haciendo un sacrificio mahometano en Calapán, donde mató un cabrito, hizo de él doce divisiones con muchas ceremonias supersticiosas y lo dió á comer á su comitiva para celebrar la pascua;» y sus conciliábulos, con muchos dattos que, á pretexto de saludarle, habían acudido al presidio español, demostraron que las sospechas de que conspiraba con sus súbditos y parientes en contra de España eran ciertas, y en su virtud, el gobernador de Zamboanga puso presos á media noche del 3 de Agosto las 217 personas siguientes:

Ali-Mudin; sus hijos Muhamad Israel, Muhamad Iapal, Salapudin y Amad; su hermano Asin; su hermana Dayana Panguian Banquiling; cuatro dayanas hijas del sultán; sus cuñados los dattos Datollan, Udyuhan-Pahalaguan, Salilama, Dalapurra y Gupput; su yerno Mustafá; el Jaddí (segunda dignidad de su secta, equivalente á Obispo) Abdula; los panditas Tuhan-Ialip, Tuhan-Iamad, Tuhan-Opay, Tuhan-Ilira y Tuhan-Ialip; el datto Jamudin; el orancaya Apoan; 160 sácopes, y 32 concubinas y criadas.

Capturaron además las embarcaciones moras, hallan-

do en ellas un cañón de hierro, 13 lantacas, 6 espingardas, 65 lanzas, 98 crises, 18 alabardas, 14 corazas de malla, dos machetes, tres cerbatanas, balas, cartuchos, pólvora en tíbores y en cajas y otros efectos. Entre los almohadones de uso del sultán había 12 crises.

Al recibirse en Manila el parte de estos hechos, por el mes de Setiembre, la indignación contra el desleal Ali-Mudin no tuvo límites. Todos reclamaban el castigo de tan innoble raza, recordando con pena que excedían de 20.000 pesos lo gastado en obsequiarle y atender á su estancia, sin contar los 6.000 pesos y las municiones enviadas al instalarse los jesuitas en Joló.

El marqués de Ovando dispuso le fuesen remitidos los presos, encerrándolos á su llegada en la fuerza de Santiago de Manila y en la de San Felipe de Cavite.

Dió orden además á la armadilla de Zamboanga de atacar á Joló, y hasta quiso salir en persona á combatir á los joloanos, pero la Audiencia se opuso.

También, por bando acordado en Junta de Guerra (Octubre de 1751), ofreció patentes de corso á los habitantes de las islas, autorizándoles para apoderarse de cuantas embarcaciones, oro, perlas y plata pudieran coger á los piratas, y para apresar y hacer esclavos á los hombres, mujeres y niños que les cogiesen, sin pagar el quinto ni ningún otro impuesto á la Hacienda (1).

Esta disposición, aparte de ser contraria á las leyes de Indias, que condenan la esclavitud en Filipinas, no podía producir resultado práctico, porque los piratas no llevan ningún objeto de valor.

El 12 de Noviembre murió el ex-gobernador general

(1) Véase el Apéndice.

interino y obispo de Nueva Segovia D. Juan de Arrechederra.

Para conseguir que los de Borneo estuvieran de parte nuestra, fué á dicho país, en calidad de embajador, Don Antonio Faveau de Quesada, participando á sus soberanos que íbamos á emprender una activa campaña contra los comunes enemigos de unos y otros, joloanos, tirones y camucones. El príncipe Baudhara recibió muy bien al embajador, escribiendo al gobernador general que deseaba unir sus fuerzas á las de España, y en prueba de lo cual, accedió á la cesión de la isla de la Paragua y de Balabac. Mandó además, como presente, diez quintales de cera, dos de pimienta y la cerbatana de su uso con el estuche de jaras ó flechas (1).

La expedición contra Joló, encomendada al maestre de campo Abad y Monterde, salió de Zamboanga á mediados de Mayo de 1752 con 1.900 hombres de desembarco. Tres días tardó la escuadra en formar la línea de combate frente á los fuertes de la plaza y en tender anclotes sobre que bornear, sin que durante ellos la hostilizaran los moros, que se limitaron á preguntar si iba á bordo Ali-Mudin.

Al cuarto día rompieron los buques el fuego, contestándoles las cottas de la plaza. Continuó el cañoneo por

(1) "Orden que lleva el embajador de Manila (á quien ayude Dios) del Rey de todos los príncipes, grandes y oficiales de Borneo, para que todos nuestros vasallos de Balabac y de la isla de la Paragua reconozcan desde hoy para siempre el dominio español y guarden y ejecuten las órdenes del señor gobernador de Manila, á quien cedemos las dichas Paragua y Balabac, reconociendo que los españoles son nuestros amigos firmes y constantes, y renunciamos por nosotros y nuestros hijos al derecho que tenemos á dichas provincias; y si alguno de los príncipes de este reino ó de los grandes y oficiales de él se opusiere á esta determinación, lo declaramos incurso en pena capital."

tres días consecutivos sin éxito favorable. Comprendiendo el jefe de la expedición la dificultad de un desembarco, partió para el pueblo de Paran, del que se apoderó, aunque con pérdida de 70 muertos y 85 heridos.

El capitán Pineda fué á Tawi-Tawi con gente de desembarco, pero cortándole los moros la retirada, perecieron casi todos en la demanda.

Viendo el poco fruto de sus trabajos, regresó la escuadra á Zamboanga.

Envalentonado Bantilan, hizo salir sus escuadrillas á correr las costas comarcanas, causando daños inmensos.

Para tomar posesión de la Paragua, mandó el marqués de Ovando á D. Manuel Faustino de Aguirre, con título de gobernador, y de comandante de la escuadra á D. Antonio Faveau; previniéndoles expulsaran á los moros de Ipolote, en cuyo punto enfermó casi toda la guarnición, muriendo 270 individuos. Los expedicionarios regresaron á Cavite con 180 enfermos. Esta desgraciada tentativa costó al Erario 36.976 pesos, y una galera apresada por los moros.

El corregidor de Iligan, D. Felipe Carvallo, expuso al gobernador de las islas la necesidad de aumentar el personal, armamento, buques y sueldos de la guarnición de aquel presidio, que por su posición estratégica constituía un fuerte valladar contra los piratas mahometanos, siendo á la vez el más expuesto por hallarse rodeado de moros aguerridos. Confirmaba estos despachos el misionero de Iligan, P. José Ducós, y antes de adoptar acuerdo alguno, hizo el gobernador que se instruyera el consabido expediente, en que informaron el maestre de campo del Real tercio, los oficiales Reales, el fiscal de S. M., algunos militares conocedores de

la localidad, la Junta de Guerra, la de Real Hacienda; y mientras cada una de estas personas ó corporaciones formulaba su dictamen, iban llegando cartas de alcaldes, corregidores y religiosos, con detalles horribles de los estragos que los malayo-mahometanos causaban, ya en Iligan, cercado por 2.000 moros; ya en Leyte, saqueando y reduciendo á cenizas los importantes pueblos de Sogor y Maasin; ya en Carigara, los de Caballian, Hinondayan y Liloan, y en otros cien puntos más, cuyos despachos de las autoridades locales y cartas de los religiosos volvían á recorrer el largo peregrinaje de juntas, informes y pareceres fiscales hasta acumularse al expediente principal; de forma, que cuando salía de Manila el auxilio, los moros estaban de vuelta en sus madrigueras, cargados de despojos, dispuestos á invadir de nuevo las islas, y á veces, mientras destruían los piratas una isla, ventilaban tranquilamente en la inmediata sus negocios mercantiles los jefes de las escuadras enviadas á perseguirlos.

Dos mil mindanaos, como hemos indicado, sitiaron el fuerte de Iligan por mar y tierra. El P. Ducós, hecho cargo de su defensa, mantuvo á raya á los moros durante dos meses que duró el asedio, y cuando en su auxilio llegaron de Cebú un champán y nueve embarcaciones con 300 boholanos, ya habían alzado el cerco.

La escuadra pasó al río Linamón, batiéndose con los piratas cuatro horas.

Fueron después contra Initao, cuyos naturales se fortificaron en un cerro, bajo la dirección del maestre de campo D. Nicolás Hocón. Acudió en su socorro el P. Ducós, y unidos, los vencieron, cogiéndoles muchas armas y siete embarcaciones de las 39 que componían su armada. También sostuvo con ellos un combate

aquel misionero en las aguas de Lavayan, apresándoles 11 visitas sin gente.

Los piratas cautivaron 80 personas en Langaran, 200 en Pulilan, matando á su principal Lipoy, y 30 en Lavayan, en cuyo punto se hicieron fuertes 3.000 moros, siendo rechazados, con grandes pérdidas, por los monteses de Tagoloan, visita de Cagayán de Misamis, y por los indígenas de Lubungan, buen número de aquéllos, que á una y otra parte acudieron.

Una armadilla enemiga, compuesta de 70 embarcaciones, entró por el río de Iponan, cuyo vecindario se defendió ocho días desde un cerro, bajo las órdenes del cacique Dalabahan, que capitaneaba 40 monteses. La llegada de un sargento, un cabo y 20 soldados procedentes de Iligan, y la de 200 monteses más, les obligó á levantar el sitio, con muerte de 50 hombres, incluso su capitán Manubi.

Un pontín echó á pique, frente á Initao, á dos joangas en que iban 300 moros de Tuboc.

La provincia de Caraga sufrió daños inestimables. En Julio de 1753 aprehendieron los piratas, en Surigao, multitud de personas. Un fraile recoleto, después de vagar cuatro días por los montes, fué descubierto y conducido cautivo á la laguna de Malanao. Otro compañero suyo pudo llegar á Linao, pero falto de razón por el susto y los sufrimientos que padeciera.

Los pueblos de Caolo, Sapao y Cabonto, de la isla de Siargao, fueron saqueados, y muerto su párroco, que intentó defenderse desde un cerro al frente de sus feligreses.

Surigao, Higaquet y Pahuntungan quedaron desiertos con la huída al monte de los poquísimos que pudieron escapar de la muerte ó del cautiverio.

Otra armadilla entró en el río de Butuan. Después

de rendir los moros un baluarte y de incendiar la iglesia y principales edificios, asolaron los pueblos de Tubay, Habongan, Mainit, Talacobon, Hibon y Gingoó. El párroco del partido logró refugiarse en Linao.

En Camiguin impidió tantos daños el valor de sus naturales, dirigidos por el P. Marcelino del Espíritu Santo. Las islas de Tablas, Banton, Simara y Sibuyan perdieron considerable número de habitantes.

Romblón, atacado por mar y tierra, rechazó la agresión.

En Ticao, la gente se fué á los montes con su párroco Fr. Manuel de Santa Catalina, á quien la fatiga hizo quedarse atrás; descubierto, al terminar el saqueo é incendio del pueblo, lo llevaron á Masbate. Se hizo visible al fuerte, para evitar que disparara sus cañones, y pidió 500 pesos que le exigían por dejarle libre. Para el canje concurrieron á la playa 10 indios é igual número de moros. Éstos se fugaron con los 500 pesos, el cautivo y algunos de los confiados indígenas, sin que del fuerte se atrevieran á hacer fuego, por no matar á dicho religioso.

Culion y Linacapan rechazaron á los moros valerosamente, pero Calamián tuvo que lamentar cautiverios y muertes sin cuento.

De Dayhagan los tripulantes de 16 embarcaciones moras fueron por tierra á sorprender la cabecera de Cápiz, teniendo que retirarse con pérdida de 26 hombres, en vista de lo infructuoso de sus esfuerzos.

Supo el corregidor de Mindoro, D. José Pantoja, que en el río Nagasavang-Tabig había 17 grandes buques piratas, dispuestos á invadir á Calapan, y llevó al puerto la artillería; pero los moros, yendo por tierra desde Bantayan, se apoderaron de la iglesia. Aturdido al verlos

tan cerca, se fugó en un champán á la provincia de Batangas, con un religioso. Calapan fué saqueada y reducida á cenizas. El prior de la capital, anciano valetudinario, murió cautivo en Joló. En Dongon realizaron bastantes cautivos. El párroco pudo ocultarse en los montes. Al de Calavite le dió muerte un fanático moro.

En otros puntos el saqueo, los incendios y cautiverios fueron grandes, salvándose sólo algunos curas y naturales que lograron internarse en los bosques.

Llegó su atrevimiento al extremo de atacar varios pueblos de las costas de Batangas, siendo rechazados por sus naturales.

Por orden del gobernador de Zamboanga, salió á recorrer la costa de Mindanao la galera *Santiago*, mandada por D. Francisco Esteban Figueroa. El 2 de Octubre de 1753, á media noche, halló buques enemigos y en el acto les hizo fuego. Al amanecer se vió rodeado por 33 embarcaciones de Ilanos. Llevaban éstos de capitana la galera *Santa Rita* y por almiranta la falúa *San Ignacio*, apresadas en las costas de la Paragua. A pesar de tan crecido número de enemigos, no desmayó Figueroa; antes, por el contrario, supo comunicar su ardimiento á los suyos, peleando todos con heroísmo indecible. Viendo que la victoria se hacía imposible, puesto que los contrarios tomaban al abordaje su buque, prendió fuego al pañol de la pólvora, sembrando en su derredor la desolación y la muerte. Los que ya ocupaban la *Santiago* y muchos de los tripulantes de las embarcaciones arrimadas á su costado, perecieron juntamente con los 52 bravos marinos que constituían la dotación de este buque (1).

(1) El gobernador general concedió á la viuda del heróico Figue-

El marqués de Ovando ordenó á D. Miguel Gómez Valdés que saliera con dos galeras, una balandra, un champán para víveres y una falúa á propósito para penetrar en los ríos, marcándole su derrotero en unas instrucciones (10 de Noviembre de 1753). Después de tocar en Calapan, prosiguió su rumbo, y á poco, por un temporal y sus faltas de precaución, se fué á pique una de las galeras, ahogándose 21 hombres. La balandra naufragó asimismo, sin pérdida de gente; la capitana arribó á Batangas con el palo mayor quebrado, é igual percance tuvo el champán. Reparadas un tanto estas averías, volvióse á Calapan, enterándose de inauditos desmanes de los moros. Los cautivos hechos por éstos ascendían á 409. Repartió en su galera y en el champán los náufragos de los demás buques, y regresó á Cavite.

Por el corregidor de Mariveles se supo que una poderosa armada de mindanaos y joloanos, estuvo á punto de apoderarse de Masinloc y de Santa Cruz de Zambales. En su vista, ordenó el gobernador general que vigilasen la costa de Morong, Pampanga y Pangasinán sus respectivos alcaldes, avisándose de unos pueblos á otros por medio de hogueras, para poderse defender de los piratas.

roa una pensión vitalicia y la mitad de las boletas que éste disfrutaba en el comercio de Acapulco, señalando análogas pensiones á las viudas y huérfanos de los demás tripulantes de la *Santiago*.

CAPÍTULO XVIII.

Indecisión de las autoridades de Manila respecto al castigo de Ali-Mudin.—Deciden continúe preso.—Solicita permiso del gobernador general para que pase á Joló la princesa Fátima á convenir con los dattos condiciones de paz.—Va Fátima á Joló, manda á Zamboanga 50 cautivos por su rescate y regresa á Manila con un embajador de Bantilan.—Ali-Mudin y los dattos presos someten al marqués de Ovando las bases de un tratado ventajoso.—Aceptadas por éste, pasa el embajador moro á recabar la ratificación de Bantilan.—Horribles atentados de los moros en las islas Filipinas durante el año 1754.—Toman el fuerte de Tandag.—Salen de Manila dos escuadras contra los piratas.—Brillantes hechos de armas de la escuadra de Iligan.—El capitán Gaztambide, de la escuadra de Faveau, hace huir en Antique á varios buques piratas.—Llega la escuadra á Zamboanga.—Infructuosa expedición á la costa oriental.--Va Faveau á Joló y es muy agasajado por Bantilan, quien le devuelve 68 cautivos y dos buques.—Las opiniones de aquel jefe acerca de Ali-Mudin y los asuntos de Joló le atraen la enemistad de los jesuitas.

Las autoridades de Manila no sabían qué hacer del sultán prisionero. Hubo quien propuso su muerte como traidor é ingrato á las mercedes recibidas; pero temiendo que los moros, en represalias, asesinaran á los 10.000 cristianos que poseían cautivos, cosa que de seguro no hubieran hecho por interés propio, siendo los esclavos su más valiosa mercancía, no se resolvió nada en definitiva, siguiendo Ali-Mudin en la fortaleza de Santiago.

El 8 de Febrero de 1753 escribió al gobernador general, en súplica de que permitiera á su hija Fátima pasar á Joló con pliegos para los dattos, á fin de atraer-

los á la paz, ofreciendo por *Alatalajá*, que entregaría aquélla en Zamboanga, en el término de tres meses, 50 cautivos por su rescate, y que de no cumplirlo volvería á su prisión. El gobernador, de conformidad con la Junta de Guerra, accedió á ello, saliendo Fátima con dos esclavas y un esclavo en la galera que conducía á D. Francisco de Oscoti, nombrado gobernador de Zamboanga por muerte de González del Pulgar, acaecida á fines de 1752.

El 12 de Mayo llegó dicha princesa á Joló: á los pocos días mandaba á Zamboanga 32 cautivos, y el 23 de Julio lo hizo de los 18 restantes, y además del soldado José Montesinos, de la galera *Santa Rita*, apresada por los moros ilanos en la Paragua.

En Octubre regresó á Zamboanga Fátima, en unión del datto Marayalayla Mahamad Ismael, como embajador, seguidos de dos salicayas y ocho sácopes. De Zamboanga partieron en un champán, al mando del sargento mayor de la plaza D. Diego Miguel de Lara, llegando al puerto de Cavite el 20 de Diciembre. La princesa entregó al gobernador general despachos de Bantilan, en que, además de pedir la vuelta de Ali-Mudin para restituirle su reino, solicitaba paces duraderas, disculpando las fechorías de los tirones por la imposibilidad de sujetarlos. Dicha autoridad recibió en corte al embajador de Bantilan, no obstante considerar á éste como un intruso. De acuerdo con la Junta de autoridades, aceptó más adelante las bases de un tratado de paz que le propuso Ali-Mudin en unión de sus dattos: por él se estipulaba la devolución de los cautivos cristianos, en el término de un año, así como de los ornamentos, efectos y alhajas de las iglesias saqueadas, cesando las hostilidades por ambas partes. Se compro-

metían á conseguir lo propio de los tirones, ó á perseguirlos si continuaban en sus piraterías, debiendo los joloanos, en lo sucesivo, tener por enemigos suyos á los que lo fueran de España (1). Para la ratificación de este tratado, por parte de Bantilan, marchó á Joló el datto Pahalavan con cartas del gobernador general, fechadas el 3 de Marzo de 1754, manifestándole que daba órdenes de suspender las hostilidades, y que si en el término prefijado realizaba sus promesas, pondría en libertad al sultán y á los demás prisioneros.

El año de 1754 fué fatal para las provincias Filipinas, por las vandálicas correrías de los moros malayos.

Indicaremos ligeramente sus principales atentados:

Marzo. Hacen grandes destrozos en Hinondayan, Cabalian, Liloan, Sogor, Maasin y otros pueblos de Leyte, distinguiéndose en el de Biliran, á cuyo vecindario cautivan en masa.

Mayo. Fondean en el río Piloto (Mindoro), jurisdicción de Bongabong, 74 embarcaciones de piratas. Cautivan en dicho partido á 100 indios, y más de 50 entre Manaol y Bulalacao.

Calibo y Asin experimentan iguales estragos de 68 caracoas. En el último punto cogen un champán del alcalde.

Cabalot (isla de Tablas) sufre análogas tropelías.

En Cauit aprehenden á 95 indígenas.

Los tripulantes de 57 embarcaciones, llegadas á Mainit (Banton), van por tierra al pueblo; sus naturales y el cura lo desamparan; los moros lo incendian, llevándose cuatro cañoncitos y 67 cautivos.

Diez y siete embarcaciones saquean á Pandan (Pa-

(1) Véase el Apéndice.

nay): ésta, y después otra escuadra de 30 embarcaciones, atacan á San Miguel de Tibiao, sin tomarlo, á pesar de haber puesto en tierra 500 hombres. En Odiongan (Romblon), terminado el saqueo é incendio, reunen 101 cautivos.

Junio. Nuevecientos malanaos desembarcados en Baco (Albay) cautivan á 38 personas en este punto y á 62 en Casang, é incendian y saquean el de Santa Cruz.

En la jurisdicción de Taytay (Calamianes) aprehenden 130 personas.

Busuanga cuenta desde dicho mes al de Agosto, 10 invasiones piráticas.

En Linacapan queman un champán del alcalde.

Cuyo y la isla de Canipo padecen inauditas violencias.

El fuerte de Alutaya rechaza el ataque de 1.000 moros, pero causan grandes destrozos en la campiña.

Culion resiste también la agresión.

Atacan al pueblo de Palompong (Leyte) 25 embarcaciones con 1.000 malanaos. Los indígenas, parapetados tras de los muros de la iglesia, sostienen algunos días de fuerte lucha, causándoles bastantes bajas (1). El pueblo de Hilongos resiste á 2.000 moros.

El de Luban (Mindoro) queda victorioso del enemigo, pero éste destruye los campos.

En Balayan (Batangas) logran los moros rico botín, por haber huído á los montes sus moradores.

Caysasay es víctima de parecidos perjuicios, pero ocasiona á los piratas bastantes bajas.

Julio. El partido y los pueblos de Bantayan, Potat

(1) *Relación* de la valerosa defensa de los naturales visayas del pueblo de Palompong, en la isla de Leyte, de la provincia de Catbalongan, en las islas Filipinas, que hicieron contra las armas mahometanas de ilanos y malanaos en el mes de Junio de 1754: Manila, 1755.

y Balambang, de Cebú, quedan destruídos y multitud de indígenas cautivos.

Iguales daños infieren en Dumaguete (isla de Negros) y sus visitas, incluso la isla de Siquijor, y en Tucupan y sus anejos de Masangay y Gionugaoan. El pueblo de Ilog rechaza el ataque de 30 caracoas.

Cabilga y Palanasan resisten con brío el empuje de 300 moros, pero al cabo logran éstos destruir la isla de Panamao.

En Catanaván (Tayabas) destrozan casas particulares y edificios públicos, cautivan muchos indios y se llevan un champán del alcalde mayor.

Atacan á Catbalogan (Samar), queman la visita de Ubanon y los almacenes reales, mas no consiguen enseñorearse del fuerte de la Cabecera.

Sitia al pueblo de Lubungan numerosa escuadra de malanaos, mindanaos, joloanos y lútaos, entre los que se ven algunos renegados indígenas. Construyen en tierra trincheras y sostienen siete días de asedio sin lograr su objeto, gracias á la constante vigilancia de sus naturales, estimulados por los misioneros (1).

La provincia de Caraga padece estragos horribles, quedando casi sin gente los poblados partidos de Butuan, Siargao y Bislig.

Como digno remate de tan tremendos daños se apoderan del fuerte de Tandag, debido, más que á su valor, á las disensiones de los españoles. He aquí cómo tuvo lugar este sensible contratiempo:

Con motivo de la muerte del alcalde mayor de Tandag, D. Fernando Lino, hubo competencia entre los

(1) *Sitio de Lubungan*, misión de la Compañía de Jesús. (*Cartas edificantes*, tomo XVI.)

que se creían con derecho al mando interino, dividiéndose en dos partidos españoles y frailes.

Los desairados indican al sultán de Tamontaca la posibilidad de apoderarse del fuerte. El datto Dumangó, por orden de aquél, lo sitia por mar y tierra con muchos buques y gente. Su defensa consistía en una compañía española y otra pampanga, estando artillado con 16 cañones, unos de bronce y otros de hierro, del calibre de 4, 8 y 12.

A los dos meses de asedio, el hambre diezma á la guarnición. Una mañana, lóbrega y lluviosa, se apoderaron los moros del baluarte; vuelven los cañones hacia los almacenes y sala de armas, donde se habían hecho fuertes los sitiados, y pegan fuego á algunas casetas inmediatas.

Conoce el jefe que su pérdida es inminente; mata por sí mismo á su mujer, y se entra sable en mano entre los mahometanos, que lo acribillan de heridas.

Perecen muchos moros en la pelea, mas vencen al cabo con la total muerte de la guarnición de Tandag. Transportan los cañones á sus buques; pero en la travesía se ven obligados á arrojar al agua las piezas de mayor calibre, por no poderlas resistir sus buques, uno de los cuales se va á pique con carga, tripulación y cautivos.

En Setiembre atacan á Albay, cabecera de esta provincia; matan ocho personas y cautivan 12, aunque con pérdida de 10 moros.

El gobernador general de Filipinas había hecho salir para Mindanao, en los primeros meses del nefasto año 1754, dos escuadras, la primera con 328 hombres, á cargo los buques de D. Antonio Faveau y las tropas de desembarco al de D. César Fallet, y la segunda, com-

puesta de cuatro galeras, una chalupa y cinco champanes, á las órdenes del sargento mayor D. Miguel Gómez Valdés, señalándoles determinadamente el itinerario que debían recorrer.

El 23 de Abril fondearon en Iligan algunas embarcaciones visayas y las galeras *Triunfo*, *San Felipe* y *Santo Niño*, pertenecientes á la escuadra de Valdés, quien, ocupado en sostener competencias con los oficiales de su mando y el jefe de la isla de Cebú, no llegó á Iligan hasta el 2 de Junio, tarde ya para evitar los estragos hechos por los piratas, durante sus dos meses de injustificada demora en dicha isla.

Como el capitán D. Pedro Alcántara Pérez había estado en la inacción desde su llegada á Iligan, por aguardar á su comandante en jefe Valdés, y tenía listas sus galeras para salir á campaña, se hicieron á la mar el 4, la *Triunfo*, con su capitán Pérez; la *Santo Niño*, con el de igual clase D. Lázaro de Elizavera, varios sacayanes boholanos y el de indígenas de Iligan con su misionero, P. Ducós, desalojando del río Linamón á los moros, en cuyo punto, elegido por ellos para centro de operaciones, les cogieron 35 vintas, y 20 en el inmediato río Magón.

El 15 de Julio marchó Valdés á Zamboanga, sustituyéndole Elizavera. El capitán D. Nicolás Afriano, con la galera *Triunfo*, fué á Panguil, donde hizo bastante daño á los moros.

El 24 de Julio sentíanse tiros hacia Lianga, y en el acto se encaminó allí el P. Ducós, siguiéndole una caracoa de Initao y otra de boholanos. Halló que las cuatro caracoas situadas de guardia en el río, peleaban con 14 sacayanes moros procedentes de Linamón, y á la vista del socorro, abandonaron los moros sus sacaya-

nes, internándose en tierra con los cautivos y demás presas que les fué posible. Afriano pasó á Misamis, y el 7 de Agosto vió fondear 20 embarcaciones piratas tras de la punta de este nombre. Tomadas sus medidas, las atacó á las nueve de la noche con su galera, una vinta y dos sacayanes boholanos, durando el combate cuatro horas con gran pérdida de los contrarios.

En esta acción se distinguieron mucho el teniente D. Juan de Echeverría, que mandaba la vinta, y su segundo D. Miguel Márquez Quiñones.

De regreso el P. Ducós en Linamón, salió hacia el pueblo de Anonan, situado sobre el río Larapan, distante del mar 12 millas, con 226 hombres entre españoles y visayas y algunos monteses, mandados por el teniente D. Manuel de Ayalde, célebre por su brío.

En la imposibilidad de sorprender al pueblo, por la vigilancia de sus espías, marchó á Misamis, fondeando con la galera *Triunfo* y ocho caracoas en el río de Langaran. Al ver 16 embarcaciones piratas, fué á su encuentro, y después de siete horas de combate las hizo huir, echando á pique dos de ellas; otra desfondó el maestre de campo Tamparón, con muerte de cuantos la tripulaban. En este combate se le reventó un pedrero al P. Ducós, dejándole muy mal la mano derecha y sin vista el ojo izquierdo. De los moros fueron pasados á cuchillo unos 300. El P. Ducós marchó á Cebú á curarse sus heridas.

Afriano peleó con tres grandes pancos moros, de los cuales cogió uno; la gente del otro fué muerta, y el tercero pudo refugiarse en Panguil. El mismo día apresó dos caracoas, librando á 21 cautivos. El 4 de Setiembre, los sacayanes de Loboc, Luay é Initao atacaron el del valiente datto Sabandal, que se defendía con extra-

ordinaria bravura. El capitán de Luay dió muerte á dicho datto, pereciendo él también á manos del enemigo.

Los boholanos hicieron gran estrago en los moros, salvando 17 cautivos. El 5 se recuperó un sacayán, apresado por los moros junto á Sorsogón, á cuyo bordo iban algunos cautivos, y el capitán Elizavera rindió, junto al río de Larapan, dos sacayanes, en que murieron muchos piratas y dos chinos cogidos con las armas en la mano.

El 6 de Setiembre sostuvo Afriano fuerte combate en Misamis con dos pancos, en uno de los cuales redimió 23 cautivos, acuchillando á sus tripulantes. Por la noche peleó con otros 12 pancos. En la madrugada del 10 apresó tres, después de hacer horrible carnicería en los piratas. El 18 y 19 hubo nuevos combates, igualmente funestos para los moros, distinguiéndose por su valor el maestre de campo de Malabohoc.

A fines de Octubre, tres embarcaciones de Iligan lucharon junto al pueblo de Initao con 23 caracoas enemigas, apresando tres. La escuadra sorprendió en los ríos de la ensenada de Panguil 31 embarcaciones, y en el siguiente, cuatro sacayanes grandes, destruyendo á 15.

La escuadra de Iligan, en sus diferentes encuentros, apresó 159 embarcaciones, con muerte de 2.000 malayo-mahometanos, según cálculo del moro Mana, recobrando su libertad sobre 500 cautivos. Además, cogió á los piratas 16 lantacas, cuatro pedreros y algunas alhajas y ornamentos de iglesias.

La tripulación de las dos galeras constaba de 200 españoles y 500 indios auxiliares (1).

(1) *Relación* compendiosa de lo sucedido en Filipinas y demás islas de su jurisdicción; de lo obrado por la Real escuadra que se halla en

La escuadra de Faveau fondeó el 10 de Abril de 1754 en Antique. Dijo á aquel jefe el misionero que en punta de Naso había siete embarcaciones moras, y despachó contra ellas dos galeras y una falúa á cargo del capitán Gaztambide. Al amanecer del siguiente día halló en la ensenada de Paminuyan los buques piratas, parte de cuyas tripulaciones estaba en tierra. Al divisar á los españoles procuraron recoger su gente y huir, lográndolo al cabo de algunas horas de ser perseguidos, en cuyo tiempo sufrieron considerable daño.

Reunióse Gaztambide á la escuadra; ésta llegó á Zamboanga el 29 de Abril, hallando en deplorable situación los buques de la marina Real.

Reparados lo mejor posible, salieron el 16 de Mayo para la costa oriental de Mindanao, por consejo de los jesuitas.

La escuadra constaba de una fragata, una galeota, dos galeras, dos falúas y dos panquillos de lútaos.

Desembarcó la tropa en el río Sanito, y después de una difícil é infructuosa marcha, sin hallar pueblos ni enemigos, volvió la expedición á Zamboanga, con gran disgusto de sus jefes por los inexactos informes recibidos.

Dispuso entonces Fallet que saliese Faveau para Joló con la galera *Santa Bárbara* y una galeota, dando fondo en aquella rada el 30 de Junio.

No era su propósito saltar en tierra; pero lo hizo ac-

Iligan. Escrita por algunos padres de la Compañía de Jesús en 1754.— (*Cartas edificantes*, tomo XVI.)

Compendio de los sucesos que con grande gloria de Dios, lustre y honor de las católicas Reales armas de S. M. en defensa de estas cristiandades é islas de Visayas, se consiguieron contra los mahometanos enemigos por el armamento destacado al presidio de Iligan, sobre las costas de la isla de Mindanao, en el año de 1754: Manila, 1755.

cediendo á reiteradas instancias de Bantilan, el cual lo recibió admirablemente, manifestándole que era muy gustoso en reanudar las paces con los españoles. En prueba de su buena fe le entregó 68 cautivos; la galera *Santa Rita*, que había apresado; un champán de Tayabas, cogido en el río Catanaván, y cien pesos remitidos por el gobierno de Zamboanga para el rescate del español D. José de Fonseca.

Faveau dió parte al gobernador de la colonia de estas buenas disposiciones de Bantilan, añadiendo que, según pudo averiguar, nunca fué traidor Ali-Mudin, si bien, en vista del mal efecto de sus concesiones á los españoles y de su conversión al catolicismo, escribió á los magnates joloanos, prometiendo sujetarse á las antiguas leyes del reino, desde cuyo día volvieron á reconocerle por su legítimo sultán, anhelando su regreso. Decía á la vez que Bantilan, conocedor de que su partido estaba en decadencia, veíase precisado á transigir, y que todo su empeño era que el gobierno libertase á las princesas encarceladas en Manila.

Faveau regresó á Zamboanga el 18 de Agosto, llevando 97 cautivos rescatados y los buques devueltos, por cuya feliz campaña obtuvo generales plácemes.

Los jesuitas le hicieron cruda guerra, porque respecto á Ali-Mudin y á los asuntos de Joló, eran radicalmente opuestas sus ideas á las sostenidas por ellos.

Faveau se defendió gallardamente por cartas dirigidas al gobernador general desde Joló (12 de Agosto) y Zamboanga (1.° de Setiembre), confirmando su contenido el general Fallet por otra de 2 de dicho mes y año, cuyas cartas recibió el sucesor de Ovando, Sr. Arandía.

CAPÍTULO XIX.

Gobierno de Arandía.—Reforma todos los institutos militares.—Pide Ali-Mudin se le permita practicar sus obligaciones de cristiano.—Ratifica Arandía los anteriores tratados y manda á Joló á los prisioneros moros, excepto el sultán y su heredero.—El electo gobernador de Zamboanga, Villarreal, va á Joló con dichos prisioneros, y es festejado grandemente por Bantilan.—De regreso en Zamboanga, adopta providencias para rechazar á los malanaos.—Quejas contra Faveau, producen su prisión y envío á España.—Brillante victoria naval contra los moros del capitán Gaztambide—Creación de una escuadrilla en Iligan al mando del P. Ducós.—Medidas del nuevo gobernador de Zamboanga contra los piratas.—Valor del jefe de la armada, Vértiz.—Fortifícanse los pueblos costeros.—Atacan los moros el de Mariveles,—Sus estragos en diversos puntos.—Disposiciones contra ellos.—Muerte del gobernador.—Sus brillantes dotes.

En Julio de 1754 se hizo cargo del mando supremo de Filipinas el mariscal de campo D. Pedro Manuel de Arandía y Santisteban, natural de Ceuta, aunque oriundo de Vizcaya, caballero de Calatrava, gentil-hombre de Cámara del Rey de las Dos Sicilias, capitán de las Reales guardias españolas y mariscal de campo de los ejércitos Reales. Se había distinguido en las guerras de Italia, y al recibir su nombramiento para aquel empleo desempeñaba el gobierno de Almagro.

No pudo por menos que llamar la atención al nuevo gobernador el incompleto vestuario, cortos sueldos y estado semi-anárquico en que vivía la tropa, dedicando á este asunto preferente cuidado.

Arandía recibió el 27 de Enero de 1755 la noticia de los victoriosos combates de la escuadra de Iligan, y el 28 se cantó en la catedral un solemne *Te-Deum* en acción de gracias.

La Junta de guerra resolvió establecer un presidio en Misamis, cuya dirección confió el gobernador al padre Ducós.

Este bravo jesuita, después de reparar el fuerte de Tandag, lo proveyó de la artillería necesaria y le puso una guarnición de 100 boholanos, al mando de D. José Asprilla.

En varias ocasiones intentaron los moros, aunque sin fruto, rendir nuevamente esta fortaleza.

En Abril zarpó de Zamboanga un buque mercante: le salieron al encuentro muchos moros y lo saquearon, quitando la vida á su capitán D. Juan de Molina.

Ali-Mudin impetró del Sr. Arandía que interpusiera su influjo con el Arzobispo para que le alzase la privación de oir misa y recibir los Sacramentos. Resistíase éste á ello dudando de su religiosidad, pero al cabo fué á visitarle á la fuerza de Santiago, y convencido por el sagaz sultán de Joló, le declaró fiel hijo de la Iglesia, permitiéndole confesar y comulgar, como lo efectuó el 16 de Marzo, en la parroquia del Sagrario.

Doña Rita Calderón, antigua concubina de Ali-Mudin, hallábase en el colegio de Santa Potenciana desde que abjurara sus creencias.

El sultán obtuvo del Arzobispo, en atención á haber muerto su mujer legítima, el permiso de casarse con la Calderón, cuya ceremonia tuvo efecto el 27 de Abril en el palacio del gobernador, dándoles la bendición el provisor D. Juan de la Fuente, á causa del mal estado de salud del metropolitano.

Además le señaló Arandía una pensión para que pudiese vivir con decencia.

Con las noticias comunicadas por Faveau acerca de Ali-Mudin y las felices disposiciones de Bantilan, convocó Arandía á junta á las autoridades (Abril de 1755), asistiendo el sultán, sus cuatro hijos, su hermana Panguiana Banquiling, la princesa Fátima, su esposo Mustafá y el datto Jamaliguera. Después de largo debate, se estipuló por todos los concurrentes la estricta observancia de los preliminares presentados al marqués de Ovando el 28 de Febrero del año anterior.

Solicitaron y obtuvieron además los joloanos la libre admisión de sus embarcaciones en los puertos españoles, con sólo llevar en regla un pasaporte del sultán, sin obligarlas á detenerse en Zamboanga, por el consiguiente retraso que experimentaban.

El 29 de Abril partió de Manila D. Pedro Zacarías Villarreal, nombrado gobernador de Zamboanga, llevando cartas de Arandía para Bantilan (26 de Abril de 1755) y para los dattos Mahadialegla y Panhalavan.

En el mismo buque iban los prisioneros moros que, según el convenio de que hemos hecho mención, debían ser restituídos á su país, incluso las hijas de Ali-Mudin y el embajador y su séquito, continuando en Manila como rehenes hasta la paz definitiva, aunque fuera de la prisión, el sultán y su primogénito Israel, á los que trató con gran benignidad.

Desde muy al principio se dividió la escuadra por malos tiempos. En Marinduque vióse el barco de Zacarías rodeado de piratas. Estuvo en Iloilo y llegó á Zamboanga el 17 de Setiembre.

Hizo alojar convenientemente á las princesas y al

embajador, y despachó un aviso á Bantilan participando el día de su salida para Joló. Recibida contestación marchó el 1.° de Octubre con cuatro champanes, fondeando en la rada de aquella isla el 4. Inmediatamente pasaron á bordo el príncipe Iban Panhalavan, el datto Bibang y otros varios personajes. En sus buques, vistosamente empavesados, llevaban músicas á la usanza del país. Después de ofrecer sus respetos al gobernador, pasó Iban á verse con su esposa Panguiana Banquiling y á saludar á las hijas de Ali-Mudin.

Al siguiente día cambiáronse saludos de artillería entre los buques y la plaza, verificándose el desembarco de Villarreal y de los moros con ostentación y grande afluencia de gente. En la playa aguardaban al general otros magnates, que lo condujeron á la morada del sultán. Las tropas cubrían la carrera. Recibido á la entrada de la casa-palacio por el *Radiamura* (príncipe heredero) y por el *Ladialant* (general de Marina), que lo era el datto Vinmal, hijo del ya difunto Salicaya, entró en compañía de ambos al salón principal. Allí le esperaba el sultán en traje de ceremonia, bajo un dosel ricamente adornado.

Bantilan abrazó al gobernador de Zamboanga, y le hizo sentar á su derecha. Los oficiales españoles y los dattos joloanos tomaron también asiento, y el sultán, después de enterarse de la salud de su *hermano predilecto* Ali-Mudin y de la del gobernador general de las islas, dió la bienvenida á Villarreal, asegurando que tan acertada elección para el mando de Zamboanga había de contribuir á que se afianzara la paz entre españoles y joloanos.

Servíales de intérprete el valiente gobernadorcillo de los lútaos zamboangueños, D. Francisco Tampil. Ter-

minada la ceremonia pasó Villarreal á su alojamiento, siendo visitado aquella misma noche por el sultán, y posteriormente por las princesas Fátima, Carima y Famila, hijas de Ali-Mudin; por la sultana y sus damas, honor especialísimo, y por los dattos y principales personajes. Mientras permaneció en la isla hubo en su obsequio todo género de fiestas.

Al cabo de varias conferencias, publicáronse por un bando las paces ajustadas con España. Los *urangcayas* (dattos de segundo orden), hacían á Villarreal iguales acatamientos que al sultán. Los dattos iban á visitarle sin armas, en señal de confianza.

El sultán le hizo entrega de 19 cautivos.

A consecuencia de haberse recibido aviso por el capitán D. Ignacio Saavedra, de que los malanaos y mindanaos proyectaban atacar á Zamboanga, partió Villarreal el 24 de Octubre para dicha plaza. Llegó el 1.º de Noviembre, adoptando en seguida las medidas necesarias para rechazarlos.

El gobernador de las islas había dispuesto el regreso á Cavite de la escuadra de Faveau y Fallet. Por efecto de malos tiempos, se retrasó el viaje, y al entrar en la bahía de Manila, el 25 de Junio de 1756, les sorprendió un baguio.

Zozobró la galera *Santa Rita*, librando sólo su capitán, D. Miguel Valdés, y ocho hombres. El champán *San Vicente* fué á parar á la costa, salvándose cuantos lo tripulaban, á excepción de cinco. La galera *Concepción* y la balandra en que iba Fallet, vararon en la playa; pero se las pudo salvar. La *Santo Niño* salió ilesa. El número total de ahogados fué de 500 hombres de armas y algunos funcionarios públicos.

El ex-gobernador de Zamboanga, Oscoti, quejoso de

Faveau por sus escritos referentes á Joló, le acusó de actos penables, resultando de las diligencias practicadas por orden del gobierno general, que había faltado á las instrucciones recibidas por atender á sus intereses particulares. Reconocidas, al llegar á Cavite Faveau, la galera y champanes de su mando, vióse que conducían efectos mercantiles.

El gobernador lo tuvo preso hasta la salida de un navío, en que lo hizo embarcar para Nueva España (1).

Los arteros joloanos no se prestaron á tomar las armas contra los malanaos, como era deber suyo, conforme al tratado recientemente suscrito por ellos, y dificultaban la entrega de cautivos, bajo diversos pretextos, demostrando una vez más su falta de formalidad y de buena fe; aparte de esto, los cautivos estaban en poder de los dattos, quienes no querían devolverlos sin cobrar por adelantado su rescate, y el sultán carecía de fuerza para obligarles á hacerlo.

El capitán D. Pedro Gaztambide después de haber estado en Camarines y Albay, donde fortificó el puerto de Sorsogón, fué á Tamontaca con cartas del gobernador general para el sultán, quien le recibió atentamente, rescatando por 800 pesos al padre Santa Catalina, apresado por los moros en Ticao en 1754. Condújole á Batangas, cuyo alcalde mayor, D. Ramón de Orendain, suplicó á Gaztambide permaneciera allí por temerse una invasión de mahometanos. Recorriendo un día la costa, se vió de improviso rodeado por 38 embarcaciones piratas, algunas de ellas mayores que su galera. Las mandaba un príncipe moro, el cual dispuso

(1) Ya hemos dicho que era muy general entonces emplear los buques del Estado en transporte de mercancías de los que los mandaban.

que embarcasen 120 hombres en un panco, con intento de atacar la galera por popa, mientras él con los buques restantes lo hacía por proa. Comprendió Gaztambide la maniobra, y mandó poner en dicho punto un cañón de á seis, cargado con bala y metralla.

El artillero á cuya custodia lo dejó, creyendo que era poca carga para el objeto, le puso otro cartucho. Hubo que relevar á este artillero por ser su presencia necesaria en proa, y el que le sustituyó, al ver cuán decidido iba hacia la galera el panco moro, no pareciéndole bastante carga la ordinaria é ignorando que la tenía doble, introdujo tercer cartucho. Gaztambide, ocupado en diferentes puestos, acudió á popa cuando ya estaba cerca el panco, y mandó hacer fuego. El estampido y la conmoción del buque fué terrible; pero no reventó el cañón, y el panco enemigo quedó espantosamente destrozado, pereciendo casi todos sus tripulantes.

Los moros redoblaron su ardimiento, pero tan certeros disparos hizo la galera española y tan acertadas disposiciones dictó Gaztambide, que puso en vergonzosa fuga al enemigo, muerto el príncipe que mandaba la escuadrilla. Las fuerzas de la galera ascendían á 100 hombres, mientras que los moros pasaban de 3.000. Según se supo después por cautivos huídos y por un príncipe joloano, el número de moros muertos en esta brillante acción no bajaba de 2.500 (1756).

También supo Gaztambide, ya concluído el combate, la imprudencia de los artilleros en poner triple carga al cañón de popa.

Recibió Arandía con gran satisfacción el parte del triunfo obtenido, y á petición de Gaztambide le mandó dos galeras, yendo la que él montaba á Cavite á reparar sus muchas averías.

Aquel valeroso jefe embarcó en la mayor, y á sus órdenes en la otra el capitán Arazamendi.

Encaminábanse al estrecho, pero al saber que Lubán estaba á punto de rendirse á los moros, marcharon prestamente en su auxilio, haciéndoles levantar el cerco con bastante daño.

Fueron á esperarles á la salida del río de Balayan, donde se habían refugiado algunos buques procedentes de Lubán, no permitiendo el poco fondo del río que entrase la galera. Le hizo un vendaval separarse de su puesto, y los moros aprovecharon la ocasión para salir. Procuró Gaztambide alcanzarlos, y secundado por Arazamendi, consiguieron causarles no pocas bajas.

Este valeroso oficial murió en Calapan de una fuerte disenteria.

D. Ignacio Cabiling, maestre de campo de Dapitan, y D. Pedro Tamparón, de Iligan, se ofrecieron á salir en corso contra los piratas al punto donde más conviniese utilizar sus servicios. El gobierno aceptó esta proposición, organizando una escuadrilla compuesta de dos galeras, la *San Ignacio* y la *Santa Rosa*, y doce vintas, las cuales debían operar bajo las órdenes del padre Ducós, dictándose con tal motivo las correspondientes ordenanzas. Los sueldos debían abonarse por las cajas de Cebú y los barcos estacionarse en Misamis.

Arandía nombró gobernador de Zamboanga á Don Tomás de Iturralde, persona de toda su confianza y en alto grado celoso por el servicio. Contaba aquella plaza un buen número de embarcaciones dispuestas á todo evento contra los moros, y merced á las acertadas medidas del gobernador y del comandante de la armada, D. Pedro Vértiz, se obtuvo contra los moros felices triunfos.

El 7 de Diciembre de 1757 encontró Vértiz cinco pancos piratas que se retiraban de Visayas: los atacó con sus tres buques, y empeñándose el combate entre dicho jefe y la capitana enemiga, duró desde la nueve de la mañana hasta las cuatro de la tarde; á esta hora dispuso que un bote, al mando del alférez D. Pedro Iriarte, acometiese por un costado mientras él lo hacía por popa.

Los feroces moros prefirieron arrojarse al mar con el pillaje y las armas que contenía su buque, y morir ahogados antes que caer vivos en manos de los españoles.

Un moro herido dijo que la embarcación pertenecía á un datto de Tuboc, que murió de los primeros en la defensa. Hallaron, además, 22 moros muertos; cuatro cautivos heridos por las balas de los españoles, y 13 entre hombres, mujeres y niños, heridos por los moros con sus lanzas al arrojarse al mar; varias armas blancas, dos banderas y unos batintines.

Continuando el corso, salió Vértiz del puerto de Santa María el 29 de Diciembre á reconocer una embarcación sospechosa, contra el parecer de los oficiales de á bordo, por amenazar el tiempo un baguio. Sobrevino el temporal, estrellándose la galera al doblar el cabo. Vértiz se arrojó al mar, confiando en su extraordinaria resistencia y probada habilidad natatoria; pero las olas le arrollaron y sucumbió en tremenda lucha con ellas. Del mismo modo perecieron el alférez D. Fernando de Torres y 35 hombres; 15 se salvaron sobre los restos del barco, y luego que se serenó el tiempo, lograron salvar parte de la artillería y otros pertrechos de guerra.

El gobernador de Zamboanga hizo varias obras de importancia en las fortificaciones de la plaza, levantó cuarteles y un hospital dentro de la fuerza.

Arandía, por su parte, promovió la inmigración á Zamboanga, consiguiendo que se trasladaran á dicho punto 328 hombres, 46 mujeres y 24 muchachos, yendo en seis champanes. Uno de éstos naufragó en la isla desierta de Manamoc, ahogándose 21 personas. Los demás buques llegaron á Zamboanga. Los tripulantes del buque náufrago se fortificaron en tierra. No tardó en aparecer una embarcación de joloanos: su capitán les prometió conducirlos á Cuyo, pero lo que hizo es llevárseles el dinero y pertrechos de guerra, dejándolos allí, donde hubieran muerto de hambre sin la llegada de diferentes barquitos de indígenas de Cuyo, que los transportaron á Zamboanga. Como parte de dichos inmigrantes eran presidiarios, dieron mucho que hacer en aquella plaza.

Los pueblos costeros de las provincias de Batangas, Panay, Cebú, Leyte, Negros, Tayabas, Camarines y Calamianes, y los de las islas de Marinduque, Masbate, Ticao, Romblón, Camiguin y otras, construyeron algunos fuertes ó repararon los que ya existían, siguiendo en esto las órdenes de sus respectivos párrocos.

El pueblo de Mariveles, por su proximidad á Manila, no había cuidado de fortificarse, pero los atrevidos piratas lo sorprendieron con 11 embarcaciones. Sus naturales abandonaron el pueblo después de una débil resistencia, salvando las alhajas y ornamentos de la iglesia. Al notar los moros la fuga le prendieron fuego.

Nuevamente atacaron á Linacapan, pero sus valerosos indígenas les hicieron huir, con pérdidas considerables.

Los naturales del pueblo de Calatán, en Calamianes, viéronse precisados á trasladar su residencia á otro punto de la misma isla, por causa de que en el término de

ocho meses habían sufrido seis entradas de moros, con el consiguiente daño de muertes, cautiverios y destrozos en edificios y sembrados.

En Setiembre de 1757 fué saqueada la misión de Lupi, donde apresaron muchos indígenas.

En el partido de Panay hubo idénticos estragos, llevándose cautivas á varias mestizas españolas. Tales fueron los daños que, contando dicho partido en sus padrones 1.500 tributos el año de 1750, el de 57 sólo tenía 500.

En Bantón 48 embarcaciones piratas cautivaron 164 personas.

A causa de un temporal perecieron ahogados muchos moros, estrellándose 14 buques.

Se dividió la escuadrilla y cautivó 64 indios en Simara; 38 en Cabolotan (isla de Tablas) y sus inmediaciones; 12 en Lalavan; 76 en Oriongan: de nuevo en isla de Tablas cautivaron 14 personas, y 64 en Oriongan. De 230 vecinos quedó reducido á 70 el número de familias de este pueblo.

La isla de Sibuyan fué también muy castigada. En Cauit cautivaron seis personas, y 22 en Cahidiocan.

Romblón, atacado de nuevo, se defendió, persiguiéndoles con su champán el mestizo D. José Fermín.

Este mismo individuo se batió en otra ocasión contra tres embarcaciones fondeadas en la isla de Alad; pero tuvo la desgracia de que se le incendiase la pólvora y de que escaparan los moros.

Estos apresaron también el champán del ex-gobernador de Zamboanga, D. Domingo Oscoti, cuyo cargamento valía 14.000 pesos.

Con tan repetidos ataques disminuyó considerablemente la población de Visayas.

En el partido de Romblón el número de tributantes bajó de 1.370 á 995; en el de Calibo (Cápiz), de 1.164 á 549; en el de Banga, de 1.020 á 754; en los de Ibahay y Tibiao, acusaba el padrón 200 tributos de menos.

Según el padre jesuita Matías Guerrero, párroco del partido de San Juan de Ilog, 2.000 moros habían causado grande estrago en los campos de aquel término jurisdiccional. Los curas de Tucgauan y Binalbangan certificaron asimismo los notables perjuicios sufridos por sus feligreses, y pedían se les dispensara del pago de tributos.

Arandía, en su vista, recomendó á los corregidores que no les apremiaran con exceso en el pago de sus contribuciones.

Sin embargo de tan censurable proceder por parte de los mahometanos, aún fué recibido afectuosamente otro embajador de Bantilan, para el cual mandó algunos regalos el gobernador del Archipiélago.

Tanta debilidad y tolerancia, tanta contemplación y deferencia, ó era mal interpretada por los joloanos, ó servía sólo para que ganasen tiempo y prepararan en secreto los medios de resistir y llevar la mejor parte en las contingencias futuras.

El gobierno de España, cuando lo supo, prohibió que se recibieran más embajadas, puesto que evidentemente su objeto tendía á inspeccionar el estado de las plazas y fortificaciones de la capital.

Además, el Rey, en orden de 26 de Diciembre de 1758 y 1.º de Noviembre del mismo año, estimulaba al gobernador general á combatir los piratas (1).

(1) «Me ha mandado S. M., decía el ministro, recomendar á V. S. con el mayor esfuerzo la importancia de escarmentar la osadía de los

Por consecuencia de estas órdenes, reiteró el gobernador general sus providencias contra los piratas mahometanos.

Arandía, fatigado por los incesantes trabajos de su gobierno, murió en la noche del 31 de Mayo de 1759.

Este gobernador ha sido uno de los más ilustres de las islas por su celo en pro del buen servicio, por sus excelentes condiciones de mando y espíritu útilmente innovador. La ingratitud de sus gobernados influyó mucho en su lamentable muerte.

estados bárbaros infieles, y decir á V. S. que el real ánimo de S. M. es que, para tan necesario fin como el de mantener estos vasallos libres de las extorsiones y cautiverios que han experimentado, no se ahorre diligencia ni gasto. Y fiando S. M. del acreditado celo de V. S., que interesa su real conciencia y la descarga en la de V. S. cometiéndole la ejecución de lo que humanamente pueda operarse en las facultades necesarias para emprenderlo, encarga S. M. á V. S., y le advierte que tomando luces de los mismos misioneros de esas esparcidas islas y de los sujetos más prácticos de ellas y su capital, providencie V. S. su resguardo, separándose de vanas empresas, de nuevas conquistas, y para este logro vea V. S. y disponga los armamentos que convenga hacer y aun mantener siempre y las fortificaciones que sea útil construir,» etc. Participaba á la vez haber dado orden á Méjico para que se aumentara el situado de las islas, y para que éste se remitiera por años adelantados y no vencidos.

CAPÍTULO XX.

Guerra entre España é Inglaterra.—Ocupa la bahía de Manila una escuadra de la Gran Bretaña.—Apodéranse los ingleses de Manila.—Crítica situación del país durante aquellos sucesos.—Aprovechan los piratas estas circunstancias é invaden y asolan las provincias del Sur.—Los joloanos, aliados con mindanaos, tirones y malanaos, sostienen continua guerra contra España.—Se establecen en Mamburao, y va una expedición á desalojarlos de este punto.—Sitian los moros á Cateel y á Tandag.—Defiéndese el fuerte con bravura.—Depredaciones, muertes y cautiverios de indígenas durante una década.

El rompimiento de hostilidades entre España é Inglaterra, con motivo del famoso *pacto de familia*, tuvo en Filipinas funestos resultados, viéndose invadidas las islas por una poderosa flota de aquella potencia, á las órdenes del almirante Samuel Cornic y del brigadier Guillermo Draper, jefe de las fuerzas de tierra, quienes, al cabo de doce días de escasa resistencia, penetraron por traición en la mal defendida plaza (4 de Octubre de 1762), sobre la cual habían arrojado, previamente, 20.000 balas de cañón y 6.000 bombas; hecho inaudito tratándose de una ciudad cuya edificación, en su mayor parte, se componía de materiales ligeros.

Gobernaba las islas, interinamente, el Arzobispo Don Manuel Antonio Rojo, de funesta memoria, por su pusilanimidad y falta de tino en tan críticas circunstancias y por sus debilidades y desaciertos después; cualidades y proceder que tan gran contraste ofrecen con la virilidad y sublime conducta del insigne patricio Don

Simón de Anda y Salazar, que supo conservar el dominio de España en Filipinas y tener en vergonzosa inacción á los ingleses, conquistando con sus hazañas, después de Legazpi, lugar preeminente en la historia de Filipinas.

La ocupación de la capital por los invasores; la guerra de reconquista que absorbía las fuerzas del país y la atención del invicto Anda; el levantamiento de varias provincias contra las autoridades legítimas; la traidora rebeldía de los chinos, y las consecuencias de semejante perturbación en todo el Archipiélago filipino, imposibilitaron en absoluto ocuparse de los piratas malayo-mahometanos durante ese nefasto período.

Como era consiguiente, los moros supieron aprovechar la crítica situación porque atravesaba el país, aumentando hasta lo increíble el horroroso catálogo de rapiñas, cautiverios y saqueos que registran sus anales desde los tiempos primitivos de la dominación española. El tráfico comercial estaba interrumpido. Los pueblos playeros, inmediatos á sus guaridas, se hallaban diezmados ó desiertos, ya por la cautividad de sus moradores, ya por el voluntario ostracismo á que se condenaban, temerosos de caer en las garras de los inhumanos piratas. El solo anuncio de la proximidad de los moros; la noticia de alguna proyectada invasión, muchas veces imaginaria; la vista de algún buque en lontananza figurándoseles pirata, infundía en aquellos desdichados indios terrible pánico. Los menos valerosos huían al interior, abandonando sus propiedades; los más esforzados llevaban una vida asaz intranquila, de continua alarma y de constante malestar y vigilancia.

El Obispo-gobernador Espeleta, sucesor del ilustre Arandía, había suprimido la armadilla de Iligan, que

mandaba el P. Ducós, influyendo esto en los estragos que causaran los piratas durante la época de su mando.

El Arzobispo-gobernador Rojo restableció la armada de Pintados, para que desde Cebú, á cuyo alcalde mayor nombró su comandante general, recorriera aquellas costas á fin de impedir los desembarcos de los mahometanos. Destinó á dicha isla tres buques, proveyéndolos de cañones y artilleros, y dispuso que el alcalde construyera otros tres. Pero aun así no hubo manera de contenerlos.

A pretexto de que favorecíamos á los de Borneo, por entonces enemistados con los joloanos por haber asesinado aquéllos á un embajador de éstos, nos declararon la guerra nuevamente, aliados con los mindanaos, prestándoles eficaz auxilio los aguerridos tirones y malanaos.

Su audacia los condujo hasta la costa de Mariveles, próxima á Manila, en cuyas aguas apresaron á dos champanes de China con muchos intereses. A su regreso se establecieron en Mamburao, isla de Mindoro, donde formaron una factoría atrincherada, á la cual iban á comerciar algunos macasares á quienes vendían los indios cautivos. Para desalojarlos de este punto, se organizó en Cavite una escuadrilla compuesta de un paquebot, tres galeras, una lancha y ocho caracoas de Visayas, con 1.252 hombres de mar. Mandaba las fuerzas navales el teniente de fragata D. Gabriel de Aristizabal, de la dotación de la fragata *Aurea*, y las de tierra el teniente coronel D. José Jarando, castellano y justicia mayor de Cavite.

Los moros se habían fortificado en una pequeña península que forma el río Maasin con el río Mamburao. Tuvieron con ellos, durante algunos días, ligeras esca-

ramuzas, en las que siempre llevaron la peor parte.

Una columna saltó en tierra para reconocer el terreno, llegando hasta la trinchera que guarnecían, sin encontrar nada más que algunos cadáveres y rastros de sangre.

En este fuerte halláronse cureñas pequeñas, una lantaca, sobre 10.000 *zumbulines* (1), *batintines*, palay y varios utensilios. También se cogió una banca llena de palay. Tal fué el resultado de la expedición. Costó al Erario 25.260 pesos; pero la subasta de los efectos cogidos á los moros ascendió á 31.026, y sólo hubo un soldado indio muerto.

A mediados de 1767 doblaron el cabo de San Agustín sobre 70 pancos piratas con 2.000 moros, sitiando el fuerte de Cateel, defendido por solos 30 soldados. Al cabo de ocho días de inútil resistencia, la guarnición abandonó el castillo una noche, fugándose en barquillas por el río.

Los moros se apoderaron al día siguiente del fuerte, y sacando las armas, balas, pólvora, 200 cavanes de arroz y varios efectos, le prendieron fuego.

Después pasaron á sitiar á Tandag. Con la buena defensa de esta fortaleza y el auxilio de una galera y otras embarcaciones de Surigao, batieron con tanto arrojo á los moros por mar y tierra, que á pesar de su brioso empuje huyeron derrotados, dejando en poder de sus contrarios armas, banderas, alcoranes, víveres, etc.

El gobernador general, D. José Raón, premió, como debía, el valor de la guarnición.

El relato detallado de las depredaciones y violencias

(1) Especie de lanzas de tres varas de largo.

de los moros en sólo una década, á partir de la invasión inglesa, llenaría volúmenes enteros.

En Caraga (Surigao) quemaron casi todos los pueblos. En Iligan (Misamis) saquearon y quemaron los de Iponan, Alilitum, Gompot, Salay y Sipaca. En la isla de Camiguin mataron y cautivaron á infinidad de indígenas. En Cebú invadieron el partido de Dastag ó Coteot, quemando y saqueando las visitas de Nahalin y Luyan. En Sorsogón los de Ticao, cautivando un religioso. En Panay sufrieron considerablemente los pueblos de isla de Tablas y los de la isla de Sibuyan, cuyo párroco murió fugitivo en el monte. Los párrocos de Mamburao y Sapian tenían fortificados sus pueblos con barricadas. El cura de Calamianes quedó cautivo. En Mindoro, invadido repetidas veces, dieron muerte á un religioso y cautivaron á otro. Los demás curas andaban fugitivos por los montes. En Bataan quemaron y saquearon el pueblo de Mariveles y su visita de Caucaben, cautivando á su ministro. La provincia de Iloilo fué de las más castigadas, pues 130 embarcaciones piratas de Mindanao, Joló y Borneo tenían cogidas todas las silangas, canales y ríos, y además de apresar los moros de una sola vez ocho buques que regresaban de Albay con más de 10.000 pesos, se llevaron 200 cautivos. El pueblo de Anilao quedó destruído (1769). En el importante pueblo de Dumangas cometieron multitud de muertes y cautiverios.

Lo mismo sucedió con varios pueblos de las provincias de Leyte, Samar é isla de Negros. En ésta apresaron á su corregidor y á tres religiosos, obteniendo su rescate en Joló por una suma considerable. En la isleta Inangpolongan establecieron su *dangcal* ó cárcel: allí iban aglomerando cautivos, y de tiempo en tiem-

po los transportaban á Joló, en grupos de 400 á 500.

En las misiones del monte Isarog (Camarines), mataron á un religioso y al misionero destinado á catequizar ilongotes.

En Masbate, Burias y Maestre de Campo, asolaron todos los pueblos. Los padres recoletos tuvieron cinco cautivos; los agustinos, tres, y los franciscanos, un cautivo y dos muertos. Se cuenta que el datto principal de Lingo reunió hasta ocho religiosos prisioneros.

La insolencia de los moros llegó á tanto, que se les vió en la bahía de Manila en lanchas como las de los pescadores, muchos de los que llevaron presos á su país. Algunos piratas y renegados asistieron furtivamente á las retretas nocturnas de la plaza de Palacio.

En Malate cautivaron una noche á 20 personas que volvían de asistir á un entierro en Pasay.

Los pueblos de Tambobo y Parañaque, de la provincia de Manila, sufrieron asimismo gran daño en las personas de sus habitantes y en sus embarcaciones.

Anda, que desde 1770 desempeñaba el gobierno de las islas, acordó organizar la armada de Pintados sobre mejores bases, é hizo erigir en el Corregidor una torre fortificada para que se vigilase la aproximación de los piratas á Manila.

El 7 de Junio de 1771 apareció en Aparri (Luzón) una armadilla de moros, cautivando al misionero de Paniqui, Fr. Joaquín Sancho, que á la sazón se hallaba en Lal-lo, y á varios indios, todos los cuales lograron más tarde fugarse.

CAPÍTULO XXI.

Obtienen los ingleses de Bantilan la cesión de la isla de Balambangan, y la fortifican.—Evacuada Manila, conducen á Joló á Ali-Mudin y éste confirma la cesión expresada.—Muere Bantilan, y le sustituye Israel por renuncia de Ali-Mudin.—Divídense los joloanos en dos bandos, uno á favor de los españoles y otro de los ingleses.—El gobernador de Zamboanga comisiona al oficial Alvarez para cerciorarse de las disposiciones del sultán.—Cumple bien su comisión, y recaba la amistad de muchos dattos.—Decide el gobierno castigar á los piratas ilanos y la manera de que los ingleses abandonen á Balambangan.—Confiérese esta comisión al teniente coronel Cencelly, marcándole instrucciones concretas.—Falta á ellas, va á Joló, provoca las iras de los moros, compromete la causa de España y da lugar á que los ingleses exploten á su favor el suceso.—Dispónense los joloanos á la resistencia, y se niegan á tratar con Cencelly.—Regresa este imprudente jefe á Zamboanga, sostiene grandes cuestiones con el gobernador de la plaza y procura sublevarle las tropas.—La prudencia del gobernador evita una colisión entre las fuerzas españolas, y comisiona, además, dos oficiales para contrarrestar en Joló los perjuicios causados por Cencelly.

Afanosos los ingleses de poseer algún territorio en el Archipiélago joloano, habían conseguido de Bantilan, aunque no sin dificultad, que les cediese la isla de Balambangan, proponiéndose fundar en ella un establecimiento ó factoría. La fortificaron con dos sólidas baterías paralelas, que dominaban el mar, artilladas con mucha y gruesa artillería, edificando entre ambas la casa del gobernador de la nueva colonia.

La escasa importancia de esta isla y su poca salubridad, les impulsó á solicitar en su lugar la isla de Tan-

dundalaga, costa N. de Borneo, inmediata á la residencia de aquel sultán; pero él se opuso enérgicamente á la vecindad de tan molestos huéspedes.

Conocidos estos hechos en Madrid, ordenó el Rey reforzar el presidio de Zamboanga, para tenerle dispuesto á cualquier evento.

Al evacuar á Manila los ingleses, M. Brereton transportó á Joló en el buque almirante á Ali-Mudin y á su hijo Israel, confirmando el primero la cesión que de dicha isla les hiciera Bantilan en 17 de Enero de 1763. Muerto éste, y no queriendo Ali-Mudin ejercer el mando á causa de su vejez, abdicó en Israel. Los joloanos, entonces, se dividieron en dos bandos, uno á favor de los ingleses, á cuya cabeza estaba el datto Zalicaya, generalísimo del mar, y otro en contra, dirigido por Israel y el sultán padre (1).

El hijo de Ali-Mudin había participado á Carlos III su exaltación al trono, y el monarca español le felicitó por sus buenas disposiciones respecto á España (2).

(1) "Los ingleses, observando la tempestad que les amenazaba, consiguieron desunir á los dattos á fuerza de regalos y sobornos. Sembrar el odio contra España era uno de sus medios; mas el salip, ó sea el arzobispo ó patriarca de los moros, anciano marroquí que caminaba encorvado con la ayuda de un báculo, pero que en su juventud había sido de armas tomar, se puso de nuestra parte, comparando á los ingleses con una noche tenebrosa de invierno, precursora de desventuras, y á los españoles con una mañana de primavera, que convida á los jornaleros á trabajar."—(*Guerras piráticas de Filipinas contra mindanaos y joloanos*, corregidas é ilustradas por D. Vicente Barrantes: Madrid, 1878.)

(2) Decía Anda al Rey acerca de esto:

"El referido sultán desea vivamente nuestra amistad: se manifiesta sentido de que no se respondiese á la carta que su padre Fernando I escribió á V. M., y él mismo escribe ahora la adjunta, en que intenta

El gobernador de Zamboanga, D. Raimundo Español, secundando órdenes emanadas de Manila para que procurara asegurarse de las disposiciones del sultán por medio de una persona de su confianza, confirió este encargo al subteniente sargento mayor de dicho presidio D. Manuel Álvarez, algo emparentado con el sultán, y muy amigo de algunos dattos con quienes había vivido en Manila. Le acogieron con gran franqueza y alegría, incluso la sultana, que le acompañó con su comitiva á la casa que le fué destinada, obsequiándole después mucho. Es curioso el que para sacar Álvarez más fruto de sus gestiones y atraer partidarios al bando español, utilizó su habilidad en el baile, dando lecciones de minué y paspié á la sultana, princesas y dattos, locamente aficionados á estos ejercicios.

Cincuenta y tres días permaneció Álvarez en Joló, y durante ellos celebró muchas conferencias con el sultán y los dattos, estipulando mutuas concesiones, pero mediante la protección de España y con exigencias no todas admisibles.

A su regreso le acompañaron á Zamboanga varios dattos, para realizar de paso negocios de comercio.

El gobernador de la plaza, con sus acertadas medidas, logró contener á los piratas ilanos, apostando barcos en la contra-costa de Basilan. En una ocasión las dos falúas y ocho vintas allí destinadas echaron á pique cinco pancos, de 13 que salieron á probar fortuna.

ponerse bajo la real protección de V. M. y establecer alianza con este gobierno, á cuyo fin piensa despachar embajador á Manila, etc.„

El sobrescrito de la carta del sultán de Joló, era: "Al victorioso gran monarca del mundo y felicísimo emperador de las Indias,„ y su contenido estaba en lengua persiana, según el traductor. El original se halla en el archivo de Alcalá, legajo 2.849. (Véase el Apéndice, pág. 42.)

La estancia de los ingleses en el territorio joloano era sobrado molesta para que el gobierno de España pudiera avenirse á sufrirla. Anda, de acuerdo con el gobernador de Zamboanga, dispuso el envío de una expedición á Balambangan, y creyendo acertar, confiere mision tan delicada al italiano D. Juan Cencelly, teniente coronel de uno de los regimientos de infantería de Manila.

Con arreglo á las instrucciones que se le dieron, debería dirigirse por entre las islas de los Mosquitos y Pilar á castigar á los piratas ilanos de la islita llamada Cagayán de Joló, próxima á Balambangan, yendo á caer, como por casualidad, al establecimiento inglés. Encargósele que, una vez en este punto, oficiara al jefe de la fuerza, extrañando verlos establecidos en una isla sujeta al dominio de España, debiendo prevenirles que la evacuasen.

Se le prohibió hacer uso de la fuerza, y sí sólo amenazar con que el gobierno de España protestaría cerca del de la Gran Bretaña por semejante violación. A la vez se le previno que levantara los planos de sus fortalezas y de los fondeaderos de la isla, pasando seguidamente á Joló á entregar al sultán los pliegos reservados que le daría el gobernador de Zamboanga, sin perjuicio de hacer el corso contra todos los enemigos que á su paso hallara, excepción hecha de los vasallos del sultán de Joló y los súbditos mindanaos del príncipe Quibad Zajarial, á la sazón en paz con España.

En Joló, después de exponer al sultán y á los dattos lo improcedente de la concesión hecha á los ingleses, debería pactar la libre entrada de los joloanos en los puertos españoles y de éstos en los de Joló, y el envío de fuerzas á la capital por si necesitaban su auxilio para

arrojar á los ingleses de su territorio, asegurándoles que en manera alguna se inmiscuirían en su gobierno interior.

También les debía proponer que fuese un datto á Manila para representar á su país, en cuyo caso pasaría un jefe español con igual cargo cerca del sultán; y diéronsele, en resumen, amplias instrucciones encaminadas á afirmar la armonía y buena inteligencia que tan conveniente era en aquellas circunstancias. Las instrucciones de Anda están fechadas el 17 de Abril, y las de Español el 29 de Diciembre de 1773. Español convino con Cencelly en participar al sultán de Joló el próximo arribo de dicho jefe á su corte, pasados seis días de su salida de Zamboanga, para que el factor inglés en Joló, M. Coll, no estorbase los planes expresados si se enteraba con sobrada anticipación, puesto que lo avisaría á Balambangan.

El 30 se hizo Cencelly á la mar en la galera *Santa Teresa*, con las dos galeotas *San Clemente* y *Soledad*, bien pertrechadas, con buena tripulación y provistas abundantemente de provisiones para dos meses. Llevaba por segundo á D. Rafael Franco, capitán de su regimiento; por almirante, al capitán de marina D. Ignacio de Larra, y por mayor de órdenes, al teniente de su mismo cuerpo, D. Francisco Bayot. En lugar de cumplir las instrucciones recibidas, marchó directamente á Joló, con pretexto de reponer el agua que decía le faltaba (1), á cuya rada llegó el 4 de Enero de 1774. Aunque el sultán no había tenido aviso alguno,

(1) De acuerdo con Cencelly, el teniente D. José Avilés hizo derramar el agua que llevaba á bordo, y que los oficiales se quejasen del mal estado de los víveres.

se dispuso á recibir cortesmente al jefe de la escuadra; pero al ver que no daba fondo ni saludaba á su bandera, sospecharon mal los joloanos de aquellos buques. Para salir de dudas, envió el sultán uno de sus oficiales á enterarse del objeto de su visita, y la respuesta que obtuvo fué que ya el gobernador de Zamboanga le mandaría á decir las grandes novedades que ocurrían.

Esta extraña respuesta y el hecho de continuar los buques su rumbo con dirección á otras islas del interior, hizo temer un desembarco, y comenzaron en el instante sus preparativos de defensa. Los ingleses explotaron el suceso, exagerando las intenciones de los españoles para incitar á los joloanos á la resistencia. El sultán dudaba que dichos barcos llevasen ningún intento hostil, y así lo manifestó en la junta; pero tuvo que ceder ante las acusaciones del bando inglés, pues hasta lo tuvieron por traidor. Los feroces guimbas bajaron de los montes; los chinos, que en número de 4.000 residían en Joló desde su expulsión de Manila en 1758, se apercibieron para la lucha, formando un cuerpo de ejército, y los naturales y renegados otro, dedicándose con ardor á poner la plaza en pie de guerra.

Llega en esto á Joló el notario eclesiástico de Zamboanga, D. Graciano de Rojas, con los pliegos del gobernador de Zamboanga, anunciando el próximo arribo de Cencelly, y los ánimos se tranquilizan un tanto; pero la reaparición de su escuadra y el haber apresado en la misma ría á una barca joloana, infunde nuevas sospechas y hace pensar que sus intenciones son realmente hostiles.

Fondea la pequeña flota frente á Joló, fuera de tiro de cañón, en la isla llamada Huerta del Rey, dejando transcurrir todo el día sin dirigir los saludos correspon-

dientes ni ninguna otra señal de deferencia á la plaza. Al siguiente destaca una lancha á hacer aguada, y al atracar á la playa, se lanzaron los moros sobre sus tripulantes, que hubieran perecido á manos de la turba amotinada á no haberlo impedido los dattos Ali-Mudin, Manancha, Moloc y Teteng, pertenecientes al partido español.

Entonces desembarcaron los oficiales D. Rafael Franco, D. Ignacio Saavedra y D. Francisco Bayot, para pedir satisfacción de aquella agresión; pero el consejo de los dattos replicó que la conducta irregular de su jefe á ello había dado margen, y que sus mismos oficiales, antes de cumplir el encargo que llevaban, habían estado comerciando en el barrio chino; que se volviera á Zamboanga, y que desde allí evacuase su comisión.

Cencelly trató de ir á tierra, disculpándose con la torpeza de Español en no dar antes aviso de su llegada; pero no quisieron consentirlo ni oirle, mandándole á decir que Español no hubiese procedido de este modo.

A no estorbarlo sus oficiales, es seguro que Cencelly emplea la fuerza al recibir tal respuesta. Mas no por eso cambió de táctica, sino que escribió á un chino conocido suyo, llamado Manuel Rubio Unsay, que le mandara doce moras para él y sus oficiales, esperando que, al enterarse de su carta el sultán y los dattos, le darían motivo para apelar á las armas.

La incalificable conducta de Cencelly, inspirada por antiguas rivalidades con Español, y en odio á sus planes, puso en grave compromiso al sultán y á los partidarios de España, pues el pueblo en masa se amotinó clamando guerra contra los españoles. Armáronse hasta los habitantes de las islas circunvecinas, dirigidos

por los ingleses, y por do quiera se escuchaban imprecaciones y gritos de guerra y venganza contra España. En Tandundalaga y en Sibuyan levantaron nuevas fortalezas, bajo la dirección del factor inglés y del datto Zarapudin, artillándolas con un cañón de á 36, cinco de á 16, diez de á 12, diez de á 8, cuatro de á 6, cuatro de á 4, y otros varios de inferior calibre. El inglés M. Brun, que había servido en el ejército de su país, fué encargado de la defensa.

Aún trató Cencelly de que los dattos suscribieran un testimonio á favor suyo y en contra del gobernador de Zamboanga; mas el sultán hizo pedazos el escrito á vista del emisario de aquel imprudente jefe. Cencelly levó anclas entonces y regresó á Zamboanga (24 de Enero), al cabo de veinticinco días tan neciamente empleados, fracasando así los proyectos relativos á Balambangan. Desembarcó la tropa que con él iba, sin contar para nada con el gobernador, y se negó á presentarle su diario de operaciones (1).

(1) Este diario original, cuya fecha es de Zamboanga á 16 de Abril de 1774, obra en el archivo de Alcalá, legajo 2845, cuyo título es: "1744. *Expedición para la colonia inglesa de Balambangan, Joló y Zamboanga,*„ remitido en comunicación de igual fecha al conde de Aranda, al que llama Cencelly en sus cartas su protector. En una de 20 de Marzo del citado año, se firma "su recluta,„ y en ella calumnia al gobernador de Zamboanga.

En el mismo legajo existen copias, autorizadas por Cencelly, de las cartas dirigidas por él al sultán de Joló, á algunos dattos y al gobernador de Zamboanga, y de las contestaciones respectivas, cuyas copias fecha el 18 de Abril de 1774. Podrá formarse idea de esta correspondencia por las tres cartas siguientes:

"Muy señor mío: Con harto dolor escribo esto á V. S., pero me es preciso declararme, porque en la Junta que se hizo anoche y lo que salió por dictamen de mis consejeros, era que V. S. se retirase primero para el presidio de Zamboanga, y desde allí hará V. S. un despacho

Lejos de arrepentirse ó de reconocer su conducta impolítica, aún sostuvo con Español graves contiendas, faltando á la subordinación y á toda clase de conside-

para este reino, avisándome, y á todos los de mi consejo, para su venida á este reino. Sobre este particular, sin duda ninguna, será V. S. recibido con aquellos honores que se debe recibir como á segunda persona del muy ilustre señor y capitán general de las islas: esto se lo suplico á V. S. haga por mí, para que quede yo sano entre los míos, y no me culpen en algún modo, pues de éste mi reino me tienen algunas sospechas: como me crié entre los españoles, dicen que soy apasionado como criado entre ellos; y así, vuelvo á suplicar á V. S. haga esto para que las cosas vuelvan en su lugar, pues que contemplo esto muy descompuesto.—Reino de Joló y Enero 6 de 1774.—B. L. M. de V. S. quien desea servirle.—El sultán, Muhamad Israel.—(Sello.)„

Respuesta.

“Señor: Mi más venerado señor, amigo y hermano: Doy á V. A. las gracias por lo mucho que nos favorece y ha hecho por los españoles, y espero que todos esos señores queden muy satisfechos de nuestra amistad, que nos será favorable á todos.

„Deseo cuanto antes dar un abrazo á V. A. y todos mis oficiales, y se ofrecen á la disposición de V. A. y mi señora la sultana. Deseo á V. A. la más perfecta salud, ínterin ruego á Dios le guarde muchos años.—A bordo de la *Capitana*, 7 de Marzo de 1774.—M. I. S.—Señor: Juan Cencelly.„

“Muy señor mío: Ahí va mi primo el príncipe Teting en lugar de mi persona, para que se vea con V. S., en señal de que todavía hay composición de las cosas de nuestra amistad, que los de este reino tiran á perderla, persuadidos de unos hombres mal intencionados, y lo declaro á V. S. que son los ingleses que están acá infundiendo á los dattos el no consentir á los españoles que estén en este reino, dando dádivas á los que puedan perturbarlos. Suplico á V. S. que el capitán D. Ignacio Saavedra vuelva otra vez con el mismo mi primo para todo el día de mañana, para ver en qué paran las cosas, y que yo escribiré todo, á fin de que V. S. quede inteligenciado.—Dios nuestro Señor guarde á V. S. muchos años.—Reino de Joló, Enero 8 de 1774.—B. L. M. de V. S. su afectísimo amigo, el sultán Muhamad Israel.—(Sello.)—Señor teniente coronel D. Juan Cencelly.„

raciones, miramientos y conveniencias, prevalido de su poder y apoyado en las tropas que mandaba, cuyos vicios consentía por tenerlas de su parte, y merced también á la prudencia del gobernador de Zamboanga, que quiso evitar el tristísimo espectáculo de un combate entre soldados hermanos. Español mandó inmediatamente á Joló á D. Ignacio Saavedra y á Don Alonso de Castilla (8 de Febrero), con encargo de dar satisfacción al sultán por lo ocurrido. Estos oficiales fueron muy agasajados por los dattos amigos, pero no lograron calmar la efervescencia de los joloanos, estando los ánimos excitados contra los españoles con motivo de la torpe conducta de Cencelly, hábilmente explotada por los ingleses, á pesar de las afectuosas cartas de Español. El insensato Cencelly procuró sublevar á los soldados contra Español, pero no pudo conseguir su menguado intento.

En una ocasión en que los presidiarios y aun los soldados se habían insubordinado, pidió Español á Cencelly el auxilio de las tropas de su mando, conforme correspondía; pero este indigno jefe le contestó *de oficio*, diciéndole que el único auxilio que le podía dar era el de una moza de tres que tenía de diferentes colores (1).

(1) Las consideraciones del autor anónimo, cuyo manuscrito ha corregido y publicado el erudito Sr. Barrantes en su obra *Guerras piráticas de Filipinas*, relativas al mal comportamiento de Cencelly, se ajustan á la verdad de los hechos, según hemos tenido ocasión de comprobar por los documentos originales que existen en el archivo de Alcalá.

CAPÍTULO XXII.

La severidad de los ingleses con los dattos joloanos atrae sobre aquéllos grande enemistad.—Impone el gobernador de Balambangan un castigo al datto Teteng, y jura vengarse.—Concierta con sus parientes y amigos sorprender la colonia inglesa.—Consigue su intento.—Son muertos la mayoría de los ingleses, y se apodera Teteng de un gran botín. —Los joloanos, temerosos de la venganza de Inglaterra, desaprueban lo hecho por aquel datto.—En vista del completo triunfo de Teteng y de su liberalidad en compartir con el sultán y sus consejeros el botín, celebran alegremente su victoria.—Procura Teteng vender en Zamboanga varios efectos, envía un regalo al gobernador y ello sirve de pretexto á Cencelly para sostener nuevas polémicas con Español. —Las representaciones de uno y otro al gobernador de las islas, le deciden á relevar al gobernador de Zamboanga.—Cencelly provoca también á Bayot, sucesor de aquél, regresando al cabo á Manila por haber ascendido á coronel.—Envían los ingleses un buque á Joló á reclamar los efectos abandonados en Balambangan, pero se retira sin conseguir su objeto.—Los sultanes de Molucas entablan relaciones de amistad con Bayot.—Intenta Teteng sorprender á Zamboanga, mas al verse descubierto disimula su proyecto.—Marcha sobre Cebú y comete en la isla grandes desmanes.

La dureza y descortesía con que los ingleses trataban en Balambangan á los dattos, y el hecho de haber metido de cabeza en un cepo al revoltoso Teteng, concitaron las iras de los joloanos contra tan despóticos señores. Teteng juró vengarse, y fraguó secretamente, con prudencia y sagacidad, un complot para sorprenderlos y asesinarlos. Auxiliado por el datto Dacula, primo suyo; por el datto Tumango Isaac, y por otros parientes, amigos y servidores, cuyo número no bajaba

de 300, cayeron cautelosamente sobre la fortaleza en la noche del 5 de Marzo de 1775, atacándola con furia y poniéndola fuego. Los ingleses estaban desprevenidos, y á excepción del gobernador y cinco individuos que pudieron embarcarse en un bote y ganar un bergantín, los restantes pagaron el descuido con la vida (1). El gobernador de la colonia, aterrado, mandó largar velas y pudo escaparse, dejando en poder de los moros cuantiosas municiones, barcos, utensilios, dinero, armas y pertrechos de todo género, y una barca, un bergantín, dos pontines, 45 cañones, 250 fusiles, 200 quintales de pólvora, 22.000 balas, 35 pistolas, hierro, clavazón, plomo, estaño, oro en barras y 24.000 pesos en plata.

Al saberse este suceso en Joló (9 de Marzo), el consejo de los dattos desaprobó lo hecho por Teteng y lo declaró indigno de sus títulos, temiendo la venganza de los ingleses; pero pasado el terror de los primeros días, y en vista del cuantioso botín recogido por Teteng, quien lo compartió generosamente con el sultán y los dattos, el temor y la enemistad se tornó en plácemes y agasajos, celebrando gozosos, con fiestas públicas y báquicas orgías, la expulsión de aquellos molestos vecinos.

El factor inglés Coll y algunos compatriotas suyos se fugaron de Joló en un champán chino, mas el segundo factor que quedó en la isla murió de miedo al verse solo y saber lo de Balambangan.

El sultán, en carta escrita al gobernador de Zamboanga, de acuerdo con el consejo de los dattos, de-

(1) En un principio eran 400 los que ocupaban á Balambangan, entre ingleses y cipayos; pero el clima los redujo á 75 soldados de infantería y 25 de artillería, un gobernador, un sargento mayor, un comandante del fuerte y varios oficiales y subalternos.

mandaba la protección de España para en el caso de que los ingleses atacasen á Joló en venganza de lo acaecido en Balambangan, invocando el tratado de 1737, que precisamente excluía á las naciones europeas de la alianza ofensiva y defensiva por él estipulada, como Español lo hizo saber al consejo joloano.

Teteng escribió al gobernador de Zamboanga noticiándole su hazaña, pero no la atribuía á venganza personal, sino á que los ingleses se mofaban del sultán, llamándole, en presencia suya y de otros dattos, *raíz de camote*.

Solicitaba de paso que le permitiera expender en Zamboanga su botín, y para predisponerlo en favor suyo, enviaba como regalo una pieza de paño azul y otra de grana para uniformes.

Cencelly, que no había cesado de provocar á Español por mil diversos medios, tomó pretexto de este regalo para sostener con él nuevos altercados; y tales y tantas fueron las quejas elevadas á Manila por uno y otro, que el gobernador general relevó á Español del mando que desempeñaba, aunque fundando la medida en que había cumplido el tiempo reglamentario (1). Le sustituyó el teniente coronel D. Juan Bayot (6 de Junio de 1775), quien también tuvo que sufrir las rivalidades de Cencelly, hasta que llegó orden de que fuese éste á Manila á tomar posesión de su ascenso á coronel del regimiento del Rey, ascenso inmerecido, puesto que debió sometérsele á un proceso que pusiera en claro su conducta; lenidad que no se explica, toda vez que con

(1) El 20 de Abril de 1765 da cuenta Cencelly al gobernador de las islas de lo ocurrido en Balambangan, y pide le encargue de dirigir una expedición contra Joló, procurando en su escrito, como siempre, hacer el mayor daño posible á Español.

su torpe proceder creó en Joló el más violento estado de cosas contra la causa de España, frustrando los proyectos relativos á Balambangan.

Es posible que influyera en ello el que los joloanos habían resuelto por sí mismos la cuestión principal arrojando de allí á los ingleses. Éstos mandaron, á principios de Julio, un buque á reclamar los efectos que abandonaran en Balambangan, y á que se les posesionase nuevamente de la isla; pero al cabo de cinco días de inútiles gestiones, dejó dicho buque las aguas de Joló sin conseguir nada.

Con la marcha de Cencelly á Manila pudo el gobernador de Zamboanga dedicarse á asuntos de su cometido, consiguiendo restablecer la buena armonía con los pueblos vecinos.

El sultán de Molucas y de la isla de Bachanan, Sajudin, solicitó su amistad por mediación del hijo del sultán de Ternate, Jaddic, cuyo enviado pactó con Bayot relaciones comerciales, obsequiándole con dos *picos* de nuez moscada, dos macetas de la misma especie y de clavo y un precioso loro.

También los mindanaos mandaron un emisario á cumplimentar á Bayot, ofreciendo el príncipe Quibad perseguir á los piratas ilanos y á los joloanos, por ser quienes los protegían.

El buen éxito de la sorpresa de Balambangan sugirió á Teteng la idea de probar igual fortuna con respecto á Zamboanga, á cuya plaza fué con 4 pancos y 30 vintas, tripuladas por 440 hombres. Las precauciones adoptadas por el gobernador del presidio, de antemano avisado, frustró la empresa, pretextando después Teteng que su intención era hacer operaciones mercantiles. A su salida de Zamboanga puso el rumbo hacia

Cebú, en cuya isla cometió horribles atropellos, regresando á poco con los frutos de su pillaje, sin que el consejo de los dattos atendiese las reclamaciones del gobernador de Zamboanga ni reprimiera jamás idénticos actos de vandalismo, que se repitieron bastante, por desgracia, durante los últimos años de la segunda época en que el insigne Anda ejerció el mando superior de Filipinas.

Este eminente patricio, en carta de 30 de Noviembre de 1773, había expuesto al Rey la falta de recursos para construir galeotas; y como consecuencia de ella, por Real orden de 27 de Enero de 1776, dictada á propuesta del Consejo de Indias, se enviaron á Filipinas 50.000 pesos, aprobándose las *Ordenanzas de corso*.

CAPÍTULO XXIII.

Depredaciones de los moros durante el gobierno del sucesor de Anda. —Hace construir una escuadrilla de vintas para perseguirlos.—Los partidarios de Ali-Mudin II, hijo de Bantilan, envenenan á Israel y aquél ocupa el trono.—En el acto renueva la guerra contra España. —El nuevo gobernador de Filipinas, Basco y Vargas, declara el corso contra los piratas, hace reparar los fuertes de Visayas y Mindanao y establece cuatro divisiones de vintas.—El capitán Gómez desaloja á los piratas de Mamburao.—Renace el comercio entre Visayas y Luzón.—El sultán de Joló solicita paces.—Brillante campaña de Gómez contra los moros en Burias y otros puntos.—El corregidor de Misamis obtiene también sobre ellos notables ventajas.—Suceso erótico de un datto moro.—Creación de la medalla *premio al valor*.—Conquista Basco las islas Batanes, y mientras tanto cometen los moros grandes incursiones en las Visayas.—Desmanes de los piratas durante el gobierno del brigadier Marquina.—Crueldad de los moros en Ajui y Barotac.—Muere Ali-Mudin II y le sucede Sarpudin.—Su falacia.—En su época aumenta el comercio entre Joló y Manila.

A la muerte del ilustre Anda y Salazar, acaecida el 30 de Octubre de 1776, se encargó del gobierno de Filipinas el teniente de rey D. Pedro Sarrio. Los moros infestaban más que nunca nuestras costas. Tratóse de tomar alguna providencia contra ellos, previo un expediente que fué al fiscal; éste pidió se comunicase á los oficiales contadores; de aquí pasó al asesor, y mientras transcurría el tiempo en idas y venidas, los moros asolaban el país impunemente. Al fin, con los 50.000 pesos mandados librar en virtud de la consulta de Anda, hizo Sarrio construir una escuadrilla de vintas, embar-

caciones que, por su ligereza y poquísimo calado, eran más á propósito para la persecución de los piratas que las pesadísimas galeras, debiendo además llevar pilotos de la Real armada para reconocer las costas, levantar planos de los puertos, señalar los bajos y escollos, sondar los mares, etc.

El sultán de Joló, Israel, fué envenenado por los partidarios del hijo de Bantilan, llamado, como su tío, Ali-Mudin. Este entró á gobernar á principios de 1778. Inmediatamente, y sin previa declaración de guerra ni hostilidad alguna por parte nuestra, emprendieron de nuevo los moros sus excursiones asoladoras á las provincias limítrofes de su territorio.

El gobernador propietario, D. José de Basco y Vargas (28 de Setiembre de 1778), declaró el corso contra los piratas; determinación que no dió grandes resultados, porque las embarcaciones de los mahometanos, como antes hemos dicho, nunca llevan efectos de valor, y pocos armadores quisieron utilizar las ventajas concedidas. Hizo reparar los fuertes de las provincias de Mindanao y de Visayas, renovando su artillería, y mandó construir en Cavite una galeota y seis vintas.

Formó después cuatro divisiones en Cebú, Iloilo, Zamboanga y Calamianes, puntos desde los cuales se podía acudir más prontamente á castigar las correrías de los piratas.

El 9 de Diciembre del citado año, fué el valeroso capitán de la marina sutil, D. José Gómez, á la punta de Mamburao, isla de Mindoro, á desalojar de allí á los piratas establecidos tiempo hacía en su fuerte.

Incendió sus pueblos y embarcaciones y taló las sementeras.

Contenidos los piratas por las eficaces medidas del

gobernador general, comenzó á tomar bríos el comercio, y sólo de Samar, cuyo tráfico con Manila estaba paralizado por más de diez años, fueron á la capital 43 caracoas en el de 1779.

El sultán de Joló se humilló á pedir paces á Basco en 1781 por medio de una humilde carta, y á la par devolvía una balandra apresada cerca de Antique por un valeroso datto, declarándola espontáneamente mala presa, hecho inusitado entre los piratas.

En 1782 el capitán Gómez hizo una valiente campaña en las aguas de Burias, apresando y destruyendo bastantes embarcaciones piratas.

Se impuso de tal modo á los moros por su extraordinario valor, que huían despavoridos al oir su nombre.

El corregidor de Misamis, D. Jerónimo Sacristán, logró coger y echar á pique 150 embarcaciones, libertando muchos cautivos y haciendo prisioneros á dos caciques moros. También los alcaldes mayores de Samar, Iloilo y Albay, les infirieron el mayor daño posible.

Como suceso curioso, consignaremos que un titulado príncipe moro, el datto Ilim, á poco de establecido en Iloilo, pasó á Manila en seguimiento de una *principala* del pueblo de Ajui, de quien estaba enamorado. Para poder casarse con ella, abjuró sus creencias, recibiendo al bautizarle el nombre de José Mariano del Carmen. Efectuado el enlace que tanto ambicionaba, prestó tan buenos servicios en persecución de los piratas, que fué agraciado con el empleo de capitán de marina, siendo fiel á la causa de España hasta su muerte.

Basco instituyó una medalla de *premio al valor*, condecorando con ella primeramente al alcalde de Albay, D. Pedro Esteban, por sus triunfos contra los moros.

La adquisición de las islas Batanes, hecho de armas que valió á Basco el título de marqués de la Conquista, distrajo algún tanto las fuerzas destinadas á la persecución de los piratas. Éstos cautivaron á muchos infelices indios en las costas de Calamianes, Iloilo é isla de Negros. Solamente de los pueblos de Jimamaylan y Binalbagan extrajeron 130 cautivos, reduciendo á cenizas ambos pueblos (1785). Dicha armadilla, unida á otras, que en total sumaban 95 velas, después de piratear por las costas de Zamboanga, quemó en Calamianes el pueblo de Dumaran. Hasta en las aguas de Bulacán cautivaron los atrevidos piratas un parao, procedente de Abucay.

Al regreso de Basco á España, quedó de nuevo al frente del gobierno D. Pedro Sarrio. Hizo formar un estado de lo que costaba en Mindanao y Visayas el sostenimiento de los fuertes, embarcaciones y sus tripulantes, resultando que se invertían en tales atenciones 101.300 pesos al año.

Durante el gobierno del brigadier D. Félix de Marquina (1788 á 1793), los moros cometieron grandísimos desmanes, permaneciendo nuestra marina casi á la defensiva.

En 1789 escribió al Rey el gobernador, diciendo que la guerra constante de los malayo-mahometanos «era un mal sin remedio.»

Mientras que en la capital de las islas se tramitaba un interminable expediente incoado por el gobernador de Iloilo, D. Juan Suárez, para las atenciones de personal y material de las vintas, los moros corrían á sangre y fuego las provincias.

En Ajui y Barotac cautivaron á más de 400 personas, con la crueldad de arrojar al agua á los niños de

pecho. El alcalde D. Francisco Bayot, expuso al gobierno, con toda energía, la necesidad de reparar la armadilla, y al efecto, acompañó un reglamento para que los gastos precisos corrieran de cuenta de la Hacienda, siendo aprobado en junta de autoridades de 20 de Setiembre de 1790.

Mahomet Sarpudin, elegido sultán á la muerte de Ali-Mudin II, fué tan artero y falaz como todos sus antecesores, pues protestando de su buena fe públicamente, disponía en secreto diversas expediciones de piratas ilanos contra los buques mercantes, algunos de los cuales apresaron sus mismos servidoros (1792). El 1.° de Enero de 1793 saquearon y quemaron los moros un pueblo de Leyte, cautivando 120 personas.

A pesar de la mala fe de los moros, en lo que respecta á sus piraterías é incumplimiento de sus tratados, hubo mutuo comercio entre Joló y Manila durante el mando del expresado brigadier Marquina (1).

(1) Los pasaportes que el sultán de Joló expedía á sus súbditos que pasaban á comerciar á las provincias sujetas al dominio de España, estaban redactados en la forma siguiente:

"Yo soy el sultán Majumat Sarpudin, hijo y nieto de innumerables sultanes de Joló y sus posesiones obedientes.

„Concedo mi favorable licencia á..... para que pueda transportarse á Manila á efectos de comerciar, y ruego á mi muy caro el gobernador de Filipinas y cuantos oficiales encontraren por mar y por tierra, abran el camino á la embarcación, que así es mi deseo; en prueba de lo cual pongo este sello.„

CAPÍTULO XXIV.

Gobierno de Aguilar.—Expedición de Casamara.—Reune Aguilar en junta á las autoridades, examinan antecedentes y acuerdan varias medidas para hacer la guerra á los moros.—Expedición de Gómez á Mindoro.—Correrías de los ilanos.—Atacan los joloanos á la fragata del comercio *Constante*, á su regreso de Joló.—Diversas expediciones contra los piratas.—El temor de que los ingleses atacaran á Manila, impide llevar la guerra á Joló.—Proyecta Aguilar contener á los moros con negociaciones diplomáticas.—Entáblanse mutuas relaciones comerciales.—Cruel alevosía que cometen con el teniente Arcillas.—
—Expediciones de Elgóibar y de Gómez.—Fondea en Manila una poderosa escuadra española.—Se desperdicia la ocasión de utilizarla contra los moros.—Nuevas depredaciones de éstos en diversos puntos.—Paces con el sultán de Borneo.—Los ingleses ocupan por segunda vez á Balambangan.—Combate una fragata inglesa á otra francesa al servicio del gobierno.—Valor del cura Narváez.—Los ingleses son rechazados de las costas de Zamboanga.—Paces con el sultán de Joló.—Abandonan los ingleses á Balambangan.

El 1.° de Setiembre de 1793 se hizo cargo del gobierno supremo de Filipinas el brigadier de ejército Don Rafael María de Aguilar.

Era hombre de iniciativa y de valor, y quiso, desde los primeros momentos, poner coto á las demasías de los piratas; pero las noticias de que los ingleses iban á invadir nuevamente á las islas, le impidieron realizar por el pronto sus proyectos.

Sabedores los ingleses de que Manila estaba perfectamente preparada para resistirles, no se determinaron á aproximarse á su bahía y creyeron mejor aliarse con los joloanos, incitándoles á invadir las Visayas.

A consecuencia de haberse recibido aviso del alcalde mayor de Tayabas de que 80 pancos de moros estaban frente al sitio de Sabongcogon, jurisdicción de Munalay, salió el 19 de Diciembre de 1793 una armadilla compuesta de dos galeotas, seis lanchas cañoneras, seis vintas y tres pancos, á las órdenes del capitán del regimiento del Rey, D. Juan Casamara.

Fué poco acertada esta expedición, porque siempre llegó tarde á los lugares visitados por los piratas. Después de recorrer algunas islas con varios contratiempos, por efecto de la pesadez de unos buques, el mal estado de otros y de las disidencias entre los oficiales, regresó á Manila á fines de Abril, sin más fruto que la libertad de unos cuantos cautivos y el recoger insignificantes restos de la estancia de los moros en la provincia.

El gobernador de Filipinas, en su deseo de acabar con los crueles piratas mahometanos, reunió en junta á las autoridades del país y personas conocedoras de las islas del Sur de Filipinas.

Del examen de multitud de documentos al efecto recopilados, justificáronse plenamente las pérdidas que en vidas y haciendas experimentaban las provincias más próximas á sus islas.

Según datos oficiales, cautivaban los moros al año sobre 500 personas, destinándolas á penosísimos trabajos. Los ancianos, como de menos utilidad, eran vendidos á los habitantes de Sandakan, quienes los sacrificaban á los manes de sus parientes difuntos ó de personajes importantes, conservando el cráneo de las víctimas en demostración de que habían cumplido tan bárbara costumbre.

Uno de los vocales, el capitán de la marina sutil Don

José Gómez, tan sumamente práctico en cuanto concernía al asunto, fundándose en que la autoridad del sultán sobre los dattos es más bien nominal que efectiva, aseguró que sólo por la fuerza podía hacérseles entrar en razón.

De los documentos examinados aparecía también que desde el establecimiento de las vintas, en 1778, hasta fin de 1793, iban gastados en sueldos, buques, expediciones, etc., 1.519.209 pesos fuertes, aparte de pérdidas de otra índole verdaderamente incalculables; datos que demuestran el costo extraordinario de la incesante guerra contra los moros desde el comienzo de la dominación española en Filipinas.

En virtud de lo expuesto, acordó la junta en su última sesión, celebrada el 22 de Diciembre de 1794, que fuese permanente el corso contra los piratas; que se formaran seis divisiones, cada una de á seis lanchas cañoneras y un panco, tripuladas convenientemente, y dotando de buenos sueldos á los que en ellas sirvieran, con opción á las presas que hiciesen y á honrosas distinciones, debiendo suprimirse las demás embarcaciones, que tan caras é inútiles habían resultado. Se quitó á los alcaldes mayores toda atribución en materia de corso, para evitar el abuso de que utilizasen en provecho propio y en sus negocios comerciales á los buques del Estado, y se mandó reparar todos los fuertes de las Visayas, Mindoro, Tayabas, Batangas y Zamboanga.

El capitán de navío, comandante del arsenal de Cavite y teniente de rey de Manila, D. Francisco Muñoz y San Clemente, propuso que en cada división de las que se establecieran para perseguir á los piratas, fuese un piloto de la armada Real con el especial cometido de

reconocer, estudiar y levantar planos de los puertos, de su situación y abrigo, sus longitudes y latitudes, principales cabos y puntas, bajos y escollos, canales y sondas, mareas y corrientes, variaciones de la aguja, etc., cuya beneficiosa idea no fué aceptada.

Mientras se construían las lanchas, entabló Aguilar negociaciones de paz con la idea de conseguir, por medios amistosos, que los moros reprimieran sus excesos; pero éstos, dando buenas palabras, proseguían sus excursiones á las provincias, arrasando pueblos y cautivando gente.

El sultán de Joló, en su correspondencia, suplicaba que las fechas se regulasen por la Era cristiana y no por la Hegira, porque entendía mejor la primera.

El infatigable Gómez salió para Mindoro (1794), y á pesar de su edad avanzada era el primero en arrostrar los peligros. En las inmediaciones del río Maasin cautivó tres moros, huyendo los demás, cogiéndoles tres lantacas, cinco arcabuces, una escopeta, siete lanzas, dos sables, muchos batintines y banderas, y redujo á cenizas las casas que en aquellos parajes tenían.

Pasó á Burias y á Masbate, y dió alcance á cinco pancos moros; pero éstos se entraron por un río, cuyos campos comarcanos estaban cubiertos de espeso cogonal. Penetró por uno de sus brazos, y en lo más escondido del terreno halló una ranchería á medio incendiar y restos de embarcaciones recién destrozadas. De improviso parten varias flechas de entre la espesura, matándole á un soldado. Un marinero quedó herido, y no viendo los agresores, dispuso el reembarco.

En Julio llegó á Manila, sin otro resultado de su campaña.

Dos días antes de su regreso á la capital, habían

apresado tres pancos moros á una embarcación de Batangas, en la punta Santiago, y á un parao de Abucay, cerca de Tambobo.

A los pocos meses volvió á hacerse á la mar una armadilla compuesta de dos galeotas, seis vintas, tres pancos y cuatro lanchas cañoneras; parte de estos buques fueron á las costas de Luzón, Burias, Masbate, isla de Negros é Iloilo, y el resto á las de Mindoro, cuyo mando superior se confió al veterano Gómez.

Los joloanos estaban por esta época algo más sosegados, y se dedicaban al comercio con los traficantes de Manila; pero en cambio los ilanos, habitantes de la ensenada de Tubug, en la isla de Mindanao, y los naturales de Tampassook, frente O. de Borneo, hacían excursiones constantes, no sólo á las Visayas y otras islas de nuestro Archipiélago, sino también á las costas de Banca y Malaca, causando por donde quiera daños sin cuento. Los primeros iban mandados por los dattos Camsa y Anti. En Joló, Borneo, Macasar y Batavia, vendían á los esclavos.

El portugués D. Juan Carvallo, dueño de la fragata *Constante*, pasó desde Manila, donde estaba establecido, á comerciar con los joloanos, en Abril de 1794.

Allí fué testigo del descaro con que salían al pirateo los dattos más íntimamente ligados en parentesco con el sultán. De regreso á Manila, obligado por la fuerza de las mareas contrarias, tuvo que arribar á la isla de Pan de Azúcar, próxima á Iloilo. Cuando más desprevenida estaba su gente, salieron de una silanga inmediata ocho pancos moros, haciendo nutrido fuego á la fragata, con ánimo de abordarla. Estos moros eran los mismos que habían estado comerciando en Joló con Carvallo. La fragata se defendió bizarramente, y en la

refriega murió el datto Tabuddin, hermano del datto Camsa, yerno del sultán.

Esto prueba la mala fe de aquellos moros. Los piratas, algún tiempo después, asolaron la visita de Sirona (Camarines), y la misión de Himoragat, cautivando á muchos indígenas de Daet.

Antes de llegar á Manila la noticia de lo ocurrido á la *Constante*, salió una expedición al mando de D. Andrés González, con tres vintas, dos lanchas, dos pancos y un bote, recorriendo estas fuerzas las costas de Mindoro, Marinduque, Tayabas, Isla Verde, Maricaban y Punta Santiago.

Luego que se supo el asalto de la *Constante*, salió otra expedición al mando de D. José Gómez, con dos galeotas, tres lanchas, una vinta, un panco, un bote y una vintilla. En la lancha *San Francisco de Sales*, convoyada por otras dos lanchas, dos vintas y dos pancos, embarcó el piloto de la armada D. Jerónimo Delgado, con el encargo de levantar los planos de las provincias de Tayabas, Batangas y Mindoro.

En dos ocasiones más fué Carvallo á comerciar á Joló, llevando eficaces recomendaciones de Aguilar, de cuyo nombre abusó con exceso por cobrar sus créditos, dando esto origen á quejas y recriminaciones por parte del sultán, víctima de la conducta poco prudente de Carvallo.

La llegada á Manila, en Agosto de 1795, de las fragatas de la marina real la *Cabeza* y la *Lucía*, al mando de D. Ventura Barcáiztegui, llevando la noticia de que los ingleses, en guerra nuevamente con España, proyectaban la ocupación de las islas, hizo que se desistiera de llevar la guerra al archipiélago de Joló, fijando la atención de las autoridades en disponer lo necesario

para rechazar á ese otro enemigo no menos terrible.

Creyó Aguilar lo más conveniente recurrir á la diplomacia, y nombró para la negociación al teniente coronel del regimiento del Rey, D. Raimundo Español, confiándole además el gobierno de Zamboanga, que ya antes había desempeñado (1795). Aspiraba el gobernador general á que el primogénito del sultán de Joló, llamado Ali-Mudin, se coronase en Zamboanga, por el temor de que le arrebatase el poder el datto Maragaguinda, tío suyo, enemigo acérrimo de los españoles.

A principios de 1796 se dispuso otra armadilla con siete lanchas cañoneras y tres falúas, al mando de Gómez; pero éste no llegó á salir, y se hizo cargo de la expedición D. Andrés González.

Después se recibieron cartas muy pacíficas de los sultanes de Joló, Mindanao y Borneo, cuyos buques frecuentaban mucho los puertos filipinos en asuntos de comercio, atendiéndoles admirablemente el señor Aguilar.

Es digno de observar que al tratarse del canje de uno de los prisioneros hechos por los moros, á cambio de cuatro joloanos, dijeron que ellos no daban un vivo por cuatro muertos, pues tales consideran á los que se dejan prender.

Un hecho de inaudita alevosía, cometido por los malayo-mahometanos, pondrá una vez más de relieve su salvajismo y carencia de honor. Habíase internado en tierra de aquellos el ganado perteneciente á la guarnición de Zamboanga, y el gobernador de la plaza dispuso que el teniente de marina D. Pantaleón Arcillas fuera á recogerlo, seguido de un sargento, ocho soldados y un guía, habiendo obtenido previamente un salvoconducto del sultán y el auxilio de seis moros dependientes

del datto de Coroan, á cuya jurisdicción pertenecía la dehesa (Setiembre de 1796). Detuviéronse á comer en la casa de un orancaya de Tangaban, y cuando más descuidados estaban se echaron sobre ellos 60 moros, los desarmaron y condujeron ante el datto del pueblo de Sibuguey. Durante tres días les infirieron horribles tormentos, puestos de cabeza en un cepo al sol, en sitio lleno de hormigas enormes. Ultimamente ataron á Arcillas al tronco de un árbol; lo fueron desollando poco á poco, y al cabo de dos horas de tan cruel martirio fué muerto á cuchilladas, poniendo el pellejo de este infeliz en el asta de una bandera como trofeo de tan cobarde asesinato. A los demás acompañantes los conservaron esclavos. Semejante acto de bárbara crueldad no obtuvo la debida reparación y castigo, pues si bien salieron contra los malvados de Coroan algunas fuerzas y les echaron á pique siete embarcaciones, no cayó sobre los cobardes asesinos el peso de la justicia, como sobradamente merecían, y su crimen quedó impune.

En 1797 atacaron los moros varios pueblos de la provincia de Caraga. En su persecución salió D. Juan Manuel de Elgóibar, de orden del alcalde mayor de la provincia. Los moros se habían guarecido en la isla de Jiboson. Encaminóse allá y los batió, cogiéndoles tres pancos grandes llenos de efectos, fruto de sus piraterías, y 24 cautivos que llevaban. También el valeroso Don José Gómez, por su parte, no se daba un instante de sosiego persiguiendo incesantemente á los piratas.

En dicho año llegó á Manila la escuadra más poderosa que había visitado aquel puerto. La mandaba el ilustre general D. Ignacio María de Alava. Reuníanse entonces en Filipinas tres navíos de 74: el *San Pedro*, el *Montañés* y el *Europa;* cinco fragatas de guerra: la

Cabeza, la *María*, la *Lucía*, la *Fama* y la *Pilar*; 33 lanchas cañoneras, 18 obuseras para obuses de seis pulgadas, 10 para obuses de tres y cuatro, y 6 bombarderos para morteros de aplaca, sin contar otras muchas falúas y embarcaciones de los arsenales de Cavite y la Barraca.

Excelente ocasión fué aquélla para conquistar definitivamente los sultanatos de Mindanao, Joló y Borneo, destruyendo para siempre esos focos de piratería; pero no se hizo por el temor de que los ingleses aparecieran sobre la capital ó por consideraciones de otra índole, regresando la escuadra á España el 6 de Enero de 1803, sin que la estancia en el país de esos buques fuera beneficiosa, habiéndolo podido ser en tanto grado.

Alava sostuvo grandes polémicas con Aguilar acerca de los abusos que se cometían en los arsenales de Cavite y la Barraca (1).

En 1798, unos 500 moros á bordo de 25 pancos, donde iban 800 esclavos como remeros, invadieron los pueblos de Baler, Casiguran y Palanan, situados en los montes Caraballos, los cuales constituían las antiguas misiones de Ituy, entonces de la jurisdicción de Tayabas. Iglesias, casas y árboles fueron reducidos á cenizas. Cautivaron 450 personas, entre ellas á los párrocos de los tres pueblos; presa codiciada, porque les aseguraba un buen rescate.

El cura de Casiguran fué vendido por 2.500 pesos en Binangonan. Estos piratas hacía cuatro años que estaban establecidos en Burias, desde donde hostilizaban

(1) El 4 de Julio de 1806 participaba Aguilar al Rey que tenía acordado con el general Alava obrar formalmente contra los moros, pero que no pudo efectuarlo por los apremios de la guerra.

constantemente á los pueblos vecinos, sufriendo infinitamente los de Bondo, Abac, Taragua, Calolbong, Catanduanes, Capalonga, Mambulao, Capiz, Sibuyan, Baler, Casiguran, Palanan y Santor.

El capitán de fragata D. Salvador Meléndez salió contra ellos el 25 de Julio, yendo á Basilan, donde logró hacerles bastante daño.

El datto Mamananga, hermano del sultán de Joló, y su sobrino Mantol, se apoderaron por sorpresa en el mismo año de la goleta mercante *San José*, fondeada en Tawi-Tawi, sacrificando inhumanamente á parte de su tripulación, atraída bajo la fe que les inspiraba la categoría de aquellos dattos.

Habiéndose remitido en consulta al inteligente marino Sr. Barcáiztegui el expediente general de la piratería, donde se habían acumulado infinidad de antecedentes, redactó un informe á bordo de su fragata el 1.º de Enero de 1799, aconsejando que la persecución contra los piratas se hiciese por las fuerzas locales de las provincias, dirigidas y auxiliadas por el gobierno. Con este informe y el del asesor general se formó una instrucción, que fué remitida á los alcaldes mayores de las provincias, con orden de que enviasen copia á cada uno de los pueblos de su jurisdicción (1).

(1) "Por ella los gobernadorcillos quedaban con sus personas y bienes responsables de los cañones, fusiles y efectos de la guarnición del pueblo, que se debían entregar unos á otros con inventario autorizado por el párroco. Cada cuatro meses se había de hacer un reconocimiento firmado del gobernadorcillo y testigos acompañados, así del estado de los efectos y municiones como de lo que se hubiese consumido en cualquier función de guerra, todo certificado por el fraile, á quien se rogaba y encargaba tuviese á bien remitirlo directamente al gobierno, pues como única persona de celo y carácter se le fiaba esta diligencia tan interesante al bien común de las islas. ¡Qué ofensa para los alcaldes! pero

En 1800 escribió Aguilar á Panguiran Bandajar, sultán de Borneo, brindándole con paz y amistad, á fin de establecer relaciones comerciales. Éste le contestó muy afectuosamente, aceptando su proposición, de cuya carta fué portador su escribano Aliacban y su capitán

castigo digno de su mala conducta, que el Sr. Barcáiztegui en su informe había pintado tal como era.

„Con menos prudencia se advertía asimismo que si algún arma, cañón ó municiones se extraía de su depósito, aunque fuese por el alcalde mayor ó por su orden, sería despojado el gobernadorcillo de su vara, privado por cuatro años de tener ninguna de justicia y multado en 50 pesos, ó en caso de insolvencia remitido á la capital á los trabajos de las calles por seis meses; si bien se preveía la debilidad ingénita de estos pobres funcionarios y el abuso de aquéllos, disponiendo que si á pesar de su resistencia lo extrajese el alcalde mayor, diera cuenta al gobierno inmediatamente, único modo de libertarse.

„A cada alcalde mayor que extrajese del pueblo cañones ó armas de su dotación bajo cualquier pretexto, se le multaba por cada cañón en 300 pesos, por cada fusil en 100 y por cada bala y libra de pólvora en 50, y si fuese para servicio propio ó de su comercio, doble. Y como también solían y aun suelen, á pesar de todo, echar los alcaldes mano de los soldados de su provincia para guarnecer sus embarcaciones ó labrar sus campos, se les imponía otra multa de 50 pesos por cada soldado.

„Los pueblos, entre tanto, habían celebrado sus juntas para tratar sobre esta eterna materia del corso, en cumplimiento de orden superior, y acordaron los de la cabecera de Albay construir á su costa una lancha tripulada con 30 hombres, los cuales sirviesen en la guerra libres de tributo y de polos y racionados mientras estuviesen á bordo. Los de Palanas acordaron construir un panco tripulado por 29 hombres; los de Biras, otro con 25; los de Bato, en la isla de Catanduanes, un parao con 25 hombres; los de Caramoran, otro parao con 20; los de Payo, otro parao con 24 hombres; los de Tambogon, otro parao con 20 hombres; los de Biga, otro parao con 30; los de Pandan, un parao con 20; los de Bagamanoc, otro con otros 20; los de Tabgon, por su suma pobreza y cortedad de vecindario, no pudieron ofrecer ninguna embarcación; los de Caramoan, tampoco; los de Lagonoy, ofrecieron una vinta con 40 bogas fuera de los oficiales; los de Tavi, otra vinta con 15 hom-

Panguilinan Aer, yendo con dos pancos cargados de efectos.

El 15 de Julio de este año falleció el incansable perseguidor de los piratas D. José Gómez, cuya muerte fué un fausto acontecimiento para los piratas, que tanto daño habían recibido de él.

bres; los de Malanao, á pesar de su situación local distante de la mar como 150 brazas, defendidos por varios fuertecillos, ofrecieron tripular una vinta con 40 hombres; los de Bagacay, una vinta con 30 y un panquillo de convoy tripulado con 20; los de Libog, un parao con 20 hombres; los de Bulusan, dos lanchas tripuladas por 30 hombres cada una, sin contar los oficiales; los de Gubat, ofrecieron también dos lanchas de media cubierta, tripulada cada una por 30 hombres; los de Casiguran ofrecieron dos pancos, y D. Agustín Campuzano, vecino del mismo pueblo, una lancha, todos tres buques tripulados por 90 hombres; los de Juban acordaron construir un panco y una vinta, con 40 hombres de tripulación el primero y la segunda con 25; los de Bacon, una vinta con 35 hombres; los de Sorsogon, que tenían una vintilla y falúa bien armadas y tripuladas, las tuvieron por bastantes para defenderse; los de Guipia otorgaron construir un panco y tripularlo con 25 hombres; los de Donzol, una vinta con 30; los de San Jacinto, una vinta con 35 hombres; los de Molo, en la isla de Masbate, una vinta tripulada con 20 hombres, y los de Buseno otorgaron tripular un casco con 24.

„Para armar estas embarcaciones y guarnecer algunos castillejos solicitaban cinco cañones de bronce de á 8, dos de á 6, cuarenta y seis de á 4, sesenta y ocho de á 2, cincuenta de á 1, diez y nueve de medio y 357 fusiles. La regulación que hicieron los oficiales reales de lo que podría costar todo este armamento, ascendió á 20.699 pesos, y dijeron en su informe que las armas blancas y de fuego, especialmente los fusiles, se inutilizaban en provincias por falta de un armero que las compusiese con facilidad; y así, en el caso de que aquellos pueblos fuesen socorridos con el todo ó parte de las que pedían, era indispensable la creación de un maestro armero, que sería mayor el ahorro que de eso resultaría que el sueldo con que pudiera dotársele. Con la contribución de vintas establecida en 1782, aunque sólo la pagaban las provincias de Bulacan y la Pampanga, se creyó poder hacer frente á las circunstancias.„—(*Guerras piráticas de Filipinas.*)

Nuevamente ocuparon los ingleses á Balambangan en 1803, no sin hostilizar antes á la plaza de Zamboanga, de donde fueron rechazados con grandes pérdidas.

En aquel punto había tres buques de la Compañía de la India; uno del gobernador, con batería corrida y artillería de 12 hasta 18, y cinco buques particulares. Constaba la guarnición de 300 blancos, entre soldados, artilleros, etc.; 700 cipayos, con oficialidad europea; 200 chinos, y varias familias de malabares y malayos de Malaca. En tierra plantaron seis obuses de 36, 16 cañones de campaña de á 6 y 4, 16 cañones chicos de distinto calibre, y tenían considerable cantidad de municiones en un buque allí fondeado.

Poco después abandonaron la mayor parte de estas fuerzas á Balambangan para ir á Batavia.

En Abril de 1804 llegó á Manila el capitán de fragata D. Ramón Ortiz y Otáñez, con el cargo de comandante de la marina corsaria, saliendo algunas armadillas contra los moros.

Los buques ingleses recorrían constantemente nuestras costas. En 1804 una fragata inglesa de 44 dió caza á la francesa de 38, la *Simillant*, cuyo comandante, M. Motard, se había prestado á los deseos de Aguilar de ir á Acapulco á por millón y medio de pesos que adeudaban aquellas cajas, pues los buques españoles no podían hacerlo á causa de los cruceros ingleses. La *Simillant* se acogió al fuerte de San Jacinto. Su batería la defendió, y la fragata inglesa tuvo que retirarse muy maltratada. El cura del pueblo, D. José Narváez, fué quien dirigió el fuego, enviando á Manila, como trofeo, cien balas enemigas. En 1805 intentaron de nuevo los ingleses probar fortuna, desembarcando en varios pue-

blos de la costa próximos á Zamboanga, aunque sin éxito favorable.

El gobernador de la plaza, D. Francisco Bayot, ajustó paces, en 4 de Noviembre de 1805, con el sultán de Joló, Mahamad Aunanodin, las que fueron ratificadas por Aguilar (1).

Por este tratado se estipuló que el sultán no permitiría en sus dominios la residencia de ningún extranjero sin consentimiento del gobierno español, y que en caso de guerra el sultán cerraría sus puertas á los enemigos de España, á cuyo fin se le avisaría de cualquier rompimiento que hubiese con otra nación.

Los ingleses, después de incendiar el pueblo y la fortaleza, abandonaron á Balambangan el 15 de Diciembre de 1806, sin duda por lo insignificante de dicha isla (2).

Aguilar murió el 8 de Agosto de 1806. Sus trece años de gobierno los pasó en juntas, proyectos, planes, disputas y cabildeos, sin hacer nada positivo, no obstante el haber contado con suficientes medios, y el excepcional de la escuadra de Álava.

Las cuestiones con la marina y la amenaza de una invasión inglesa, contribuyeron, seguramente, á tan sensible resultado.

(1) El negociador de este tratado fué un cabo mejicano que, hallándose extinguiendo en Zamboanga una condena de cuatro años como desertor del regimiento del Rey, se pasó á Joló, en cuyo sultanato ejercía las funciones de secretario de Estado con los honores de datto de primera clase. Llamábase José Ponciano Enríquez. Es frecuente en las relaciones con Joló ver interviniendo en tan graves asuntos á sujetos de la más baja estofa.

(2) En 1811 ocuparon el bien situado puerto de Singapoore, hoy el más importante, por su tráfico, de aquel extremo de Oriente.

CAPÍTULO XXV.

Breves años de paz desde la muerte de Aguilar.—Proyectan los piratas apoderarse de Zamboanga, sin lograr su intento.—Trata el ex-gobernador inglés de Java ocupar á Joló y Mindanao.—Desiste ante la protesta del gobernador de Filipinas.—Depredaciones de los joloanos según M. Hunt.—Victorias sobre algunas armadillas piratas.—Estragos de los moros en Visayas y Calamianes.—Cautivan al provincial de recoletos.—La orden lo rescata por 10.000 pesos.—Feliz expedición del capitán Morgado contra los malayo-mahometanos.—Manifestación del general Martínez acerca de las incursiones piráticas.—Nuevas correrías de los moros y consiguientes expediciones.—Tratado de comercio con el sultán de Joló en 1836.—Creencia del ministro de Marina á propósito de este tratado.—Convenio con el régulo de Maluso.—Opinión del general Camba.—Ordena el general Alcalá elegir sitio para el establecimiento de un fuerte en Basilan.

Desde la muerte de Aguilar hubo algunos años de paz, sin que por eso dejaran de hacer los piratas pequeñas excursiones. Las fuerzas españolas, á su vez, permanecieron casi inactivas.

En 1813 trataron los piratas de Joló y de Basilan apoderarse de Zamboanga, pero se estrelló su audacia, como otras veces, ante la vigilancia y denuedo de este valeroso pueblo. Las escuadrillas moras, diseminadas por todas las islas vecinas, pudieron capturar á la lancha *Teresa* y al patache *Matilde*, que conducían caudales del Estado. También en las costas de Camarines apresaron varios buques mercantes.

Inglaterra se vió precisada en 1814 á devolver á Holanda la isla de Java, cuya usurpación cometiera tres

años antes. El ex-gobernador de la referida isla concibió el proyecto de ocupar á Joló y Mindanao, vendiendo al gobernador y comandante general de Zamboanga como fineza á España dicho plan, á cuyo fin le dirigió una intencional comunicación, pidiendo su cooperación para el logro de su propósito (1).

El gobernador de Filipinas, á quien el de Zamboanga trasladó el consabido escrito, contestó á Sir Raffies protestando de cuantas operaciones hubiera practicado ó en lo sucesivo practicase sobre las islas pertenecientes á España, bastando esto para que desistiera de toda tentativa en el sentido expuesto.

En 1815, las depredaciones cometidas por los moros durante seis meses que permaneció en Joló M. Hunt, según escrito publicado por éste, fueron:

Un bergantín español; 20 embarcaciones pequeñas

(1) "Excmo. Sr.: Los males que han cometido los piratas en el mar del E. en estos últimos años, han puesto al gobierno inglés en la necesidad de dar un castigo público al estado de Sambás, y denunciar venganza á todos los puertos que en adelante abriguen piratas. Los piratas de Mindanao se consideran muy formidables, y se han destinado dos fragatas de guerra para Mindanao y Joló, con el fin de hacer saber las intenciones de este gobierno. Para verificar el deseado objeto de extirpar la piratería, se ha creído conveniente establecer en Joló una autoridad europea, y en su consecuencia, M Hunt va destinado con el cargo de una ventura mercantil (agente comercial). Debo pedir la cooperación de V. E. e todas las operaciones que se crean convenientes para llevar adelante la extirpación de la piratería, y asegurar á V. E. que me creo honrado con cualquier comunicación ó informe sobre el particular. Tengo la satisfacción de incluir á V. E. las últimas *Gacetas* de esta plaza, que contienen la gloriosa noticia de haber sido enteramente arrojados de España los franceses, y espero que se sirva aceptar mis sinceras congratulaciones por tan importante y agradable concepto.—Samarang 20 de Enero de 1814.—Tengo el honor de ser, señor, de V. E. muy obediente y humilde servidor.—Juan Sr. Raffies.„

apresadas en el Archipiélago filipino; 1.000 cautivos en las islas españolas, que vendieron en Joló como esclavos; un gran buque del comercio de Macasar; un capitán de un buque holandés, rescatado por el capitán Peters del bergantín *Thainstone* por 1.200 pesos; cinco ó seis buques pequeños, con bandera inglesa, apresados en el mar de las Molucas, y la tripulación de un buque inglés que estaba haciendo aguada á 12 millas de Joló, del bergantín de M. Lacherston, de Bengala. El P. Cuarterón pone en duda la verdad de este aserto.

El 26 de Octubre de 1816, los oficiales Hanterman y Blanco, á las órdenes de D. Pedro Esteban, tuvieron un encuentro con los mahometanos, logrando derrotarlos con pérdida de 32 pancos. El gobernador de Zamboanga, Mayoni, se aprovechó de esta circunstancia y penetró en Basilan. La división que mandaba el referido Esteban sostuvo en 1818 un combate naval con los moros en las costas de Albay, y les apresó 9 pancos, echándoles á pique 14 embarcaciones menores, en las que perecieron muchos mahometanos.

El 9 de Julio de dicho año cogieron los piratas en Catanduanes una lancha y un parao de guerra que conducía el Real haber. Otros dos paraos capturaron el 2, de la provincia de Albay, asolando varios pueblos de ésta y de Camarines.

Por los meses de Abril y Mayo de 1823, gobernando las islas el mariscal de campo D. Juan Antonio Martínez, invadieron los piratas las provincias de Visayas y Calamianes, y cautivaron sobre 200 personas en las islas de Daulig, Dumaran, Calanag, Canipo, Visacay, Coron, Culion y las islas Talaos.

Practicando su visita regular y diocesana en dicho año el provincial de los recoletos Fr. Pedro de Santa

Eulalia, fué capturado por los piratas con un hermano de religión. La orden á que pertenecían tuvo que abonar por el rescate de ambos 10.000 pesos.

Con fecha 6 de Junio decía al gobierno aquel religioso que las irrupciones de los moros amenazaban el total exterminio de los habitantes de las Visayas é islas adyacentes.

A consecuencia de esto dispuso el general Martínez que se alistara una escuadra de dos galeras, cuatro lanchas cañoneras y seis falúas, seguidas de otros buques de transporte, con municiones y abastecimientos, cuyo mando encomendó á D. Alonso Morgado. Esta escuadra se hizo á la vela desde el puerto de Cavite el 29 de Febrero de 1824. A su bordo iba una compañía de tropa, á las órdenes del capitán D. Andrés Jiménez. En Zamboanga se les incorporaron dos lanchas y tres falúas.

Llegada al puerto de Pilas (21 millas al O. de Basilan), tomó por asalto su fuerte, causando á los moros 50 muertos, entre los cuales había tres afamados dattos, uno de ellos el terrible Ipoypo, azote del visaísmo, porque él solo cautivaba al año sobre 500 personas. En Joló destruyeron los expedicionarios cuantas embarcaciones encontraron, haciendo extensiva esta medida de rigor á las casas, árboles y sembrados, no sólo de dicha isla, sino también de las costas de Sibuguey, Dumanquilas, bahía Illana, Pollok y otras de Mindanao, venciendo la tenaz resistencia de los moros.

Las pérdidas de los nuestros fueron escasas, pero uno de los muertos, víctima de su arrojo, fué el capitán Jiménez (1). Otra expedición mandó Morgado, compues-

(1) Parte oficial del general Martínez al secretario de Estado y del Despacho universal de Marina, fecha 31 de Enero de 1825, relativo á la expedición de Morgado.

ta de 4 lanchas y 6 falúas para atacar á 70 pancos moros que, con más de 20 barotos, estaban pirateando por el estrecho de San Bernardino.

El general Martínez decía al gobierno en 31 de Enero de 1825: «Las continuas piraterías de los moros en este archipiélago de islas; sus incursiones en los pueblos playeros; los cautiverios, muertes y apresamientos que ejecutan en los buques de cabotaje que navegan de unas á otras provincias..... son unos males permanentes y constantes, que jamás se han podido cortar por el gobierno de estas islas, á pesar de cuantas disposiciones se han inventado y puesto en ejecución.»

La opinión de este general era que debía atacárseles en sus propios establecimientos y repetir esta operación en estaciones oportunas.

El general D. Mariano Ricafort envió otra expedición á Joló en 1827. Componíase de 20 buques con 500 hombres de desembarco, el cual no tuvo efecto por la hábil defensa de los moros; pero recorrieron las costas de la bahía Illana y quemaron muchos pueblos, causando el mayor daño posible.

Desde esta época hasta 1836, los mahometanos duplicaron sus correrías, calculándose en más de 6.000 los indios cautivados en las provincias sometidas al gobierno de España, sin que nuestras fuerzas hicieran otra cosa que defender las costas como mejor podían.

El brigadier D. Pedro Antonio Salazar, que interinamente desempeñaba el gobierno de las islas desde Setiembre de 1835, creyendo contener á los piratas con las ventajas del comercio, á pesar de las elocuentes enseñanzas contrarias que la historia de la piratería encierra, comisionó al capitán de fragata D. José María Halcón, comandante de las fuerzas navales de las aguas

de Zamboanga, para ajustar un tratado de comercio con el sultán de Joló, Mahamad Diamalud Quiram. Celebróse el 22 de Setiembre de 1836. Por él se estipuló que todo barco de tres palos que aportara á Joló con pasajeros chinos, procedente de Manila, debería pagar 2.000 pesos fuertes, y los buques menores, en proporción de su tamaño.

El cargamento más importante que fué de Manila á Joló nunca excedió de 2.500 pesos.

Los barcos de Joló que fuesen á Zamboanga deberían adeudar el 1 por 100, y los que entraran en Manila el 2 por 100, pero á Manila no solía ir ningún barco joloano. (Véase el Apéndice, pág. 43.)

En el discurso del trono que leyó la Reina gobernadora, le hizo decir el ministro de Marina, á propósito de este tratado, que era muy importante, porque casi todos los buques que iban á Filipinas tocaban en Joló. Esto revela el desconocimiento que en general se tiene de aquellos países (1).

El gobernador de Zamboanga, á su vez, celebró otro tratado con el régulo de Maluso, distrito perteneciente á Basilan.

Esta impolítica medida, lejos de producir resultados beneficiosos, hizo aumentar la osadía de los piratas,

(1) A uno de los negociadores de dicho tratado le valió un ascenso, y á otro la gran cruz de Isabel la Católica.

En Real orden de 24 de Abril de 1837, suscrita por Mendizábal, como ministro de Marina, de comercio y gobernación de Ultramar, decía al gobernador capitán general de Filipinas: "Ha sido asimismo grato á Su Majestad el tratado de comercio celebrado por V. E. con el sultán de Joló, cuyo expediente, relativo á las contestaciones que hayan mediado sobre este punto y bases sobre que se haya firmado dicho tratado, deberá V. E. remitir para conocimiento de S. M."

que no por eso desistieron de sus excursiones de costumbre, pues si con la fuerza de las armas sólo cejan momentáneamente en sus fechorías, con tratados ni por un momento lo suelen verificar.

El general Camba decía al gobierno en 16 de Noviembre de 1837: «Yo no puedo persuadirme que el temperamento adoptado de hacer paz y alianza con el sultán de Joló haya de proporcionar á nuestra navegación y comercio ninguna ventaja sólida y permanente.»

Y así es, en efecto, cómo la experiencia ha demostrado, con tristísima elocuencia, desde el principio de nuestras relaciones con los falaces sultanes de Joló y Mindanao.

En 1843 dispuso el gobernador general D. Francisco de Paula Alcalá que se eligiese un punto en la parte N. de Basilan para levantar un fuerte provisional.

El Sr. Alcalá opinaba que después de castigar á Balanguingui y Basilan se debía caer sobre Joló, conducir al sultán y dattos á la capital (si no mudaban de conducta) y establecer en ella guarnición.

«Operación, decía, tanto más urgente, cuanto la época y circunstancias que concurren en Joló la señalan como el punto avanzado de nuestra dominación en Asia y el límite de nuestras posesiones con las de Inglaterra y Holanda.»

Dacula, régulo de Sibuguey, cedió al gobernador de Zamboanga, por un convenio suscrito el 21 de Octubre de dicho año de 1843, el territorio de Biasungan, ó sea el conocido después por puerto de Santa María.

CAPITULO XXVI.

Nueva perfidia de los joloanos.—Fondea en Zamboanga una fragata francesa de guerra.—Reclama contra una agresión de los piratas de Maluso.—Consíguese, por mediación del gobernador, la libertad de tres prisioneros.—Llega otro buque de guerra francés, y notifican al gobernador el bloqueo de Basilan.—Protesta dicha autoridad.—Arriban otros dos buques de la misma nación y queda establecido el bloqueo.—Escandaloso convenio del sultán de Joló con el plenipotenciario francés La Grené, cediendo á Francia, por 100.000 pesos, la isla de Basilan.—Llega el brigadier español Bocalán y entabla enérgicas reclamaciones con los jefes franceses.—Deciden, al cabo, someter el asunto á los respectivos gobiernos.—El gobernador de Zamboanga, y Bocalán, exigen la sumisión de todos los pueblos de Basilan.—Obtienen, también, del sultán de Mindanao la cesión de Davao.—Pasa Bocalán á Joló y formula sus reclamaciones al sultán.—Piraterías que observa.—Consigue copia de los tratados con los franceses.—El gobierno de Francia anula dichos tratados.—Explicación de M. Guizot acerca de estos sucesos.—Realiza Oyanguren la reducción del distrito de Davao.

Una nueva perfidia de los joloanos, un hecho asaz escandaloso, que vamos á narrar, corroborará nuestras afirmaciones anteriores con respecto á la falsía y mala fe de aquellos piratas.

A principios de Noviembre de 1844 fondeó en la rada de Zamboanga la goleta de guerra francesa *Sabine*. Su capitán, M. Guerin, solicitó del gobernador Figueroa que gestionase la entrega de tres de sus tripulantes, reducidos á prisión en un bote por los piratas de Maluso, después de haber dado muerte al oficial que lo mandaba y á un marinero.

Consiguióse el rescate de los cautivos; pero al llegar otra corbeta de guerra de la misma nación, la *Victorieuse,* M. Guerin notificó al gobernador de Zamboanga el bloqueo de Basilan é islas adyacentes, con objeto de obtener del datto Usuk, régulo de Maluso, cumplida satisfacción por la muerte de sus nacionales.

El gobernador protestó contra el bloqueo, indicando que á todo evento debería limitarse al distrito de Maluso; pero no se tuvo en cuenta su protesta, y el bloqueo se llevó á cabo.

Los buques franceses fueron reforzados por el vapor *Archimede* y la fragata *Erigone*, al mando del vicealmirante M. Cecille. A bordo de la fragata iba el ministro plenipotenciario de Francia, M. de La Grené. Estos buques procedían de Joló, cuyo sultán, seducido por la codicia, había celebrado un convenio de navegación y comercio con el plenipotenciario francés, cediendo además á Francia, por 100.000 pesos, la isla de Basilan, cuyo dominio pertenecía á España.

El brigadier D. Agustín Bocalán llegó inmediatamente después á Zamboanga á bordo de la fragata *Esperanza,* y sostuvo con M. Cecille una activa y enérgica correspondencia con motivo de sus extrañas gestiones respecto de Basilan, cuyo resultado fué que ambos encomendaran el asunto á la resolución de sus respectivos gobiernos, alejándose de aquellas aguas los buques franceses, excepción hecha de la *Sabine,* que se estacionó en el canal, entre Basilan y Malamavi.

De acuerdo el gobernador de Zamboanga con Bocalán, exigieron *incontinenti* la sumisión de casi todos los pueblos de Basilan, con derogación de cualquier promesa que hubieran hecho á los extranjeros, mandando construir un fuerte en Pasanjan, costa N. de Basilan,

á lo que quiso oponerse el comandante de la *Sabine;* mas desapareció de aquellas aguas tan luego vió el mal sesgo que tomaba el asunto.

Ambos jefes españoles marcharon después á la entrada del río Grande de Mindanao, obteniendo del sultán la cesión del gran seno de Davao.

En Marzo de 1845 se trasladó Bocalán á Joló para entablar reclamaciones cerca del sultán é inquirir lo que pudiese con respecto á la venta de Basilan á los franceses, y al tratado con M. Page de Abril de 1843, en el que se estipulaba que los súbditos franceses podían ir á los puertos joloanos, concediéndoles iguales franquicias que á la nación más privilegiada. (Apéndices, págs. 47 y 48.) Tan luego fondeó en dicha rada, participó Bocalán al sultán su arribo, y el 17 desembarcó con grande aparato, haciéndole entrega de sus despachos. El sultán ofreció leerlos después, y retiróse Bocalán á bordo.

Las negociaciones no alcanzaban buen éxito, pues como él decía al capitán general, «aunque el sultán y los principales dattos afectan desear el exterminio de los piratas, lo cierto es que los más se enriquecen con el fruto de sus robos, ya participando de ellos, ya comprándoles los cautivos por un mezquino precio, sea para vivir á costa de su trabajo, sea para revenderlos á cambio de efectos preciosos en Sandakan, en donde algunas tribus los sacrifican inhumanamente para satisfacer sus supersticiones.»

Desde el 20 estuvo incomunicado con el sultán y los dattos, por ser víspera de su fiesta del Monlod, que dura tres días. El 21 entraron cuatro pancos de Balanguingui, llevando algunos cautivos, que desembarcaron con el mayor descaro á la vista de la fragata *Esperanza*.

Y no paró aquí su cinismo, sino que el 1.° de Abril fué acometida la gente que bajó á hacer aguada por muchos moros monteses, de cuya aproximación no se apercibieron los marineros hasta tenerlos sobre sí. En la lucha sostenida con la tropa que protegía la lancha, perecieron 20 piratas, y de los nuestros un español y un indio.

Durante el tiempo que la *Esperanza* permaneció en la rada, se refugiaron á su bordo 62 cautivos fugados de Balanguingui y de Joló, algunos de los cuales eran indígenas de las posesiones holandesas.

Bocalán pudo conseguir copia del tratado de M. Page y del escandaloso convenio celebrado con M. de La Grené, en que cedían á Francia por 100.000 pesos la isla de Basilan, sujeta al dominio de España. Este convenio, firmado el 20 de Febrero de 1845, carecía de legalidad por faltarle los sellos, y se anuló por el gobierno francés luego que el de España hizo las reclamaciones consiguientes, siendo de advertir que el sultán de Joló ocultó con doblez el dar cuenta al gobernador de Manila de la referida cesión (1).

(1) M. Guizot, que en la época á que estos sucesos se contraen era ministro de Negocios extranjeros, hizo público el misterio de este incidente en el prefacio de la versión francesa del libro de M. Oliphant, secretario del lord Elgin en su embajada á China y al Japón (París, 1860), cuyo importante escrito consideramos de interés copiar íntegro. Dice así:

"Cuando propuse al rey Luis Felipe, en 1843, que se enviase á China una misión extraordinaria, estaba lejos de prever que antes de veinte años un ejército francés de 12.000 hombres, de infantería, caballería, artillería é ingenieros, se uniría á otro ejército inglés para entrar en el Celeste imperio, marchar sobre su capital é imponerle, no sólo la observancia, sino la ampliación de los tratados, á riesgo de aumentar, acabando con la dinastía reinante, la anarquía en que ya estaban aquellos 300 ó 400.000.000 de habitantes. Así comienzan las expediciones

En 1847 realizó la conquista de Davao un español digno de que perpetúe su nombre la historia.

Llamábase D. José Oyanguren.

Lo acontecido con este insigne patriota justifica ple-

que llevan en pos las conquistas. Los sucesos marchan ahora con más velocidad que el pensamiento, y el porvenir, en apariencia más lejano, se acerca tanto á lo presente como mañana á hoy. En 1843 no pensaba yo hacer en China sino lo que Inglaterra y los Estados-Unidos acababan de realizar, esto es, determinar en solemne tratado nuestras relaciones con los chinos, dando así á los hechos en su mismo principio el carácter de derechos reconocidos y aceptados. Tales fueron las resultas de la misión que M. de La Grené desempeñó en 1844 y 1845, con tanto acierto y prudencia como celo, obteniendo desde luego el tratado de comercio de Whampoa, firmado á bordo de *L'Arquimede*, en 24 de Octubre de 1844, y después el edicto chino de 28 de Diciembre siguiente, sobre el libre ejercicio del culto cristiano en los cinco puertos abiertos á los extranjeros, y la tolerancia ofrecida á los chinos cristianos en el interior del imperio.

„Pero mientras me dirigía á estos objetos, conocía muy bien que, aunque se lograsen, no darían resultas ventajosas y subsistentes si no se apoyaban en garantías efectivas en aquellos mismos parajes. Y sólo había dos que ofreciesen seguridad; una estación naval francesa, siempre presente en los mares de China, y un establecimiento francés permanente cercano á aquel país, que sirviese de punto de apoyo y de refugio á la estación naval y á nuestro comercio y misioneros. Con este propósito agregué á las instrucciones de M. de La Grené la nota siguiente:

„*París 9 de Noviembre de 1843.*

„Ha dispuesto el Rey, como ya consta á M. de La Grené, que se establezca una estación naval en los mares de la India y de la China, con objeto de proteger, y si es preciso, defender nuestros intereses políticos y comerciales.

„Pero la Francia no posee en el día en aquellos mares ningún punto en que los buques que constituyan dicha estación permanente puedan hacer provisiones, reparar sus averías y curar sus enfermos. La división francesa tendrá que acudir á la colonia *portuguesa* de Macao, al esta-

namente que es justo el triste papel adjudicado á los españoles en la *alegoría de la cucaña* (2).

Preferimos dejar la palabra á un escritor residente en Manila hacia aquella época.

He aquí su relato:

blecimiento *inglés* de Hong-Kong, ó al arsenal de Cavite, en la isla *española* de Luzón.

„Esto no puede ser. No conviene á la Francia estar *ausente* de una parte tan extensa del globo, donde otras naciones tienen establecimientos. También el pabellón francés debe flotar en los mares de China, en un punto en que nuestros buques hallen seguro abrigo y toda clase de auxilios. Es necesario fundar allí, como los ingleses en Hong-Kong, y nosotros mismos en las islas Marquesas, un establecimiento militar para nuestra marina, un depósito para nuestro comercio.

„Este establecimiento debe reunir muchas condiciones esenciales: proximidad al imperio chino; puerto grande y cerrado, donde los buques no padezcan en las frecuentes y terribles tormentas de aquellos parajes; situación aislada y de fácil defensa; clima sano, en que nuestras tripulaciones puedan restablecerse en poco tiempo de las enfermedades causadas por el calor de los trópicos; y en fin, manantiales puros y abundantes para que nuestros buques puedan renovar el agua. No son tan extensas y tan exactas las noticias que poseemos de las regiones de la Indo-China, que desde luego podamos determinar la que debe ocuparse para el nuevo establecimiento.

„Sobre este particular no se pueden dar á M. de La Grané instrucciones precisas. Se le indicarán solamente algunos sitios designados por exploraciones anteriores, que pueden servir de base á la política de la Francia, ó constituir un centro de sus intereses comerciales en la Indo-China.

„En el derrotero de Europa á China, y á la salida de los estrechos de Malaca y Singapoore, están las islas *Anamba* y *Natuna*, cuyos habitantes malayos han conservado hasta ahora su independencia. Pero aun cuando estas islas fueren un punto de ocupación conveniente bajo el aspecto náutico, de lo que sería preciso convencerse en un nuevo reconocimiento, ¿no se debería recelar que la vecindad de establecimientos importantes creados por los ingleses y los holandeses en Singapoore, Sumatra y Borneo, anularían el depósito que formásemos allí y nos expondría además á perjudiciales choques?

«Era Oyanguren natural de Guipúzcoa, y fué á las Filipinas en 1825 huyendo de las persecuciones que experimentó en España por haberse dado á conocer con adhesión exaltada al régimen representativo. Por los años de 1830 estuvo en la provincia de Caraga

„Las mismas objeciones pueden hacerse á las islas de Pulo Condor y de Cham-Colao, en las costas de Cochinchina.

„La primera de estas islas es, por otra parte, muy mal sana, siendo ésta la causa de que no tomase posesión de ella la compañía francesa de las Indias orientales, que la había mandado reconocer en 1720, y de que la abandonaran los ingleses después de haberla ocupado alguno años. El grupo de Cham-Colao no merece la atención, según las observaciones hechas últimamente en él por el capitán de corbeta Favin-Leveque.

„Podría todavía explorarse la península de Turon, en la misma costa de Cochinchina, y cuya cesión obtuvo la Francia cuando la de Pulo Condor, por el tratado de Versalles, el 28 de Noviembre de 1787, en retribución del auxilio ofrecido al emperador Nguyen-A'hn para reinstalarle en el trono. Pero como la Francia no cumplió el tratado, no podríamos ahora alegar este título á la propiedad de Turon. Los señores Du Camper, de Bouganivelle y Laplace, que sucesivamente la visitaron, alababan mucho su rada, una de las más espaciosas y seguras de Cochinchina. Mas estas ventajas desaparecen ante la insalubridad del clima y los graves inconvenientes que resultarían de la situación continental de Turon, de las cuales no sería la más pequeña la dificultad de circunscribir nuestra ocupación. Tampoco estaríamos bien allí bajo el punto de vista comercial.

„Parece, pues, que nuestras investigaciones deben dirigirse con preferencia á la parte oriental del grande Archipiélago. Al S. de las Filipinas, sometidas á la España, están las islas de Joló, entre Mindanao y Borneo, habitadas por una población activa y comerciante, y que se mantiene independiente. Una de ellas, la isla de Basilan, es la que debe explorarse con cuidado. Parece que está habitada, como la extremidad S. de Mindanao y parte N. de Borneo, por una tribu de *illanos*, población pirática extendida en aquellos mares, sobre la cual el sultán de Joló ejerce una autoridad disputada. Un establecimiento fundado en este punto podría pronto rivalizar en importancia comercial con el de Singapoore. Si este último está en el derrotero de Europa á Indo-Chi-

(ahora Surigao) ejerciendo el comercio, y navegando por todas las costas de Mindanao y sus adyacentes. Después pasó á la provincia de Calamianes. El año 1880, hallándose en Manila, fué nombrado juez letrado de primera instancia en la populosa provincia de

na, Basilan está en el del Océano Pacífico, la costa O. de América y la Australia á los puertos de China y las Filipinas, y en el de la vuelta á Europa contra Monzón. Pero sería preciso cerciorarse ante todo de si la isla tiene la principal condición necesaria para el objeto que el gobierno se propone, es decir, si hay en ella un puerto bien cerrado y de fácil defensa. Esto es lo primero que debe verse.

„M. La Grené sabe cuánto conviene el secreto para la ejecución de este plan. Desde el momento que llegue á los mares de la China, todos sus movimientos serán observados con activa y recelosa vigilancia. Es preciso, pues, alejar toda sospecha, y que el comandante de la estación naval reconozca solo y por sí, ó por los oficiales á sus inmediatas órdenes, los puntos que parezcan más convenientes.

„Después de esta operación preliminar, y cuando, convenido por M. Cecille, esté seguro M. de La Grené, no sólo de que el sitio designado merece la elección, considerado náutica, militar y comercialmente, sino de que podría ocuparse sin dificultad de parte de los habitantes, procederá á negociar y concluir provisionalmente la cesión, sea con los jefes indígenas, si son independientes, ó sea con el soberano cuya autoridad reconozcan, con sujeción expresa á la aprobación del gobierno del Rey.

„Concluído el tratado, podrá el comandante de las fuerzas navales dejar un buque en el punto cedido, para que los jefes no se desdigan, hasta que sea ratificado el convenio por S. M. y se tome posesión en su nombre de la isla.

„Se le autoriza (pero sólo en el caso de necesidad absoluta) para enarbolar el pabellón francés en la isla misma, si hubiese motivo formal de recelar que se le anticipara otra nación.„

"Así aplicaba yo á los mares de China una idea que había ya realizado en otros puntos del globo, y que conceptúo capital para los intereses, no sólo comerciales, sino morales, políticos, militares y marítimos de Francia. En los debates que se suscitaron en las Cámaras en 1843

Tondo, que ahora lleva el nombre de la capital. En 1846 cesó en aquel empleo, porque, reformado éste, se nombraron jueces en Madrid; y al tener noticia de la cesión del seno de Davao, estipulada por el sultán de Mindanao con el brigadier de marina, Bocalan, y el

con motivo de los establecimientos que acabábamos de fundar en las islas Marquesas y en Taiti, decía yo las siguientes palabras: "Una de „las causas de la autoridad y de la confianza con que procede el comer- „cio inglés, es que en todas partes encuentra á la Inglaterra; es que sabe „que en todas partes está el poder nacional á la mano para protegerle „y sostenerle. Una de las causas de la debilidad comparativa, de la falta „de confianza y del encogimiento del comercio francés, es que en todas „partes se encuentra á 1.000, á 2.000, á 3.000 leguas de la Francia; es „que en ninguna parte la ve cerca de él y á su lado. Dándole seguridad, „haciéndose presente en donde quiera que se forme un centro mercan- „til, es como se inspirará al comercio francés la confianza y la soltura „que necesita; y el mejor modo de inspirárselas es fundar en todos esos „centros un establecimiento francés, es hacer que se vean en ellos el „pabellón francés y buques franceses encargados de cruzar continua- „mente por sus mares y proteger nuestro comercio. Nuestros buques „mismos, para obrar con la constancia, asiduidad y eficacia que exige „su misión, necesitan tener cerca una estación segura donde poder en- „trar y salir, según las circunstancias. ¿Qué han hecho por su marina „todas las grandes naciones marítimas? No se han limitado á enviar sus „buques á reconocer toda la superficie del globo para proteger su co- „mercio: han procurado también asegurarles puntos de apoyo, de repa- „ración y de refugio, y que no sólo sientan el recuerdo, sino el contac- „to del gobierno de su país, de su bandera y de su poder. Ved la histo- „ria de Inglaterra, la de Holanda, la de España, y aun la de las peque- „ñas repúblicas que hacían el comercio del Mediterráneo. Sus buques, „sus galeras encontraban siempre en sus viajes el gobierno, el apoyo y „la fuerza de su patria. Así lograron la prosperidad de su comercio é „infundir en sus marinos la confianza y la adhesión que constituyen en „mar y tierra el prestigio de la fuerza armada. ¿Despreciaréis esos ejem- „plos? ¿No querréis ocupar un punto ni en el Océano Atlántico, ni en el „Pacífico, ni en los grandes Archipiélagos del extremo Oriente? ¡Y esto „á la vista de un hecho nuevo é inmenso: la China abierta al comercio

gobernador de Zamboanga, Figueroa, imaginó emprender su adquisición efectiva. Antes de exponer sus miras al gobierno volvió á visitar aquel territorio, que ya le era conocido, y explorar su estado á la sazón. Satisfecho con sus observaciones, se apresuró á re-

„del mundo!.... No se trata de prescindir de las consideraciones de pru-„dencia y de economía, de lanzarse á empresas gigantescas é indefini-„das: nada de esto hay que reprochar á nuestros proyectos. En las islas „Marquesas y en Taiti no hay que hacer conquistas, ni sostener luchas „con los indígenas, ni roturar vastos terrenos, ni fundar grandes colo-„nias; sino estaciones para reparo y refugio de nuestro comercio, pun-„tos de apoyo para nuestra marina, encargada de protegerle. Esta con-„ducta conviene á la Francia, no sólo en el Océano Pacífico, sino en „todas partes: es el sistema político marítimo que la Francia debe se-„guir. Donde quiera que se formen grandes centros de actividad co-„mercial y de civilización, la Francia debe buscar estaciones de esta „clase, posiciones que no la comprometan, ni creen intereses esen-„cialmente belicosos, pero que proporcionen medios de protección y de „defensa. Con estos establecimientos, bien situados y circunscritos, en-„trará Francia á la parte en el aumento general de riqueza y de influen-„cia de las grandes naciones, sin empeñar sus fuerzas y su porvenir.„

„M. de La Grené y el almirante Cecille, que mandaba nuestra estación naval en China, oficial de grande experiencia y buen juicio, cumplieron de acuerdo estas instrucciones. El almirante hizo explorar y exploró por sí la situación exterior é interior de la isla de Basilan, con aquella escrupulosa sagacidad que no se fía ni en las primeras impresiones en cuanto á los hechos, ni en soluciones vagas en cuanto á las dudas. Provisto M. de La Grené de todos los datos así adquiridos, fué con el almirante á Basilan, se constituyó en la bahía de Malamawi, y agregó primero las observaciones y después la intervención del diplomático á los estudios y á los primeros pasos de los marinos. Copiaré literalmente lo más esencial de los despachos en que me daba cuenta de lo que había visto, pensado y ejecutado sobre el mismo terreno.

„*M. de La Grené á M. Guizot, ministro de Negocios extranjeros.*—(Despachos de 4 y 24 de Febrero y 15 de Marzo de 1845.)

„Salimos de Manila el 8 de Enero último, y el 12 al amanecer fon-

gresar á Manila y propuso al capitán general D. Narciso Clavería que le concediese algunas armas, pertrechos y municiones y el mando del territorio que conquistase por un plazo largo, con privilegio exclusivo de comerciar en él; en cambio ofrecía sujetar con gen-

deamos en la bahía de Malamawi, en Basilan, después de un viaje sin novedad. En las instrucciones confidenciales que V. E. se dignó remitirme antes de mi partida, después de enumerar las razones que deben inducir á la Francia á fundar en los mares de China un establecimiento militar para su marina y un depósito para su comercio, señala V. E. mismo las condiciones que éste debe tener:

„1.° Proximidad al imperio chino.

„2.° Puerto grande y cerrado.

„3.° Situación aislada y de fácil defensa.

„4.° Clima sano.

„5.° Manantiales puros y abundantes.

„Para proporcionar al gobierno del Rey los medios de adoptar una determinación inmediata y con pleno conocimiento de causa, examinaré cada una de estas condiciones con aplicación á la isla de Basilan. No necesito decir que debo la mayor parte de los datos y noticias que daré sobre los puntos que voy á tratar al almirante Cecille y sus oficiales, mucho más competentes que yo en estas materias; yo sólo tengo la parte secundaria de un observador concienzudo y deseoso de contribuir á la gloria y grandeza de su país. Algunas de estas cuestiones son, por otra parte, tan palpables y materiales, que se resuelven por sí mismas, y algunos hechos son tan de bulto, que se manifiestan sin dar lugar á examen ni vacilación aun á los ojos menos experimentados. La magnificencia y seguridad del puerto de Malamawi me parecen de esta especie; pero no quiero invertir el orden de los puntos propuestos, y voy al primero de ellos.

„1.° Proximidad de la China. La simple vista del mapa demuestra la superioridad de la situación de Basilan. En la monzón favorable el viaje á Cantón es de pocos días, y en la contraria, la navegación de un punto á otro ofrece ventajas que no se encontrarían en ninguna otra parte, porque engolfándose en la mar de Mindoro y siguiendo la costa O. de las Filipinas, defendida de los NE., se coge Manila, y de allí se va á Macao con viento de costado. Un ejemplo reciente apoya este ra-

te escogida, y mantenida por él mismo, todas las costas del seno, desde el cabo de San Agustín hasta la punta de Sarangani; expulsar ó pacificar á los moros que habitaban en aquel punto; fundar en él algunas poblaciones cristianas, facilitándolas medios de roturar

ciocinio. La *Victorieuse* sólo ha empleado once días desde Basilan á Manila en lo más fuerte de la monzón de NE. Debe advertirse que en el Archipiélago de Joló, á causa de su situación geográfica, y en Basilan, á causa de su proximidad á Mindanao, se siente muy poco aquella monzón. Así es que en los dos meses que hemos estado en Malamawi y Joló sólo hemos experimentado brisas variables y calmas. Por las tardes, lo mismo que sucede en la costa E. de Sumatra, en la bahía de Río-Janeiro, y en el buen tiempo en todos los golfos del mar de Grecia, soplan terrales flojos, cualquiera que sea durante el día el rumbo predominante. Esta notable anomalía no deja de traer inconvenientes: á veces los buques detenidos por las calmas en estos mares poco explorados, son arrastrados por corrientes de una velocidad extremada, cuya variable dirección está sujeta á circunstancias mal conocidas. En tal caso hay que navegar con la sonda en la mano, y con más motivo, porque en las regiones tropicales la posición vertical del sol hace á menudo inexactas y siempre muy delicadas las observaciones por el reloj. Por eso, sin duda, es tan poco frecuentado el Archipiélago de Joló en ambas monzones, aun cuando ofrece, al parecer, tantas ventajas á la navegación. Además de eso, los dos pasos que hay para Basilan, el estrecho de Balabac y el de Macasar, ofrecen obstáculos que arredran á la mayor parte de los navegantes: el primero es poco conocido, mal descrito y de difícil navegación: el segundo, prescindiendo de que está siempre infestado de piratas, no está menos sujeto á las calmas que el de Malaca. Así es que en la actualidad sólo se aventuran en este Archipiélago algunos balleneros que van á hacer provisiones á Zamboanga. Pero no hay duda en que, si la Francia se fijase en Basilan, nuestros trabajos hidrográficos harian muy pronto el estrecho de Balabac accesible á todos los buques; y si el de Macasar fuese más frecuentado, pronto se establecería en él un servicio de remolques bajo los auspicios del gobierno de Java.

„2.° Puerto grande y cerrado. El de Malamawi no tiene menos de dos millas y media de largo, con una anchura que varía entre un cuarto

los campos, criar ganados y establecer comunicaciones con los gentiles del interior de la isla, atrayéndoles á la vida civilizada y á la sumisión á las autoridades españolas.

»El gobernador Clavería aceptó con gran complacen-

y un tercio de milla, y todas las flotas del mundo podrían fondear en él con seguridad. Perfectamente defendido de vientos y mares, está abierto, sin embargo, lo mismo que el Bósforo ó los Dardanelos, y su doble boca ofrece una ventaja inapreciable, porque facilita la entrada y la salida con cualquier viento. La marea, que se siente mucho en él, forma corrientes periódicas en sentido opuesto, cuya velocidad varía de un nudo á dos nudos y medio, y con su auxilio pueden levar fácilmente los buques de mayor porte.

„3.° Situación aislada y de fácil defensa. La opinión de todos los oficiales de la escuadra es unánime en este punto, lo mismo que en el precedente. Tan fuerte es, según ellos, la posición, que sería muy fácil hacerla inexpugnable. Por el O. está defendida la entrada del canal que separa Malamawi de Basilan por una isleta, cuyos fuegos rasantes, que se cruzarían á un cuarto de tiro de cañón con los de las playas opuestas, harían imposible toda tentativa por aquel lado; además de que en el caso de un ataque empeñado se podrían cerrar herméticamente los dos pasos á las más formidables escuadras sumergiendo en ellos dos fragatas. La entrada oriental, aunque no está tan bien defendida, no necesitaría tampoco muchas fortificaciones. En cuanto á los ataques por parte de tierra, sea de indígenas ó de fuerzas de desembarco, la impenetrable faja de mangles que cubre casi sin interrupción la costa de Basilan que mira al canal alejaría todo recelo. No había más que conservar esta defensa natural. Se podría además, para más seguridad, construir en el punto más culminante de Malamawi una fortaleza, que dominaría á la vez el puerto, la rada y las avenidas de la isla.

„4.° Clima sano, en donde los tripulantes de nuestros buques de guerra y de comercio pudiesen restablecerse prontamente de las enfermedades adquiridas en una permanencia larga en los climas tropicales. Sobre este punto no puedo ofrecer al gobierno sino simples conjeturas. La experiencia favorece hasta ahora á Basilan, porque, según consta de los partes de sanidad de la escuadra desde fin de Octubre hasta el día, no se podría desear un resultado más satisfactorio. Pero esta ex-

cia este pensamiento, que convenía tan perfectamente con sus planes acerca de la reducción de las tribus salvajes, y lisonjeaba sus deseos de atacar por todos los medios imaginables y en todas partes á la vez á la piratería. Antes de acceder á la propuesta de Oyanguren

periencia se refiere sólo á la monzón de NE., es decir, á la estación seca, que aun en los puntos más insalubres del Archipiélago está libre en general de las afecciones epidémicas tan funestas en la estación de lluvias á los europeos. Para obtener una solución decisiva de la cuestión propuesta, serían necesarias observaciones repetidas durante un período largo, del que se pudiese deducir el término medio. Me afirmo más en la imposibilidad de adquirir de otro modo que por la experiencia, certidumbre moral respecto á la salubridad de un punto que no ha sido estudiado científicamente todavía, porque tengo muy en la memoria el reciente ejemplo de Chuzan y de Hong-Kong: la primera, abandonada como una isla pestilencial que devoraba sus habitantes; la segunda, al contrario, elegida por circunstancias naturales que respecto á la salubridad parecían hacerla preferible. Y hoy es Chuzan uno de los puntos más sanos del imperio: los hospitales que se construyeron á mucha costa bajo la impresión de los primeros casos, han venido á ser inútiles; mientras que en Hong-Kong, no obstante el esmero y los esfuerzos del gobierno local, la mortalidad de los militares llega, según los cálculos más moderados, á 25 por 100.

„5.° Agua pura y abundante. No se han encontrado hasta ahora manantiales en las inmediaciones del puerto, ni en Malamawi, ni en Basilan. La única aguada de que los buques han hecho uso es la del río de Gumalarand, que, á milla y media ó dos de su embocadura y bajo algunos torrentes que no pueden pasar los botes ni las piraguas, tiene un agua muy clara, que ni aun en las más altas mareas se mezcla con la del mar..... Pero esta aguada, tres ó cuatro millas distante de la entrada del puerto, y á la cual no se puede llegar sino franqueando la barra que obstruye la embocadura del río, está lejos de ofrecer las ventajas que son de desear. Se podría remediar con poco gasto este inconveniente haciendo algunas obras en el río de Pasanjan, que está poco más ó menos en el mismo caso que el de Gumaraland, y donde se podría tomar, á una milla escasa del puerto, en una barra que se forma por la diferencia de nivel, un agua pura y sana..... La falta de manantiales cerca

pidió su voto al acuerdo de oidores, conforme á las leyes de Indias. Allí encontró el proyecto alguna oposición, porque el mando por un largo período que solicitaba Oyanguren, así como el privilegio exclusivo de comercio, salían de las formas ordinarias, y no tenían

de las costas y la dificultad de la aguada, no son inconvenientes peculiares de Basilan: es un hecho común á la mayor parte de las colonias situadas en las regiones tropicales, según lo hemos observado en Singapoore, en Manila y en Hong-Kong. Hubiera sido muy raro hallar una excepción de esta regla en Basilan; pero esta isla, tal como es, corresponde en este particular á los deseos del gobierno todo lo que se debía esperar en estos parajes.

„Después de satisfacer así á las preguntas contenidas en sus instrucciones, M. de La Grené me daba noticias acerca del estado interior, el terreno, las producciones naturales y los habitantes de la isla, "muy in„completas, dice él mismo, porque hasta ahora el centro de la isla no „ha sido explorado,„ pero que indican claramente lo que podría llegar á ser aquella posesión, y sus inconvenientes y ventajas. "El aspecto de „Basilan, dice, es majestuoso y severo: tiene, como todas las islas de „formación madrepórica, las orillas bajas y llanas, casi á flor de agua, „y cuando no hay viento y la mar está en calma, parece un inmenso „canastillo de verdura medio sumergido en un lago. Pero á más distan„cia del mar, pasando una red de esteros que rodea la isla, se eleva el „suelo insensiblemente en escalones casi simétricos hasta el centro, „donde están los puntos culminantes, por lo regular envueltos en nu„bes. Algunos barrancos sinuosos que se dirigen perpendiculares al „mar, parecen cortados en ángulo recto por los valles longitudinales „que separan aquellas colinas paralelas. Estos y sus vertientes opues„tas están, sin duda, ocupados por pueblos con campos cultivados que „producen arroz y otros vegetales de que se alimentan los naturales; „pero no se ven desde la costa, donde no hay traza ninguna de cultivo: „los valles, las colinas y toda la isla desde los esteros hasta las eminen„cias centrales, están cubiertos de la misma vegetación exuberante, con „mezcla de todas las formas y de todos los matices verdes que se ha„llan en general en los bosques primitivos de las tierras vírgenes que no „ha tocado la mano del hombre. El terreno consiste, en los puntos que „hemos visitado, en profundas capas de tierra vegetal más ó menos cu-

precedente desde los tiempos del descubrimiento de las islas, cuando, según la práctica introducida en el Nuevo Mundo, se concedían encomiendas y repartimientos de indios á españoles beneméritos. Mas este sistema de encomiendas no había prevalecido en las Filipinas, en

„biertas de detritus vegetales que aumentan su feracidad. Situada cerca „de las Molucas, entre Borneo y Mindanao, estas islas casi desconoci- „das, á las que acaso falta solamente la industria para que pudieran „surtir al mundo entero de frutos coloniales, Basilan, con sus modestas „proporciones de 140 á 160 kilómetros de costa, producirá cuanto se „quiera hacerla producir en sus condiciones de clima y temperatura. „El clavo, la nuez moscada, la canela, la pimienta, ó nacen ya ó nace- „rían con facilidad; y en las excursiones que he hecho por los ríos de „Pasanjan y Gumalarand, he observado la gran variedad de esencias „que salen de sus bosques primitivos y la hermosura de los ejemplares „que encierran..... La población actual de la isla se puede graduar en „8 ó 10.000 habitantes, divididos en dos clases: los del interior, que „se dedican al cultivo del arroz, y los de la costa, cuya principal y aca- „so única industria consiste en la piratería. He visto individuos de las „dos razas, á mi parecer muy distintas: la primera como de malayos, y „la segunda parecida á los illanos de Mindanao. En una excursión que „he hecho con M. Rigaud de Genoully, para buscar las fuentes del río „de Pasanjan, nos metimos, guiados por un malayo que venía todos los „días á la escuadra, algunos cientos de pasos en el interior, y hallamos „reunidos 15 ó 20 malayos, cuyas covachas estaban por allí cerca en „un otero que dominaba un pequeño fondeadero, en donde tenían sus „piraguas. Les inquietó un poco nuestra visita, que no esperaban; pero „se repusieron luego, y comenzamos á hablar con ellos pacíficamente, „cuando se presentaron otros seis individuos armados de lanzas y ma- „zas que principiaron á esgrimir, cubriéndose con sus escudos, dando, „con sus gestos y sus cabellos esparcidos, señales de la más violenta „agitación. Los recién llegados nos parecieron más corpulentos, más „fuertes, y sobre todo, más negros que nuestros interlocutores, y de „muy diferente fisonomía. Nuestro guía y algunos otros habitantes tra- „taban de sosegarles: su número se iba aumentando, y creímos pruden- „te volver á los botes.„

„Las instrucciones de M. de La Grené no le sujetaban á una senci-

cuya historia no se encuentra rastro de ellas desde la que se concedió por dos vidas, en las bocas del Río Grande de Mindanao, al intrépido capitán Esteban Rodríguez de Figueroa, que murió á manos de un moro en el acto de saltar en tierra para ocuparla. Dió, por fin,

lla misión de exploración y estudio: si hallaba un sitio que reuniese las condiciones requeridas, debía preparar, y aun, en caso de necesidad absoluta, emprender su ocupación. Llegado á este punto, encontró, respecto de Basilan, muchas dificultades graves, europeas y locales, cristianas y musulmanas. Los españoles pretendían poseer la isla, y el gobernador de Filipinas, así como el comandante de las fuerzas españolas en aquellos parajes, suscitaron vivas reclamaciones contra los primeros actos de M. Cecille. El sultán de Joló, por su parte, sostenía que Basilan era una de las islas pertenecientes á su imperio en propiedad, ó al menos en señorío. Después de un atento examen, M. de La Grené quedó convencido de que las pretensiones españolas no descansaban en ningún sólido fundamento. "Aducen, decía él, tres argumentos: el hecho de la „ocupación de la isla en una época remota; la pretendida pública noto„riedad, y el reconocimiento de la dominación española por la mayor „parte de los jefes indígenas en Balactasan, en Febrero de 1844. Nadie „niega que el pabellón español hubiese flotado en Basilan de 1638 á „1645 en la época de Corcuera, que se levantasen allí fuertes y se edi„ficasen iglesias; pero en el mismo caso se halla Joló, donde también „había flotado la bandera española, y sin embargo, el gobierno español „nunca ha llamado á Joló isla española. Basilan fué evacuado, lo mismo „que Joló, en 1645, en un tiempo en que dificultades exteriores y la „decadencia de su poder obligaron á los españoles á concentrar sus „fuerzas y abandonar parte de sus conquistas. En cuanto á la pública „notoriedad, ¿en qué se funda? La opinión de los geógrafos y de los es„critores, así nacionales como extranjeros, es positivamente contraria „al tema español. El Sr. Mas, autor de una obra sobre Filipinas, im„presa en Madrid en 1843, habla de ataques dirigidos en 1638 por el „gobernador Corcuera contra la isla de Basilan, que vino á ser, dice, „*tributaria de Joló*. Ningún tratado hecho desde 1645 hasta el día es„tablece, admitiéndolos, los derechos de la España. Desde aquella épo„ca ningún incidente oficial ha ocurrido respecto á los habitantes de „Basilan, que yo sepa: el gobernador de Filipinas, en un tratado con-

el Acuerdo su voto favorable á la transacción ó convenio propuesto, con la condición de que no se conceptuase como un contrato entre el gobierno y Oyanguren, sino como una concesión hecha á éste con plazo determinado y las convenientes limitaciones. En con-

„cluído en 1836 con el sultán de Joló, les califica de *amigos de aquella* „*plaza,* denominación que excluye toda idea de vasallaje ó sujeción. „Queda el llamado reconocimiento de la soberanía de la España, obtenida en 1844 por el gobernador de Zamboanga. Pero al alegar este hecho „la autoridad de Filipinas omitió probar la principal, que es la existen„cia de un documento que le acredite. No hay ningún vestigio oficial „de la proclamación de la soberanía española. ¿Qué fuerza se puede dar „á la legalidad de este acto, cuando además le niegan los mismos jefes „de la isla, y los confederados de Balactasan no le dan ningún valor?„

„Después de haber discutido en una larga correspondencia con las autoridades locales españolas sus aserciones y razonamientos, M. de La Grené las hizo la proposición muy natural y sensata de someter la cuestión á los gobiernos respectivos, la cual se apresuraron á aceptar.

"Yo había entre tanto procedido, añade M. de La Grené, á gestiones „que pudiesen asegurar á la Francia derechos eventuales á la posesión „de Basilan. Durante las conferencias preliminares, los jefes del país „habían protestado enérgicamente que nunca y de ningún modo habían „admitido la soberanía de España, afirmando que el pabellón español „que flotaba en algunos de sus paraos, no era más que una señal de re„conocimiento adoptada por ellos para no ser molestados en Zamboan„ga, y que lo quitaban al momento que regresaban de allí. El almirante „Cecille les invitó á que consignaran por escrito estos categóricos aser„tos, y ellos se apresuraron á hacerlo. Entonces se redactó la declara„ción de 13 de Enero, que va unida á mi despacho núm. 46. Los jefes „de Balactasan pidieron también con instancias el pabellón francés; el „almirante, con quien yo estaba de acuerdo en este punto, les respondió „que esto dependía sólo del Rey; pero que había á bordo un represen„tante suyo, que podría, si ellos lo solicitaban, hacer presente su deseo „á S. M. De esta manera entré yo en relación con los jefes, y en este „sentido se concibió el convenio de 20 de Enero. He preferido á un „tratado de cesión inmediato, sujeto á la ratificación del gobierno del „Rey, un simple convenio eventual que nos asegure la sumisión futura

secuencia, el gobernador Clavería, en decreto de 27 de Febrero de 1847, confirió á Oyanguren por diez años el mando del territorio que conquistase en el seno de Davao, con privilegio para comerciar exclusivamente en él los seis primeros, concediéndole alguna artillería,

„de Basilan. Este convenio ofrece las mismas ventajas que un tratado „de cesión, y no tiene sus inconvenientes: liga á nosotros á los jefes de „un modo irrevocable, y nos autoriza, si el gobierno del Rey desestima „las pretensiones de la España, para proceder desde luego y sin más „fórmulas á la toma de posesión. Por otra parte, no da motivo á una „ocupación provisional que pudiese coartar las resoluciones ulteriores „del gabinete, y acredita al mismo tiempo algún miramiento hacia las „reclamaciones, por infundadas que sean, de un gobierno amigo.

„Las protestas de los jefes basilanos, tan enérgicas y unánimes, y „cuyas consecuencias les expliqué detenidamente, no me dejan duda de „que no hay lazo ninguno de vasallaje entre esta isla y la España. No „sucede lo mismo respecto á Joló. Aunque los jefes de Balactasan ha„yan manifestado no hacer aprecio de los derechos del sultán, me he „convencido en mis conversaciones con algunos, y en ello me he con„firmado después en Joló, de que Basilan, aunque independiente de he„cho, pertenece de derecho al señorío del sultán del Archipiélago. „Para obtener la cesión de este derecho fuí yo á Joló. La respuesta dada „al almirante, á quien recibió primero el sultán, me dió poca esperanza „de llevar á buen fin la negociación. Pero no quise abandonar la lucha „sin intentarla: en tres conferencias sucesivas me propuse demostrar al „sultán las ventajas que mis proposiciones le ofrecían y los daños que „podría acarrearle el rechazarlas. Le dije que en cambio de unos dere„chos que de nada le servían, le daríamos una suma considerable, le li„braríamos de la pesada responsabilidad que se le sigue de las depre„daciones de los basilanos, y le proporcionaríamos los beneficios con„siguientes á la vecindad de una nación rica, generosa y comerciante. „Rebatía yo con ejemplos las objeciones procedentes de la religión, ci„tándoles Pulo Penang y Singapoore, cedidas á los ingleses por el sul„tán de Johore, fieles mahometanos, y las transacciones de los holan„deses con los rajás vecinos suyos. Al principio no obtuve sino répli„cas evasivas que envolvían una pura y simple repulsa. La mayoría „del *Rum Buchara* (ó consejo del sultán) era contraria al proyecto de

fusiles y municiones, y la facultad de organizar una compañía ó tercio provincial de soldados de su elección. Determinóse que la cabecera de la nueva provincia se situaría en el lugar de la población mora que daba nombre al seno, tomando el de Nueva Vergara, y se

„tratado; la efervescencia de la población joloana arredraba al sultán. „No obstante, le inquietaba también mi persistencia. En la última sesión „se alborotó el consejo. Para alejar la idea de venta y de compra, ha- „bía ya reducido á cien años el término de la cesión. Parecía que el „asunto iba bien, cuando un datto (uno de los del consejo) propuso que „se entregase la mitad de la suma antes de firmar; y respondiendo yo „que el tratado no se podía poner en ejecución hasta que el Rey le „aprobase, el consejo rehusó por unanimidad sancionar un convenio „que no fuese realizado en el acto. Lo único que pude conseguir fué „que escribieran una carta manifestando que el consejo suscribiría á la „cesión de Basilan por cien años por 100.000 pesos al contado, con la „condición de que se tomase posesión de la isla dentro del plazo de „seis meses. Esta cláusula, casi imposible de cumplir, parece que mate- „rialmente invalida la declaración. Con todo, este compromiso, tal „como es, ofrece todavía una parte de las ventajas que habríamos saca- „do de un tratado, y no dudo que un buque que recordara la promesa „del consejo de Joló, ofreciendo por una parte 100.000 pesos y susci- „tando por otra la reclamación de satisfacción que varias veces he indi- „cado por el asesinato de un oficial y un marinero de la escuadra por „un jefe basilano llamado Uzuk, conseguiría fácilmente la prórroga de „aquel plazo.„

„Concluía M. de La Grené la reseña de las exploraciones y negociaciones que hizo, de acuerdo con el almirante, con las siguientes palabras: "Si vamos algún día á Basilan, debemos estar alerta contra las „agresiones de los naturales, que si no nos atacan abiertamente, podrán „hacerlo con astucia y traición. Los malayos, y sobre todo los illanos, „son capaces de todo, sin que les detenga ni el envenenamiento ni el „asesinato. Además, no carecen de valor, como lo prueba la reciente „toma de Santa María, de donde fueron expulsados 150 españoles por „los illanos de Mindanao. Por eso, en caso de ocupar la isla, creo que el „gobierno del Rey no debe excusar gastos, y que debemos desplegar en „el principio un rigor que desconcierte la mala voluntad de los basila-

la agregarían algunos pueblos de la provincia de Caraga, que por caer muy lejos de su capital, en la costa oriental, de dificultosa navegación, y sin comunicaciones terrestres, no podían ser bien gobernados y atendidos por su jefe.

„nos y sus cómplices. Ningún atentado debe quedar impune, ningún „crimen sin venganza. Sólo así seremos los dueños y obtendremos en „pocos años la seguridad, sin la cual ningún establecimiento remoto „puede prosperar. Sería necesario para esto, no sólo un suficiente número de soldados y un material considerable, sino principalmente algunos vapores que con la rapidez de sus movimientos y su dominio „sobre las corrientes y las calmas pudiese sorprender á los pancos piratas, cerrarles la entrada de sus guaridas y acabar con ellos donde quiera que se presentasen. Otras consideraciones, además, nos imponen la „necesidad de dar proporciones grandes al establecimiento de Basilan y „obrar en él en mayor escala: los holandeses, los ingleses y los españoles de Java, de Manila, de Hong-Kong y Singapoore presenciarían „nuestros trabajos, midiendo nuestra fuerza y nuestra aptitud en esta „empresa. Debemos estar á todo futuro evento, y no exponernos al „riesgo de haber trabajado para otros.„

„Cuando se recibieron en Francia estos informes y propuestas, en principios de 1845, acabábamos de salir de grandes empeños diplomáticos, y entrábamos en una lucha belicosa. Las cuestiones del derecho de visita y de Taiti habían tomado en el Parlamento proporciones muy superiores á su verdadera importancia, y nuestras relaciones con Inglaterra estaban muy comprometidas. Estábamos empeñados en América en el Río de la Plata, en Africa en la costa de Madagascar, y en expediciones difíciles, sin ser grandes, que dividían nuestras fuerzas marítimas. Teníamos, sobre todo, que atender á la insurrección general que había estallado en la Argelia, sostenida por Ab-el-Kader, la cual exigía, por nuestra parte, si habíamos de consolidar definitivamente nuestro establecimiento en Africa, un esfuerzo vigoroso que el mariscal Bugeaud debía dirigir, como gloriosamente lo hizo. Después de tales experiencias y á vista de tales negocios, las Cámaras y el país estaban poco inclinados á lanzarse en nuevas empresas lejanas, é inciertas en cuanto á la utilidad, la medida de los sacrificios y el éxito. El gabinete no hubiera hallado aprobación ni apoyo aun en sus amigos, si hubiera inten-

»Esta agregación fué muy perjudicial á Oyanguren, porque le imponía servicios propios de un gobierno establecido y regular, que se avenían mal con su principal objeto y misión. Pero él no pensó en ello en un principio, inadvertencia que le costó después muy cara; y lleno de

tado en los mares de China la ocupación de Basilan, pidiendo los recursos necesarios para llevarlo á efecto. Resolvimos, pues, no meternos en tales dificultades, y dirigimos á M. de La Grené, en 5 de Agosto de 1845, el siguiente despacho:

"Tengo el honor de acusar recibo de los despachos que me habéis „dirigido..... hasta el núm. 51 inclusive. El gobierno del Rey ha exa- „minado atentamente la cuestión de Basilan, según la exponéis en „vuestros informes y en los del vicealmirante Cecille. Después de ma- „dura deliberación, ha resuelto desistir de la ocupación de aquella isla. „Las dificultades innumerables de tal empresa; los sacrificios de hom- „bres y dinero que exigiría, cuyos límites no sería posible prever ni „fijar; la poca apariencia de que semejante establecimiento compensara „nunca los recursos que habríamos invertido en ella: todas estas razo- „nes que se desprenden de vuestros informes mismos, han debido con- „ducir al gobierno del Rey á la resolución adoptada.

„No podemos ocultarnos que para establecer nuestra soberanía en „aquel punto sería preciso sostener una lucha incesante con los indíge- „nas, cuyas agresiones nos arrastrarían, sin duda ninguna, á una guerra „de exterminio. Y puede ser que después de haber expulsado de la isla „á sus habitantes tuviésemos que abandonarla, si su clima, cuya salu- „bridad, al menos dudosa, sólo puede acreditar la experiencia, venía en „auxilio de nuestros enemigos, y á probar, diezmando nuestras fuerzas, „que no podíamos evitarla aunque la hubiésemos podido conquistar.

„Nuestra tarea sería no menos pesada en el exterior. La destrucción „de la piratería en aquellos parajes sería una obra penosa, cuya termi- „nación exigiría muchos años. Y es evidente, por otra parte, que to- „mando sobre nosotros esta carga, trabajaríamos en el interés casi ex- „clusivo de los pabellones extranjeros, porque todavía en mucho tiempo „no podemos esperar que nuestra marina mercante tome una parte con- „siderable en la navegación de aquellos mares.

„Fuera de las necesidades inherentes á la ocupación de Basilan, otras „consideraciones, que habéis también indicado, y que sería imprudente

confianza en los recursos de su genio, partió en dirección al seno de Davao, al mando de una escuadrilla provista á sus expensas, ó más bien á las de una sociedad que él mismo organizó, y de que formaba parte, y tripulada por hombres aptos y resueltos, entre ellos algunos españoles.

„desatender, nos obligarían, para estar á todo futuro evento, á fundar „nuestro establecimiento sobre un pie que no guarda proporción con „los intereses que había de fomentar ó defender.

„Por estos motivos viene á ser inútil discutir las pretensiones de la „España á la soberanía de la isla, pretensiones que parece habéis apre„ciado perfectamente; ni nos ocuparíamos en ellas sino en el caso de „que esta adquisición nos ofreciese ventajas incontestables.

„Dejo á vuestro arbitrio la forma en que debéis hacer saber á quien „corresponda la resolución del gobierno; pero no concluiré sin expre„saros su satisfacción por el cuidado que habéis puesto en evitar to„das las circunstancias que pudieran en cualquier manera haber coar„tado la libertad de resolver que se había reservado.

„El gobierno del Rey considera como terminada la misión que ha„béis tan hábilmente desempeñado en todas sus partes.„

„Todavía hoy en 1860, recordando en mi retiro cuál era en 1845 el estado de los espíritus en Francia y en Europa, creo que hicimos bien en no continuar una empresa que infaliblemente nos hubiera suscitado dificultades y causado choques que sus ventajas no compensarían. Si los gobiernos libres tienen el inconveniente de formar ó dar lugar á muchos proyectos y quimeras, tienen el mérito de sujetarlas á discusiones y pruebas que quilatan su valor y atenúan el peligro. La libertad política opone á las tentaciones que suscita las dificultades y dilaciones con que las rodea, y detiene en sus primeros pasos muchos malos designios y locos ensueños, que bajo otros gobiernos se podrían querer realizar á todo trance, comprometiendo gravemente al país. No obstante, á vista de la perspectiva que se presenta en el extremo Oriente, y de las tentativas europeas en China, no puedo menos de sentir que la isla de Basilan no sea nuestra, y no afiance á nuestras operaciones militares y comerciales actuales ó futuras en aquellos lugares un punto de apoyo y algo que ganar para lo venidero.

„Hubiera sido fácil acallar las objeciones de la España contra nues-

»Los hechos que inmediatamente tuvieron lugar en aquella comarca, podrían dar asunto para una corta, pero interesante epopeya, si se recogieran sus romancescos pormenores; pero la dificultad que esta tarea ofrecería, hace honor al intrépido caudillo, que atento solamente al objeto de sus proezas, no pensó nunca en hacer pomposa relación de ellas al gobierno, ni aun en referirlas á sus íntimos amigos. A principios del año 1849 estaba ya Oyanguren en pacífica posesión de todo el litoral del seno; había fundado la cabecera de Nueva Vergara, y comenzaba á dirigir sus miras á lo interior de la isla, mereciendo que por un decreto de 29 de Enero se declarase constituído en provincia aquel territorio con el nombre de Nueva Guipúzcoa, en recuerdo de su país natal. Muy oportunamente llegó á Davao por el mes de Abril el vapor *Elcano*, al mando del brigadier y comandante general de marina D. Manuel Quesada, con alguna infantería, con cuya cooperación atacó y tomó Oyanguren el fuerte bien defendido y población mahometana de Hijo, grande obstáculo que se

tro establecimiento; la adhesión del sultán de Joló no nos hubiera costado mucho; y si los datos adquiridos y observaciones hechas por M. de La Grené y el almirante Cecille son exactos, como debemos creerlos, aquella isla hubiera llenado muy bien el objeto que debíamos proponernos al ocuparla.„

Tal es el prefacio de M. Guizot á la obra de Oliphant, y bien merecen meditarse muchas de las importantes indicaciones que contiene.

(2) Un inglés trabaja con ahinco por coger el premio colocado en lo alto de resbaladiza cucaña, y los demás le animan y auxilian para que logre su intento.

A un francés, en igual caso, lo dejan sus paisanos confiado á sus fuerzas, pero sin estorbarle.

Comienza á escalar la cucaña un español, y sus compatriotas le tiran de los pies con todas sus fuerzas para que caiga.

presentaba para la comunicación con Linao, pueblo más de gentiles salvajes que de cristianos, dependiente en el nombre de la provincia de Caraga ó Surigao, cuya efectiva posesión y acceso aseguraba el libre tránsito por toda la cuenca del río Agusan hasta la costa N. de la isla, en un trayecto de 50 leguas.

»Podía ya afirmarse que Oyanguren había cumplido en todo lo esencial sus promesas, y debía empezar á recoger el fruto de los esfuerzos y sacrificios que para ello había hecho; pero las autoridades de Manila estuvieron muy lejos de cumplir, en cambio, el compromiso contraído á su favor por el general Clavería en representación del gobierno. La nueva provincia no tenía comunicaciones directas con la capital: el único buque del Estado que en ella se había visto fué el vapor *Elcano* en la ocasión referida; las pequeñas embarcaciones de Oyanguren no podían emplearse en tan larga navegación, distrayéndose de sus precisas y locales atenciones: este aislamiento dió motivo á algunas quejas y censuras de funcionarios que, considerando á Nueva Guipúzcoa en el mismo caso que las demás provincias del Archipiélago, exigían una puntualidad imposible en los multiplicados servicios que implícitamente se habían puesto á cargo de Oyanguren, más bien con respecto á los pueblos ó visitas de Caraga agregados á la provincia naciente, que con relación á los territorios conquistados que principalmente constituían esta misma; circunstancias muy singulares vinieron á hacer enojoso á personas influyentes el privilegio exclusivo de comercio que había obtenido: faltaba ya el gobernador Clavería, bajo cuyos inteligentes y desinteresados auspicios había arriesgado su vida y su fortuna; y el marqués de la Solana, capitán general de las islas en 1852,

halló pretexto en aquellas censuras para destituirle, sin ningún miramiento á sus grandes servicios, del cargo que había obtenido, no por gracia á munificencia, sino con título oneroso. Dió comisión á un capitán de infantería para que fuese á Nueva Guipúzcoa en un vapor del Estado, y le hiciese embarcar en él inmediatamente, ocupando su lugar. Luego en Manila le comunicó un decreto, separándole del mando de la provincia, á causa, según en el mismo se expresa, «del miserable estado y atraso en que ésta se encontraba;» palabras que descubren y prueban ellas solas la iniquidad de aquel procedimiento; porque ¿cómo se podía culpar del atraso de una provincia al mismo que acababa de crearla?

»Apeló Oyanguren á la Audiencia de aquel decreto; pero su ánimo había venido á un estado de irritación y de impaciencia poco á propósito para dirigir y sostener un largo y desigual litigio contra un adversario tan poderoso como era aquel gobernador: no volvió, pues, á levantarse de su ruína, y con su muerte, acaecida después, en 1859, se terminó este asunto á satisfacción de los que causaron su daño ó á él contribuyeron (1).»

(1) *La isla de Mindanao, su historia y su estado presente, con algunas reflexiones acerca de su porvenir*, por D. Agustín Santayana, Director que ha sido de la Administración local de Filipinas: Madrid, 1862.

CAPITULO XXVII.

Mando del general Clavería.—Ordena al coronel Peñaranda reconozca la isla de Balanguingui.—Es agredido éste y rechazado por el datto de la isla, y regresa á Manila.—Vencidas dificultades imperiosas, efectúa Clavería una expedición contra Balanguingui.—Fondea con la escuadra frente á ella y se efectúa el desembarco en buen orden.—Manda atacar el fuerte de Balanguingui.—Enérgica defensa de los piratas.—Ordena el asalto; resultan largas las escalas, y los moros detienen el empuje del ejército.—Redobla éste su valor y cae en su poder la fortaleza tras de heróica lucha.—Los expedicionarios atacan la cotta de Sipac.—Sus defensores la defienden con fiereza.—Horrible combate con pérdidas de ambas partes.—Escalan los soldados la cotta.—Los piratas, viéndose perdidos, dan muerte por sus propias manos á sus mujeres é hijos, y se lanzan á morir matando.—La toma del fuerte disminuye tan horrible hecatombe.—Considerables bajas por ambas partes.—Cógense importantes despojos.—El ejército se apodera también de las cottas de Sungap y Bucotingol.—Destrozos en las guaridas de los piratas.—Entusiasmo en Zamboanga y Manila por la victoria alcanzada.—Festejos y honores al vencedor.—Consideraciones acerca de esta campaña.—Los joloanos rechazan el ataque de dos buques holandeses.—Intentona del datto Tampán.—Exploración del jefe del apostadero sobre Balanguingui.—Castiga el gobernador de Zamboanga á los piratas de Maluso.

En 1845 el coronel D. José María Peñaranda, secretario del gobierno superior civil de Filipinas, embarcó en la fragata *Esperanza*, mandada por el capitán de navío D. Cristóbal Mallén, ignorándose en Manila el rumbo del buque y la comisión encomendada al celo de aquel inteligente funcionario. Llega la *Esperanza* á Zamboanga, reclama el comisionado el auxilio de al-

gunas falúas, y se hace de nuevo á la mar, anclando á los pocos días al N. de la isla de Balanguingui, frente á su fuerte principal.

Procuró Peñaranda comunicarse con el datto de la isla; pero el soberbio pirata se negó á ello intimándole que abandonara inmediatamente aquellas aguas, pretensión que apoyó á poco con los cañones de su fortaleza rompiendo el fuego sobre la fragata y las falúas.

Ante una agresión tan injustificada, decidió Peñaranda el desembarco con ánimo de escalar el fuerte; pero el crecido número de piratas, la superioridad de su posición y la evidencia de los cortos recursos con que contaba para una empresa de tal naturaleza, le obligaron á refrenar su coraje, retirándose con pérdida de algunos soldados y la del comandante Rodríguez, jefe de la vanguardia.

Eran en aquella época las islas Samales, y principalmente Balanguingui, el foco de la piratería; y á examinar sus medios de defensa y á cerciorarse de aquellas noticias, obedecía la visita de exploración realizada por el secretario del gobernador del Archipiélago, Don Narciso Clavería.

Este valiente general, uno de los más ilustres gobernadores que ha habido en Filipinas, al ver la incalificable conducta de los piratas y su menosprecio de los tratados vigentes, determinó dirigir en persona una expedición á sus islas, si bien dificultades insuperables le impidieron realizarlo hasta principios de 1848.

La escuadra alistada para dicha empresa, á las órdenes del brigadier de la marina real, D. José Ruiz de Apodaca, se componía de los vapores de guerra *Elcano*, *Magallanes* y *Reina de Castilla*, de 100 y 160 caballos de fuerza respectivamente; los bergantines de transporte

Constante (1), *Guadiana* y *Senejayen*, estos dos fletados por la Hacienda y convoyados por dos pailebots de guerra, y una división de la marina sutil.

El 27 de Enero salieron para Dapitan, en los expresados bergantines, tres compañías de ejército, al mando del teniente coronel D. Andrés Arrieta.

El 6 de Febrero embarcaron en los vapores *Elcano* y *Magallanes* un piquete de alabarderos, otro de seguridad pública, una sección de artillería con dos obuses de campaña, otra sección de obreros de ingenieros con un pequeño parque y dos compañías del ejército. En el *Reina de Castilla*, que arbolaba la insignia del comandante general Apodaca, embarcó el general en jefe Clavería, con su estado mayor, siendo saludado al verificarlo por los cañones de la plaza. A los cuatro días de su partida de Manila, el 10, fondearon los vapores en Dapitan, y el 11 salieron, juntamente con los bergantines transportes para la Caldera, en donde se les reunió el gobernador de Zamboanga, D. Cayetano Figueroa, á quien acompañaban 150 denodados voluntarios zamboangueños con sus vintas. En la tarde del 12 encamináronse todas las fuerzas á la isla de Balanguingui, en cuya costa septentrional anclaron el 13 los vapores y al día siguiente los demás buques de la escuadra (2).

(1) De la propiedad éste del acaudalado comerciante de Iloilo Don Joaquín Ortiz, quien lo cedió gratis, yendo él á su bordo al frente de algunos paisanos armados á su costa.

(2) "La isla de Balanguingui, situada á 6° 5′ 30″ latitud Norte y 125° 24′ 20″ longitud Este del meridiano de Madrid, tiene escasamente seis millas cuadradas de superficie: es llana, cubierta por todas partes de mangles y maleza; de suelo tan bajo, anegadizo y pantanoso, que, al crecer la marea, apenas deja en seco algunos pequeños arenales donde se descubrían los fuertes, y á la inmediación de éstos muchos esbeltos rosales y grupos de casas de tabla y nipa, construídas sobre pequeños

El 15 se practicó un reconocimiento de la costa y fuerte de Balanguingui, que decidió el general en jefe atacar el primero.

Al amanecer del 16, aprovechando la baja marea, única hora en que el fuerte queda aislado, se comenzó el desembarco con perfecto orden. Cuatro falúas, un bote del *Reina de Castilla* y tres vintas de zamboangueños, bajo el mando del teniente de navío D. Fer-

postes de madera para aislarlas de la humedad del suelo. Un canal principal y poco profundo divide la isla en dos porciones, y de éste parten un sinnúmero de brazos, esteros y canalizos, en distintas direcciones y de escasísimo fondo, los cuales se comunican y enlazan entre sí haciendo de la isla un verdadero laberinto.

„Las fortificaciones consistían en cuatro fuertes aislados, uno al Norte y tres al Sur, y éstos, según el orden de importancia, se llamaban Sipac, Balanguingui, Sungap y Bucotingol.

„El fuerte de Sipac era un gran reducto de planta irregular, reforzado por los pequeños torreones que flanqueaban las caras con dos órdenes de fuegos de artillería; los muros estaban formados de gruesos troncos de árbol de uno y medio á dos pies de diámetro, enterrados cosa de una vara, perfectamente unidos y colocados en dos, tres ó más filas paralelas, según el espesor variable de la muralla, distantes entre sí unos cuatro ó cinco pies, y relleno este espacio encajonado de gruesas piedras, tierra y arena; la altura iba en disminución del exterior al interior, siendo en aquella parte de 20 pies. Su espesor en el frente del mar y en el de tierra más expuesto á los ataques, no bajaba de 18 pies; pero era bastante menor el de las caras que daban sobre los mangles y pantanos. La artillería más baja la tenían colocada en unas casamatas rasantes abiertas en el espesor de los muros, y los cañones más ligeros y las lantacas, en un segundo orden ó batería al descubierto. La figura de las casamatas era la de una pirámide cuadrangular truncada, con la base menor tirando á la campaña, en donde sólo tenía una abertura suficiente para dejar paso á la extremidad de la caña de la pieza; se asemejaban, por lo tanto, á una gran cañonera invertida, ó á una enorme aspillera.„—(*Reseña histórica de la guerra al Sur de Filipinas*, por el coronel D. Emilio Bernáldez: Madrid, 1857.)

Los demás fuertes venían á tener idéntica construcción y artillado.

nando Fernández, recogieron del vapor *Elcano* las tropas que conducían, tomando éstas posición para proteger á las demás. Otras cuatro falúas, un bote del vapor *Elcano* y cuatro vintas de zamboangueños, al mando del teniente de navío D. Domingo Medina, transportaron á tierra las fuerzas del bergantín *Guadiana;* las lanchas de los buques transportes y tres botes de los vapores, á las órdenes del alférez de navío D. Claudio Montero, hicieron igual operación con las tropas que iban en los bergantines *Senegayen* y *Constante,* concediéndose á los voluntarios zamboangueños la honrosa distinción de ser los conductores de las escalas de asalto que habían de arrimar al muro.

Dos vapores de guerra, dos pailebots y algunas fuerzas sutiles comenzaron á cañonear el fuerte; pero sus disparos, á pesar de ser certeros, no producían daño alguno, porque las balas se empotraban en las empalizadas rellenas de arena que circuían el fuerte, reforzándolas en vez de abrir brecha. El efecto de las granadas era casi nulo: sólo las que arrojadas por elevación caían casualmente en el interior de la obra, hicieron algún daño. A las ocho de la mañana se formó la columna de ataque con tres compañías de infantería y los 150 zamboangueños, más otra compañía de reserva. A dicha hora desembarcó el capitán general con su estado mayor, arengó con energía á las tropas y enardecidas éstas corren al asalto. Fijan las escalas, que resultan largas, y arregladas allí mismo, quedando heridos los coroneles Peñaranda y Figueroa, suben los valientes soldados con arrojo, y á pesar del tiroteo de los moros, de su desesperada resistencia, de su furor salvaje, cuando ya se dudaba del éxito, mediante un supremo esfuerzo, los nuestros logran penetrar en el fuerte, es-

capando los piratas á ocultarse en los mangles, donde los persigue la compañía de reserva. Otros se arrojan al mar pereciendo en sus aguas, ó por efecto de la persecución de los tripulantes de las falúas y vintas. Las pérdidas de los moros se calcularon en 100 muertos. Las del ejército en 7 muertos y 50 heridos y contusos. En el fuerte se ccgieron 14 piezas de artillería y abundantes municiones. Clavería felicitó al ejército por su triunfo (1) y á la marina (2).

(1) "Orden general del 17 de Febrero de 1848 en Balanguingui.—¡Soldados! Las esperanzas expresadas en la orden general del 15, fueron ayer enteramente cumplidas. Balanguingui fué nuestro, no sin resistencia, no sin valor de sus defensores; pero el vuestro fué mayor, y escalando esos muros de tanta nombradía en este Archipiélago, dísteis pruebas de lo que valéis y de lo que puede esperarse de vosotros.

„Las tres compañías de ataque de los regimientos de Asia, 1.º de línea y 2.º de ligeros y 2.º de línea que formaban la reserva, maniobraron como en un ejercicio, y á la señal de ataque los bravos que las componen nada dejaron que desear. ¡Honor al ejército filipino! y honor á la marina, que con sus fuegos, sus auxilios y la decisión personal de todas sus clases preparó y ayudó al triunfo que ha privado á los piratas de su nombrado fuerte, de 14 piezas de artillería y de más de 80 hombres, que han perecido en las puntas de las bayonetas, por la metralla de las falúas y ahogados en la fuga, cuando viéndoos dentro del fuerte se tiraron por los muros, conociendo ser vana su resistencia. Preparaos, soldados, á otro triunfo. El fuerte de Sipac, igual ó mayor que el de Balanguingui, nos espera, y confío que vuestro valor tremole en él muy pronto la bandera de Castilla. En este ataque tendrán lugar de distinguirse los que ayer no pudieron trabajar por la limitación del terreno. Yo os veré también, y premiaré y propondré á S. M. las recompensas debidas al mérito, cuando adquiera los datos necesarios para ser justo. —Narciso Clavería.„

(2) "Como verá V. S. en la adjunta copia de la orden general de hoy, hago una honrosa mención de la marina de su digno mando en la función de ayer, y me complazco en asegurar á V. S. he quedado satisfecho, no sólo del acierto con que se colocaron las fuerzas navales, sino de la franca y decidida cooperación que ví en los señores jefes y

Tomado Balanguingui, dirigióse la escuadra al Sur de la isla para atacar la *cotta* ó fuerte de Sipac. Previamente construye el ejército, bajo la dirección de los ingenieros, en la próxima isla del Farol, 200 faginas y 50 escalas de las dimensiones necesarias, practicándose algunos reconocimientos por tierra. El inteligente capitán de ingenieros, Bernáldez, dirigió la construcción de una batería á 400 varas del fuerte de Sipac, hecha con «tablones extraídos de los pisos de las casas más inmediatas, de fajas, faginas y piedras sueltas, únicos materiales que se encontraban á mano,» invirtiéndose en estas operaciones los días 17 y 18. En la noche de este último se verificó el desembarco, no sin dificultades por la estructura de la costa, teniendo que ir los soldados cerca de una milla con el agua á medio muslo. Al amanecer del 19, la artillería de los buques y los obuses, colocados en la batería la noche antes, rompieron el fuego atronando el espacio. El general Clavería desembarca con su estado mayor y una brigada de marina. La presencia del noble caudillo anima á los soldados. Dada la orden de avanzar, lo ejecutan las tropas con admirable serenidad: el terreno está erizado de picos, y una descarga general pone á 35 hombres fuera de combate; mas en vez de acobardarse, arrojan lejos de sí las faginas que les embarazan y corren á escalar el fuerte. La lucha es desesperada, titánica, heróica por ambas partes. Los moros se defienden como fieras. Los nuestros avanzan con intrepidez irresistible.

oficiales, tropa y marinería, animados de los sentimientos más decididos para lograr la victoria, que se debió á los unánimes esfuerzos de los que componen esta expedición. Igual cooperación, igual entusiasmo, igual esfuerzo para obtener iguales resultados, espero en el próximo ataque de Sipac.„

Fijan, al fin, las escalas; suben y son rechazados; acuden otros, y se consigue al cabo penetrar en el fuerte, cuyo horrendo aspecto aterra, por la multitud de cadáveres que en él hallan y por el sombrío aspecto de las llamas cebándose en el caserío. Muchos moros, por evitar que sus mujeres é hijas cayeran en poder de las tropas, les dan la muerte. Las pérdidas de los piratas fueron crecidas. Para evitar una epidemia quemáronse sobre 340 cadáveres. A 150 prisioneros, la mayor parte mujeres y niños, casi todos heridos, se les prestó toda clase de auxilios y cuidados. El mar y los pantanos descubrieron también multitud de cadáveres (1). De los expedicionarios hubo 16 muertos, 124 heridos y 22 contusos. Entre los oficiales muertos lo fué el capitán

(1) Es curiosa la siguiente carta dirigida al sultán de Joló por una mora prisionera en Sipac:

"Empiezo á hacer la más clara relación de lo ocurrido, y doy las gracias á Dios, de todo corazón, encargándole mil saludos, y rogándole al mismo Dios le colme de toda felicidad.—Un sácope suyo le remite esta carta juntamente con Dayda, á causa de las seis personas entre hombres y mujeres que ahora se hallan aquí en poder de los cristianos.—Yo y Dayda pasamos á comunicar al datto Nasadolin y á su hijo Jaguniguin.—El vapor negro descargó muchos cañonazos hasta el mediodía, y ya no hemos podido aguantar.—Permanecieron seis días hasta que acabaron de destruir nuestra fortaleza.—Sentimos la mayor aflicción, y así preferimos el sepulcro.—Escuchadnos, sácopes del sultán, y estar seguros que desde nuestros antepasados no se ha visto una ocurrencia semejante y tan fatal.—El capitán Olancaya habló entonces: moriremos mártires todos á un mismo tiempo, pues ya es el último fin de nuestras devociones.—Y dijo á Otó, su hijo, que ya no había remedio; ¡oh Imán Baidola, moriremos los dos juntos!—Dina dijo: tío mío, no hay que acobardarse; moriremos mártires todos, y saldremos de este mundo.—Contestó Donoto: no hay que detenernos, por las vidas de nuestros abuelos. —Binto repuso: padre mío, no hay por qué detenernos; vamos á morir peleando, y no nos separemos más.—Al sultán de Joló.—Es procedencia del sácope Camarang."

D. J. M. Ataide; salieron heridos los ayudantes del general, capitanes D. Toribio Escalera y D. Luis Escario; el teniente de infantería D. Manuel Robles; los subtenientes del mismo cuerpo, D. Francisco Gil Jurado, D. Francisco Olaguer, D. Mariano Montilla, Don Antonio García del Canto; el de carabineros de Seguridad pública, D. Joaquín Ortiz, y el capitán de ingenieros D. Emilio Bernáldez.

Se cogió á los piratas muchas banderas, gran número de armas blancas y de fuego, 66 piezas de artillería, casi todas de bronce; balas, metralla, pólvora, piezas de sedería y brocado, vajillas de plata, vasos, brazaletes y otros objetos de oro y varios alcoranes en lengua arábiga. También rescataron 300 cautivos entre filipinos y neerlandeses. La orden general pasada al ejército el 20 de Febrero, pinta con vivos colores el tremendo combate del 19 (1).

(1) "Soldados: Este fuerte ha cedido ayer al acierto de los tiros de los buques de guerra de la batería del ejército, y al valor de sus soldados, de la brigada de marina, que voluntariamente se han ofrecido al asalto, y al de los briosos zamboangueños. Sus defensores han manifestado una decisión digna de mejor causa y una ferocidad propia de su carácter. Vosotros, al oir mi orden, mi *¡Viva á la Reina!* y el paso de ataque, os precipitásteis bajo los muros entre los escollos con que se intentaba detener vuestro ardor, entre lluvias de balas, metralla, piedras y fisgas arrojadizas: nada os detuvo, soldados, marineros y paisanos de la expedición, á coronar un muro de seis varas de altura, donde se ofreció otro obstáculo que vencer en el valladar improvisado con que los piratas quisieron deteneros. Mejor hubiera sido para ellos y para la humanidad no contener así vuestro arrojo..... porque causó el espectáculo de ocupar vosotros dos lados del fuerte y el enemigo los otros dos, quedando en el centro grupos de mujeres y niños, que en el concepto de invulnerables se habían encerrado en este recinto, sufriendo el fuego de unos y otros. ¡Contaron sin duda con su valor para defenderse, y no con el vuestro para atacarlos!!! Todo lo arrollásteis al fin, y entonces se vió á

Aprovechando el desconcierto de los moros, ordenó el general al capitán D. Gregorio Bárcenas que con su compañía de carabineros del segundo de ligeros persiguiera á los fugitivos y procurara apoderarse por sorpresa de la *cotta* de Sungap, inmediata á la anterior. Así lo hizo, no sin precauciones, porque se temía una traición viéndola indefensa. Arrimadas las escalas, subió un soldado, é inmediatamente se le vió caer herido de *campilán* por el alcaide del fuerte, único defensor que allí existía, quien prefirió defenderlo él solo á que fuese

algunos de aquellos bárbaros introducir sus campilanes y lanzas en el seno de sus mujeres y niños por no entregarlos, y arrojarse á la muerte sin rendirse. Escena terrible es la que se presentó á mis ojos cuando subí tras de vosotros á contener vuestra indignación, y me complazco, sin embargo, en anunciar que vi algunos actos generosos que prueban sois tan valientes como humanos. El fuerte estaba lleno de cadáveres palpitantes, despedazados por las granadas, fusilería, sables y bayonetas. Trescientos cuarenta sacados de él prueban la obstinación de su defensa.—Los que huyeron logrando tirarse del alto del muro, fueron perseguidos por la compañía de carabineros del 2o de ligeros, preparada al efecto, sin dejarles lugar á encerrarse en el segundo fuerte, de que aquélla tomó posesión; y en menos de una hora de rudo combate cayeron en nuestro poder 79 piezas de artillería, casi todas de bronce, de los calibres de 8 á 1, quedando dueños de casi toda la isla abrigo de los piratas que infestan estos mares.—Las naciones que tienen en ellas establecimientos os deben este servició importante, y los muchos cautivos rescatados su libertad. Muy pronto ocuparemos todo el resto, y acabando de destruirles los medios de vivir, los de defensa y sus muchos pancos y embarcaciones que servían al pirateo, iremos á descansar orgullosos de haber hecho un gran servicio al género humano, y muy particularmente á Filipinas, dejando al Archipiélago una prueba de que no se os insulta impunemente.—Los bravos guerreros de ayer se han humillado hoy ante Dios pidiendo por el alma de los cristianos que ayer sacrificaron su existencia. Todos hemos asistido á los funerales que la pompa marcial y religiosa posible en estas circunstancias ha preparado á los restos del capitán Ataide y demás que ayer murieron..... Séales ligera la tierra que han bañado con su sangre.—Clavería.„

tomado sin ese trabajo. En Sungap se cogieron 13 cañones pequeños (1).

El día 25 se dispuso el ataque contra el fuerte de Bucotingol, que fué tomado sin gran trabajo por hallarse descuidados sus defensores, encontrando tres cañones. Mandó el ataque el coronel Peñaranda, á cuyas órdenes iba el capitán de ingenieros Munárriz, una compañía y algunos zamboangueños.

Las vintas y botes recorrieron todos los canales, arrasando los pueblos de Buasuan, Suitan, Pahat y Pandanpandanan, quemando las casas, talando 8.000 cocoteros y apoderándose hasta de 10 cañones más. Las fortalezas fueron destruídas por medio del incendio, reembarcándose las tropas con los heridos, prisioneros y cautivos el 25 por la tarde (2). Tras breve detención en las islas de Tonquil y Pilas los días 26 y 27 para notificar á sus moradores el castigo impuesto á Balanguingui, llegó Clavería á Zamboanga el 28 y al día siguiente el

(1) Es curioso también el siguiente rasgo de fanático valor que describe Bernáldez: "Un moro principal se fué hacia la estación de lanchas y falúas fondeadas en la boca del canal; la tripulación de estos buques vió que se acercaba lentamente en dirección suya un hombre con altivos ademanes, sereno, mirando á todos lados con indiferencia al parecer, y su cris en la cintura; como era natural, no hicieron prevención alguna, suponiendo, al verlo solo, que vendría á pedir indulto, ó que sería tal vez un cautivo que se libertaba, cuando en el punto de pisar aquel hombre la borda de la falúa que encontró más cerca, tiró del cris y se lanzó con gran furia sobre el primer soldado que pudo alcanzar; es decir, que fué á buscar una muerte segura, sin otra esperanza ni consuelo que el de hacer, ante todo, el mal que en su mano estuviera."

(2) El resultado de la expedición, fué:

124 piezas de artillería cogidas.

450 moros muertos, 6 prisioneros y 200 mujeres y niños, y

200 á 300 cautivos rescatados.

La artillería cogida á los moros, fué:

resto de la escuadra y tropas. Con este motivo tuvieron lugar grandes festejos en celebración de la victoria alcanzada, y solemnes honras fúnebres por los que pagaron con su vida el tributo debido á la patria.

Clavería impuso á los sultanes de Mindanao é islas vecinas nuevas condiciones. Al saberse en la capital del Archipiélago el triunfo obtenido, hubo en todo el vecindario una grande explosión de gozo, y á su regreso á Manila fué recibido en triunfo, así el vencedor como el ejército expedicionario.

El gobierno premió al capitán general con los títulos de conde de Manila, vizconde de Clavería, gran Cruz de San Fernando, etc., etc.

PIEZAS.	De bronce.	De hierro.
Obús de 6	1	»
Cañón de 24	»	1
de 12	»	1
de 8	1	2
de 6	2	2
de 4	10	2
de 3	2	»
de 2	12	5
de 1	6	9
Culebrina de 2	1	»
Falconetes de 4	2	»
de 2	2	»
Lantacas	41	»
Cañones inútiles de varios calibres	»	4
	80	26

Balerío, 200 balas de varios calibres.
Metralla, seis arrobas.
Varios sacos de pólvora.

El Ayuntamiento de Manila le regaló una lujosa espada.

El comandante general de marina fué nombrado jefe de escuadra (1).

La necesidad de la expedición que dejamos relatada no puede discutirse, porque la insolencia de los piratas tenía aterrorizados los pueblos de Visayas é interrumpido el comercio entre aquellos puertos. Dada la importancia de los fuertes rendidos, los medios de defensa con que contaban sus defensores y las poquísimas fuerzas de que disponía el general en jefe (500 hombres), es indudable que como triunfo militar nadie puede regatearle su mérito. Pero se malogró el éxito, como tantas veces antes, por no quedar de una vez ocupadas las poblaciones de los moros por nuestras tropas, sacrificio de cuantía, ciertamente, por los gastos y por el número de hombres que eso requiere, pero compensable con el resultado definitivo, pues si se suman los millones que poco á poco ha ido consumiendo al Estado la incesante guerra de los piratas malayo-mahometa-

(1) En el parte de esta campaña, dirigido por el general en jefe desde Zamboanga con fecha 28 de Febrero al secretario de Estado y del Despacho de Guerra, después de ensalzar el valor de las tropas, y con especialidad de los coroneles Figueroa y Peñaranda y capitanes de ingenieros Munárriz y Bernáldez, decía de la escuadra:

"Del comportamiento individual de los que componen esta marina, dará cuenta su comandante general. En esta comunicación no quiero dejar de tributar el justo homenaje debido á una decisión franca y espontánea en todas las clases, á un deseo general del trabajo sufriendo con entusiasmo el mucho que ha habido, el sumo acierto y valor en las operaciones y á la recomendación general de este benemérito Cuerpo, cuyo comandante general, el brigadier D. José Ruiz de Apodaca, nada me ha dejado que desear, y al que juzgo muy acreedor á que S. M. dé una prueba de su real agrado premiando sus dilatados y buenos servicios."

nos; el contingente de tropas que ha sido preciso mantener en pie de guerra para luchar con ellos; las bajas habidas en continuos combates, y los inmensos daños en individuos é intereses materiales que han padecido las provincias de Filipinas, resulta preferible aunar esos esfuerzos y concluir de una vez con la piratería ocupando militarmente sus islas y sus salidas al mar por medio de la marina. Ya emprendida la expedición, debió el general Clavería hacer un esfuerzo más, y aprovechando el ascendiente moral de su triunfo, ir á Joló sin pérdida de tiempo, rendir sus posiciones y evitar, ya que no otra cosa, la expedición de Urbistondo en 1851.

Si las acertadas medidas del insigne Corcuera, al ocupar á Joló, hubieran subsistido, seguramente los piratas estarían sometidos y anulados desde hace más de un siglo. El resultado práctico del castigo impuesto á los piratas es evidente, comparando lo ocurrido en 1847, en que pasaron de 450 los indios hechos cautivos por los moros, mientras que en 1848 no lo fué ninguno y en 1849 sólo hubo tres.

La saludable influencia de la expedición contra Balanguingui se dejó sentir en las posesiones extranjeras vecinas, hasta el punto de que el gobernador general de las holandesas escribió al gobernador de Filipinas en 25 de Febrero de 1849: «Á los esfuerzos enérgicos y reiterados de V. E. se debe principalmente que la audacia de estos piratas haya disminuído mucho. Por tanto, V. E. ha adquirido derechos al reconocimiento del mundo civilizado y de la Holanda en primer lugar.»

Holanda había mostrado repetidas veces su deseo de ocupar algún territorio en la parte Sur del Archipiéla-

go filipino, resultando siempre inútiles sus tentativas encaminadas á semejante propósito.

Por Abril de 1848 se presentaron en la rada de Joló dos corbetas de guerra holandesas, con la pretensión de que les fuesen devueltos algunos cautivos, negándose á ello el Sultán y los dattos. Cañonearon entonces la población por espacio de veinticuatro horas; mas contestadas con acierto por los fuertes de la plaza, y en vista de las averías de uno de dichos buques, se vieron precisados á regresar á Borneo.

El espíritu general de los malayo-mahometanos es, sin embargo, la guerra sin tregua á nuestros pueblos y constante pirateo.

El 2 de Diciembre de 1848 participó al Sultán de Joló el datto Paulima Tampán, jefe de una respetable armadilla, que salía á piratear contra las costas sujetas al dominio de España. Quiso impedirlo el Sultán, pero despreciando su consejo se hizo á la mar; llegó á la isla de Paat, del grupo de Balanguingui; se proclamó Sultán independiente; edificó 40 casas, y reuniendo 400 hombres de armas, comenzó á fortificar la isla.

Inmediatamente que supo este hecho el comandante de las fuerzas sutiles de la división de la Isabela de Basilan, partió con cuatro falúas y el pailebot *Pasig* á sorprender á los moros, cayendo inesperadamente sobre Paat. Batió, en efecto, á los piratas; puso fuego á sus casas, destruyó sus comenzadas baterías y embarcaciones, y les cogió todo su armamento. Insistentes rumores de que los moros pensaban fortificar de nuevo á Balanguingui, determinaron el que en Febrero de 1849 saliera de Manila el comandante general del apostadero con dos vapores de guerra, á cuyo bordo iba una compañía de infantería. En Zamboanga se le unieron

cinco falúas, ocho vintas y varios lancanes tripulados por 70 voluntarios armados. El 27 desembarcó Quesada en Sipac y reconoció la isla, sin hallar ningún moro. Hizo derribar una estacada recién construída, quemó algunas casas y muchas embarcaciones menores. De Balanguingui pasó la escuadrilla á Lob, puerto de la isla de Tonquil. Sus habitantes arbolaron bandera blanca; y habiendo ajustado una capitulación el Paulina Bombali con el comandante general, izó aquél en su territorio la bandera española. Estuvo á continuación la pequeña escuadra en las islas de Tapia, Tantanan y Pilas, sin que nada notable ocurriese, regresando á Zamboanga. Después de una breve estancia en Davao, para recomendar á sus dattos que no molestaran á los pueblos vecinos, volvió Quesada á Manila. Supo el gobernador de Zamboanga que algunos habitantes de Maluso habían ido á Iloilo en son de guerra; marchó á dicho punto (29 de Mayo de 1849), seguido del jefe de ingenieros de dicha plaza, del de las fuerzas sutiles y de 100 hombres con una lancha, cinco falúas y 10 barotos, penetrando en el río Maluso el 31. Vencidas las dificultades que su navegación ofrecía y las que originara el desembarco, sostuvo un vivo tiroteo con los moros, que huyeron precipitadamente. En el acto mandó quemar sus casas y destruir sus sembrados y embarcaciones. De regreso esta expedición, se cruzó con el vapor inglés *Manander*, capitán Keppel, cuyo buque conducía á Sir James Brooke, agente de Inglaterra en Borneo y gobernador de Labuan é islas adyacentes, de quien vamos á ocuparnos.

CAPITULO XXVIII.

Aspiraciones de los ingleses á ocupar territorios de Joló.—Historia de Sir James Brooke.—Sus tratados con el Sultán de Borneo.—Llega á Zamboanga.—Pasa á Joló y celebra con el Sultán un tratado contrario á los intereses de España y en que se desconoce su soberanía sobre aquel Archipiélago.—Va á Joló el gobernador de Zamboanga, demuestra á los dattos su mal proceder y deciden enarbolar en sus islas la bandera española.—Altérase la plebe con esta novedad.—Regresa á Zamboanga el gobernador, quedando las cosas *in statu quo*.—Proyectan los piratas de Guimbarang sorprender el fuerte de la Isabela de Basilan y son rechazados.—Va una expedición á destruir sus pueblos.—Depredaciones de los piratas de Tonquil en Samar y Camiguin.—Reclama el gobernador de Filipinas contra semejantes atentados.—El Sultán y su consejo se declaran impotentes para reprimir esas piraterías, dejando su castigo al cuidado de aquella autoridad.

Demostradas quedan en esta HISTORIA las aspiraciones de los ingleses á introducirse en los territorios dependientes de la sultanía de Joló.

La constancia y extraordinario sentido práctico de aquella nación, halló un auxiliar valiosísimo en el célebre Sir James Brooke, cuya historia es singularmente curiosa (1). Este hábil personaje había conseguido ajus-

(1) Nacido en 1803 en Bandel (Bengala), donde su padre desempeñaba uno de los empleos civiles de la Compañía de las Indias, M. Brooke comenzó por servir en el ejército, comprando un despacho de oficial; pero como en la guerra contra los birmanes recibiese en Rungpour una herida grave, abandonó la carrera militar para viajar por la Malesia. A la muerte de su padre, dueño de una fortuna considerable, compró un

tar, á nombre de S. M. B., un tratado con Omar-Alí-Saifadeen, Sultán de Borneo, en 27 de Mayo de 1847, obteniendo, entre otras muchas franquicias, la cesión de la isla de Labuan, con sus mares, estrechos é islotes adyacentes, ratificando y ampliando igual concesión hecha en 1845. En virtud, pues, de este convenio, llegó á reunir los títulos de Rajah de Sarrawak, gobernador de Labuan y agente y cónsul de Inglaterra cerca de los príncipes independientes de Borneo.

El 6 de Enero de 1849 arribó á Zamboanga la fragata de guerra inglesa *Mœander*, al mando del famoso

yacht armado en guerra, el *Royaliste*, de 140 toneladas, perteneciente al *Royal Yacht Squadron*, y gozando por este título de los privilegios de un buque de la marina militar, organizó con esmero su dotación, la ejercitó durante tres años en todos los mares de Europa, y después, el 27 de Octubre de 1839, le puso á la vela para el mar de China, con el objeto declarado de destruir la piratería. Desembarcó en Sarrawak; se ganó el afecto de Muda-Hassim, tío materno del Sultán Omar-Alí; le ayudó á reprimir una rebelión de dajaks, y se hizo adjudicar el gobierno de Sarrawak con el título de Rajah independiente, título que le fué confirmado, no sin resistencia, por el Sultán en 21 de Setiembre de 1841.

Dueño de un vasto territorio, apenas desmontado, y poblado de una raza belicosa, M. Brooke quiso hacer desaparecer los hábitos seculares de piratería, lo que no consiguió sino con la ayuda de buques de la marina inglesa y vertiendo arroyos de sangre. La opinión pública se irritó en Inglaterra y designó con el nombre de precio de sangre (*head money*) el dinero destinado á pagar el exterminio de los piratas, cuyas cabezas pregonadas no habían costado menos de 500.000 francos.

Pronto se presentó una nueva ocasión de intervención para la Inglaterra: el Sultán de Brunei hizo asesinar á Muda-Hassim y á los principales partidarios de los ingleses, y el almirante Cochrane, llamado por M. Brooke, fondeó con una escuadra en la rada de Brunei, derrotó al ejército del Sultán y obligó á éste á ceder á Inglaterra la isla de Labuan, que domina toda la bahía de Brunei (1846).

Vuelto á Inglaterra en 1847, el Rajah de Sarrawak fué acogido con los más altos honores, alcanzando una gran popularidad. Recibió la

capitán Keppel, y en ella iba M. Brooke, de quien se llegó á saber que gestionaba con el Sultán de Joló un tratado contrario á los intereses de España. Algunos meses después se trasladó á Joló, á bordo de la fragata inglesa de guerra *Nemesis*, y pudo, en efecto, ajustar con el Sultán un tratado en 29 de Mayo de dicho año, que titulaba de comercio, pero cuyo art. 7.° decía: «S. A. el Sultán de Joló, para precaver toda futura ocasión de desavenencias, promete no hacer cesión alguna de territorio dentro de sus dominios á ninguna otra nación ó á súbditos ó á ciudadanos de ellas, ni á reconocer vasallaje ó feudalidad á ninguna otra poten-

condecoración del Baño, el título de gobernador de Labuan con un sueldo de 2.000 libras esterlinas (50.000 francos), y fué puesto á sus órdenes un barco de guerra. Más tarde, M. Hume y otros miembros de la oposición, reprodujeron en la tribuna las acusaciones á que había dado lugar la matanza de los piratas. M. Brooke fué á Inglaterra y pidió una información que dió por resultado se declarasen insuficientes los cargos lanzados contra él (1).

Sir James Brooke ha trabajado desde entonces por civilizar su reino, al mismo tiempo que por engrandecerlo, con toda la paciencia y energía del genio inglés. En 1861 regresó á Inglaterra, dejando el territorio de Sarrawak en una situación tranquila y floreciente, en las manos de su hijo, el capitán Ch. Brooke, bajo cuyo gobierno el país no ha cesado de progresar (2). (El marqués de Croizier, presidente de la Sociedad Académica Indo-China de Francia.)

(1) (V. *Sir James Brooke's journal of event in Borneo including the ocupation of Labuan, and visit to the Celebes; together with the expedition of H. M. S.*, by Captain Rodney Mundy, London, Murray, 1848, 2 vol. in 8.° fig.; *The Private Letters of Sir J. Brooke*, etc., London, Templer, 1853, 3 vol. in. 8.°; *The Expedition of Borneo of H. M. Sh'ip Dido, for the suppression of piracy*, by capt. H. Kepsel, London, 1846, 2 vol. in 8.°, opúsc. y carta; *The Life of sir James Brooke, Rajah of Sarrawak*, etc., by Spencer St. Georges, London, 1879.)

(2) (V. *Ten years in Sarrawak with introduction by H. H. the Royal Sir J. Brooke*, by Ch. Brooke, London, 1866, 2 vol.; *Notes on Sarrawak and Northern Borneo*, cart; *Proceedings R. G. S.*, 1881, págs. 193-256.)

cia sin conocimiento de S. M. B. (1).» Con lo cual se desconocía nuestro antiguo é incontrovertible derecho á aquel territorio, adquirido, no sólo por razón de conquista, sino por los múltiples tratados en que así explícitamente se consigna (2).

(1) (Véase el Apéndice, pág. 50 y siguientes.)

(2) Las cartas particulares de M. Brooke, impresas en Londres en 1853, demuestran los ambiciosos proyectos de este atrevido aventurero y sus interesadas miras respecto de Filipinas.

Al partir para su segunda expedición al Archipiélago oriental, en 1838, escribió una especie de programa, que pone de relieve su afán de que Inglaterra llegase á ser la dueña absoluta de aquellos países. Después de manifestar los errores y la tiranía de la política de los holandeses en sus posesiones y de lamentar que el gobierno inglés se las hubiera devuelto al terminar las guerras del primer imperio, dice:

"No muy lejos al Oeste de Puerto Essington (posesión inglesa de Nueva Guinea) está la grande y fértil isla de Timor, de la cual cederá sin duda su parte muy gustoso Portugal, mediante la más pequeña indemnización, supuesto que la tiene de mucho tiempo en rigor abandonada y ninguna utilidad reporta á su metrópoli. Valdría mucho la posesión de la porción portuguesa de esta isla, atendida su situación y tamaño, y la ocasión de adquirirla, si se deja pasar, quizá no volvería.

„Lo mismo se puede decir de Luzonia ó las Filipinas, que ningún beneficio positivo producen á España, y en manos inglesas servirían de palanca para dirigir la China y el Archipiélago á la vez. Ricas, fértiles, dotadas de un clima sano, á pocos días de Cantón y dominando el mar de China, serían la joya de más precio en la colonial tiara de Inglaterra. Cuando nuestras relaciones con aquel imperio lleguen á un arreglo, como muy pronto tienen que llegar, no habría otro punto de más importancia que Manila.

„España, trastornada y embebida en luchas internas, y obligada á Inglaterra por tratados y deudas, pondrá al instante á Luzonia en nuestras manos, en fianza de las sumas que nos debe, y probablemente nos cedería su posesión definitiva á cambio de nuestros créditos contra ella.

„Hoy es el día de tal adquisición: la pleamar de nuestros negocios; si aprovechamos la creciente, ella nos llevará á la fortuna. He dicho ya que en este punto sólo obrando en grande escala pueden obtenerse ven-

El gobernador de Zamboanga pasó á Joló con los comandantes de la marina sutil y de ingenieros en cuanto tuvo conocimiento de dicho tratado, ó sea en Junio. Conferenciaron repetidas veces con el Sultán y los dattos, y convencidos éstos de su mal proceder, decidieron arbolar en todo su territorio la bandera española como prueba de su dependencia del gobierno de España; pero es el caso que habiéndose hecho públicos tales acuerdos, se alborotó la plebe, cundió la efervescencia aun entre las mujeres, los seriphs ó panditas predicaban que iba á caer sobre ellos la cólera de Mahoma, y al cabo de veintisiete días de conferencias y disgustos (1), regresaron á Zamboanga quedando las cosas *in statu quo*.

A fines de Setiembre de 1849 salieron de Guimbarang, con anuencia del Sultán de Joló, 3.000 moros aguerridos, capitaneados por los dattos de Boal y Samalant, el Iman Buyok y el Paulima Hasián, con objeto de sorprender y atacar, por mar y tierra, el fuerte de la Isabela de Basilan. Tuvo noticias anticipadas de este proyecto su comandante militar D. José María de la O, y con el auxilio de una compañía que le mandó el gobernador de Zamboanga, se dispuso á hacer pagar cara á los moros su intentona. En la noche del 29 efectuaron éstos su sigilosa avanzada, pero la muerte sor-

tajas locales ó nacionales, é insisto ahora en que es mejor dejar el Archipiélago en su actual estado, hasta la primera guerra general, en que ha de volver á nuestras manos, que dar ideas falsas, difíciles de desarraigar entre los indígenas, de la importancia de la nación inglesa, gastando nuestras fuerzas en establecimientos insignificantes.„

(1) Durante este tiempo, el capitán de ingenieros Bernáldez se enteró del estado de la artillería y demás armamento de los joloanos, número, posición y calidad de sus fuertes, formando un croquis que sirvió más adelante para adoptar las disposiciones de ataque contra ellos.

prendió á los más audaces por el fuego de cañón y fusilería del fuerte y de las falúas, retirándose los demás.

Ansiosos de venganza, repitieron su ataque al día siguiente, siendo también rechazados y dispersos, haciéndoseles muchas bajas y prisioneros. Conducidos á Zamboanga, partió para Joló el bergantín de guerra *Ligero* con una carta del gobernador participando al Sultán el castigo de sus traidores súbditos. Algunos días después una expedición de fuerzas sutiles, con tropa del ejército, redujo á cenizas los pueblos de que había partido la agresión.

Una escuadrilla pirática, procedente de Tonquil, reforzada por algunos pancos de Belaun y Bocotuan, fué á caer en 1850 sobre la isla de Samar, y más tarde, sobre la de Camiguin, cometiendo en ambos puntos sus ordinarios atropellos, además de llevarse cautivos á 75 infelices indios de ambos sexos.

Durante la travesía fueron arrojados al agua por los piratas los ancianos y niños, considerándolos carga inútil.

El capitán general de Filipinas envió á Joló al secretario del Gobierno, D. Nicolás Enrile, para reclamar enérgicamente, en su nombre, acerca de semejante atentado, y el Sultán y su consejo contestaron que, «conociendo el derecho con que S. E. reclamaba justicia y lo infame del atentado, habían votado el exterminio de Tonquil; pero que en atención á su falta de prestigio para hacerse obedecer y de fuerzas con que poder sujetar á aquellos súbditos rebeldes, dejaban á su cargo el imponer el castigo á que se hubieren hecho acreedores, y exigir la devolución de los cautivos.»

Tal fué la contestación que llevó al general su comisionado Enrile á su llegada á Manila, el 23 de Noviembre de 1850, en el vapor *Reina de Castilla*.

CAPÍTULO XXIX.

Campaña del general Urbistondo contra Joló. — Decide ir á este sultanato, creyendo imponerse por su ascendiente moral.—A su paso por Tonquil, castiga á los piratas de Belaun y somete á los de Bocotuan. —Llega á Joló, manda un pliego al Sultán noticiándole su presencia, y la turba ofende y trata de matar á los comisionados.—El Sultán y su consejo rehusan visitar al gobernador de Filipinas, so pretexto de la excitación del pueblo.—Exige la entrega de los ofensores, pero no consigue esto ni el conferenciar con los dattos.—Resuelve ir á Zamboanga á reunir mayores fuerzas.—Los joloanos disparan sus cañones contra los buques al retirarse la escuadra.—Urbistondo pide desde Zamboanga refuerzos á Manila y Cebú.—Recibidos, marcha de nuevo á Joló.—Efectúase el desembarco, y juega la artillería entre los buques y la plaza.—Terrible ataque y defensa del fuerte Asibi.—Consíguese tomarlo con pérdidas considerables de ambas partes.—Toma de las cottas de Daniel, Maribajal y Buyoc.—Ocupación de las de Buloc y Moloc.—Completa derrota de los joloanos.—Urbistondo ocupa el fuerte del Sultán.—Destruyen estas fortalezas, es recogida su artillería y regresan los expedicionarios á Zamboanga y Manila.—Entusiasta recibimiento en ambos puntos.

Los hechos relatados en el capítulo anterior determinaron al capitán general de Filipinas, D. Antonio de Urbistondo, marqués de la Solana, á emprender nueva campaña contra Joló.

Antes quiso arreglar el asunto por su ascendiente moral, y decidió personarse en aquella sultanía, creyendo esto bastante al logro de su propósito.

Realizados con celeridad y sigilo los aprestos necesarios, el 11 de Diciembre de 1850, á las cuatro de la

tarde, salieron de la bahía de Manila los vapores de guerra *Isabel II*, *Sebastián Elcano*, corbeta *Villa de Bilbao* y bergantín *Ligero*, en el primero de los cuales embarcó dicha autoridad con su estado mayor y el comandante general de marina D. Manuel de Quesada.

En aquellos buques iban 500 soldados de infantería y 100 artilleros, con dos obuses de montaña y algunos de fortificación. El general, en su despedida, sólo había dicho: «Voy al Sur de Mindanao.» El 17 fondeaban los vapores en Zamboanga, después de tener que arribar á Calavite (Mindoro), y el 20 los buques de guerra. En dicho punto embarcaron dos compañías de infantería y 102 voluntarios zamboangueños, con el gobernador de la plaza D. José María de Carlés, y el capitán de ingenieros D. Rafael Carrillo, aumentándose la escuadra con un vapor, seis falúas, un barangayán y seis lancanes. El parque de campaña se completó con 70 escalas y 50 camillas. Durante la travesía hubo que lamentar la pérdida de los lancanes por causa de la excesiva corriente. El 24 se hallaba la escuadra en el canal que divide las islas de Belaun y Bocotuan, dependientes de Tonquil. Una columna destacada contra Belaun, á las órdenes del comandante D. Manuel Coballes, puso fuego á 250 casas y á 20 vintas y barotos, y taló las sementeras. Los moros intentaron defenderse, quedando muertos tres y prisioneros 17, entre éstos el paulima ó datto principal. De los expedicionarios, quedó herido el subteniente D. Juan Martínez. El datto de Bocotuan, á cuya isla fué otra columna, mandada por el comandante D. José Ochoteco, se sometió á la soberanía de España.

La escuadra continuó su rumbo á Joló, en cuya rada dió fondo el 29, saludando con 21 cañonazos á la plaza,

que le contestó en igual forma. Defendían la ciudad cinco cottas ó fuertes, sobresaliendo la del Sultán y la del datto Daniel. Joló presentaba imponente aspecto por la doble línea de sus fortificaciones y la mucha artillería de sus baterías. La población, compuesta de casas de madera y cañas, encerraba unas 7.000 almas. El barrio de los chinos constaría de 500 individuos. El capitán de ingenieros D. Emilio Bernáldez y el alférez de navío D. Manuel Sierra, seguidos del intérprete D. Alejo Alvarez, bajaron á tierra el 30 con un pliego, anunciando al Sultán la llegada del jefe supremo de las islas y su deseo de tener una entrevista con él ó con los magnates que designara.

Al pisar la playa se arrojó sobre los oficiales mencionados la turba amotinada, y de seguro, sin la enérgica actitud de aquellos valientes, los sacrifican en el acto (1). Al amparo de varios dattos que acudieron del fuerte principal, atravesaron, con dificultad suma y en dos horas largas, el relativamente corto trayecto que había hasta la residencia del soberano de Joló. Al verles subir la escalera de la sala de Consejos, el furor de los moros estalla; traidoramente y por la espalda descargan una cuchillada á cada uno de los comisionados, mas sin lograr herirles; ellos desnudan sus espadas, dispuestos á vender caras sus vidas; pero el Sultán, bajando rápidamente la escalera, se abraza á ambos oficiales y les sirve de escudo hasta penetrar en la sala, cuyas puertas hizo cerrar.

La plebe pugnaba por invadir el local, y pedía á voz en grito la cabeza de los españoles.

(1) "Aseguro en mi honor y conciencia que ambos parlamentarios corrieron riesgo inminente de muerte entre aquellos bárbaros mahometanos." (General Quesada.)

El Sultán ocupó la presidencia de la sala, rodeado de los dattos y de algunos esclavos con armas.

Leído el pliego del gobernador de Filipinas por el intérprete, indicaron los enviados la conveniencia de que fuese el Sultán con algunos dattos á visitar al general; aquél afectaba oirles con indiferencia; los dattos mostraban turbación y recelo. Solicitó el Consejo media hora para deliberar, y al cabo de este tiempo contestó que, visto el estado de insurrección del pueblo, sentía no poder ir á cumplimentar al marqués de la Solana. Esforzaron sus razonamientos los oficiales españoles, pero á todo recibían respuestas evasivas y decidieron retirarse. El Sultán trató de retenerlos so protexto de que al salir iban á ser indefectiblemente asesinados, sin que él tuviese medios de evitarlo; pero ante la irrevocable resolución de los oficiales, el datto Molok, después de hablar con sus compañeros, los condujo por una salida del otro extremo del palacio á la plaza, de donde los llevó una canoa tripulada por seis esclavos al bote del vapor, no sin que la turba, al enterarse de que se les había ido la presa, dejase de disparar sus fusiles contra el bote.

Aún intentó el general Urbistondo conjurar el conflicto pacíficamente pidiendo al Sultán, por medio del intérprete, la entrega de los motores del motín, como si los joloanos entendieran de semejantes diplomacias: negáronse á ello, y aun á que dos dattos fuesen á conferenciar con él. No quedaba ya más remedio que acudir á las armas: la dignidad de España, representada por el jefe supremo de Filipinas, así lo exigía; pero la imprevisión de no llevar fuerzas suficientes, en la creencia equivocada de que los joloanos accederían de buen grado á los deseos de su autoridad, aconsejó al marqués de

la Solana diferir para más adelante la reparación del agravio recibido, y en esto obró con prudencia, porque Joló contaba ya en sus muros sobre 8.000 combatientes aguerridos, entre los joloanos netos y los indomables salvajes que para la defensa del territorio nacional habían dejado sus agrestes moradas; abundaban los víveres y las municiones de guerra, y no les embarazaba el temor de que muriesen por las balas enemigas sus mujeres ó sus hijos, puestas á salvo de antemano en los pueblos del interior.

Urbistondo resolvió ir de nuevo á Tonquil, aniquilarlo y aguardar en Zamboanga la reunión de mayores refuerzos para volver sobre Joló.

En la madrugada del 1.° de Enero de 1851, hallándose los barcos en franquía y sin hostilidad de su parte, recibieron una descarga general de las cottas, que originó la muerte de siete individuos é hirió á cuatro, causando ligeras averías en el casco y arboladura de los buques.

Éstos, sin detener su marcha, contestaron al villano insulto con buen número de granadas. El fuerte del Sultán izó bandera roja en señal de guerra, lo cual demuestra su connivencia en el injusto rompimiento.

El 2, muy á primera hora, se detuvo la escuadra entre Bocotuan y Belaun, y practicado un segundo reconocimiento de estas islas, pasó á Tonquil. Desembarcó en su playa una columna de 600 hombres, é hizo sufrir á sus habitantes grandes estragos, pues les quemó 960 casas y 106 embarcaciones. Murieron en la pelea 25 moros, 4 quedaron prisioneros y se logró el rescate de 29 cautivos. Hecho esto, partió la escuadra para Zamboanga, donde dió fondo el 5 al medio día. Dos horas después salía para Manila el jefe del aposta-

dero y el secretario del gobierno, con despachos para el general segundo cabo.

El vapor *Elcano*, mandado por el teniente de navío D. Domingo Medina, á su ida para Manila se detuvo en Cebú breves momentos y dejó un oficio del capitán general, fechado á bordo del *Reina de Castilla* el 10, en que manifestaba al jefe de la provincia que, habiendo ido á Joló con ánimo de concluir un tratado definitivo que, á par de asegurar nuestras relaciones, robusteciese la fuerza moral de que carece aquel Sultán para con sus súbditos, no sólo le había sido imposible entrar en conferencias con él, sino que, después de insultar y estar en riesgo de perecer los comisionados que mandara á tierra, fué cañoneado con tanta osadía como vileza el 1.º de Enero al dar la vela para Zamboanga; que era indispensable vengar el ultraje inferido al pabellón español; que necesitaba reunir los elementos necesarios, y que en su virtud, y por su parte, procediera á enviarle para el 10 de Febrero 20 barangayanes, tripulados cada uno con su gente de dotación, y además con 15 hombres de desembarco á propósito para el caso, debiendo fletar un buque que condujera los víveres para dichas fuerzas, y pagar su importe con el sobrante de propios y arbitrios. Iba en dicho vapor el religioso recoleto Fr. Pascual Ibáñez, coadjutor del párroco de Zamboanga, quien se había brindado á hacerse cargo de los barangayanes en su traslado á aquella plaza. El comandante de la división de fuerzas sutiles de marina recibió asimismo orden de enviar á Zamboanga la lancha y dos falúas con víveres para tres meses.

El alcalde mayor de Cebú, D. Ramón Llimós y Manso, desplegando extraordinario celo y actividad, y secundado en sus órdenes con patriótico entusiasmo por

el Obispo de la diócesis, D. Fr. Romualdo Jimeno, y por los religiosos de los pueblos respectivos, y especialmente por el de Canoan, Fr. Timoteo Gonzalo del Carmen, alistó, en el brevísimo término de ocho días, 21 barangayanes, tripulados por 722 individuos y 18 de que constaba la música de Carcar, esto por ofrecimiento espontáneo de la *principalía* del pueblo y de su párroco, Fr. Benito Pérez, agustino (1); los reunió en las aguas del barrio de Macapilay, isla de Siquijor (después parroquia de San Juan), y en la mañana del 24 dió á conocer por su jefe al P. Ibáñez, saliendo para Zamboanga, en donde entraron en la madrugada del 26, sorprendiendo agradablemente la importancia del refuerzo, el marcial aspecto de los cebuanos y boholanos y los saludos, evoluciones y descargas que practicaron (2). El P. Ibáñez fué nombrado por Urbistondo jefe

(1) Los barangayanes eran de los pueblos de Danao, Mandaue, Opon, Sibonga, Argao, Dumaguete, Boljoon, Oslot, Barili, Talibon, Loon, Maribojoc, Tacbilaran, Dauis, Panglao, Baclayón, Loay, Loboc, Dimiao, Jagua y Canoan.

(2) "*Superior Gobierno y Capitanía general de Filipinas.*—Sección de Gobierno.—Hoy á la madrugada arribaron á este puerto los 21 barangayanes que V. S. ha enviado de esa provincia para auxilio de la expedición que me propongo emprender contra Joló, y dirigidos perfectamente por el Rdo. P. Fr. Pascual Ibáñez, hicieron su entrada y saludos con una precisión y orden admirables, poseídas sus tripulaciones del mayor entusiasmo y decisión.—Por el mismo religioso he recibido la comunicación de V. S. de 23 del actual, en que me avisa la salida de dichas embarcaciones y de la goleta *Socorro* con sus víveres, que, aun cuando no ha llegado, se espera lo verifique muy en breve; y altamente satisfecho de la actividad y eficacia que V. S. ha empleado en el apresto y envío de esas fuerzas, me complazco en manifestárselo y darle las gracias por tan señalado servicio, esperando las tributará V. S. en mi nombre á los devotos curas párrocos, que con tan franca y decidida voluntad han cooperado á él con todo lo que estaba de su parte.—Las municio-

de la quinta columna de desembarco y de las fuerzas provinciales de visayas y zamboangueños. Á estos voluntarios los uniformó con camisa blanca, pantalón azul y banda encarnada. Llevó los víveres de los visayas la goleta *Socorro*, fletada al efecto (1).

En Manila causó profundo disgusto el agravio de los joloanos, lo mismo entre los españoles que entre los filipinos (2), y en breve se reunieron por suscrición 80.000 pesos para contribuir á los gastos de la campaña; el comercio puso sus buques á disposición del Gobierno; el segundo cabo y las dependencias respectivas hicieron á toda prisa los aprestos necesarios, y el 3 de Febrero zarparon para Zamboanga seis buques transportes con 2.135 soldados. El 12 estaban ya todas estas fuerzas en dicha capital.

El patriota español D. Joaquín Ortiz, capitán de milicias en Iloilo, se presentó con su bergantín *Dos hermanos* y 100 voluntarios, equipados, armados y mantenidos por su cuenta.

En Zamboanga, mientras tanto, se adiestraban las tropas en ejercicios de su instituto: los oficiales de in-

nes de los barangayanes serán reemplazadas por otras que se hallen en buen estado, según V. S. propone, quedando las suyas depositadas en esta plaza hasta su regreso.—Dios guarde á V. S. muchos años. Zamboanga 26 de Enero de 1858.—Antonio de Urbistondo.—Sr. Alcalde mayor de la provincia de Cebú.„

(1) Costó el flete 800 pesos, 2.179,7 reales y tres gramos el importe de los víveres, y 467,7 reales el uniforme de los voluntarios: coste insignificante en los sesenta y ocho días que duró la expedición.

(2) "Feliz insulto, que proporcionó la ocasión de revelar hasta dónde llega nuestro arraigo en el país y cuánto puede esperarse de la fraternidad y unión con que dichosamente vivimos en estas islas, tipo de fidelidad y sensatez.„—(Fr. Francisco Gainza, en su *Memoria y antecedentes sobre Balanguingui y Joló:* Madrid, 1851.)

genieros prepararon alojamiento para 2.000 hombres, dirigían la construcción de escalas de asalto, camillas para heridos y balsas de desembarco. Necesitándose lancanes, fué á la isla de Basilan el capitán de ingenieros Carrillo, y con solos algunos soldados y un centenar de presidiarios logró construir más de 60; con ellos, los obreros y la marinería fabricaron 30 balsas, capaces para transportar cada una 80 hombres.

La expedición, en resumen, quedó compuesta de 10 jefes, 132 oficiales (de éstos 11 de artillería europea), 2.876 individuos de tropa (de éstos 30 obreros de fortificacion, 253 de artillería europea y el resto de infantería), y 925 voluntarios (300 de ellos zamboangueños), sin incluir los remeros visayas, seis obuses de montaña y un parque de ingenieros.

La escuadra constaba de los siguientes buques: una corbeta, un bergantín, tres vapores, dos lanchas cañoneras y nueve falúas, todos de guerra, y cuatro barcas, cinco bergantines, 21 barangayanes y varias vintas, lancanes y balsas conducidas á remolque.

El 19 de Febrero partió la escuadra con rumbo á Joló. Las corrientes y los vientos contrarios hicieron muy penosa la travesía de los buques de vela; pero al fin se vencieron todos los obstáculos, sin más percance serio que la varada de la corbeta *Villa de Bilbao*, que dió el 20 sobre un bajo desconocido de coral. Se logró, con gran trabajo y trasbordando la gente, ponerla á flote; reparada en el fondeadero más próximo, entró en Joló en la tarde del 27. El 26 comunicó Urbistondo las órdenes oportunas para el desembarco (1).

(1) "Á las cuatro de la madrugada se procederá á ejecutar el desembarco de las tropas en los términos prevenidos, así en las instruccio-

El jefe de la expedición había proyectado embestir la línea de las fortificaciones enemigas por ambos lados al mismo tiempo, y una vez tomados los baluartes extremos, caer sobre los del centro que, ofendidos de frente y de flanco, no podrían defenderse. Á este fin dividió las fuerzas en dos columnas, al mando de los coroneles D. Vicente Conti y D. José María Soto (1). La primera, que debía operar sobre el flanco izquierdo,

nes como en las prevenciones verbales que han recibido los jefes de las columnas, para que, si posible fuese, quede realizado al despuntar la aurora. El silencio y el orden deben presidir estos momentos, en que conviene alejar confusiones, y que el enemigo no se aperciba, si es posible, del movimiento, hasta que sienta sus efectos.

„Marcado el pormenor de dicha operación y los deberes y cuidados de cada uno, y conocido el celo y entusiasmo que anima á todas las clases que componen la expedición, no es de temer ningún entorpecimiento en el orden natural de los sucesos, y debemos esperar vernos con el pie en tierra de Joló, donde venguemos nuestra ofensa, sostengamos nuestros derechos y escarmentemos la osada arrogancia con que el Sultán y dattos, apoyados en la anarquía, promueven el latrocinio y el tráfico de la raza humana.

„La subordinación que tanto distingue á las tropas que tengo el honor de mandar, me hace esperar que sofocando su entusiasmo no atenderán más que á la voz de sus jefes para obrar compactos y unidos, y que aun después de la victoria no se abusará del uso de municiones, que quizá tendrán que aprovecharse con gloria para imponer orden á otras hordas de la morisma.

„Las tropas pueden estar seguras que, con serenidad y obediencia, y con los esfuerzos que les exijan sus jefes, serán dueñas en breve de la victoria. Los jefes y oficiales cuidarán esmeradamente de hacer cumplir parte tan interesante para mantener el orden y economía de víveres, y de su acierto y de su ejemplo todo debe esperarse. Del celo de dichos señores depende la oportunidad de la ejecución de todas las medidas anticipadas, dictadas para este momento en las instrucciones.

„Cuartel general á bordo del vapor *Reina de Castilla*, en las aguas de Joló, á 26 de Febrero de 1851.—Urbistondo.„

(1) Estos jefes se sobrecogieron de tal modo, que tuvo el general

constaba de 4 jefes, 43 oficiales, 970 individuos de tropa y 300 paisanos, más una reserva de 542 de los primeros con 25 oficiales y 2 obuses de montaña. La segunda, encargada de atacar el flanco derecho, se componía de 4 jefes, 37 oficiales y 1.324 hombres, de ellos 700 soldados, con 655 de esta clase de reserva y 4 obuses de montaña (1).

en jefe que destituirlos. Andando los tiempos, se les levantó tan fea nota y hasta fueron condecorados.

(1) "Soldados: Hace dos siglos que, fiada en la buena fe de sus promesas, la generosidad castellana dejara tranquilos á los joloanos, que pocos años antes había reducido á nuestro dominio el Sr. Almonte; y hace dos siglos que estos piratas, á pesar de nuestro esmero en dulcificar sus costumbres, multiplican sus perfidias, y faltando en ellas hasta á la humanidad que hollan con los actos más atroces de piratería, perpetran el cautiverio y la desolación de nuestros pueblos. También hace tres años que por estos mismos días se les dió un castigo severo en la célebre jornada de Balanguingui; pero lejos de contenerles aquel escarmiento, burlando de nuevo sus repetidas protestas, no sólo han vuelto á cometer sus depredaciones, sino que cuando, por consejo del mismo Sultán y dattos, me propuse castigar á los *Tonquiles* y otros *Sámales*, y pasaba personalmente á Joló á establecer reglas que evitasen la repetición de tales conflictos, ha llegado la osadía de aquellos isleños hasta el extremo de eludir toda comunicación, amenazar á mis comisionados y, por último, romper alevosamente el fuego sobre nuestros buques, olvidando no sólo mi presencia, sino la veneración que debe á la bandera española todo este Archipiélago.—Aun cuando no tuviera el deber de contener estas hordas en pro de la humanidad y del derecho de gentes; aun cuando desoyéramos el eco de las víctimas sacrificadas por tan inhumana y atroz canalla, no habrá pecho español que no arda en deseos de vengar una ofensa hecha con tan falaz osadía.—No hay que dudar de vuestra subordinación y de vuestro valor y patriotismo; no hay que dudar, pues, de la victoria, y de que serán coronados con gloria nuestros esfuerzos por una causa tan justa y nacional, y tan santa como honrosa.—Así lo espera vuestro capitán general, Antonio de Urbistondo.—Cuartel general á bordo del vapor *Reina de Castilla*, en las aguas de Joló, 27 de Febrero de 1851."

Al amanecer del 28 principió el desembarco, protegiendo esta operación la artillería de los buques. Dos horas después hallábanse formadas en la playa las tres columnitas parciales en que se dividió la derecha y las cuatro que componía en total la izquierda, sin más contratiempo que la sensible pérdida de 13 artilleros europeos que se ahogaron al volcar la balsa en que iban. El capitán general desembarcó hacia el último punto.

En seguida empezó el bombardeo de los buques, siendo contestado con actividad y acierto por los fuertes de la plaza. Para defenderse mejor y ver la escuadra, quemaron los moros el barrio de los chinos.

La columna de la izquierda, marchando en la dirección de la cotta Daniel, caminaba por una estrecha cinta que se desarrolla entre el mar y un bosque, desde el cual el enemigo intentó en vano cortarla. Cuando la vanguardia estaba á tiro de cañón del fuerte de Asibi, recibió una descarga general de la artillería del de Daniel. Instantáneamente la primera de las columnas parciales, mandada por el coronel D. José Antonio Iribarren, se lanzó al asalto por un sitio en demasía difícil. Certeros disparos de la cotta Daniel, contra la cual se utilizó la bien situada batería de obuses, á cargo del capitán del arma D. Narciso Herrera Dávila, y la tremenda lucha de los moros, hicieron cejar á los sitiadores, replegándose, aunque sin abandonar del todo el puesto. Avanza la segunda columna á las órdenes del comandante D. Antonio Aperregui, y 250 voluntarios visayas y zamboangueños, á cuyo frente iba el P. Ibáñez, y se renueva el combate con encono. La lucha fué titánica. El valeroso P. recoleto sube á lo más alto de la muralla, anima á todos con su energía y proclama de

antemano la victoria, cuando una bala le derriba mortalmente herido (1), y del mismo modo caen á su lado

(1) Falleció el 6 á bordo del *Reina de Castilla*. Su cadáver fué transportado á Zamboanga.

El autor de la *Memoria sobre las expediciones de Balanguingui y Joló*, Fr. Francisco Gainza; el de la *Reseña histórica al Sur de Filipinas*, Don Emilio Bernáldez; el del librito *Joló*, relato histórico militar, D. Pío A. de Pazos; D. Alejandro Gómez Ranera, en su *Compendio de la historia de España*, y cuantos se han ocupado de la expedición á Joló de Urbistondo, atribuyen, erróneamente, al P. Ibáñez el haber organizado en Cebú el importante auxilio de los 21 barangayanes y sus tripulantes y gente de armas que concurrieron á la expedición. Un ministro de la Corona, el de Estado, Sr. Marqués de Miraflores, en pleno Senado (sesión del 1.º de Diciembre de 1857), al discutirse el proyecto de ley sobre concesión de una pensión á tres hermanas del P. Ibáñez, que fué aprobada el 3, con ese craso desconocimiento de cuanto hace referencia á Filipinas, proverbial ya en nuestros gobernantes, llegó á decir que el P. Ibáñez «reunió, de los mismos paisanos en cuya conversión se ocupaba, una porción de pobres gentes, y con ellas concurrió al famoso hecho de armas de Joló. Ningún auxilio reclamó del Gobierno para esto: los recursos de su influencia moral, como misionero, le fueron bastantes para reunir una fuerza más ó menos numerosa, etc.,» de cuyas afirmaciones, si se rebaja el que el P. Ibáñez no reunió á los cebuanos y boholanos visayas, ni se ocupaba de su conversión, puesto que no era misionero entre ellos, y sí coadjutor del párroco de Zamboanga, isla á 120 millas de Cebú; que ninguna necesidad tuvo de reclamar auxilios del Gobierno, puesto que los gastos correspondientes, según la cuenta de arbitrios de la provincia de Cebú del año de 1851, fueron satisfechos por el jefe de la misma, cuya autoridad, cumpliendo órdenes del gobernador de las islas, había reunido y organizado los barangayanes en cuestión, véase lo que resta de verdad en lo dicho por aquel ministro.

Para la gloria del P. Ibáñez, basta con su espontáneo ofrecimiento de ir á Cebú á ponerse al frente de los voluntarios que reuniera el alcalde mayor de la provincia, su participación en el ataque contra el fuerte Asibi, y su sensible muerte por la herida que recibiera al escalar con heróico ardimiento el muro enemigo; y justo es, al propio tiempo, que al entonces alcalde mayor de Cebú, D. Ramón Llimós y Manso, que tan rápida y acertadamente alistó los barangayanes de cebuanos y

el teniente de cazadores de Fernando VII, D. Ignacio Sebastián, que murió más tarde; subteniente D. Bernabé Bleza, que tuvo la fortuna de sanar, y el capitán D. Joaquín Prat, desfallecido por hallarse enfermo. Sus cuerpos yacen confundidos con los de más de 70 cadáveres de moros que sembraban aquel campo de muerte.

Urbistondo, al ver esto, destaca la columna de reserva que mandaba el coronel D. José Fery, compuesta de cinco compañías del regimiento de España, y con ella marcha dicho general, poco satisfecho del resultado del ataque.

El coronel Soto se manifestó impotente para salvar por sí la situación, mostrando un terror que se compaginaba mal con su clase. Urbistondo lo separó del mando y quiso dirigir la columna; pero el pundonoroso coronel Fery se opuso á ello con enérgica aunque respetuosa resolución, solicitando encargarse de la dirección del avance y ataque, é igualmente el jefe de estado mayor y secretario del gobierno, Enrile, á quien el general confió dicho encargo. Éste, con la mitad de tiradores y la compañía de carabineros, partió con entusiasmo al ataque, guiadas las compañías por los capitanes D. Romualdo Saló, D. Manuel García Lombera y Don Julio Garnier. Enrile previno al capitán de artillería Herrera Dávila que enfilase sus tiros á apagar dos cañoneras que desde el primer ángulo ofendían terrible-

boholanos, se le reconozca aquel meritorio servicio, ya que no se le premiara; siendo igualmente censurable que no se eximiera de polos y servicios á los voluntarios de los barangayanes mencionados, á quienes sólo se concedió un escudo de distinción, recompensa honorífica ciertamente, pero poco práctica para aquellos indígenas que, al fin y al cabo, expusieron su vida voluntariamente por la patria. Los patronos de los barangayanes obtuvieron la cruz pensionada de Isabel II.

mente á nuestras posiciones, é hizo avanzar sobre dicho recinto una sección de cazadores con igual objeto. Conseguido esto, se lanza la columna al asalto; el capitán Saló, con parte de sus tiradores, pone el primero su pie sobre el muro y cae herido de un balazo; á su lado lo es de gravedad el subteniente D. Isidoro Alonso, y más levemente el de carabineros D. Remigio Mora con varios individuos de tropa.

Urbistondo manda avanzar, y que ataque simultáneamente el frente principal la tercer columna que dirige el comandante D. Patricio González Olloqui, y no obstante el fuego de cañón del cercano fuerte de Maribajal y el de fusilería de los sitiados, coronan el muro, distinguiéndose por su arrojo el capitán D. Eduardo Arroyuelo y el teniente D. Francisco Olaguer. El subteniente de infantería D. Angel Bibiano coloca sobre el parapeto la bandera numeral de su columna, mas cae derribado del muro con otros que le siguieron. Se levanta, vuelve á subir y clava al fin la gloriosa enseña. El sargento Román, de granaderos, tremola su pañuelo en la bayoneta de su fusil y es uno de los primeros en penetrar en el fuerte. Voces de victoria atruenan el espacio, y los moros que aún resistían apelan á la fuga. Posesionados los nuestros del fuerte extrajeron 70 cadáveres, entre ellos el del famoso datto Udin. De los expedicionarios hubo 34 muertos y 84 heridos.

El capitán Garnier, con su compañía, salió sin pérdida de tiempo en persecución de los fugitivos de Asibi, que pugnaban por entrar en la cotta Daniel. Confusos los moros y llenos de entusiasmo los soldados, penetran revueltos con aquéllos en el fuerte, arrollan cuanto se les opone al paso, se apoderan de los cañones y acuchillan á los que hacen resistencia. Los joloanos se aco-

bardan, y poseídos de espanto se arrojan desde los parapetos á los manglares, dejando en poder de la tropa tan importante fortaleza. Recogidos los muertos y transportados los heridos á los buques, quedaron guarneciendo estas posiciones tres compañías al mando del capitan de granaderos D. Blas Alcuas. El general en jefe dirigió al ejército una laudatoria orden del día (1).

Dos compañías destacadas contra los fuertes de Maribajal y Buyoc los ocuparon al punto con escasa resistencia. Su artillería fué clavada. En el primero hallan la bandera joloana, que los moros, en su precipitación por huir, no cuidaron llevar consigo.

El ala derecha del cuerpo expedicionario caminaba trabajosamente hacia la cotta del Sultán, conduciendo á hombros los obuses y municiones, cuando á la mitad del camino, después de pasar un barranco la primera columna, al mando del comandante Ochoteco, intercepta el paso á la segunda, dirigida por Coballes, un pelotón de 600 mahometanos. Este valeroso jefe rehace sus fuerzas, lucha desesperadamente con los moros, que bajan de la montaña cual torrente asolador; Ochoteco

(1) "Soldados: Habéis merecido bien de la patria y de la Reina con vuestro valor, apoderándoos de los fuertes de Daniel, como un amago de la decisión con que mañana iréis á abatir el pabellón del sultán Mahamad al grito de *¡Viva la Reina!*—Vuestros compañeros del flanco derecho se os unirán para tener esta gloria; pero es preciso, para adquirirla, orden, subordinación, decisión, y seguir las huellas de vuestros jefes y oficiales.—Así que se reciban de los buques los ranchos, cuidarán los señores jefes de columna de su distribución y de que se tomen todas las disposiciones necesarias para que al toque de diana puedan formar las columnas de la manera que se disponga.—Excusado parece recomendar á militares valientes la vigilancia, cuando es tan sabida la vergüenza de una sorpresa.—Urbistondo.—Guartel general en el fuerte del datto Daniel, 28 de Febrero de 1851."

le presta el auxilio de sus fuerzas y el enemigo es desbaratado y huye, dejando sobre el campo 19 muertos. Prosiguen las columnas su marcha y van á reunirse á distancia de un tiro de fusil de la cotta del Sultán. El 29, muy de mañana, comienzan á descender y ocupan, sin grande esfuerzo, el fuerte intermedio de Buloc. El de Moloc fué tomado sin resistencia. Por unos chinos fugados del fuerte del Sultán se supo que á las cuatro y media de la tarde anterior había huído dicho magnate con sus parientes y parte de los defensores de su fuerte, del que se posesiona el ejército (1). Las llamas se ceban en su muralla, pero el capitán Bernáldez logra atajar el fuego. El palacio de Mahamad Pulalon es ocupado por Urbistondo, quien felicitó al ejército por su triunfo (2). Los moros muertos en el combate de este día

(1) "Tal vez pudo haber sido más completa la victoria intentando, si no ya consiguiendo, el apoderarse del Sultán y aristocracia de Joló; mas supieron éstos aprovechar nuestra inacción para su fuga, y lograron evitar su merecida y completa humillación.„—(P. Gainza, *Memoria sobre Balanguingui y Joló.)*

(2) "Soldados: El escarmiento que vuestro valor dió ayer á los joloanos ha sido bastante para que, abandonando el Sultán y los dattos sus fortalezas, las dejen en nuestro poder, entregándose á la fuga.—Habéis completado vuestro triunfo, y podéis envaneceros de que con el escarmiento de estos argelinos del Asia, habéis hecho un servicio á la humanidad y á vuestros compatriotas.—En los fuertes de Mahamad-Pulalón se arbola la bandera española, y ya no será Joló el núcleo de un mercado de piratas que aterraba el Archipiélago, burlándose de sus promesas.—A primera proporción haré conocer á la Reina nuestra señora, como merecéis, vuestros servicios, vuestro valor y sufrimiento, y cuán satisfecho estoy de vuestro comportamiento y del de la marina, que ha cooperado á la importante empresa de escarmentar á estos piratas y someterles á la antigua dependencia.—Antonio de Urbistondo. —Cuartel general en el fuerte principal del sultán Mahamad-Pulalón, 1.º de Marzo de 1851.„

pasan de 300. Entre ellos varios dattos. De los nuestros hubo 36 muertos y 92 heridos. Urbistondo ofició el 3 al fugitivo Sultán, manifestándose dispuesto á olvidar su criminal conducta y á oir sus proposiciones con clemencia.

Habiéndose tratado en junta de jefes y oficiales si convenía la ocupación permanente de Joló ó su abandono, y resuelto el asunto en este sentido, procedióse al embarque de 112 piezas de artillería de todos tamaños y calibres, sacadas de los fuertes, terminándose dicha operación el 4. Urbistondo ordenó al coronel D. Antonio Sánchez Francisquete el incendio de los fuertes de Asibi y Daniel, y al de igual clase D. José Cortés los demás, quemando también el caserío y embarcaciones. Los capitanes de ingenieros Bernáldez y Carrillo construyeron un puente provisional para el reembarque de las tropas, acto que protegió el capitán Garnier con la columna que estuvo de reserva durante las operaciones, agregándosele, á solicitud suya, el comandante Ochoteco.

El 5 zarpó la escuadra para Zamboanga, donde se dispensó al general y al ejército expedicionario un entusiasta recibimiento. En el parte de esta campaña, fechado á bordo del *Reina de Castilla* en Joló á 5 de Marzo, elogia Urbistondo el valor y acierto de la marina y recomienda á su jefe D. Manuel Quesada.

El 20 de Marzo llegó Urbistondo á Manila, cuyos habitantes, corporaciones oficiales y religiosas celebraron en su honor magníficos festejos. El Ayuntamiento de Manila le regaló una espada y un bastón, ambos de gran mérito artístico (1). El ejército mereció una orden

(1) El Gobierno le agració más tarde con las grandes cruces de San Fernando y de Carlos III.

del día muy satisfactoria (1), y también el país fué enterado del término y feliz éxito de la campaña (2).

(1) "Soldados: Después de los sufrimientos de la campaña que habéis hecho, nos vemos reunidos en la capital, orgullosos de ser españoles, y haber alcanzado una victoria en pro de la humanidad.—A este gozo sublime, como militares, tenemos que unir el entusiasmo con que nos reciben en sus brazos todos los filipinos, mirándonos como vengadores y vencedores de los indómitos joloanos.—No puedo menos de manifestaros el placer y la satisfacción que me causan tan simpáticos sentimientos, é igualmente el que he tenido al comunicar á la Reina nuestra señora vuestro honroso comportamiento, y los que, con arreglo á los partes producidos por los jefes de las columnas, se han distinguido más, mereciendo mover su soberana munificencia.—Soldados, estoy altamente satisfecho de vosotros y envanecido de ser vuestro capitán general.—Antonio de Urbistondo.„

(2) "Filipinos: Vuelvo á la capital después de vengar un insulto hecho á la bandera española, y que haya ondeado en los muros de Joló, domando la soberbia de aquellos isleños.—Debo reiteraros que jamás permitiré un desacato hecho al decoro nacional; y al manifestaros esta expresión de mis deberes; al haceros saber el brillante comportamiento de las tropas de todas las armas, de los naturales de Visayas y de los funcionarios públicos y particulares que han concurrido á la expedición ó contribuído á ella, me es sumamente grato manifestaros el valor, el patriotismo, el entusiasmo, verdaderamente español, que ha sido el norte de la conducta y de los sacrificios de todos.—Al regresar entre vosotros he visto igualmente comprendida la importancia del grande acontecimiento del Sur y expresados en patriótico entusiasmo los sentimientos de vuestros corazones: el mío se dilata doblemente enorgullecido al terminar este importante hecho, al verme entre vosotros y al aseguraros que será para mí el más grato de mis deberes llenar los votos de nuestra augusta Soberana, velando incansablemente por vuestra seguridad, vuestra prosperidad y la dicha á que sois tan acreedores y es el anhelo de vuestro capitán general.—Antonio de Urbistondo.—Manila 21 de Marzo de 1851.„







